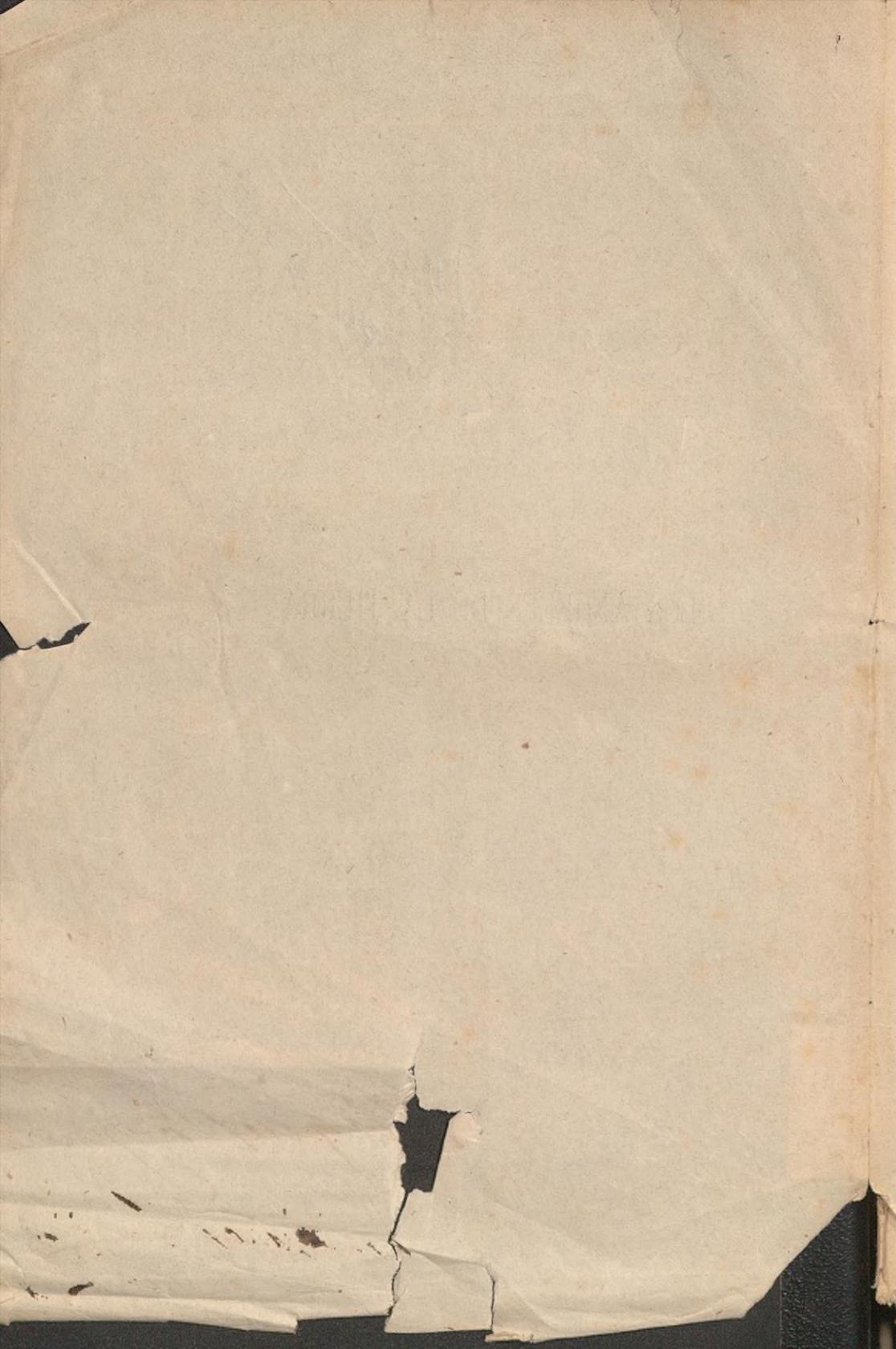


10521
20y. 1847

LOS ANGELES DE LA TIERRA.

9495

Miguel Guzman
P



L47-1255

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LOS ANGELES DE LA TIERRA

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

TOMO I.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, núm. 5.

1867.

Miguel Gujarro

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

LOS ANGELES DE LA TIERRA

NOVELA DE COSTUMBRES

EN TRES TOMOS

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro,
y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TOMO I

MADRID
IMPRESA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
Calle de Perceval, núm. 5.

1891

PRÓLOGO.

EL DOCTOR SAMUEL.

CAPITULO PRIMERO.

Donde comienza la novela y se suspende el drama.

El toque de ánimas acababa de extinguirse como un gemido en los profundos barrancos de los altos Pirineos.

El viento mugia con fuerza, barriendo el fragoso valle de Aran.

Los habitantes del pequeño pueblo de Viella dormían arrullados por el murmullo del caudaloso Girona.

Era la noche del 15 de marzo de 1841...
Ni una voz humana, ni una luz indicaban al perdido viajero que aquellas soledades, sacudidas por el soplo poderoso de la tempestad, se hallaban habitadas por seres vivientes.

Sin embargo, á la entrada del pueblo y como cien metros separada de los demás edificios, veíase una casa de un solo piso, cuyas blancas paredes se destacaban del fondo oscuro de la noche.

De las dos alas paralelas de la casa que nos ocupa, nacia

una cerca de cambroneras, encerrando con sus ásperas ramas una pequeña huerta donde podían verse una docena de árboles frutales y algunas tablas de hortalizas.

Sobre la puerta de la casa veíase un pequeño farol que resguardaba de la lluvia el alero del tejado.

Junto al farol, escrito sobre la blanca tapia en gruesos y negros caracteres, se leía lo siguiente:

*Ni te importe la hora ni el tiempo: si de mi
necesitas, llama por la ventana de la izquierda.*

Ni por todo el oro que encerraban el siglo pasado las minas de California, se hubiera atrevido un vecino de Viella á apagar aquel farol, que ardía todas las noches hasta la salida de la aurora.

Aquella luz era para ellos tan sagrada como lo fué la lámpara del templo á los fieles de Israel. El sacrilego que se hubiera atrevido á tocarla, hubiera sido espulsado del pueblo, maldecido por sus sencillos habitantes.

¿Quién vivía en aquella casa? Vamos á verlo: la puerta solo se halla entornada, porque nunca se cierra.

Lo primero que encontraremos es un pequeño portal donde desembocan tres puertas. La de enfrente abre paso á la huerta, la de la derecha á la cocina, la de la izquierda á una sala.

Entremos en la sala.

Nada tan modesto como el mueblaje de esta habitación; pero el aseo reemplaza en muchas ocasiones al lujo, y no en pocas se reviste de una poesía encantadora.

En el centro se hallaba una mesa de pino con tapete de

hule negro, sobre la que se veían algunos libros y una escribanía de bronce.

En las blancas paredes un solo cuadro representando el retrato de un militar con bigotes canós, grave y noble continente.

Vestia el uniforme de nuestros bravos guerrilleros del tiempo de la guerra de la Independencia, y honraban su pecho algunas condecoraciones.

Los demás muebles se reducían á una docena de sillas de paja, un sofá, un sillón viejo, un brasero de hierro con tarima de pino, y una mesilla con un espejo pequeño con marco de caoba.

Ahora pasemos á los seres que ocupaban la habitacion.

En primer término vamos á encontrarnos con un hombre que, aunque sus cabellos comenzaban á encanecer, su edad debía ser aproximadamente de treinta á treinta y dos años.

Sentado en el viejo sillón, tenía el codo apoyado en la mesa, el carrillo derecho puesto sobre la palma de la mano, y la mirada fija con profunda atención en las páginas de un grueso volúmen.

Bastaba ver aquella frente alta, despejada y serena, aquellos ojos negros, aquella nariz noblemente encorvada, aquella boca cuyo labio superior se alzaba imperceptiblemente como para dar paso á la respiración, aquellos pómulos marcados con vigor, aquellas sienés algo aplastadas como si desearan condensar el pensamiento, y el pálido color de su semblante, para comprender que aquel hombre estaba dotado de un carácter enérgico, de un alma noble.

Las cejas muy pobladas y un tanto caídas sobre los ojos

daban al pronto cierta dureza á sus facciones, pero su triste y reflexiva mirada hacia desvanecer el mal efecto.

En cuanto á su traje, nada tan modesto: un gaban de paño abrochado hasta el cuello, y un pantalon de la misma tela; prendas que por lo antiguas recordaban la moda de seis años atrás, y por lo raidas la pobreza de su dueño.

Veíase tambien una capa vieja con embozós de pana negra tirada sobre el respaldo del sillón, y encima del sofá un sombrero de copa alta y un bastón de caña de la India con puño dorado.

La luz que alumbraba la sala era uno de esos velones andaluces de cuatro mecheros, con pantalla verde.

Cerca del personaje que acabamos de bosquejar, se hallaba una mujer jóven que apenas manifestaba su semblante veinticuatro años de edad.

En las facciones de esta jóven resplandecian mas la bondad, el cándor, que la hermosura. Era una de esas mujeres rubias que hablan al alma y nunca al deseo, que cuando se las ve por vez primera inspiran confianza, respeto y veneracion; cuando se las trata, se las quiere con el cariño desinteresado del hermano.

Esta jóven se llamaba Carlota.

En la dulce espresion de su mirada, en la tierna y purísima sonrisa de sus labios, veíase una línea perfumada con el aroma de la virtud, que hubiera hecho detener el deseo del hombre mas sensual, mas vicioso.

Esta jóven tenia una niña de tres años de edad en los brazos.

La niña dormia; la madre trabajaba, cubriendo el delicado cuerpo de aquel trozo de sus entrañas con la tela de la labor.

De vez en cuando Carlota levantaba la cabeza, fijaba una mirada amorosa en el hombre, y luego, cambiando sus azules ojos de direccion, iban á detenerse un segundo en la blanca cortina de la alcoba.

Aquella madre tierna creía que sus ojos, pasando á través de la tela y la oscuridad, podrian fijarse en la pequeña cama de la alcoba en donde dormia un hijo de cuatro años, el primero que agitó su sér con dulce é inesplicable sobresalto.

Carlota volvia á recoger la mirada para fijarla con amorosa expresion en la niña que descansaba sobre sus rodillas, y luego continuaba su trabajo.

Mientras tanto, siempre inmóvil, siempre grave, como si resolviera en su mente un difícil problema, el hombre continuaba leyendo, sin hacer mas movimiento que el estrictamente necesario para volver las hojas.

¿Quién era aquel hombre? Un sabio ignorado; un Valle sin el apodo de Divino; un Orfila sin la aureola de la gloria; un Argumosa en la rectitud de sus principios, en la solidez de sus conocimientos, la riqueza de su ciencia y la seguridad de sus fallos; un pobre médico titular de un pequeño pueblo; un mártir, en fin, que cruzaba como otros muchos la senda de la vida, sembrando beneficios y recogiendo ingratitudes.

Pero su alma generosa no desmayaba, su corazon sereno caminaba adelante, sin fijarse en las espinas que herian sus piés.

Samuel Navarra, á pesar de los buenos servicios prestados en su carrera y su entrañable amor á los desgraciados, se hallaba olvidado en un pueblo; ganando á duras penas el sustento de su querida familia.

Pero Samuel era uno de esos médicos filósofos que hacen el sacrificio de su vida y su fortuna á la humanidad doliente, moderno San Vicente de Paul de la medicina.

Para él un enfermo era un hermano: acudia á las casas con la exactitud del médico que conoce el valor de un minuto en la marcha progresiva de las enfermedades.

El rico y el pobre eran igualmente asistidos, con la única diferencia que al primero le prestaba solamente sus conocimientos y su tiempo, y al segundo su tiempo, sus conocimientos y su bolsa, por desgracia no muy abundante.

Muchas veces venian á buscarle de los pueblos inmediatos á media noche. Samuel abandonaba la cama sin pronunciar una palabra de disgusto, para seguir al enviado. Solo su mujer, temerosa por la salud y la vida del padre de sus hijos, le decia exhalando un suspiro:

—¿Por qué no lo dejas para mañana?... hace un tiempo horrible... los caminos están malos, y la terminacion de la guerra civil ha dejado bandadas de foragidos en los profundos barrancos que nos cercan.

Samuel reconvenia á su mujer con una mirada, y besando á sus hijos contestaba:

—Dios velará por mí, puesto que cumplo con mi deber; nada temas.

Y salía.

Carlota entonces, cayendo de rodillas delante de una imagen del Nazareno que tenia en su alcoba, esperaba á su marido.

Estas malas noches poco ó nada producian á Samuel Navarra, si se exceptúa la satisfaccion que experimentan las almas nobles cuando prestan un servicio á sus semejantes.

Como hemos dicho al comenzar el presente capítulo, el toque de ánimas acababa de perderse en el espacio.

Samuel estudiaba: Carlota cosía.

Así trascurrieron dos largas horas.

—Es muy tarde; Samuel, dijo por fin Carlota interrumpiendo el silencio: te has levantado temprano.

El médico alzó la frente, y contestó:

—El pobre Antolín morirá... es imposible combatir la enfermedad que le consume... ¡Qué va á ser de sus hijos, de su esposa! Es una desgracia que la ciencia se reduzca á un círculo tan limitado. ¡Los hombres!... vanidad de vanidades.

—Pues qué, ¿tan enfermo se halla?

—¡Ah, Carlota!... Verdaderamente es cosa que desespera. No sabemos nada... la naturaleza es cien veces mas sabia que nosotros. Yo daría mi mano izquierda por salvar la vida á ese pobre jornalero. ¡Oh! cuando pienso que una acción noble le cuesta la vida, cuando reflexiono que de nada sirven mis estudios para salvarle, siento un desconsuelo, un frío en el corazón, que me espanta.

Y Samuel volvió á doblar la cabeza sobre el pecho, y continuó su lectura.

Carlota no se atrevió á interrumpirle.

Tornó á reinar el mismo silencio, si se exceptúa el mugido sordo del viento al chocar en las paredes de la casa.

De pronto Carlota irguió la frente como si algun ruido hubiera llegado hasta ella.

—¿Oyes? dijo á su marido.

Este fijó atención á su vez, pero con marcada indiferencia.

—Sí, dijo: creo escuchar pisadas de caballos.

Y continuó su lectura.

Apenas habían trascurrido algunos minutos, cuando resonaron dos fuertes aldabazos en la puerta.

Carlota no pudo contener un grito.

—¿A qué viene ese sobresalto? le dijo Samuel: ¿no estás acostumbrada á oír el sonido de ese aldabon?

—Es verdad, pero no sé lo que he sentido en el pecho. Además, cuando llaman de ese modo no deben ser del pueblo.

—¡Adelante el que sea! dijo Samuel levantando la voz y sin dar oídos á los temores de su esposa. La puerta está entornada.

Y cerrando el libro, esperó al que llamaba.

Oyóse el áspero chirrido de la puerta al girar sobre sus goznes, luego pasos en el corredor, y por fin dos hombres se presentaron en la sala.

Carlota al verlos estrechó fuertemente á su hija contra su pecho, como si quisiera librarla de un peligro inminente.

Samuel volvió la cabeza con rapidez hácia la puerta y se quedó inmóvil, pero sereno y tranquilo, contemplando á los que á tales horas venian á interrumpir la paz de su casa.

Los dos personajes que se habian introducido en la habitacion del médico, llevaban la cara cubierta por antifaces negros.

Vestian zamarrás de piel, chalecos de astracan con cuello de terciopelo, fajas de seda, calzon bombacho de pana, botines á la andaluza, capa parda y sombrero gacho.

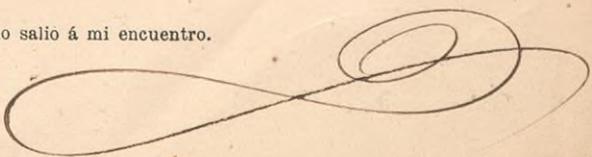
Llevaban al cinto cada uno un par de pistolas de medio arzon. Indudablemente aquel traje era un disfraz.

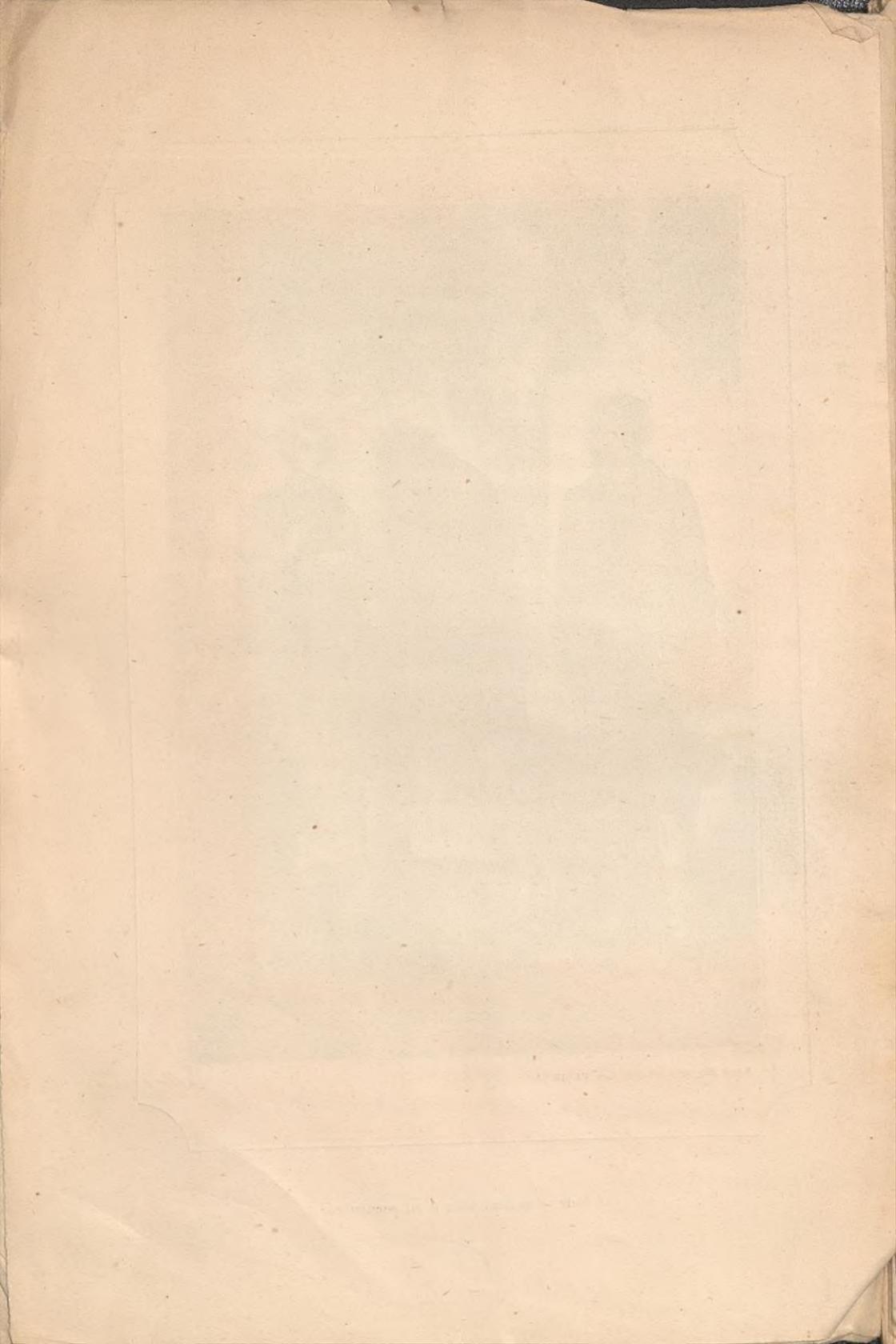
Uno de ellos avanzó algunos pasos, colocándose cerca del sillón que ocupaba el médico; el otro, recostándose familiarmen-



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

El padre Anselmo salió á mi encuentro.





te en el marco de la ventana, esperó el resultado de la visita.

—Ante todo, señores, dijo el primero, ruego á ustedes no se sobresalten.

—¿Y quién ha dicho á usted que su presencia ha podido sobresaltarme? contestó el médico con serenidad y sin hacer caso de la mirada medrosa y suplicante de Carlota.

—¡Hola!.. no creía yo que un médico tuviera un valor tan sereno, dijo el enmascarado.

—¿Un médico, por ventura, no es un hombre como otro cualquiera? Y cuando está la conciencia tranquila, cuando no se ha hecho daño á nadie, ¿por qué tiene que asustarle una careta que tendrá sus razones para ocultar un rostro, y un par de pistolas que no sin motivo se llevan al cinto? Pero acabemos, amigo mio: yo respeto la conducta de usted, sin desear averiguarla, y le suplico me diga la causa de esta visita.

—Ante todo, permítame usted que le dirija algunas preguntas.

—Puede usted dirigirme todas cuantas quiera.

—¿Se llama usted Samuel Navarra?

—Sí.

—¿Es usted médico de este pueblo?

—Sí.

—Hace tres años, en una noche tan fria y tan oscura como esta, ¿no se presentaron aquí dos caballeros suplicándole les sirviera para prestar sus conocimientos á una mujer que se hallaba gravemente enferma?

—Efectivamente.

—¿Recuerda usted lo que sucedió aquella noche?

—Sí: tengo, gracias á Dios, buena memoria.

—¿Puede usted referirme?...

—Hay secretos que se depositan en el médico, los cuales no puede revelar porque no le pertenecen.

—Cierto; pero ese secreto no lo es para mí, dijo el enmascarado, que durante el diálogo no quitaba los ojos de la niña que dormía sobre las rodillas de Carlota.

A través del antifaz, los ojos negros del misterioso personaje brillaban de un modo tan siniestro, que un terror involuntario se apoderó del corazón de la joven madre.

—¡Ah! en ese caso, repuso el médico, es inútil...

—Aquella noche, continuó el de la careta, fué usted conducido á una casa solitaria situada al otro lado de un río. Allí asistió usted á una mujer que dió á luz una niña, la cual se confió á usted. Desde entonces han trascurrido tres años, y usted ha recibido tres cartas. En nombre, pues, de aquella madre que hizo á usted tan sagrado depósito, ruego que me siga esta noche.

Samuel y Carlota cambiaron una mirada de inteligencia.

El enmascarado, mientras tanto, fijó con mas tenacidad sus ojos en la niña dormida.

El médico parecia vacilar ante la expresion suplicante y dolorosa de su mujer.

El personaje encubierto permanecia inmóvil.

Los dos esposos se hallaban sin duda tan preocupados con lo que acababan de oír, que no se fijaron en que el enmascarado que permanecia mudo y recostado cerca de la ventana, levantaba la falleba sin hacer ruido, dejándola abierta; operacion que ejecutó sin volver la cabeza y haciendo trabajar la mano por detrás de la espalda.

—La medicina, señor doctor, usted lo sabe bien, tiene penosos deberes que cumplir, repuso el enmascarado. Cuando una criatura agoniza, los momentos son preciosos. Así, pues, no perdamos tiempo.

Carlota miró de nuevo á su esposo con ademán suplicante; y como Samuel permaneciera indeciso, el misterioso personaje llevó las manos al cinto como si quisiera amenazarle.

—No habrá necesidad de que haga usted uso de esas pistolas ni me demuestre su valor. Soy médico: mi casa, como la del sacerdote, abierta está siempre de noche y de día. ¿Dice usted que un enfermo que lucha con las ansias de la muerte me necesita? Vamos, pues.

Samuel se puso en pié.

Carlota hizo un movimiento de asombro.

—¡Qué! ¿Vas á seguir á esos hombres? preguntó.

Samuel avanzó hácia la alcoba, y alzando la cortina, detuvo la mirada en la pequeña cama donde dormía su hijo; luego, dirigiendo la palabra al enmascarado que hasta entonces habia llevado la iniciativa en el diálogo, dijo:

—Este que usted ve aquí es mi hijo... duerme á los piés del Redentor del mundo. Su sueño es tranquilo como su conciencia. Sobre la tierra no tiene mas abrigo, mas protector que el médico Samuel Navarra. Ahora, caballero, vamos adonde usted quiera.

El enmascarado pareció conmoverse ante aquellas palabras graves y sentidas.

Habia comprendido por qué el médico le enseñaba su hijo.

Esto era decirle: yo fío en tí á pesar de que ocultas tu cara;

tranquilo voy adonde quieras llevarme; pongo por protector de mi vida la inocencia de mi hijo.

Carlota, viendo que su esposo cogía la capa disponiéndose á partir, quiso oponerse.

Samuel le dijo con gravedad:

—Ya lo has oído: un moribundo me necesita. ¿Cuándo he dejado yo de cumplir con mi deber? Además, nada debo, nada temo: puedes dormir tranquila.

Y volviéndose á los enmascarados, continuó:

—Vamos, señores.

Salieron de la sala.

Samuel pudo oír un sollozo comprimido que se escapaba del pecho de su mujer.

Maquinalmente se detuvo; pero de pronto, como si se avergonzara de aquella debilidad, continuó marchando con firmeza.

Carlota le siguió sin desplegar los labios. Al verles salir, cerró la puerta, pasando el cerrojo.

La noche era, como hemos indicado, oscura y desagradable: el viento arreciaba cada vez mas.

Los dos enmascarados colocaron al médico en medio, y uno de ellos dijo con laconismo:

—Síguenos usted.

Continuaron caminando hácia una pequeña espesura que no dejaba ver la oscuridad de la noche.

Algunos pasos antes de llegar, uno de los misteriosos personajes que conducían al médico dió un silbido que fué contestado por otro, é inmediatamente escucháronse los pasos de algunos caballos que se acercaban hácia aquel sitio.

Pronto vió Samuel otro personaje, enmascarado tambien, que se detuvo delante de ellos.

Llevaba tres caballos de la brida.

El hombre que durante la escena que acabamos de referir habia llevado la palabra en casa del médico, dijo:

—Señor doctor, puede usted elegir el caballo que mas le agrade.

—Eso me indica que nuestra expedicion será larga.

Y sin esperar respuesta, montó en el caballo que tenia mas cerca.

Dos de los tres enmascarados le imitaron.

Luego partieron, llevando siempre al médico en medio.

Trascurrieron cinco minutos.

Durante este tiempo, uno de los hombres se quedó inmóvil en medio de la vereda como si fuera una estatua.

Cuando se perdieron á lo lejos las pisadas de los caballos, se encaminó hácia la izquierda en direccion á un arbolado.

Allí podia verse, á pesar de la oscuridad, un coche de camino uncido á dos poderosas mulas.

En el pescante del carruaje se hallaba un hombre embozado hasta los ojos.

El del antifaz se acercó al coche, silbando del mismo modo que lo habia hecho poco antes.

Este silbido hizo que se abriera la portezuela del carruaje y que bajara un hombre, cubierto tambien el rostro con una careta de seda negra.

—¿Qué hay? preguntó.

—Ya se lo llevan, respondió.

—¿Y Carlota?

—Sola.

—¿Y la niña?

—Con ella.

—¿Has preparado la entrada?

—Por la ventana que da al campo puede saltarse con facilidad.

—¿Está abierta?

—Bastará empujarla ligeramente para que nos facilite el paso.

—Vamos.

Y los dos enmascarados se dirigieron hácia la casa del médico.

El modesto farol que lucía sobre la puerta era el faro que guiaba á los misteriosos personajes en medio de la oscuridad.

Carlota, apenas cerró la puerta, tornó á la sala.

Se encontraba sola con sus dos hijos: la triste imágen del Redentor, colgada en la pared de la alcoba entre las dos camas, protegía con su sagrada presencia aquel modesto nido donde una madre tierna cobijaba al fruto de su amor.

Carlota dejó su hija en la cama y encendió la lámpara. Sin embargo, su espíritu permanecía inquieto, su corazón sobresaltado.

¿Por qué aquellos hombres que habían venido en busca de su esposo ocultaban el rostro? ¿Por qué uno de ellos le dirigía tenaces miradas á través de su antifaz?

Esta y otras preguntas se hacía llena de temor y sobresalto.

Por eso se arrodilló con piadosa actitud á los pies de la santa imágen, pidiéndole con fervientes labios que apartara de todo peligro la vida del padre de sus hijos.

Carlota oraba, esperándolo todo de aquel que rige los destinos del universo, cuando se abrió con violencia de par en par la ventana.

Una ráfaga de viento que penetró en la sala hizo vacilar la luz del velon, apagándola por fin.

La jóven dió un grito agudo, penetrante, viva espresion de un alma sobrecogida por el espanto, por el terror; pero recordando el ánimo súbitamente y como si presintiera lo que le iba á suceder, se levantó, y abalanzándose á la cama donde dormia su hija, la cogió rápidamente, estrechándola contra su pecho.

La niña despertó, acariciando el alma de su madre con una sonrisa y el rostro con sus pequeñas manos.

En este momento un hombre enmascarado saltó desde la ventana á la habitacion, y un segundo despues otro.

Carlota se quedó aterrada, con los ojos fijos en aquellos dos hombres, que despues de una corta pausa avanzaron hácia la alcoba, llevando cada uno de ellos un puñal en la mano.

Carlota vió relucir la hoja del hierro en la oscuridad. Sola, abandonada, ¿qué defensa podia presentar á aquellos hombres?

Dios era el único que podia salvarla, protegerla. Su imagen se hallaba allí muda, silenciosa, bañada por los melancólicos rayos de la lámpara.

Carlota cayó de rodillas á los piés del Cristo crucificado, y colocó de rodillas tambien á su hija, en cuyo pecho virginal no habia penetrado el terror.

—¡Jesus mio, Dios misericordioso, sálvanos, sálvanos! exclamó Carlota.

Los enmascarados, al oír este grito que enviaba al cielo un corazón lleno de fé, vacilaron; pero esta vacilación duró poco, y siguieron caminando hácia la alcoba.

El que marchaba delante llegó hasta el pié de la cama y extendió el brazo para coger á Carlota.

Nuevamente la jóven pronunció estas palabras:

—¡Salvador del mundo, sálvame! ¡en tí solo confío!

Los dos enmascarados soltaron una carcajada y siguieron acercándose á su víctima, y cuando ya Carlota á los piés del Redentor abrazaba á su hija como para que intercediera por ella en aquel trance, la niña, maquinalmente, con una voz dulce y angelical, dijo á su vez:

—¡Mi Jesus, mi Dios, salva á mi madre, que llora y tiembla!

Al terminar estas palabras, dos golpes secos, sonoros, retumbantes, como dos lamentos sobrenaturales, se oyeron en la puerta de la calle.

Carlota exhaló un grito de alegría.

Los dos enmascarados se quedaron enclavados en el suelo, sin atreverse ni á avanzar ni á retroceder. Aquellos dos golpes habian resonado en sus pechos, paralizando los latidos de su corazón, helando la sangre de sus venas.

CAPITULO II.

El gabinete de los tapices.

Mientras tanto, el doctor Samuel custodiado por los dos enmascarados se alejaba del pueblo de Viella sin que la oscuridad de la noche le permitiera enterarse del terreno que iba dejando detrás de los caballos.

Todos guardaban el mas profundo silencio.

El doctor, hombre tan sereno como prudente y tan prudente como precavido, procuraba á pesar de la oscuridad orientarse en el camino que seguia.

Su profesion y su amor al prójimo le habian puesto muchas veces en el caso de recorrer las cercanías de Viella, y no se hallaba en las faldas del alto Pirineo ni una choza de pastor que no conociera.

La comarca, es decir, diez leguas á la redonda hubiera recorrido sin necesidad de preguntar á nadie, porque el valle de Aran le era tan conocido como su misma casa.

Además, las palabras del enmascarado le indicaron que se dirigian hácia las orillas del Gerona; y efectivamente, despues de dos horas de marcha llegó á sus oidos el murmullo cadencioso del rio.

Los caballos se detuvieron cerca de unas espesas matas de carrizos, y pronto entre los verdes penachos de la yerba se destacó la figura de un hombre que llevaba en la mano derecha una especie de palo largo ó percha con lo cual los barqueros de rio mueven en todas direcciones sus frágiles barquichuelos.

—Doctor, tenga usted la bondad de echar pié á tierra, dijo uno de los enmascarados desmontando con ligereza y cogiendo las bridas del caballo de Samuel.

El médico dirigió una mirada en derredor suyo como para orientarse, pero como la noche era oscura en demasia, solo pudo ver una barca oculta entre el carrizo, y las corrientes del rio que se deslizaban con pausa á pocos pasos de aquel sitio.

Sin decir una palabra se apeó.

—Ahora nos permitirá usted que le vendemos los ojos.

Samuel se sonrió desdeñosamente, diciendo:

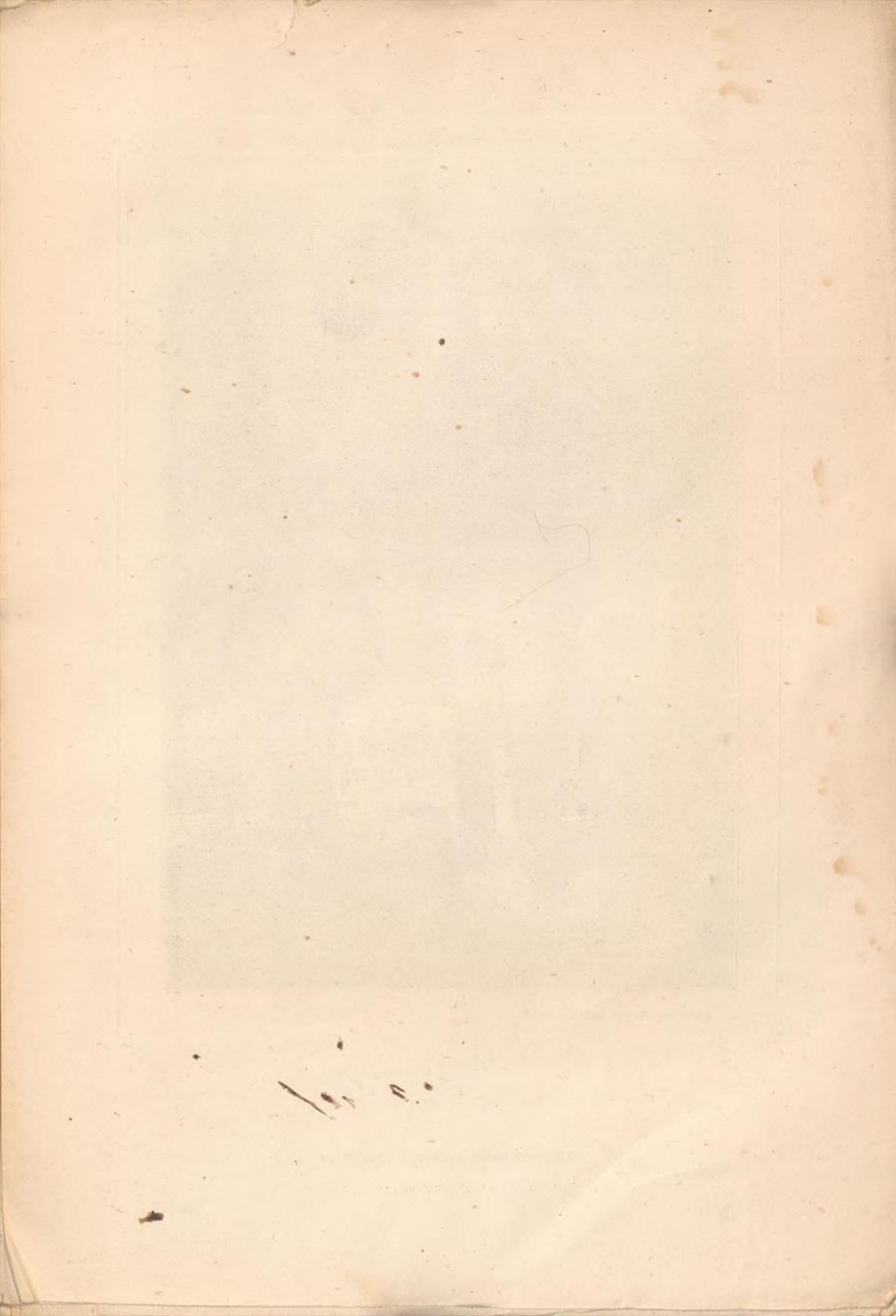
—Es inútil que ustedes se tomen esa molestia. Sé adónde se me conduce.

—Tal vez, repuso uno de los enmascarados.

—A la parte opuesta del rio nos espera un carruaje. ¿No es eso, señores?

—Es probable.

—Este carruaje nos llevará al inmediato pueblo, deteniéndose en la misma casa donde hace tres años asistí á una jóven que se hallaba de parto. Ya ven ustedes que á pesar de la os-





LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Dispense usted, doctor, es preciso



curidad y de las precauciones no han podido desorientarme tan fácilmente.

—Ni ha sido por cierto ese nuestro objeto. Sin embargo, como el pueblo no se compone de una sola casa...

—Es verdad, repuso Samuel.

Uno de los enmascarados sacó un pañuelo negro en forma de venda del bolsillo, y acercándose al facultativo dijo:

—Dispense usted, doctor; es preciso.

Samuel se quitó el sombrero, ofreciendo sin resistencia su cabeza para que le vendaran los ojos.

Luego fué conducido hasta la barca, donde le sentaron en el banquillo de proa.

El suave balanceo de la lancha indicó al doctor Samuel que seguían la corriente del río.

La navegacion duró como una hora, y pronto un sacudimiento algo vivo le hizo comprender que habían arribado á la orilla opuesta.

—No tema usted nada, doctor, dijo uno de los enmascarados cogiéndole al mismo tiempo por la cintura; voy á conducirle á tierra.

Samuel nada dijo: era una de esas organizaciones fuertes que no se sobresaltan nunca.

Luego, cogiéndole los dos á un tiempo por los brazos, le acompañaron hasta un cercano camino donde les esperaba un carruaje, el cual se puso inmediatamente en marcha.

No tardó mucho en advertir el doctor Samuel que el carruaje rodaba sobre un terreno empedrado.

Era indudable que el pueblo donde se le conducía no se hallaba muy lejos de la ribera del río.

Por fin el coche se detuvo, se oyó el ruido de una pesada puerta al girar sobre sus goznes, y entraron en un patio.

Nuevamente Samuel, ayudado por los que le custodiaban, bajó del carruaje, subiendo por una escalera de la que tuvo la precaucion de contar los tramos.

El ambiente algo mas tibio que percibió le hizo comprender que estaba en una habitacion bastante abrigada.

Allí se detuvieron, y uno de los enmascarados le quitó la venda que cubria sus ojos.

—Recuerdo perfectamente esta habitacion, dijo el doctor dirigiendo una mirada en derredor suyo. Aquella puerta conduce á un gabinete en el que debe encontrarse la enferma, ¿no es eso? Vamos pues á verla, señores; y mucho temo que con los rodeos que me han hecho ustedes dar, no se haya perdido un tiempo precioso.

Los enmascarados, que conservaban aún el antifaz, parecieron dirigirse una mirada de inteligencia, porque el doctor habia acertado en aquella ocasion.

Un péndulo antiguo que marcaba con cadencioso compás esa lenta agonía de la vida sujeta á un mecanismo de bronce y madera, dió en aquel instante una campanada.

Habian empleado tres horas en llegar á aquel sitio, pudiendo hacerlo tal vez en una.

La puerta indicada por el doctor se abrió, y un enmascarado y Samuel penetraron por ella.

Se encontraron en un gabinete, pero en uno de esos gabinetes antiguos de carácter severo, que oprimen el espíritu y hacen separar el pensamiento de la tierra para elevarlo hácia ese misterio incomprensible que se llama eternidad.

Allí, como si se quisiera apagar la voz humana, las paredes se hallaban cubiertas de pesados y gruesos tapices en donde la mano del artista se complace en arrancar episodios de la Biblia para recordarnos esa fuente inagotable de la historia de las historias, ese poema de la antigüedad que tuvo un Moisés y varios profetas por cantores, pero que careció de un Homero como Troya.

Del artístico techo de madera tallado colgaba una antigua lámpara de bronce, mas propia de la capilla de un templo que de aquel sitio.

Pegado á uno de los testers de la habitacion, podia verse un cristo de talla enclavado en una cruz negra, cuya base descansaba en un reclinatorio forrado de terciopelo de Corinto.

Dos velas de amarillenta cera alumbraban el cuerpo ensangrentado del hijo de María, y un libro de oraciones se hallaba abierto en el reclinatorio.

La sillería y el sofá de damasco azul oscuro y un ancho velador de mosaico cuyas combinadas piedras representaban la escena de la resurreccion de Lázaro, componian el mueblaje de la habitacion.

En el fondo, una ancha cortina formando abundantes canchales cubria herméticamente el hueco de la alcoba.

La alfombra era de ese paño antiguo de Granada cuyo tejido maravilloso va fortaleciéndose con los años.

El doctor, guiado siempre por uno de los enmascarados, fué conducido hasta la alcoba.

Se descorrió la cortina, y entonces pudo verse una cama de caoba cuyo cabezal de estilo gótico se elevaba casi hasta tocar con el techo. Los piés, formados por gruesas culebras de ma-

dera tallada, remataban con la cabeza del monstruoso reptil, en cuyas bocas entreabiertas sujetaban manzanas doradas.

Era indudable que aquel mueble contaba algunos siglos de antigüedad.

En este lecho se hallaba una mujer.

Su edad frisaria en los treinta años.

Sus cabellos abundosos, que caian con algun desorden sobre la almohada, comenzaban á encanecerse.

La mujer que nos ocupa tenía una de esas fisonomías donde los padecimientos dejan fuertemente impresas sus huellas. Bastaba verla para comprender que sufría.

Sus ojos negros, rasgados y hundidos, tenían en derredor un anillo de un tinte violeta oscuro, dando á sus miradas una espresion de indefinible melancolía, de profundo pesar.

Era su frente despejada y pálida, y en sus mejillas demarcadas veíanse algunas manchas oscuras; efecto sin duda de la enfermedad que la postraba en aquel lecho.

La garganta y las manos tenían esa blancura de la clorosis que indica la pobreza de la sangre.

Sus pestañas espesas y largas sombreaban la apagada luz de sus pupilas.

Su nariz perfectamente modelada servía en la parte superior de base á las dos líneas que á manera de curva formaban el nacimiento de las cejas.

Aquella mujer tenía uno de esos semblantes que preocupan, que entristecen, que predisponen el espíritu á la melancolía; una de esas cabezas que revelan una historia de lágrimas, que incitan á la curiosidad.

Así que el doctor y el enmascarado penetraron en la alco-

ba, el semblante de la enferma reveló en un segundo dos efectos distintos.

Cuando sus ojos se fijaron en los del médico, la esperanza resplandeció en las pupilas de la enferma; pero al dirigirlos al hombre del antifaz, pudo verse en ellos pintado el terror, el espanto.

Samuel fué acercándose á la cama sin apartar su mirada de aquella mujer.

El hombre del antifaz permanecía mudo como un fantasma á su lado.

—Supongo, dijo el doctor, que será esta señora á la que tengo que asistir.

—Sí, contestó el enmascarado con una sequedad que enfriaba la sangre: hace tres años la asistió usted en esta habitación. Son ustedes, pues, antiguos conocidos... con la única diferencia, que entonces le eligió á usted para ocultar una grave falta.

La enferma estendió las manos en ademán suplicante.

—No tema usted, señora; conozco al doctor Samuel: es hombre prudente, y usted menos que nadie se halla en el caso de dudar de él.

La enferma se cubrió el rostro con las manos.

—Puede usted reconocerla, dijo el del antifaz.

—Necesito antes que se me haga una relacion de sus padecimientos.

Y acercándose al lecho continuó:

—¿Qué es lo que usted siente, señora?

La enferma dirigió una mirada débil y sin brillo al médico, y guardó silencio.

—Es inútil que usted le pregunte: esa mujer ha perdido la facultad del habla.

La enferma agitó dolorosamente la cabeza en señal de asentimiento.

El doctor Samuel comprendió que entre la enferma y el hombre del antifaz existía alguna historia terrible, en la cual había una víctima y un verdugo.

Desde que esta sospecha asaltó la mente del médico, formó la firme resolución de colocarse de parte del mas débil.

CAPÍTULO III.

Donde el doctor Samuel comienza á sobresaltarse.

El médico llegó hasta la cabecera de la cama, y después de fijar una profunda mirada en el pálido rostro de la enferma, la pulsó, deteniéndose en este reconocimiento de la fuerza vital.

Ni la enferma ni el hombre del antifaz hablaron una palabra.

Luego reconoció las amarillentas manchas que salpicaban la cara de la enferma, y por último, volviéndose hácia el enmascarado, le dirigió una mirada severa, diciendo:

—¿Ha visto algún médico á esta señora?

—Ninguno.

—¿Cuánto tiempo hace que se siente enferma?

—Tres años.

—Medítelo usted bien; pudiera la memoria serle ingrata.

—Tres años, repitió el enmascarado.

Samuel se sonrió de un modo significativo, y dirigiendo la palabra á la enferma continuó:

—Señora, tal vez usted tenga mas memoria que este caballero: ¿cuándo empezó usted á sentir los primeros síntomas del padecimiento que la postra?

La enferma indicó con la mano que no podia hablar.

—Esto es muy extraño; pero aún podremos entendernos porque usted sabrá escribir.

La enferma, sonriendo de un modo triste, indicó que sí con la cabeza.

—Es inútil que usted fatigue á esa señora con preguntas; hace algunos meses perdió la facultad del habla: tenga usted la bondad de seguirme, y le daré todos los pormenores que necesite.

Cuando Samuel volvió la cabeza para saludar á la enferma, advirtió que esta le dirigia una mirada suplicante.

El enmascarado fué á sentarse en el sofá situado en el tetero de pared que daba frente á la alcoba, indicando al médico que le siguiera.

Desde allí podían hablar sin ser oídos.

—Usted, señor doctor, dijo el del antifaz, desea tener algunos antecedentes sobre la enfermedad de esa señora.

—Sí.

—Es muy justo; pero le supongo demasiado buen médico para que no haya adivinado qué causa conduce al sepulcro á esa desgraciada.

—En cuanto á eso, no tengo duda alguna, repuso Samuel sin inmutarse; esa mujer muere envenenada, y la ciencia no puede devolverle la salud.

—No trato de ocultarlo, contestó del modo mas natural el del antifaz.

—Entonces, ¿qué es lo que ustedes quieren de mí?

—Muchas cosas, amigo mio: ante todo, saber cuántos dias quedan de vida á la enferma.

—Eso es muy difícil asegurarlo, pero es de suponer que en el estado que se encuentra no se prolonguen mucho sus padecimientos.

—¿Es decir, que morirá pronto?

—Así lo creo.

—¿Mañana tal vez?

—Es probable.

—Ahora comprendo que el que me vendió el veneno era un hombre verídico.

Samuel miró al enmascarado de un modo severo.

—Ya sé que tiene usted un corazon puritano, y leo en sus ojos que se asombra de mi franqueza.

—Siempre me ha repugnado el crimen.

—¿Y quién ha dicho á usted, mi querido doctor, que á mí no me sucede lo mismo? El crimen se comete alguna vez por placer y muchas por necesidad.

—Entonces, ¿á qué se me ha conducido á esta casa? ¿Es por ventura para que dé una certificacion falsa?

—¡Bah! para eso no hubiéramos recurrido al doctor Samuel Navarra, cuya honradez, cuya rectitud de principios es conocida por todos cuantos le tratan: para eso hubiéramos buscado un médico vulnerable, que lo aceptan todo por un puñado de oro.

—¿Y dónde existe ese médico? exclamó Samuel con la dig-

nidad del facultativo que ve herida la clase á que pertenece. El que así falta á su conciencia, no es médico, es un infame; pero por fortuna no es tan fácil encontrar un hombre de esa especie entre los que se dedican á la ciencia de curar. Yo no conozco ninguno.

El enmascarado se encogió de hombros, y dijo:

—Nos apartamos de la cuestion. No creo prudente discutir sobre la conciencia de los médicos.

—Sí, es verdad; volvamos á mi pregunta: ¿para qué se me ha conducido aquí de un modo tan violento, empleando un engaño?

—Porque usted puede sernos de mucha utilidad en las presentes circunstancias.

—Tenga usted la bondad de esplicarse.

—No deseo otra cosa; pero como esto va á tomar el carácter de interrogatorio, comenzaré por hacer á usted algunas preguntas.

Samuel se inclinó en señal de asentimiento.

—Hace tres años se presentó un hombre en casa de usted suplicándole que le siguiese para asistir á una enferma.

—Cierto.

—Ese hombre condujo á usted á esta misma habitacion.

—Sí: lo recuerdo perfectamente.

—La que hoy se halla enferma de muerte se encontraba entonces atacada de los dolores del parto, dando al dia siguiente á luz una niña que fué encomendada al cuidado del doctor Samuel Navarra. Pues bien, amigo mio; yo necesito saber el nombre de aquel que fué á buscarle, y todos cuantos pormenores puedan serme útiles para reconocer su persona: deseo

asímismo que usted me entregue la niña que se le confió aquella noche.

—Caballero, yo solo entregaré esa niña cuando su madre, sin violencia de ningún género, me autorice para ello. En cuanto al nombre de la persona que vino á buscarme, es otro secreto que no me pertenece, y no lo revelaré á nadie.

—¿Está usted completamente resuelto á cumplir lo que acaba de decirme?

—Soy firme en mis resoluciones, y tengo además la buena costumbre de cumplir mis juramentos.

—Tanto peor para usted, amigo mio, porque á mí me sucede precisamente lo mismo; es decir, que vamos á luchar hierro contra hierro.

—La lucha en estas circunstancias sería bastante desigual, repuso el médico sonriéndose desdeñosamente.

—Por esa misma razón, estando de mi parte las ventajas, le conviene á usted ceder y que nos entendamos.

—¿A qué llama usted entendernos?

—¡Diantre! á que usted me entregue esa niña y me revele el nombre de su padre: es una cuestión de honra, y si usted me sirve con lealtad puede convenirle; porque supongo, amigo mio, que no será usted rico.

—No tengo otra fortuna que mi honradez, el cariño de mi esposa y el amor de mis hijos.

—Eso vale bien poco, y puede perderse con facilidad.

El enmascarado marcó estas palabras, haciendo brillar sus ojos á través del antifaz.

Samuel sintió un terrible presentimiento y se puso en pié.

—¿Dónde va usted, querido doctor?

—Nada me resta que hacer en esta casa.

—Por el contrario, yo creo que aún no hemos comenzado. Le ruego que se siente y me escuche con calma lo que voy á decirle.

Samuel, procurando dominar la agitacion que las palabras de aquel hombre le habian causado, se sentó diciendo:

—Puede usted comenzar cuando guste.

CAPITULO IV.

El lienzo escrito con sangre.

—Amigo mio, suponiendo que me dirijo á un hombre honrado, repuso el del antifaz, espero que aprecie en lo que vale la honra de otro hombre honrado; con esta confianza voy á revelar parte de una historia.

El de la careta se detuvo, y estendiendo el brazo en direccion á la alcoba continuó de este modo:

—Como usted ha dicho muy bien, esa infeliz, víctima de un veneno, lucha con las agonías de la muerte. Su salvacion es imposible: la ciencia no llega á tanto; de consiguiente, morirá, y usted ú otro médico darán el certificado de defuncion que mas convenga, y luego la tierra cubrirá un crimen que ha sido necesario.

—¡Yo, nunca! exclamó Samuel: si certifico, diré la verdad.

El enmascarado se encogió de hombros, y repuso:

—La honra de una familia ilustre se halla manchada, y

hay manchas que solo lava la muerte; pero no basta que muera esa infeliz que, olvidando lo que se debia á ella misma y al apellido de sus mayores, se entregó á un hombre inferior á su clase; segun se supone, usted le conoce; usted sabe asimismo adónde se halla el fruto de ese amor culpable, y usted, doctor, hablará.

—¿Piensa usted ponerme en el tormento? contestó Samuel desdeñosamente.

—¿Quién sabe? hay tormentos morales que son tan dolorosos como los físicos, sobre todo para un buen padre, para un esposo modelo.

Samuel palideció.

—Veo que comienzan á hacerle efecto mis palabras.

—Sí: ¿para qué ocultarlo? porque supongo que esto ha sido una emboscada, porque sospecho que se va á cometer una infamia; pero si así sucediera...

—Dejemos las bravatas, doctor: usted y toda su familia se hallan en mi poder, y no le queda mas remedio que ocultar un envenenamiento, revelarme el nombre de un seductor, y entregarme la niña que le confiaron hace tres años.

—Antes que cometer una infamia semejante, perezcan mis hijos, perezca mi esposa, perezca yo mismo.

El médico pronunció estas palabras con la energía de la desesperacion.

En aquel instante lo habia comprendido todo. Tal vez su familia corria algun riesgo inminente; pero su recto carácter no podia ceder á las amenazas, ni su conciencia le permitia faltar á un juramento.

—Perfectamente, repuso el enmascarado; veo que es usted

un hombre enérgico á quien no seducen las dádivas ni asustan las amenazas, y deploro de antemano el desenlace dramático que va á tener este asunto. Sin embargo, como la cuestion que nos ocupa es para usted de conciencia, voy á dejarle un momento solo con la enferma, mientras yo participo á otra persona su resolucíon: puede usted decirle el compromiso en que se halla, puede usted pedirle la autorizacíon para revelarlo todo.

Y el enmascarado, saludando á Samuel, salió de la sala.

Samuel oyó el ruido de un cerrojo al correrse.

Era indudable que se le encerraba para que no pudiera fugarse.

Quedó pensativo.

Por su mente cruzaron las cariñosas imágenes de sus hijos y su esposa.

El médico exhaló un suspiro, temiendo que algun grave peligro les amenazara.

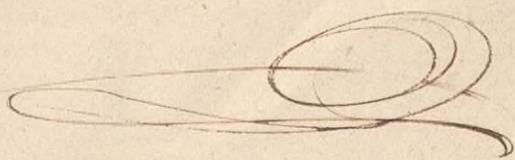
Por un momento sintió que la ternura de padre, el amor de esposo, debilitaban su corazon.

Se pasó la mano por la frente y quedóse pensativo, dejando vagar una mirada en derredor suyo.

Aquella habitacion tétrica, sombría; aquellos tapices, mudos bosquejos de la historia sagrada; aquella lámpara de bronce derramando un rayo de luz sobre la imágen del Redentor, oprimieron su espíritu.

¿Qué final tendria aquella aventura?

Samuel temblaba solo de pensarlo; pero pronto su enérgico corazon se reveló contra los temores que le habian asaltado, y dirigióse resueltamente hácia la alcoba.



La enferma, viendo que se acercaba, plegó las manos en ademán suplicante.

Samuel se inclinó hasta colocar su frente á pocas líneas del pálido y sudoroso rostro de la enferma, y le dijo:

—Señora, es indudable que aquí se comete un crimen.

La enferma agitó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ese hombre que cubre su rostro con un antifaz, repuso el médico, acaba de proponerme cosas infames: quiere que le entregue la niña que usted me encomendó.

La enferma lanzó una especie de gemido, llevándose las manos á la cabeza con la mayor desesperacion.

—No tema usted, dijo el médico: me precio de hombre honrado; sé cumplir con mi deber. Cuando hace tres años usted me dijo: «Doctor, confío á usted mi hija, que nadie sepa su paradero sin mi autorizacion, porque la matarian,» yo juré á usted guardar el secreto, y lo guardaré aunque para romperle me ofrecieran un monte de oro, aunque por faltar á la fé jurada me amenazaran con quitarme la vida.

La moribunda cogió una de las manos del médico, y llevándola á sus labios depositó en ella un beso.

—Además, se me exige que revele el nombre de...

La enferma se agitó en su lecho como si un ataque nervioso se apoderara de ella.

—No tema usted, señora; seré mudo como la muerte.

En este instante la enferma le preguntó por señas si estaban solos.

Samuel le contestó que sí.

Entonces, incorporándose, estendió el brazo hasta llegar á una de las molduras que adornaban el cabezal de la cama, é

indicó al médico que tirara de una rosa de madera tallada que formaba el remate de un ramo.

El médico obedeció, manifestando el mayor interés en complacerla.

Al arrancar la rosa cayó un pedazo de lienzo blanco del tamaño de cuatro pulgadas en cuadro.

Aquel lienzo tenia algunas líneas escritas con sangre. La enferma lo entregó al médico, indicándole que las leyera.

Decían así:

«En el salon de los tapices se halla una mesa cuyo mosaico de piedras representa la resurreccion de Lázaro.

»Colocando un dedo sobre la frente de Jesus y otro sobre el pecho de Lázaro, salta un resorte, dejando en descubierto un cajon en el cual se hallan unos papeles importantes para mi hija: esos papeles, si el que lea este lienzo escrito con mi propia sangre es honrado, los entregará al médico Samuel Navarra, que vive en el pueblo de Viella.

»Muero envenenada, pero perdono á mi asesino.

»¡Bendito seas si cumples mi última voluntad!—*Elena de Balboa.*»

Cuando el médico terminó la lectura de aquellas líneas que la moribunda habia escrito sin mas pluma que un alfiler, lo guardó precipitadamente y dijo en voz baja:

—Yo la cumpliré, señora, sin que me acobarden las amenazas; y puesto que la maldad de los hombres priva de una madre á la niña que usted me confió, yo juro á la faz de Dios que seré su padre.

Samuel hizo el juramentó con esa fé, con esa energía que nace del corazon.

Doña Elena de Balboa besó las manos del médico con la mas profunda espresion de agradecimiento, y elevó los ojos al cielo exhalando un suspiro.

Luego indicó que le affigia no poder hablar, dándole á entender que fuera con mucho cuidado, pues si sus enemigos le arrebatában los papeles, todo se perdía.

—Comprendo, dijo el médico, que es preciso obrar con prudencia. Mientras yo permanezca en esta casa, puede decirse que me hallo preso. Ese hombre cerró la puerta detrás de sí, dejándome encerrado. ¿Tiene esta habitacion otra salida?

Elena dijo que sí con la cabeza.

—Entonces, concibo alguna esperanza. ¡Oh! ¡si usted pudiera hablar!...

La enferma le indicó que podia escribir.

Samuel sacó una cartera y se la entregó.

Elena le hizo comprender, siempre por señas, que saliera de la alcoba, corriendo la cortina.

Samuel obedeció, y fué á colocarse junto á la puerta que habia cerrado el hombre del antifaz.

Aplicó el oido. Nada se percibia. El silencio mas profundo reinaba dentro y fuera de la habitacion.

Samuel, comprendiendo que en semejantes casos conviene ganar tiempo, fué á sentarse junto á la mesa.

Tenia muy presentes las instrucciones indicadas en el lienzo: colocó, pues, un dedo sobre la frente de Jesus y otro en el pecho de Lázaro, imprimiendo igual fuerza al mismo tiempo.

La piedra que figuraba el sepulcro de Lázaro se hundió, dejando ver un hueco, dentro del cual se encontraba un cuaderno manuscrito.

Navarra se apoderó de él, ocultándolo precipitadamente en el pecho.

El secreto volvió á cerrarse, quedando las piedras perfectamente unidas.

Aquel velador era una obra de arte.

Samuel se quedó admirado; pero pronto se repuso de su sorpresa, y corrió á la alcoba.

—Los papeles están en mi poder, dijo.

Elena, entregándole la cartera abierta, le insinuó que leyera lo que habia escrito.

Decia así:

«Doctor: Huya usted de España por algun tiempo con mi hija: entre los papeles que le confio hallará unos cuantos billetes del banco. Los enemigos que me asesinan son poderosos. Conozco una puerta secreta que da paso á una escalera subterránea.

»Esta escalera conduce al parque; tiene la salida en el fondo de una gruta oculta entre el follaje. Se halla usted en el antiguo castillo feudal de los condes de Balboa mis antecesores: conduzcame usted hasta el tapiz que representa la degollacion de los inocentes.»

Cuando el médico terminó la lectura, al levantar la cabeza vió que la enferma se habia incorporado sobre el lecho, y envolviéndose en la colcha de seda se deslizaba de la cama.

Su debilidad era tanta, que á no sostenerla Samuel indudablemente hubiera caido al suelo.

El médico la condujo casi en sus brazos hasta el estremo opuesto de la habitacion.

Entonces Elena procuró alzar con su trémula mano el tapiz

bajo del cual vió Samuel una pared negra por los años y ensamblada de molduras de madera.

La enferma fué tentando las molduras.

Su mano se detuvo sobre un pequeño boton.

Entonces cogió el brazo del médico, haciéndole comprender que apretara con fuerza en el mismo sitio que ella tenia colocado el dedo índice.

Samuel obedeció, sintiendo al instante que la pared cedia.

Una puerta pequeña, angosta, pero lo suficiente para dejar paso á una persona, se abrió de repente en el muro.

El doctor apercibió en el rostro una ráfaga de aire frío.

Aquello era el camino de la salvacion.

Cogió en sus brazos á la enferma y la condujo hasta la cama.

—Señora, le dijo: voy á partir porque conozco que de nada pueden servirle mis conocimientos; pero juro por la salvacion de mi alma vengar este asesinato y proteger á su hija mientras me quede un soplo de vida.

Y Samuel se dirigió precipitadamente hácia la puerta secreta, desapareciendo por ella y cerrándola detrás de su paso.

La enferma, al verle desaparecer, plegó las manos sobre el pecho, alzó los ojos al cielo y exhaló un suspiro.

Tal vez su alma elevaba á Dios una plegaria en favor del médico Samuel Navarra.

CAPITULO V.

La gruta.

El castillo de los condes de Balboa era una de esas moles de piedra en donde el recelo de los señores feudales acumulaba esa multitud de puertas secretas, misteriosas escaleras, subterráneos y pasadizos ignorados, muy útiles en los momentos de peligro.

Situado en las faldas de los Pirineos, fronterizo á Francia, vivieron sus fundadores en continuo sobresalto, viéndose á lo mejor acometidos en su guarida de águilas.

El tiempo fué modificando las costumbres, el progreso abolió los feudos, y la paz dió vida á las artes y á la agricultura.

Pero el castillo de Balboa ostentaba aún un resto de su imponente aspecto, si bien se habia modernizado mucho.

Conservaba, por decirlo así, su esqueleto, sus fuertes muros, su tétrico parque y alguna que otra torre almenada; pero su huerta se habia convertido en jardin, su puente levadizo

en una calle de castaños de Indias, y su hogar de campana en chimenea francesa.

Se aseguraba que el castillo tenia calabozos subterráneos, pasillos practicados dentro de los muros y puertas secretas, pero la servidumbre ignoraba en dónde se hallaban.

Cinco años antes de los acontecimientos que nos ocupan, don Pedro de Balboa, viejo tan rancio como sus pergaminos, y tan duro de carácter como las paredes del castillo que habitaba y que nunca habia querido abandonar, se sintió gravemente indispuerto, y viendo que la muerte se cernia en derredor de su cabeza, llamó á su hija Elena y á su hermano Alejandro y les dijo:

—Conozco que me muero, que toca á su fin mi mision en la tierra. Tú, Elena, tienes veintisiete años, y si se exceptúa el tiempo que estuviste en el colegio, nunca te has separado de este viejo castillo. Tú, Alejandro, tienes cuarenta; has corrido mucho mundo, eres hombre de esperiencia, y puedes despues de mi muerte servir de padre á mi hija; procura darle un esposo digno del apellido que lleva: sé, pues, su consejero.

Elena lloró, porque amaba á su padre.

Alejandro juró con la mano puesta sobre los Evangelios ser el protector de la condesa Elena de Balboa.

Despues de esto el viejo conde creyó que podia morirse tranquilo, y encerrándose con su confesor así lo hizo.

Elena de Balboa quedó, pues, dueña de un rico patrimonio, y de un título que databa nada menos que del tiempo de las Cruzadas.

Muerto don Pedro, su hermano Alejandro abandonó el castillo, dejando sus instrucciones á un criado de su confianza, y

se trasladó á Madrid á olvidar en el seno de los placeres, á los que era muy dado, el hastío que durante los tres meses de permanencia en el castillo de los Pirineos habia sufrido.

Elena se quedó sola, comenzando á introducir en su antigua morada algunas variaciones.

Su tío, tutor y curador de cuanto poseia la jóven condesa, la dejó entera libertad para que satisficiera todos esos caprichos hijos de la juventud y del buen gusto, mientras él en la córte derrochaba á manos llenas una buena parte de la fortuna de su sobrina.

De tarde en tarde don Alejandro visitaba á la condesa, pasando con ella quince dias.

Luego regresaba á la córte.

Al principio todo fué bien, pues Elena, aunque jóven, gustaba de la soledad, sin duda por su carácter dulce y melancólico.

Amada de sus criados, sin separarse nunca de una jóven que le servia de doncella, nacida en el castillo, fué poco á poco imprimiendo en la antigua fortaleza un carácter mas risueño, mas en armonía con el siglo.

Un dia encontró en el cajon de un armario un rollo de pergaminos.

Elena pasó una velada leyendo aquel escrito, que no era otra cosa que la relacion del arquitecto que habia dirigido las obras del castillo.

Entonces supo todos los secretos de su morada, sin pensar que algun dia pudieran servirle, como se verá mas adelante.

Explicados estos antecedentes, sigamos de nuevo al doctor Samuel.

Al penetrar en el angosto corredor de la puerta secreta, se encontró envuelto en una oscuridad tan profunda, que se detuvo.

Samuel era un hombre animoso: comprendía su situación y no se precipitó.

—Aquí, se dijo, debe haber alguna escalera que me conduzca al parque, según me indicó esa señora. Veamos dónde se halla.

Comenzó á tentar con los piés y con las manos, hasta que encontró el primer escalon.

Como el corredor apenas tendria cuatro piés de ancho, Samuel, con los brazos en cruz, se apoyaba perfectamente en el muro.

Se deslizó pues con precaucion, contando al mismo tiempo veinte escalones.

La escalera habia terminado.

El doctor siguió adelante, pero siempre arrastrando los piés, pues la oscuridad no le permitia ver el terreno que pisaba.

Después de algunos minutos percibió en el rostro un aire menos húmedo, mas fresco.

Era indudable que se aproximaba á la salida de aquel subterráneo.

De pronto sus manos tropezaron con un objeto que cedia, que se agitaba al contacto de sus dedos.

Samuel procuró introducir el brazo.

En seguida se convenció que tenia delante un muro de yedra que le cerraba el paso.

—Esto debe ser la gruta, se dijo.

Y haciendo un esfuerzo separó las entretejidas y apiñadas

ramas de la yedra hasta dejar el hueco suficiente para su cuerpo.

Después de esto se encontró en una gruta que no pudo reconocer por la mucha oscuridad que en ella reinaba, pero á algunos pasos de distancia distinguió con indecible gozo la dudosa claridad de la noche, que penetraba en la gruta por su angosta entrada.

Avanzó en dirección al punto de luz que distinguía, y no tardó mucho en hallarse en el jardín del castillo.

Alzó los ojos: el cielo se extendía sobre su cabeza cargado aún de nubes, sin estrellas, sin luna, tétrico, oscuro, amenazador.

El viento silbaba entre las secas ramas de los seculares árboles.

Llovía con furia, pero á intervalos, como si las ráfagas de viento trajeran y llevaran el agua de una parte á otra, como si la tempestad jugara con el primer elemento que vivifica la tierra.

El doctor se detuvo para reflexionar sobre su situación.

El ladrido de un perro, el grito de un guarda, podían alarmar á los dueños del castillo.

Samuel llevaba sobre el pecho unos papeles de alta importancia para una pobre niña; había ofrecido además, protegerla á su madre moribunda.

Pero no se trataba de un enemigo noble que desea herir y presenta al mismo tiempo el pecho para ser herido. Los enemigos de Elena de Balboa, y que Samuel podía contarlos como suyos desde el momento en que no accedía á sus deseos, eran de otro género mas temible.

De pronto hirió sus ojos una luz que por la parte del jardín se acercaba hácia la gruta.

No tardó mucho en cerciorarse de que algun nocturno guardian se acercaba hácia aquel sitio.

Vaciló un momento entre subirse á uno de los árboles que formaban el camino de la gruta, ó retroceder, penetrando por el muro de yedra al corredor subterráneo.

Esto le pareció mas fácil de ejecutar.

No perdió un momento, y corrió á ocultarse.

Apenas habia arreglado un poco las ramas, un hombre penetró en la gruta llenando aquel recinto de claridad, pues la luz de un farol se extendió por todos los ámbitos.

El hombre, que segun su traje debia ser un guarda, dejó el farol en el suelo y la carabina al lado del farol.

Luego se sentó en un taburete rústico de los cuatro que habia en la gruta.

El guarda, que estaba bien lejos de imaginar que detrás de las espesas hojas de la yedra otro hombre observaba hasta el menor de sus movimientos, dió un descomunal bostezo, sacó la petaca y se puso á liar un cigarro con la mayor indiferencia.

CAPITULO VI.

Una plática interrumpida.

Por la primera vez de su vida sintió el doctor Samuel no llevar armas.

Aquel hombre cuyo menor movimiento espiaba, podía tenerle por un enemigo; era, por decirlo así, el primer obstáculo que se oponía á su fuga.

Trascurrieron algunos minutos.

El guarda fumaba y bostezaba como si el fastidio ó el sueño comenzaran á apoderarse de él.

De vez en cuando dirigia una mirada indiferente á la entrada de la gruta, aplicando el oído.

Debia esperar á alguno, porque á veces su tosca fisonomía demostraba la impaciencia.

De pronto se puso de pié, y ocultando el farol en uno de los ángulos de la gruta se dirigió hácia la entrada con marcado recelo.

Allí permaneció un momento, dirigiendo la mirada hácia el jardín.

Samuel hubiera podido entonces salir, quitarle el arma y pasar por encima de él; pero esto hubiera sido una imprudencia.

Además, aquel hombre ningun daño le habia hecho, y el doctor era demasiado valiente, demasiado noble, para matar á un prójimo á traicion.

Samuel oyó claramente un gruñido poderoso, reconcentrado, que terminó en un ladrido.

Esto le estremeció.

El guarda, que se hallaba recostado sobre las piedras de la gruta, perdió su inmovilidad, y entró precipitadamente, cogió el farol, y volviendo á salir dijo:

—Bautista, soy yo; sujeta á Leon, no vaya á hacer alguna barbaridad.

—Lo llevo con la cadena; no tengas cuidado, Atanasio, dijo otra voz que venia de la parte del jardín.

Samuel se llevó la mano al corazon.

—El perro puede husmearme, se dijo, y entonces estoy perdido.

Antes de terminar esta reflexion, otro hombre penetró en la gruta.

Este, que debia segun su traje ser guarda como el del farol y la carabina, era mas jóven y mas alto.

Su rostro, perfectamente afeitado, moreno y bien parecido, daba á su fisonomía el aspecto de uno de esos ayudas de cámara de los grandes señores.

Llevaba una especie de chuzo en la mano derecha, y en la

izquierda sujetaba con una cadena á un enorme mastin de pelo de lobo.

Su traje, como el del hombre del farol, se reducía á un capuchon de marino; pero el del perro llevaba la capucha tirada hácia atrás como si desafiara la crudeza de la noche.

—¡Maldito perro! dijo Atanasio: por mas que le acaricio no quiere hacerse amigo mio.

El perro levantó la cabeza como venteando en dirección al muro de yedra, gruñendo de un modo amenazador.

Bautista sacudió un terrible puntapié al perro, diciendo:

—Sangre de lobos debias tener para ser ingrato. ¿No conoces á Atanasio? Pues á fé á fé que bien te engullés los trozos de pan que te da y lames los platos que te presenta cuando come.

El perro continuó gruñendo, pero con menos fuerza.

—¡Aquí! y calla con mil diablos, repitió Bautista dándole un segundo golpe de plano con el chuzo.

El perro fué á echarse á los piés de su amo, pero sin dejar de gruñir.

Samuel bendijo la enemistad de Atanasio con Leon, pero no se atrevió ni á avanzar ni á retroceder, porque si bien por una parte hubiera querido alejarse algo de aquel sitio, por otra tenia deseos de saber lo que aquellos hombres indudablemente iban á hablar, como efectivamente así sucedió.

—¿Has estado por arriba? preguntó Atanasio.

—Sí.

—¿Y qué dice don Alejandro?

—Me encargó que esta noche redobláramos la vigilancia.

—¿Tiene alguna noticia del hombre misterioso?

- Los diablos carguen con él.
- Amen.
- Hace quince días que no cerramos los ojos.
- Y que los cepos están preparados.
- Pero el pez no cae.
- Yo creo que huele el peligro.
- Escucha, Bautista: todas estas precauciones ¿no serán cavilosas de don Alejandro?
- Lo que yo puedo asegurarte es que ese hombre entra en el castillo.
- ¿Por dónde?
- Lo ignoro. Las últimas huellas que encontramos se perdían cerca de la entrada de esta gruta; el terreno estaba blando á causa de la lluvia, pero las pisadas desaparecieron á lo mejor.
- Me ha dicho la vieja Eustaquia que en el castillo debe haber caminos subterráneos.
- No digo que no.
- Si nosotros los descubriéramos...
- Entonces llevaríamos mucho adelantado para coger al pájaro.
- Y recibir la recompensa ofrecida.
- Lo que yo no comprendo, repuso Atanasio, es por qué don Alejandro tiene tanto empeño en coger á ese hombre.
- Bautista se encogió de hombros, y dijo:
- Yo tampoco.
- Sospecho que aquí debe haber algun misterio.
- Atanasio, no debe importarnos eso.
- Tienes razon: el que sirve debe obedecer al que le paga.

—Y seguir la consigna que se le da.

—De modo que si tú le vieras saltando la tapia...

—Le echaria mano para cogerle, pues ya sabes que tengo buenos puños.

—¿Y si te se escapara?

—Le clavaría el chuzo por la espalda.

—¡Matar á un hombre!

—¡Toma! cuando el hombre entra de noche en la propiedad ajena, cuando asalta las tapias de un jardin, no será con objeto muy santo.

—Dices bien.

—Además, á tí y á mí nos pagan para que guardemos el castillo. Los Pirineos comienzan al pié de estos muros; la raya de Francia se halla á menos de una legua de este jardin, y no faltan malhechores en estos barrancos. De modo que si matamos á un hombre desconocido que pudiendo entrar por la puerta salta por la tapia, la justicia tiene en cuenta nuestro celo y la imprudencia del muerto: esto es mas claro que la luz del dia.

—¿De modo que tú le matarias sin escrúpulo?

—Ni esto.

Y Bautista se mordió la uña del dedo índice, tirando con rapidez la mano hácia fuera.

Atanasio alargó la petaca á su compañero para que hiciera un cigarro.

Bautista, despues de hacer el cigarro y encenderle con la luz del farol, volvió á decir:

—Tengo doce cepos de lobo colocados alrededor de la tapia. Como el prójimo que nos trae desvelados caiga en uno de

ellos, no le arriendo la ganancia, porque la presa es tan fuerte que rompería una pierna aunque fuera de roble.

—Don Alejandro parece que se ha tomado á empeño el cogerle.

—Sobre todo, desde que la señorita está enferma.

—¿Y cómo sigue?

—Creo que bastante mal.

—Lo que quiere decir que se muere.

—Así parece.

—Pero ¿sabes, Bautista, que la enfermedad de doña Elena es bien estraña? Dicen que se ha quedado muda.

Bautista chupó con calma su cigarro, y contestó:

—Eso no será verdad.

—Pues á mí me lo ha dicho Marieta su doncella.

—¿Quién hace caso de esa parlanchina?

—Tienes razon.

Aquí guardaron silencio los dos interlocutores.

Bautista estiró el cuello como el que escucha, y luego dijo:

—¿Has oído?

—Sí; parece que se oyen pasos.

Atanasio cogió la carabina.

Bautista el chuzo.

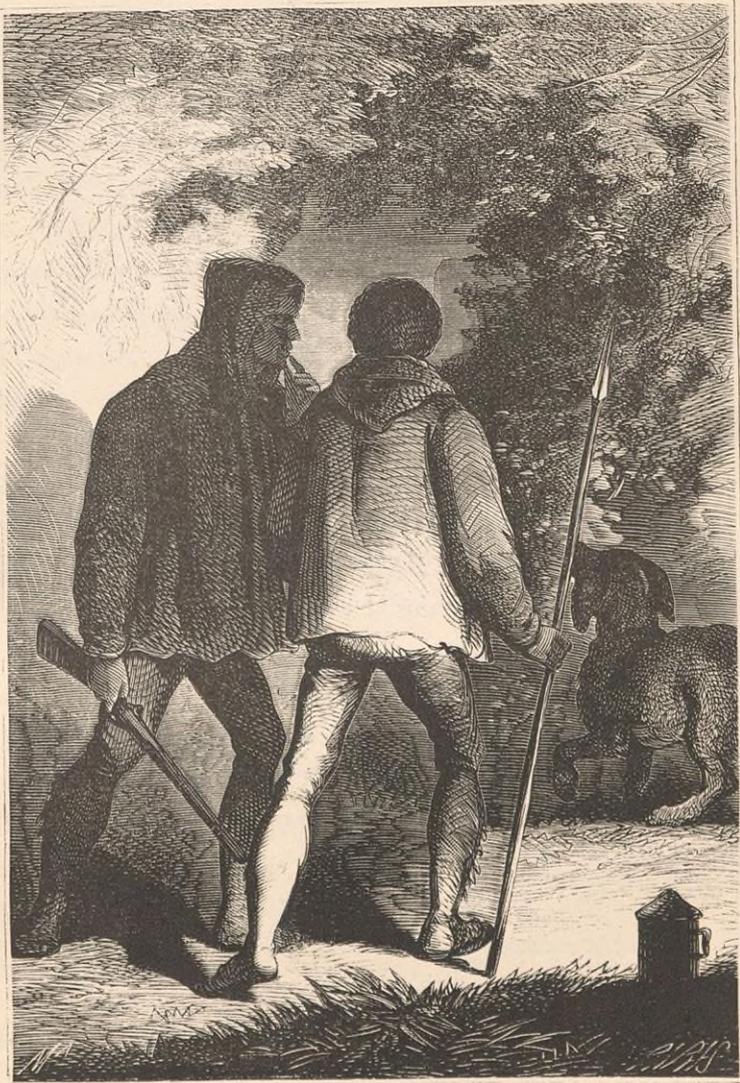
El perro levantó la cabeza y se disponía á gruñir, cuando su amo le cogió bruscamente el hocico para que callara.

—Sal, dijo Bautista, y ocúltate detrás de un árbol.

Atanasio se disponía á obedecer, cuando oyeron una voz que decía:

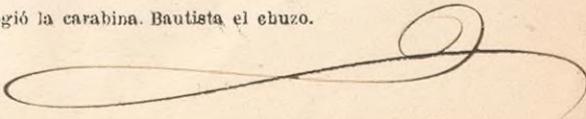
—¡Bautista! ¡Atanasio! ¿Dónde diablos os habeis metido?

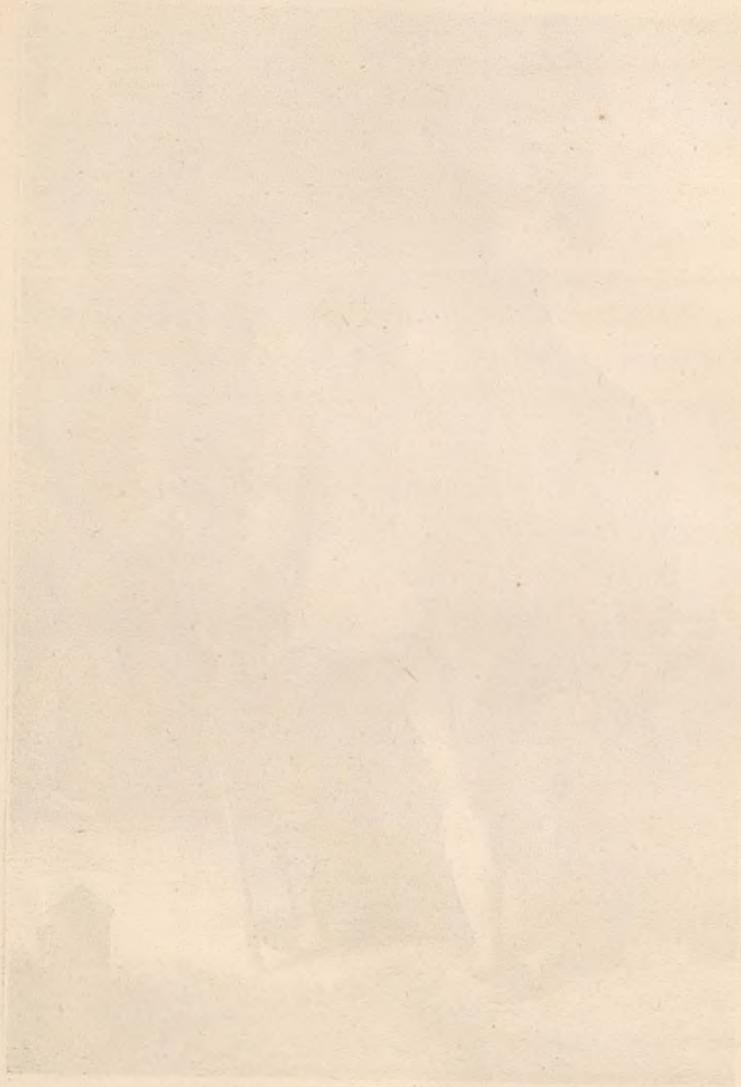
—¡Don Alejandro! exclamaron á un tiempo los dos guar-



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Atanasio cogió la carabina. Bautista el ebuzo.





PRINTED BY THE UNIVERSITY PRESS, CAMBRIDGE.

THE UNIVERSITY PRESS, CAMBRIDGE.

das, levantándose y saliendo al encuentro del nuevo personaje que se presentó á la entrada de la gruta.

Samuel reconoció la voz del enmascarado con el que habia tenido la escena en el gabinete de los tapices.

Entonces desde su escondite pudo verle sin el antifaz, y procuró grabar en su memoria la fisonomía de aquel hombre.

Tendria unos cuarenta años de edad.

A su semblante de color moreno y enérgico, daban cierto carácter aristocrático unas patillas negras como el azabache que terminaban en el nacimiento de la barba.

Su boca pequeña, sus labios delgados y de un hermoso color, dejaban ver al entreabrirse una compacta y blanca dentadura.

Alto y un tanto grueso, caminaba con cierta pesadez, indicando la fuerza de su desarrollada musculatura.

En aquel hombre nada repugnaba, todo era noble, distinguido, si se exceptúa el brillo de sus negros ojos y el fruncimiento de sus pobladas cejas.

Vestia un traje andaluz; pero encima de este traje llevaba un ancho sobretodo, formando un contraste extraño con el sombrero gacho y los botines de cuero blanco.

Era indudable que el sobretodo se lo habia puesto para abrigarse al bajar al jardin.

—¡Gandules del diablo! exclamó entrando en la gruta con voz de trueno: ¿os pago yo para que paseis la noche bajo techado?

Bautista, que sin duda gozaba de mas familiaridad con su amo, fué el que tomó la palabra, pues Atanasio no se atrevió á desplegar los labios.

—Señor, Atanasio y yo tenemos la costumbre todas las noches de reunirnos en este sitio, siempre que terminamos la ronda, para darnos cuenta mutuamente de lo que ocurre.

—¿Y no ha ocurrido nada esta noche? preguntó don Alejandro con malhumorado tono.

—Nada: los cepos están cargados, y no se ha oído una mosca ni dentro ni fuera del parque.

—¡Mientes!

—Señor, he dicho la verdad: esta noche, como otras muchas, nuestras pesquisas han sido infructuosas.

—¡Mientes, te digo! porque se me ha escapado un hombre, y no habeis tenido habilidad para cogerle; lo que prueba que de nada me servís.

—Puedo asegurar á usía que nadie ha saltado la tapia, repitió Bautista.

—¡Seguidme, con treinta mil de á caballo! Sois unos canallas, que voy á hacer que os manden á Ceuta con un grillete en el tobillo.

Y diciendo esto, Alejandro salió de la gruta, seguido de los dos guardas, que no se atrevieron á defenderse de las amenazas que les dirigia su amo.

CAPITULO VII.

Donde crecen los peligros.

Samuel oyó las pisadas que se alejaban.

Su situación se iba haciendo cada vez mas difícil. Salir en aquellos momentos era arriesgarlo todo.

Además, recordaba las palabras de uno de los guardas. Los cepos de lobo colocados alrededor de la tapia, donde tan fácilmente podia quedar cogido, le tenían indeciso.

Era indudable que en la habitación de la moribunda se habia notado su fuga, y que don Alejandro y sus satélites le buscaban.

Samuel, en aquel momento de indecision, de temor, dedicó un pensamiento á su esposa, á sus queridos hijos.

Mas le sobresaltó el peligro que á ellos pudiera amenazar, que el que á él le sobreviniera.

Pero comprendió asimismo que para correr en su ayuda era

preciso abandonar aquel subterráneo antes que la luz del día viniera á hacer imposible la fuga.

El doctor Navarra se dispuso á jugar el todo por el todo, y salió, apartando las hojas donde se ocultaba: se halló en la gruta.

Firmemente resuelto á terminar aquella situacion intranquila y arriesgada, avanzó, encontrándose poco despues en el jardin.

Allí reconoció el terreno.

A lo lejos se divisaba la débil luz del farol que por sus oscilaciones le dió á entender que se alejaba.

Entonces se le ocurrió apoderarse de un palo ó una rama de árbol que le sirviera para tantear el terreno al llegar á la tapia, porque los cepos indicados por Bautista le tenian pre-ocupado.

Aunque la noche era oscura, Samuel distinguia los objetos á corta distancia.

No le fué muy difícil encontrar lo que deseaba, arrancando una de las estacas que sostenian el cobertizo rústico de la gruta.

Este palo, bastante grueso, tenia para él dos objetos: primero, librarle de los peligros de los cepos; segundo, el de poderse defender en caso necesario.

Puso la confianza en Dios, y avanzó por la parte contraria de la luz del farol que divisaba á lo lejos.

No tardó mucho en encontrarse la tapia del parque que le cerraba el paso.

El muro por allí tenia una elevacion de dos metros y medio.

Samuel colocó el extremo del palo en varios puntos del pié de la tapia, donde crecía abundante yerba.

El terreno era franco, sólido. Se acercó á la tapia y la reconoció.

Por aquella parte era imposible de todo punto escalarla, porque se hallaba recientemente revocada de yeso y no presentaba una sola grieta en donde hacer hincapié y afianzar las manos.

Siguió el muro adelante, valiéndose siempre del palo como los ciegos.

De vez en cuando buscaba con una mirada inquieta la luz del farol protector de su fuga, pues le iba indicando la marcha de sus perseguidores.

A pesar del viento, de la lluvia y del frío, Samuel tenía la frente cubierta de sudor.

A cada momento que pasaba, la idea de que su familia corría algun riesgo le hacía estremecer.

Por fin, despues de un cuarto de hora de fatiga se detuvo en un sitio en donde la tapia, algo desmoronada, ofrecia algunas probabilidades de evasión.

Samuel, aunque inquieto, no se aturdió fácilmente, y calculó que en aquel sitio debía ser donde Bautista habria puesto con preferencia los cepos.

Tanteó con mayor cuidado el terreno, y sintiendo de pronto una brusca sacudida, se le escapó el palo de las manos.

Se inclinó para reconocer mejor lo que habia producido el sacudimiento, y vió su baston fuertemente oprimirse por dos aros de hierro que como los dientes de un perro de presa se habian clavado en la madera.

Samuel intentó en vano sacarlo de aquellas mandíbulas aceradas.

Le fué imposible; pero bendijo interiormente á la Providencia, que tan á tiempo le habia revelado aquel peligro inminente.

Luego se acercó á la tapia sin temor, logrando escalarla con facilidad.

Cuando se hallaba sentado en la desmoronada albardilla, midiendo con afanosos ojos la altura del salto que debia dar, vió que la luz del farol se aproximaba hácia aquel sitio.

Entonces pronunció el nombre de Dios y se dejó caer á la parte de afuera.

Cayó de pié sin hacerse el menor daño.

Su primer pensamiento fué alejarse de aquellas tapias, dentro de las cuales tan angustiosas horas habia pasado.

Ignoraba qué direccion tomar; pero dejándolo á su buena suerte, comenzó á correr campo atravesia.

En la carrera pudo advertir que á la derecha del castillo que como un colosal fantasma se perdia en medio de la oscuridad de la noche, se divisaba un pequeño pueblo compuesto de un centenar de casas.

Este pueblo, segun pudo comprender, se hallaba casi reclinado en la falda de un elevado cerro.

Samuel no se detuvo á observar mas. Sabia lo bastante, es decir, que el castillo era de los condes de Balboa.

Esto era lo mas esencial.

Samuel siguió corriendo campo atravesia, sin que nada le detuviera.

La lluvia habia reblandecido el terreno, y no pocas veces

el honrado médico se metía en los charcos, hundiéndose hasta la rodilla.

Pero estos contratiempos eran de poca importancia para un hombre que corría en busca de su familia, creyéndola en inminente peligro.

Samuel se detuvo fatigado después de una hora de precipitada carrera.

Ignorando adónde se dirigía, privándole la oscuridad de reconocer el terreno en que se hallaba, haciendo muchas veces casi imposible el continuar el camino los numerosos charcos de agua y el barro en donde se le hundían sus piés, se decidió á esperar el día, que según sus cálculos no estaba lejos.

Por eso sin duda se dejó caer al pié de un árbol, exhalando un suspiro.

Hasta entonces un copioso sudor había inundado su cuerpo, pero al detener su angustiada marcha, su rápida carrera, el sudor se le enfrió en el cuerpo, y el frío vino pronto á reemplazarle.

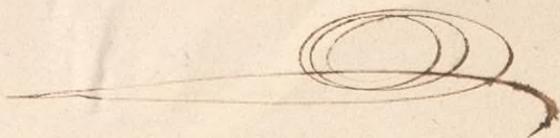
Samuel, sentado al pié del árbol, temblaba como las secas ramas agitadas por el fuerte viento de la noche.

Temiendo que el frío paralizara sus miembros, comenzó á frotarse todo el cuerpo como para buscar la reacción.

Sentíase débil, y en vano buscaba en derredor suyo una choza, una cabaña que le ofreciera hospitalidad. Aquello era un desierto.

Pero hay naturalezas que no desmayan nunca, y la de Samuel era de esas.

Se irguió como el atleta que se dispone á afrontar una lucha titánica superior á sus fuerzas, y se dijo:



—¡Adelante! Ignoro adónde me conducirá este camino; pero no importa: prefiero morir de cansancio ó ahogado en algun pantano, á quedarme yerto de frio junto á este árbol.

Apenas habia aceptado esta resolucion desesperada, cuando oyó á sus espaldas el precipitado galope de dos caballos.

Su primera idea fué que le perseguian, y antes de cerciorarse se echó boca abajo al pié del árbol.

Veamos ahora qué es lo que habia acontecido en el castillo de los condes de Balboa desde que el doctor Samuel abandonara la habitacion de los tapices.

Por eso sin duda se dejó caer al pié de un árbol, esperando el día, que según sus cálculos no estaba lejísimo. Hasta entonces un copioso sudor habia inundado su cuerpo, pero al momento en que se echó boca abajo, pronto se resquebrajó el sudor y el frío vino pronto á reemplazarlo.

Temiendo que el frío paralizara sus miembros, comenzó á frotarse todo el cuerpo como para hacer la respiración. Sentíase débil, y en vano buscaba en derredor suyo alguna cosa, una capota que le ofreciera hospitalidad. Aquella era un desierto.

Pero hay naturalezas que no desmayan nunca, y la de Samuel era de esas. Se preguntó cómo el atleta que se dispone á afrontar una lucha tan dura como la que él se encontraba en el momento de caer, se hubiera agotado en una batalla tan sencilla como la que él se encontraba en el momento de caer.

Se preguntó cómo el atleta que se dispone á afrontar una lucha tan dura como la que él se encontraba en el momento de caer, se hubiera agotado en una batalla tan sencilla como la que él se encontraba en el momento de caer.

CAPITULO VIII.

El verdugo y la victima.

El del antifaz que tuvo la conferencia con el doctor Samuel en el gabinete de los tapices, y á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Alejandro de Balboa, al separarse del médico con objeto de que reflexionara sobre las proposiciones que le habia hecho, se dirigió cruzando algunos corredores á un pequeño salon, especie de comedor antiguo en donde ardía una buena lumbre en la chimenea.

Allí le esperaba un hombre.

Era el mismo que le habia acompañado aquella noche al pueblo de Viella; es decir, ni mas ni menos que Bautista, el que hemos visto conversar en la gruta con el guarda Atanasio.

Don Alejandro se quitó la careta al entrar en el salon, y Bautista se puso de pié con muestras de respeto.

—Dame algo, Bautista, dijo don Alejandro; la espedicion de esta noche me ha abierto el apetito.

—¿Quiere el señor que le sirvan la cena?

—No: pon tú mismo sobre esa mesa una botella de Jerez y algunos fiambres.

Bautista abrió un inmenso armario de nogal y colocó con la ligereza de un cocinero práctico algunos platos sobre la mesa.

—Escucha, Bautista: tú sabes que te profeso el cariño de un padre.

—Lo sé, señor.

—Los tuyos no existen.

Bautista se estremeció; pero dominándose, se sonrió dolorosamente.

—A usted debo la educación que he recibido, á usted lo debo todo.

—No es eso lo que quiero decirte, porque para recompensar los favores que te he hecho tengo los buenos servicios que me has prestado; pero en este castillo se estrellan tus buenas intenciones.

—Es verdad, señor; muchas veces creo que en ello anda el diablo.

—¿Eres supersticioso?

—¡Bah! usted sabe que si el diablo se presentara delante de mí en figura de hombre, me batiría con él.

—Eres valiente, lo sé; pero de nada nos sirve tu valor. El que buscamos se escapa de nuestras manos.

—Puedo asegurar al señor que desde que estoy en el castillo no viene; los cepos están puestos, y Atanasio y yo velamos toda la noche. Además, Leon tiene buen olfato y mejores colmillos; si se atreve á venir, no se escapará.

—¿Lo crees así?

—Tengo la seguridad de ello.

—Sin embargo, es muy extraño que en tres meses no haya venido á verla, repuso don Alejandro preocupado; sobre todo, ahora que Elena se muere: yo creo, Bautista, que en el castillo tiene á su servicio algun criado fiel.

—Ya sabe el señor que quedan pocos de los antiguos servidores.

—¿Tienes confianza en Atanasio?

—Como conmigo mismo.

Alejandro se sirvió un vaso de vino, y despues de apurarlo quedóse un momento pensativo.

Luego continuó de este modo:

—¿Habrá desempeñado Lorenzo bien la comision?

—Lorenzo es mi hermano, contestó Bautista.

—Sí, pero no va solo.

—El hombre que le acompaña no es otra cosa que el instrumento que se dirige, que se le domina porque no piensa; por un puñado de oro mataria á su padre si lo tuviera. Además, se le ha ofrecido un pasaporte, se halla fuera de las leyes y no conoce á nadie.

—Eso me tranquiliza.

—La familia del médico, en el caso de que don Samuel no cumpla los deseos del señor, está perdida irremisiblemente.

Alejandro guardó silencio.

Las espesas cejas de aquel hombre se nublaban por instantes; sus ojos se volvian por segundos mas siniestros, mas amenazadores.

—Samuel Navarra, dijo como si hablara consigo mismo,

es un hombre incorruptible; ni el oro le seduce, ni las amenazas le intimidan.

—¿Luego se niega?

—A todo: es un puritano de verdadera sangre.

—Tanto peor para él.

—Dices bien; yo no debo detenerme por un obstáculo mas ó menos.

—¿De modo que no podemos contar con él?

—No, Bautista.

—¡Bah! los hombres mas duros se ablandan, repitió Bautista sonriendo de un modo frio y terrible. Segun se cuenta, el castillo tiene calabozos que apagan los gemidos: Samuel es padre y cederá.

Alejandro se estremeció; pero al instante, como si le avergonzara aquel movimiento de debilidad, cogió el vaso llenándole de nuevo y bebió.

—Tal vez no tengamos otro remedio si se niega; y como se halla en nuestro poder...

—Se le obliga: no todo se hace en este valle de lágrimas con buena voluntad.

—Dices bien.

Y Alejandro, pasándose la mano por la frente como si le atormentara algun pensamiento, repuso:

—Creo que debes bajar al parque; esta noche, sobre todo, quiero que rondes con mas celo.

—Así lo haré.

—Lleva contigo á Leon.

—¡Oh! Leon vale por tres hombres, porque su oido y su olfato son muy útiles en estos casos.

—Cuando termines la ronda, ven á esta habitacion á verme.

Bautista salió.

Alejandro quedóse solo.

Continuó comiendo, pero de ese modo que indica que un pensamiento fijo nos preocupa.

Comia pues maquinalmente, demostrando esa inquietud de un espíritu sobresaltado que no se ocupa de lo que hace.

Así pasó cerca de una hora.

Diríase que se encontraba en uno de esos terribles momentos en que el hombre y su conciencia se colocan frente á frente.

El silencio que reinaba en aquella habitacion era imponente; solo le interrumpia el monótono tic, tac, de un inmenso reloj colocado en una urna de madera que se hallaba enfrente de la chimenea.

Por fin, como si algun temor le sobrecogiera, se levantó, y saliendo precipitadamente del salon encaminóse al gabinete de los tapices.

Descorrió el cerrojo, dió vuelta á la llave y abrió la puerta.

Lo primero que se presentó ante sus ojos fué la dolorosa imágen del Nazareno suspendido de la cruz.

Alejandro apartó sus ojos del hijo de María como temiendo que le reconviniera.

Buscó al médico. No vió á nadie.

La cortina de la alcoba perfectamente corrida le ocultaba aquella parte de la habitacion.

Se dirigió hácia allí, creyendo que el médico se hallaria junto al lecho de la enferma.

Descorrió la cortina con mano nerviosa.

Elena de Balboa le vió acercarse, y le recibió con una sonrisa.

Esta sonrisa derramó un frío glacial por las venas de don Alejandro.

El médico no estaba allí.

Su primera idea fué que se había fugado, que aquella habitacion tenia alguna salida secreta desconocida para él.

Esto le esplicaba una parte del misterio que tanto tiempo se afanaba en descubrir.

Antes de hablar, dirigió en derredor suyo una mirada terrible.

Elena, que indudablemente temia á su tío, juntó las manos, y elevando los ojos al cielo comenzó á rezar.

Dios era su única esperanza sobre la tierra; Dios, ante cuyo tribunal no tardaria mucho en elevarse su alma.

—¿Dónde está, Samuel? preguntó avanzando hácia la cama con ademan amenazador.

Elena, como si reconcentrara el resto de su vida en sus pupilas, dirigió á su tío una mirada llena de desprecio, y continuó orando.

Alejandro, pálido, convulso por la rabia, se abalanzó sobre la enferma, y cogiéndola bruscamente las manos exclamó:

—¿Dónde está ese hombre? Tú lo ocultas... habla... habla.

La enferma le indicó con una sonrisa dolorosa y un movimiento de cabeza que no podia hablar.

—¡Es verdad! murmuró en voz baja y reconcentrada don Alejandro; pero puedes escribir.

Y corrió en busca de lo que necesitaba, presentándose con un lápiz y una tabla cubierta de papel blanco.

Elena cogió el lápiz y escribió con insegura mano estas palabras:

«Se ha librado de tí, verdugo, asesino: no le busques, porque será en vano.»

Y luego arrojó el lápiz al rostro de su tío.

Los ojos de Alejandro brillaron de un modo siniestro; y así como la hiena hambrienta se arroja sobre la presa, así se arrojó sobre la pobre enferma.

Elena exhaló un grito, y tomando su cuerpo la rigidez de un cadáver, quedó desmayada.

Alejandro retrocedió.

—¡Dios me perdone! dijo: ¿la habré muerto?

Y salió precipitadamente de la habitación, cerrando la puerta detrás de sí.

Poco despues entraba en la gruta, sorprendiendo á Bautista y á Atanasio, como recordarán nuestros lectores.

CAPITULO VIII.

Una promesa escrita con sangre.

La fuga del doctor Samuel le humillaba.

Aquel hombre sabia demasiado para dejarle huir con indiferencia: era pues indispensable encontrarle.

No debía hallarse lejos.

Por eso Alejandro entró precipitadamente en la cueva, alarmando con sus improperios á los guardas.

Se lanzaron los tres en seguimiento del médico.

El perro delante y los hombres detrás.

Todos iban armados: Alejandro con un par de pistolas, Bautista con el chuzo, Atanasio con su carabina.

Recorrieron la tapia del parque inútilmente.

Bautista indicó que debian reconocerse los cepos.

Llegaron á un punto donde se hallaban impresas las pisadas de un hombre.

—Por aquí ha pasado alguno, dijo Bautista.

—Será el médico, contestó Alejandro. Sigamos adelante.

Pronto encontraron un cepo que habia hecho presa en un grueso palo.

Bautista repuso:

—Este palo ha salvado al hombre... por aquí debe haber salido.

É indicó la tapia desmoronada.

Alejandro se dió una palmada en la frente.

—Entonces, el gabinete tiene una puerta secreta.

—Es indudable.

—¡A caballo, Bautista, á caballo! y corre en direccion al río. El doctor conoce el terreno: indudablemente regresará á su casa; aún puedes alcanzarle.

—¿Y si le alcanzo?

—Tráele muerto ó vivo.

—¿Voy solo?

—No: que te acompañe Atanasio; pero no perdais tiempo. Si traeis al castillo á ese hombre antes de amanecer, contad con una buena recompensa.

Diez minutos despues, Bautista y Atanasio ensillaban precipitadamente los dos mejores caballos.

—La noche no es la mas á propósito para correr por esos campos, dijo Atanasio.

Bautista siguió su faena encogiéndose de hombros.

Al salir del castillo los ginetes, tomaron el camino del río.

El médico no podia volver á su casa sin pasarle por la barca.

Cuando Samuel oyó el galope de los caballos, compren-

diendo todo lo que habia pasado, se tendió en el suelo, ocultándose en la maleza de la cuneta del camino.

Era indudable que le perseguian.

Los caballos pasaron rápidamente á pocos pasos del sitio en que él se hallaba.

A pesar de la oscuridad, reconoció por los capuchones á los dos guardas.

Cuando el eco de las pisadas se perdió á lo lejos, Samuel, incorporándose, se dijo para sí:

—Doña Elena tenia razon al asegurar que eran malos enemigos.

Y luego, alzando las manos al cielo, continuó:

—¡Dios mio, vela por mis hijos, vela por mi esposa, y no me abandones!

Y recobrando todo el valor que necesitaba en semejantes circunstancias, tomó precipitadamente el camino opuesto á aquel que seguian sus perseguidores.

Alejandro subió precipitadamente al gabinete de la enferma, penetró en la alcoba y retrocedió.

Elena, con la mitad del cuerpo vencido fuera de la cama, cubierto el rostro por las largas trenzas de sus hermosos cabellos, los brazos caidos y las espaldas descubiertas, se presentó á los ojos de Alejandro.

Este se detuvo, la contempló, y como si tuviera miedo de acercarse, como si le asustara el reconocer si aquella infeliz existia aún, permaneció enclavado en la alfombra algunos segundos.

Por fin hizo un esfuerzo, y la cogió por un brazo.

Aquel brazo estaba frio, helado.

Alejandro, no sin alguna repugnancia, la colocó en el lecho, y apartando los cabellos del rostro, exclamó:

—¡Muerta! ¡sí! ¡está muerta!

Despues de pronunciar estas palabras, como si le asaltara un pensamiento, apartó la ropa que cubria el blanco cuello de doña Elena, y despues de fijar en él una mirada de espanto, se dijo:

—¡Ah! respiro: mis dedos no han quedado impresos en su garganta. La muerte ha sido natural: nada debo temer.

Pero al decir esto, fué retrocediendo hasta la puerta.

—Nada me queda que hacer aquí. Verdaderamente me persigue la fatalidad. Su amante me es desconocido; Samuel se fuga tal vez llevándose su secreto. ¡Oh! en cuanto á Samuel, no me importa; pero ¿quién será el otro?

Alejandro se sentia violento en la habitacion de la víctima.

Salió pues precipitadamente, cerrando tras sí la puerta.

En la sala de los tapices quedaron solamente el cadáver de Elena tendido en el lecho, y el cristo puesto en la cruz y alumbrado por el ténue resplandor de la lámpara.

En la habitacion reinó algunos momentos ese silencio imponente de las tumbas.

Luego, uno de los tapices se fué poco á poco separando de la pared.

Una mano descorrió el pesado lienzo, y pronto un hombre se halló en la habitacion.

Aquel hombre se detuvo con marcadas muestras de recelo,

miró en derredor suyo avanzando con precaucion, hasta llegar al centro de la sala.

Describiremos ligeramente á este personaje que tan importante papel debe desempeñar en el trascurso de esta narracion.

A juzgar por su traje, compuesto de un gaban corto con cuello y adornos de piel de astracan, un hongo de castor y sus botas ceñidas, de charol, salpicadas de barro, debia creerse con fundamento que acababa de hacer un viaje á caballo, aunque sus botas carecian de espuelas, olvidando la maldicion del Cid Campeador.

Su edad apenas frisaria en los treinta años.

Su rostro, un tanto severo y taciturno, sin duda por el estado intranquilo de su espíritu, era tan varonil como hermoso.

Su boca, perfectamente delineada, al entreabrirse dejaba ver la blanca y bruñida dentadura de los que cuidan con esmero de su persona.

Negros eran sus ojos, como asimismo el bigote que sombreaba sus labios.

Moreno el rostro, como el que está acostumbrado á recibir las crudas impresiones del aire de los campos y el ardoroso contacto del sol.

Bastaba verle para comprender que era una persona distinguida, ó por lo menos que estaba acostumbrado al trato de gentes, á las buenas maneras.

El misterioso personaje llevaba la mano derecha oculta en el bolsillo del pecho de su gaban, y dirigió en torno suyo una mirada sombría; pero no la mirada del que teme, sino la del que pudiendo ser atacado, se dispone á la lucha.

—¿Habré llegado tarde? se dijo hablando consigo mismo.

Y avanzó resueltamente hasta la alcoba.

Al ver á la condesa de Balboa, exclamó con el acento de la desesperacion:

—¡Muerta! ¡muerta! ¡Ah, Elena de mi alma, angel mio! ¡Y no he podido librarte de tus enemigos!... Soy un miserable.

Y cayendo casi desfallecido á los piés de la cama, cogió una de las manos de doña Elena y la besó respetuosamente repetidas veces.

Así permaneció como cinco minutos.

Se oían sus ahogados sollozos, sus entrecortados gemidos.

Despues alzó la frente: luego se puso en pié.

Sus ojos se hallaban enrojecidos por el llanto.

—Yo juro vengarte, murmuró, Elena mia, pobre mártir sacrificada cuando la juventud comenzaba á ofrecerte un porvenir risueño y encantador. Yo juro vengarte, desgraciado ángel de la tierra, víctima de la ambicion de tus verdugos.

El hombre que tan tristes palabras pronunciaba, permaneció algunos segundos contemplando el cadáver de la condesa con verdadero y profundo dolor.

Luego se pasó la mano por la frente repetidas veces, exhaló un suspiro y se dijo:

—Nada puedo hacer por ella; pero me queda Claudia. Veamos qué ha dispuesto en su última hora.

Y diciendo esto, puso una mano en la cabecera de la cama sobre la misma moldura que ocultaba el resorte de donde poco antes habia sacado doña Elena el lienzo ensangrentado que entregara al médico.

—¡Nada! murmuró en voz baja el hombre.

Y rápidamente se encaminó hácia la mesa.

—Veamos aquí, se dijo.

Y puso el dedo de la mano derecha sobre la frente de Jesus, y el de la izquierda en el pecho de Lázaro.

Esta vez tambien cedió el muelle que ocultaba el secreto, y quedó abierto el pequeño cajon que ya conocen nuestros lectores.

—¡Nada tampoco! Esto es estraño.

El hombre se llevó una mano al corazon, y con la otra se apoyó en el borde de la mesa.

Así permaneció un momento, hasta que arrancándose á sí mismo de aquella postracion que al parecer sufría, volvió otra vez á la alcoba y estuvo contemplando con dolorosa expresion el rígido y pálido rostro de la difunta.

De pronto el misterioso personaje que nos ocupa vió un pañuelo blanco en el suelo junto á la cabecera de la cama.

Aquel pañuelo estaba manchado de sangre.

Le cogió, y no pudo contener un grito: las manchas eran caracteres.

Decian así:

Samuel Navarra.—Médico.—Viella.—Esperanza de Claudia.

El hombre besó el pañuelo.

—Este rayo de luz guiará mis pasos, se dijo.

Y sacando un afilado puñal, cortó un grueso mechon de la hermosa cabellera de la difunta, lo envolvió con el pañuelo, guardándole en uno de los bolsillos del gaban.

Luego subió hasta la sangría la manga del gaban y de la camisa, y se hizo una pequeña herida en el brazo.

Brotaron algunas gotas de sangre con las que empapó la

punta del puñal, escribiendo sobre la blanca frente de la muerta:

Yo juro vengarte.

Despues besó repetidas veces las manos de la difunta, y por último desapareció por la misma puerta secreta que habia entrado.



CAPITULO IX.

Donde se prueba que los buenos tienen su recompensa.

La luz del alba comenzaba á insinuarse.

El viento habia cedido, pero el cielo, encapotado y triste, derramaba sobre la tierra torrentes de agua que, precipitándose con estruendo por las cañadas y barrancos de los Pirineos, iban á morir en el seno del caudaloso Gerona.

Samuel, despues de dos horas de precipitada marcha, comenzó á sentirse desfallecido.

La noche era oscura, y la tierra, empapada con la lluvia, le presentaba grandes dificultades á cada paso.

Muchas veces se vió en la necesidad de retroceder, porque un inmenso charco le cerraba el camino.

Cruzarle hubiera sido una imprudencia, desconociendo el terreno.

Por fin Dios quiso depararle un asilo, y penetró en él resuelto á esperar la luz del dia.

Era una cueva.

Allí se dejó caer fatigado sobre el duro suelo, y pronto tuvo que cambiar de sitio, porque el agua que goteaba de su ropa formó un charco alrededor suyo.

Antes de ocuparse de su persona, se llevó la mano al bolsillo de pecho del gaban, en donde habia guardado los papeles de la condesa de Balboa.

Al sentirlos entre sus dedos respiró con satisfaccion.

—El dia no puede tardar, se dijo: su luz me orientará. Esperemos.

Y buscando la postura mas cómoda, olvidándose de sí mismo, trajo á su mente el querido recuerdo de su familia.

Jamás el tiempo trascurrió para el doctor Samuel con tanta pesadez.

Las horas le parecian siglos: los minutos horas.

Su vestido completamente calado trasmitia á su cuerpo un malestar, una inquietud desagradable.

Sintió frio, pero procuró reanimar su espíritu pensando en su esposa, en sus hijos.

Este alimento de su alma fortalecia el cuerpo: por ellos deseaba que las fuerzas no le abandonaran; por ellos ansiaba el momento de que terminara tan apurada situacion.

Mas como el tiempo no se detiene en su eterna é incansable marcha, trascurrió aunque pesadamente para el doctor Samuel.

Por fin, la luz vaga é indecisa de la aurora apareció como una cinta por Oriente.

Los objetos fueron poco á poco destacándose de ese fondo oscuro de la noche donde todo se pierde, donde nada al parecer

existe, y el doctor, incorporándose, sacó la cabeza por el hueco que servía de entrada á la cueva.

La lluvia continuaba, si bien el viento habia cedido mucho.

Fijó atencion, y á lo lejos le pareció percibir el monótono murmurio de las aguas al rodar por un cauce.

Indudablemente no debia hallarse muy lejos del rio.

Samuel, recobrando nuevo aliento, salió de la cueva, encaminándose en direccion á la parte por donde se oia el susurro de la corriente del rio.

Media hora despues, se hallaba en la orilla del Gerona.

Para dirigirse á Viella era preciso vadear el rio, pero el caudal de sus aguas, demasiado impetuoso para aventurarse á semejante empresa, le detuvo.

Una imprudencia lo arriesgaba todo.

Samuel siguió por la orilla á favor de la corriente, sin encontrar en mucho tiempo nada que pudiera indicarle un vado, cuando de repente, y por detrás de una pequeña eminencia que formaba el terreno en un recodo del rio, le pareció distinguir una columna de humo que elevándose en espiral se perdia en el espacio.

Esto le reanimó, pues le indicaba que no muy lejos de aquel sitio hallaria gente á quien preguntar.

Además, Samuel se sentia débil y fatigado.

Pero nada reanima tanto al pobre náufrago como la vista de la cercana orilla: nada fortalece tanto al fatigado viajero como la modesta chimenea con su penacho de humo, como la choza de un pastor.

Samuel redobló su paso.

Dejaba detrás de sí los montes de los Pirineos. Era pues

indudable que seguía el camino opuesto del castillo de Balboa.

Algunos momentos despues, Samuel se detuvo.

Tenia delante á veinte pasos de distancia una de esas chozas que tan perfectamente construyen los pastores con troncos de árbol, ramas secas, carrizo y barro.

La choza en forma de cono tenia dos huecos ó entradas.

Samuel avanzó resueltamente.

—¡Dios sea en esta choza! dijo.

Nadie le respondió.

—¡Ave María! repitió levantando la voz.

El mismo silencio.

Samuel, observando que nadie le contestaba y que el humo continuaba saliendo por un agujero practicado en el techo, se decidió á entrar.

Al pronto no vió á nadie.

El humo, ó bien rechazado por alguna corriente de aire, ó bien por no encontrar bastante espedito el paso por la rústica chimenea, se estendia por los ámbitos de la choza nublándolo todo.

Samuel vió una hoguera en medio de aquella rústica vivienda, dos palos en cruz sujetando una cadena, y de esta pendiente un caldero.

Varios objetos, todos propios de la vida rústica y solitaria de los pastores, se veían colgados de los troncos que formaban el esqueleto de la choza.

Poco á poco, Samuel fué acostumbrándose al ahumado ambiente que allí se respiraba, y pudo distinguir un hombre que sobre un monton de heno dormia tranquilamente.

El doctor vaciló un momento entre despertarle ó esperar

que él naturalmente lo hiciera; pero todo se reducía á darle alguna módica gratificación en cambio del sueño que le robaba.

Le despertó.

—¡Buen hombre! ¡buen amigo! le dijo.

El que dormía dió una media vuelta, abrió los ojos, estiró los brazos, y se quedó mirando al médico.

—Dispense usted si le interrumpo en su sueño, repuso Samuel; pero soy un viajero que me he extraviado, y necesito pasar el río lo mas pronto posible.

El pastor, que era un hombre de cincuenta años, de aspecto rústico y rostro curtido, se sentó sobre el heno, y despues de restregarse los ojos, dijo:

—¿Pasar el río?... La avenida ha sido grande... es muy espuesto.

—Pero ¿no hay un vado por aquí?

—El mas cercano es el del castillo.

—¿El castillo de Balboa?

—El mismo.

—¿Dista mucho de este sitio?

—Tres leguas.

—¿Y puede pasar un hombre ese vado?

—¡Cá! no señor; pero los dueños del castillo tienen allí una barca de su propiedad y un barquero que cobra soldada de los señores, y cuando uno le pide por favor que le pase á la otra orilla, le pasa, pues así se lo tienen encargado sus amos.

El pastor, que durante el diálogo que nos ocupa no cesaba de mirar al médico con marcada curiosidad, repuso:

—Yo creo que he visto á usted otra vez, señor: ¿ha estado usted en casa de mis amos?

—¿Quién son los amos de usted?

—¡Toma! ¿quién han de ser? los mismos que lo son de todo el terreno que abarca la vista en esta banda de río: los señores condes de Balboa.

Samuel se estremeció.

—¿Es usted pastor del castillo?

—Sí, con otros seis zagales que hacen noche en esta choza: guardamos tres mil ovejas; pero yo le he visto á usted en alguna parte.

El pastor, como nada le contestaba para auxiliar sus recuerdos, continuó:

—Sí, no me cabe duda; yo le he visto á usted.

Y dándose por fin una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ah! ya recuerdo: ha sido en Viella: usted es el señor médico; pero ¿dónde diablos va usted por estos barrancos, hecho una lástima de lodo y agua? Vaya, vaya, señor, es preciso que se seque la ropa y que tome algun alimento si lo necesita, que no se hacen en balde los favores á los pobres.

Este lenguaje comenzó á tranquilizar á Samuel, y deseando saber qué es lo que podia esperar de aquel hombre, le dijo:

—Supongo que los favores de que usted me habla serán concernientes á mi profesion, y en tal caso no hay por qué agradecerlos.

—Poco á poco, señor: mi hija estaba ciega, no veia nada, ni la luz del sol, ni los dedos de la mano; yo la llevé un dia á Viella, usted la reconoció y me dijo que tenia cataratas; la cogió usted por su cuenta, y hoy la chica ve mas que un águila.

—Recuerdo perfectamente esa cura; pero, si no me engaño, la jóven de quien usted me habla vivia en Viella.

—¡Toma! y vive todavía con su madre; pero yo tengo el *oficio* de pastor y vivo con mis ovejas, que al fin y al cabo la señorita Elena es una buena ama.

—¿Habla usted de la condesa de Balboa?

—De la misma: Dios la conserve muchos años la salud.

—Buen hombre, si usted tiene algo que agradecer á la condesa, si sentia algun afecto hácia su persona, puede encomendarla á Dios.

—¿Cómo! ¿ha muerto? preguntó el pastor sorprendido.

—Sus horas están contadas, y muy en breve dejará de existir.

—¡Ah! pues cuando usted lo dice, pobrecita de ella.

Y aquel hombre, quitándose el sombrero como si rindiera un tributo á la muerte, se quedó triste y pensativo, dejando asomar á sus ojos una lágrima que resbaló por sus bronceadas mejillas.

Samuel, observando el sentimiento, la gratitud de aquel rústico pastor, no tuvo duda de que era un hombre de corazon.

Esto le inspiró confianza, porque un hombre agradecido es honrado y tiene buenos sentimientos.

—¿Amaba usted mucho á la señorita Elena? preguntó el médico despues de una pausa.

—¿Quién no la amaba en la comarca? Cuando los pobres encuentran un ángel que les consuela, que les socorre, no solamente le aman, sino que le veneran, le adoran.

—Estreche usted esta mano, buen hombre, repuso Samuel interesado en la ternura que aquel rústico demostraba.

—¿Conocia usted á la señorita?

—Sí: la he visto esta noche.

—¿Y no da esperanzas?

—Ninguna.

—Pero ¿usted no ha pasado la noche en el castillo?

—No: tenia una comision que cumplir de parte de la condesa.

—¿Y se ha perdido usted en el camino?

—Sí.

—¡Es extraño!

—No le parecerá á usted tanto cuando sepa que he tenido que abandonar el castillo solo, pues así convenia á los intereses de la señorita Elena.

—Entonces no digo nada mas.

—Ahora, lo que importa es que llegue lo mas pronto posible á Viella: necesito pasar el rio aunque sea á nado: estoy resuelto á ello.

—Por esta parte es bastante difícil; será preciso que regrese usted á las cercanías del castillo.

—Imposible.

El pastor miró con asombro al médico, y este, conociendo que sus palabras comenzaban á estrañarle, le cogió una mano y le dijo:

—Por servir á la condesa me he visto precisado á salir del castillo á media noche solo y sin guía. Si los enemigos de doña Elena, que indudablemente me persiguen, me hallan, todo se habria perdido. Si usted quiere pagar á su señora todos los favores que de ella ha recibido, procure que yo llegue á Viella antes de que caiga en manos de los satélites de don Alejandro.

Este nombre hizo estremecer al pastor; pero de pronto colocó el dedo índice sobre los labios, y dijo:



—Oigo las pisadas de un caballo: sea lo que sea, tenga usted confianza en mí y ocúltese entre el heno.

Samuel, no dudando de las palabras del pastor, fué á ocultarse en el sitio que le indicaba.

Un minuto despues, Atanasio se presentó en la puerta de la choza.

—¿Y se ha perdido nada en el camino?

—Sí.

—¿Es el caballo?

—No le preocupes á usted tanto cuando sepa que he tenido que abandonar el castillo solo, pues así convendrá los intereses de la señora Elena.

—Entonces no dijo nada más, ¿verdad?

—Ahora, lo que importa es que llegue lo más pronto posible á Villa: necesito pagar el río aunque sea á todo precio.

—Por este punto es bastante difícil; será preciso que venga antes de esto.

—Imposible.

El pastor miró con asombro al médico y este, recordando que sus palabras convenían á retenerle, le contó una historia y le dijo:

—Por servir á la verdad me he visto precisado á salir del castillo á media noche esta misma noche. Si los señores de don Elena, que tan noblemente me respetan, me ayudan, todo se habrá perdido. Si usted quiere pagar el río antes de Villa, favor que de ella ha recibido, procure que yo llegue á Villa antes de que empiecen en manos de los señores de don Alejandro.

Esto mismo hizo entonces el pastor, pero de pronto cayó el dedo índice sobre los labios y dijo:



CAPITULO X.

En donde el doctor Samuel juega el todo por el todo.

—Buenos días, Mauricio, dijo Atanasio echando pié á tierra: dichoso tú que tienes fuego para calentarte cuando hace frío, y un techo que te cubra del agua del cielo.

—Aburrido debes de estar cuando envidias mi fortuna.

Atanasio ató las bridas del caballo á la estaca mas próxima de la entrada, y fué á sentarse junto á la lumbre.

—¿Te parece que es muy divertido en noches como la pasada correr de aquí para allá, solo porque á don Alejandro se le antoja? El que nace pobre debian estrangularle.

—Mal humor traes.

—Tengo motivos.

—¿Qué pasó por el castillo?

—Una desgracia.

—¿Y eso?

—Ha muerto la señorita Elena.

—Pues amigo Atanasio, bien puede decirse que hemos perdido una madre cariñosa.

—Lo que es á mí no me tenia ley.

—¡Ya! porque eres del bando de don Alejandro.

—¡Toma! del bando del que me paga; pero vamos á lo que importa.

—Di lo que quieras.

—Don Alejandro me ha encargado que recorra la orilla del rio desde esta choza á la segunda barca.

—Me parece bien.

—Ya sabes que el camino no es el mas á propósito para pasearlo á caballo, y pienso ir á pié. Tú, segun parece, te hallas hoy encargado del rancho.

—Sí.

—¿Y permanecerás todo el dia en la choza?

—Me toca de guarda.

—En ese caso, te dejaré el caballo.

Mauricio dirigió una mirada al parecer indiferente al caballo.

Atanasio no se apercibió de que los ojos del pastor brillaron instantáneamente con la viva chispa de la esperanza.

—Tendrás cuidado de él, pues es el *Careto*, precioso animal que tiene en mucha estima don Alejandro.

—Sí, ya le conozco, y me estraña que le montes tú.

—Bautista monta la yegua alazana, es decir, los dos mejores bichos del castillo; como que Bautista por una parte y yo por otra recorremos la orilla del rio persiguiendo á un prójimo.

—¡Hola!

—Sí. Dios quiera que le eche yo la mano encima, pues eso me valdrá una buena propina; pero me marchó; estoy perdiendo un tiempo precioso. Si á la caída de la tarde no he vuelto, suelta al *Careto*, que él sabe de memoria las cuadras del castillo. No hay miedo de que se pierda.

—Así lo haré.

—¿Tienes vino?

—Un poco queda en el pellejo.

—Dame un trago.

—Con mucho gusto.

Mauricio pasó por encima del heno donde se hallaba oculto el doctor, y fué á ofrecerle un cacharro con vino al guarda del castillo.

Bebió este, y luego, colocando la carabina terciada bajo del brazo y cubriendo la llave con el capote, salió de la choza diciendo:

—Hasta la vista, Mauricio; y si ves por estas cercanías un hombre que viste de gaban, que tendrá unos treinta años de edad, bastante bien parecido, detenele hasta que yo vuelva, y partiremos la propina.

Samuel habia oído sin perder ni una sílaba toda la conversacion.

El pastor, aunque Atanasio no se hallaba en la choza, dejó pasar un cuarto de hora entretenido en añadir leña al fuego.

Luego salió de la choza y miró hácia la parte por donde habia tomado el guarda, volviendo á entrar.

—¡Arriba, señor médico, arriba! no perdamos tiempo. ¡Oh! qué seguro es que la Providencia no abandona nunca á los buenos. Usted devolvió la vista á mi hija, y Dios quiere

que yo recompense en parte aquel favor. ¿Usted buscaba un puente, una barca ó vado para pasar el río? pues bien, lo tenemos todo.

—¿Dónde? dijo el médico incorporándose.

—Aquí, amarrado á esa estaca.

—¿Ese caballo?

—Ese caballo. El *Careto* nada mejor que un barbo: ha pasado cien veces el río.

—Pero si yo me llevo ese caballo, le comprometo á usted.

—¡Bah! Usted monta en él, pasa el río y cuando se halle en la orilla opuesta, toma por una vereda que se halla frente por frente de la choza. Esa vereda conduce á la carretera, y una vez allí no le será difícil llegar á Viella.

—Pero ¿y el caballo?

—El caballo, cuando usted no le necesite, echa pié á tierra, le ata las riendas para que no se las pise, y le da una fuerte palmada en las ancas y él volverá á pasar el río, yendo á parar á las cuadras del castillo.

—¡Ah! no olvidaré nunca este favor.

—En ese caso estaremos en paz. Pero vamos, señor médico, porque ese maldito de Atanasio podía volver, y entonces...

Samuel no esperó mas.

Montó á caballo.

El pastor le acompañó hasta la orilla del río.

Para entrar no necesitó el caballo mas que una ligera insinuacion.

Se lanzó al agua, sin importarle ni la fuerza de la corriente ni la anchura del río.

Y efectivamente, el caballo nadaba como un pez. Con la

cabeza alta, las narices dilatadas y dando resoplidos de impaciencia, parecia desafiar la turbia y rápida corriente del rio que se estrellaba con fuerza sobre sus costados.

El pastor permaneció en la orilla, con la vista fija en el ginete y el caballo.

Algunas veces la fuerza de la corriente arrastraba al *Carreto*, haciéndole hacer una marcha mas oblicua; pero pronto, venciendo el obstáculo, tornaba á dirigir su gallarda cabeza en direccion á la orilla opuesta.

Por fin el caballo tocó tierra firme.

Samuel habia vencido lo mas difícil.

Sacó un pañuelo del bolsillo y lo agitó en el aire saludando al pastor, que le devolvió el saludo con el sombrero.

Samuel buscó la vereda y tomó á media rienda por ella.

Una hora despues se hallaba en la carretera.

Un grito de gozo se escapó de su pecho.

Viella, su pueblo amado, en donde se hallaba el nido de su amor, se divisaba á media legua de distancia.

Samuel echó pié á tierra é hizo todo lo que le habia encargado el pastor.

El caballo partió como una flecha en direccion al rio.

El médico se quedó contemplándole lleno de gratitud, hasta que le perdió de vista.

Inmediatamente se dirigió hácia el pueblo.

Los acontecimientos habian sucedido con tanta rapidez, que el doctor, olvidando el cansancio, la debilidad que sentia, tomó á la carrera el camino que le separaba de su casa.

Llegó por fin, pero tan fatigado, que al detenerse delante de la ventana apenas podia respirar.

La ventana estaba abierta y los cristales rotos.

—¿Qué es esto? se dijo llevándose una mano al pecho como si hubiera sentido en él un golpe doloroso.

Y alzando los ojos al cielo, vió la lámpara que comenzaba á agonizar.

—Aún arde, murmuró en voz baja.

Samuel, que tantas penalidades, tantos sobresaltos habia pasado para llegar á su casa, al encontrarse á cuatro pasos de la puerta, como si un terrible presentimiento le embargara las fuerzas, le privara de la voluntad, permaneció enclavado junto á la ventana sin atreverse á avanzar.

Aquellos vidrios rotos, aquella lámpara cuya llama vacilante anunciaba la agonía, le daban miedo, pero un miedo como no habia sentido durante los peligros de la noche pasada.

Entonces recordó las palabras del enmascarado: «Usted y toda su familia se hallan en mi poder, y no le queda mas remedio que ocultar un envenenamiento, revelarme el nombre de un seductor, y entregarme la niña que le confiaron hace tres años.»

Estas palabras, que antes las habia oido con desprecio, con indiferencia, creyéndolas solo una brabata para asustarle, entonces le aterraban.

Samuel, despues de un momento de vacilacion, llegó resueltamente á su casa. La puerta se hallaba abierta.

Un segundo despues, Samuel entraba en la sala donde le hemos visto por la vez primera, llamando á su esposa, á sus hijos, con desaforados gritos.

Nadie respondió.

—¡Carlota! ¡esposa mia! ¡Luis! ¡Claudia! ¿dónde estais?

Samuel, sin ver nada, giraba los ojos como un demente en derredor suyo.

Pero no encontraba aquellos trozos de su corazón, aquellos seres que formaban su encanto, su alegría.

Solo la triste imagen del Redentor se veía en el fondo de la alcoba, mudo testigo del drama que indudablemente habia tenido lugar en la modesta vivienda del médico.

Los muebles en desorden, la cortina de la alcoba caída y rota como si una mano convulsa se hubiera agarrado á ella para sostenerse.

Samuel lo recorrió todo.

Al llegar á la alcoba, al fijar sus ojos en el casto lecho de su hijo, retrocedió dando un grito.

—¡Sangre! dijo: ¡sangre! Redentor del mundo, ¿qué ha pasado aquí?

Y se abalanzó sobre la cama, como si aquellas manchas rojas que veía sobre la blanca colcha hubieran podido contárselo todo.

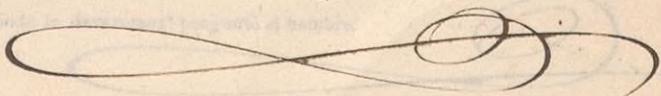
Y alzaba las manos al cristo, como si la muda imagen hubiera podido decirle la verdad.

La cortina asimismo se hallaba tambien manchada de sangre, cuyas gotas esparcidas por el suelo como una cadena de rubíes, llegaban hasta la puerta de la calle.

Samuel se apoyaba en las paredes, en los pocos muebles que no se hallaban caidos, porque por momentos le faltaban las fuerzas.

Tambaleándose, llegó hasta la puerta de la calle.

¿Adónde iba? Él mismo lo ignoraba; pero al llegar á la puerta, al cruzar con vacilante pasó el dintel, al recibir el aire



frio y húmedo de la mañana en el rostro, exhaló un gemido, le faltaron las fuerzas, y cayó desplomado.

La frente de Samuel chocó contra una piedra, abriéndole una herida de la que comenzó á manar la sangre con alguna abundancia.

Poco despues, oyóse una voz femenina, pero vibrante y clara, que cantaba la copla siguiente:

Aunque te pongas en cruz
Vestido de nazareno,
Y me des las tres caidas,
En tus palabras no creo.

La voz se aproximaba por la parte del pueblo, y no tardó mucho en aparecer una jóven montañesa acompañada de un hombre.

—Ya has oido la copla, decia la mujer: conque así, no trates de persuadirme, porque no he de creerte.

—Eres mas terca que la mula del tio Zurita, que cuando pone la cabeza entre las piernas echa raíces en tierra.

Con esto llegaron ante la puerta del médico.

La mujer se fijó en el desmayado cuerpo del doctor.

—¡Jesus me valga! dijo.

—¿Qué tienes?

—Mira.

—¡Calla! ¡es un muerto!

Y los dos se inclinaron para reconocerle.

—¡Dios nos asista! ¡Pues si es don Samuel!

—¿El médico?

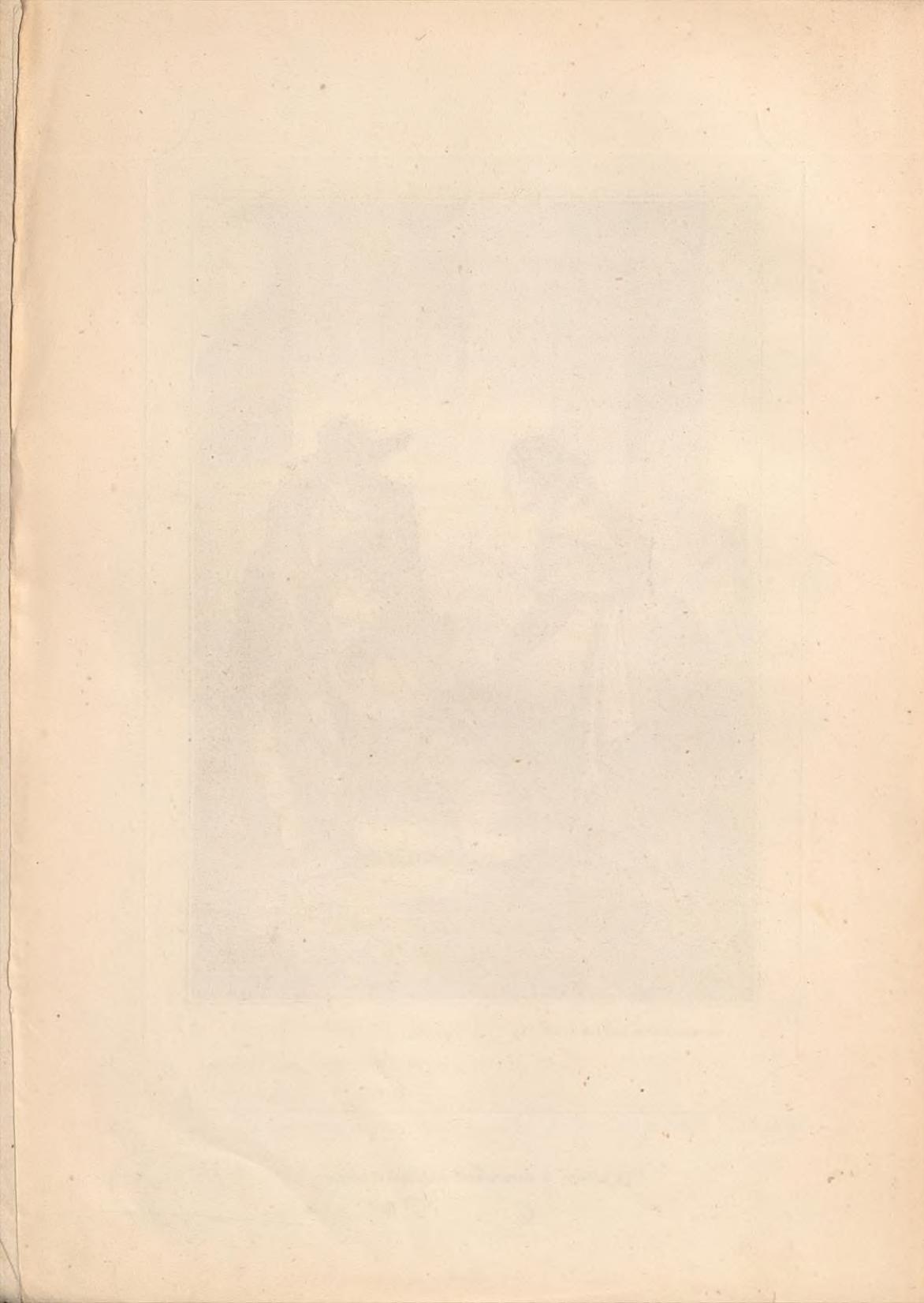
—Sí, el mismo.

Y la montañesa le enjugó el rostro manchado de sangre.



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

¿Y adónde le llevaremos? preguntó el hombre.



—Pues tienes razon.

Los montañeses, aconsejados por la caridad, procuraron incorporar al médico.

—¿Y adónde le llevaremos? preguntó el hombre.

—¡Toma! á la casa.

—Pero ¿cómo es que la mujer no sabe que está aquí y de este modo?

—Mira, entra á decírselo.

El montañés entró, saliendo al instante sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Mira, Agueda, creo que debemos dejar á don Samuel donde le hemos encontrado.

—¿Por qué?

—Porque no hay nadie en la casa, todo está tirado por el suelo, y además he visto muchas manchas de sangre; ya ves que si estuviera muerto...

Estas reflexiones enfriaron en parte la caridad de los montañeses.

—¿Y qué te parece que debemos hacer?

—¡Toma! dar parte al señor alcalde y al señor cura, porque dicen que cuando se encuentra un muerto en la calle ó en un camino, no puede levantarle nadie mas que la justicia.

—Pues vamos.

Y dejando al médico donde le habian encontrado, se encaminaron á la carrera hácia el pueblo.

LIBRO PRIMERO.

ESPOSICION DE TIPOS.

POR ENRIQUE PEREZ ESCHICH.

Miguel Yago

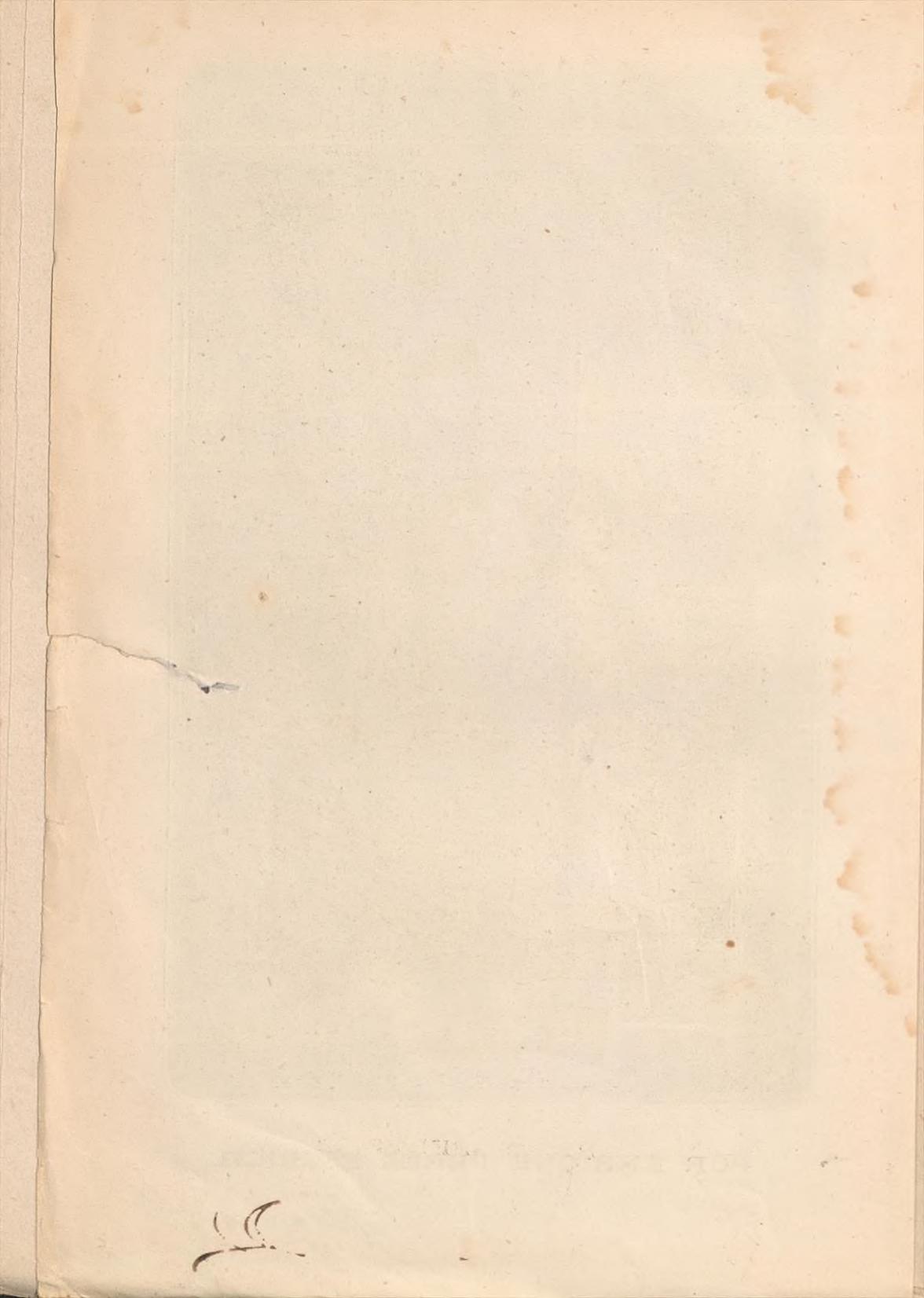
LIBRO PRIMERO.

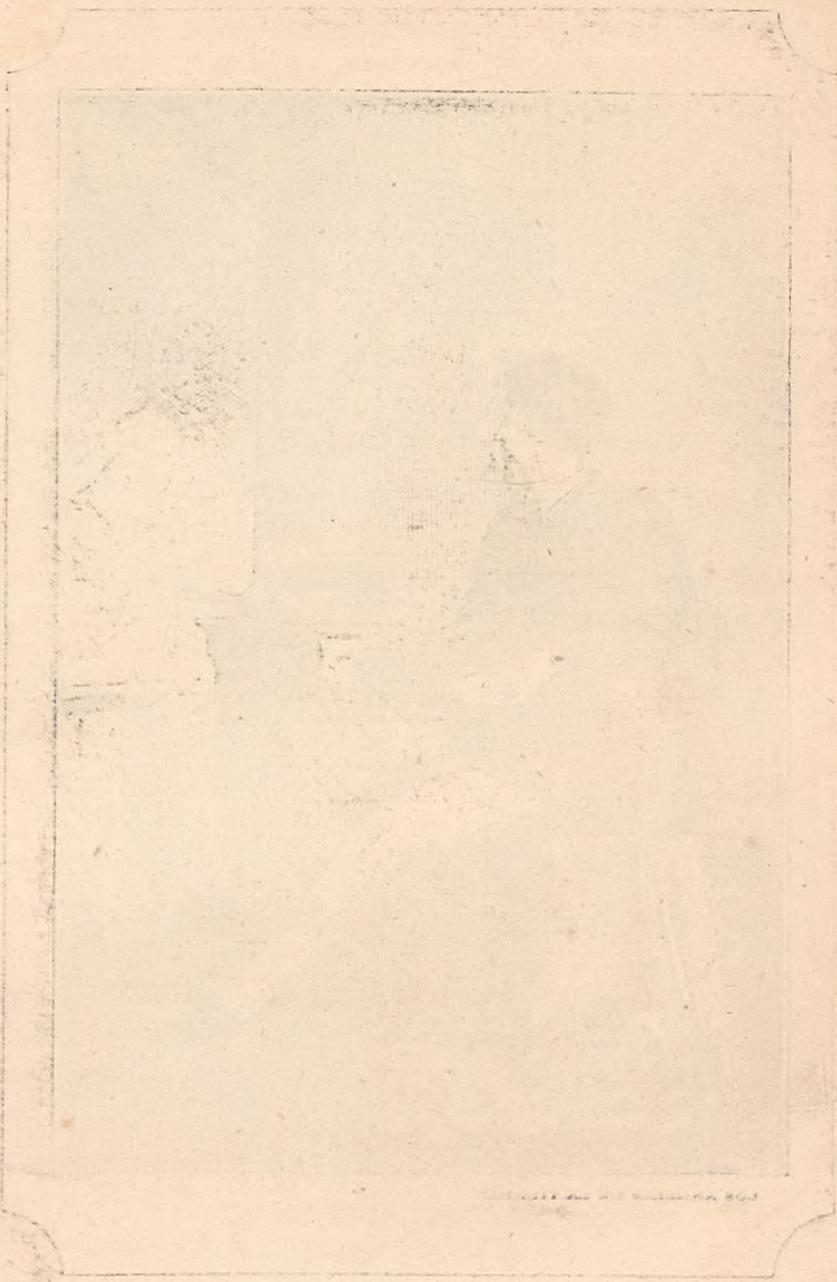
ESPOSICION DE TIPOS.

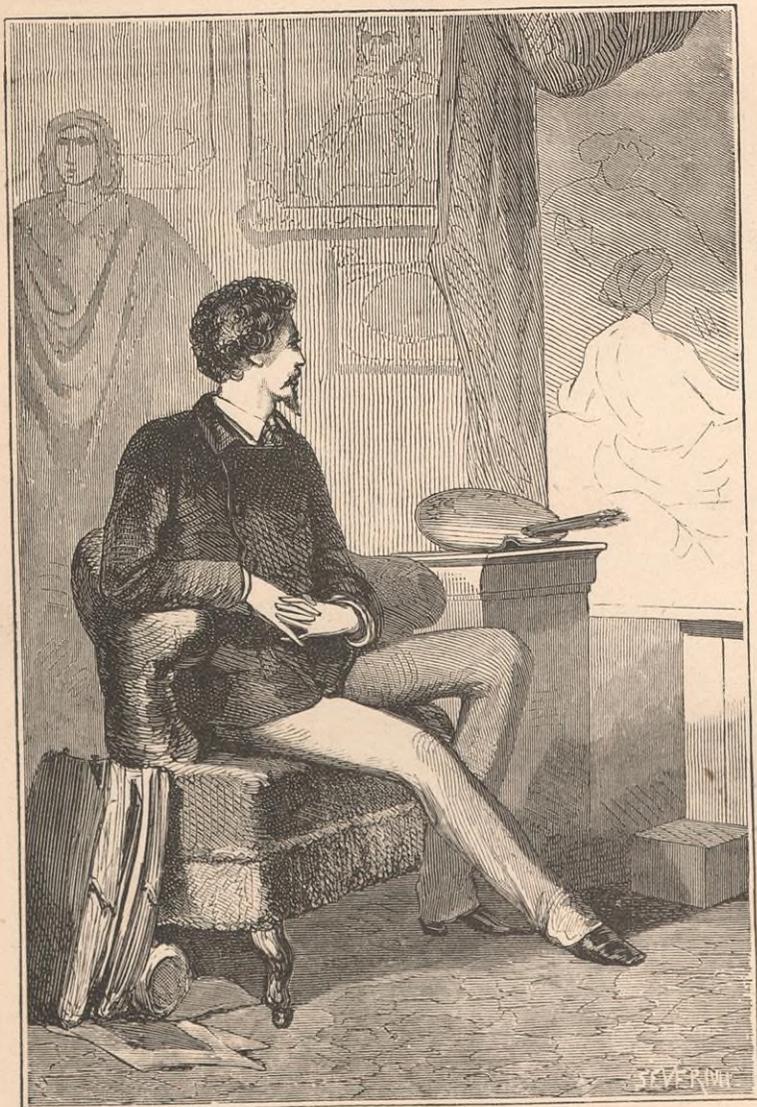


POR ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Miguel Guiso







LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Horacio.



CAPITULO PRIMERO.

Horacio.

No creas, lector querido, que voy á referirte la historia de alguno de los romanos célebres que llevaron el nombre que sirve de epígrafe al presente capítulo. El Horacio que nos ocupa ni manejó la espada como Cocles, ni la pluma como Flaco; pero en cambio era un pintor jóven como la primavera, hermoso como Van-Dyck y apasionado como Ovidio.

El amor al arte era su mas tenaz sueño; la gloria la pasion mas arraigada en su alma.

Engrandecer su nombre, ocupar un puesto honroso, distinguido, entre los ilustres pintores que inmortalizó la historia, su afan mas constante.

Por eso, tenaz para el estudio como Aristóteles, trasladaba al lienzo las bellas imágenes de su inspirada mente con un afan incansable.

Horacio contaba apenas veintidos años de edad.

A pesar de su juventud, había viajado mucho, gracias á la inmensa fortuna de su protector, tan escéntrico como bondadoso, y de quien nos ocuparemos á su debido tiempo.

Horacio tenia una hermana de la que no se habia separado nunca, esceptuando cinco años que pasó en un colegio de Lóndres.

Se llamaba Virginia, nombre que como el de Horacio les habia puesto el que les servia de padre.

Virginia y Horacio se amaban con esa dulce ternura, con ese afecto desinteresado que emana de los corazones puros, generosos.

Pero entremos en el estudio de Horacio.

El jóven pintor se hallaba delante de un inmenso lienzo, en donde algunas figuras ligeramente bosquejadas comenzaban á destacarse del fondo.

Sentado en una butaca veíase un caballero de cabellos blancos, perfectamente afeitado el rostro.

Alto, flaco y grave, con el lente colocado sobre el ojo derecho, la fisonomía inmóvil y fria, contemplaba el cuadro con profunda atencion.

Bastaba ver aquel hombre para reconocer un hijo de la Gran Bretaña.

—¿Cuándo piensas concluir el cuadro? preguntó el del lente con un acento extranjero.

—Dentro de dos meses, contestó el pintor continuando su trabajo.

—Bien: para entonces ya habré dado la vuelta.

—¿Pues qué, piensa usted marcharse? repuso Horacio, viendo la cabeza.

—Sí, hace quince días que estoy en Madrid.

Horacio se sonrió.

—Me va usted á hacer falta, padre mio. ¿Por qué no dilata usted el viaje hasta la conclusion de mi cuadro? Virginia se alegraría tambien.

—Virginia puede acompañarme si gusta.

—Entonces tendríamos que separarnos.

—Tienes razon: partiré solo.

—¿Está usted decididamente resuelto?

—Me aburro en todas partes, Horacio, ya lo sabes.

El jóven pintor dejó la paleta, el tiento y los pinceles, y fué á sentarse al lado del caballero que hemos descrito rápidamente, y á quien llamaremos desde ahora sir Cárlos Holt.

—Vamos á ver, mi querido protector, mi buen padre: si usted se aburre á nuestro lado, ¿qué no sucederá lejos de nosotros?

Cárlos dirigió una mirada al jóven pintor, en la que, á pesar de su frialdad habitual, se dejaba entrever el interés, el amor que por él sentia.

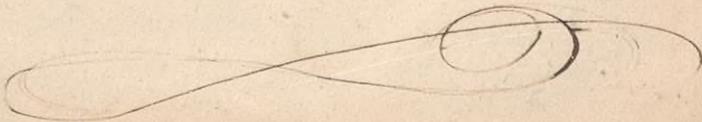
—Dices bien: mi fastidio será mayor viviendo lejos de vosotros, pero el deber me llama á otra parte.

—Apuesto á que se trata de alguna obra de caridad, y en ese caso no debo oponerme; aunque esta separacion, tanto á mí como á Virginia, nos causará un verdadero sentimiento.

Sir Cárlos cogió una de las manos del jóven, y le preguntó:

—¿Me amais mucho?

—No amando á usted como se ama á un padre, seríamos unos ingratos; y nosotros, afortunadamente, no tenemos esa asquerosa ruindad del alma.



—Te creo, Horacio, te creo; de lo contrario, seria ofenderte.

—¿Conque queda decidido que se aplaza el viaje?

—Nada puedo asegurarte.

—Por lo menos hasta que tenga bosquejado mi cuadro.

—Allá veremos.

—¡Ah! como usted se marche, estoy seguro que no me llevo el primer premio.

—¿Y si me quedo?

—Entonces lo gano de seguro.

—¿Tanto te inspira mi presencia?

—Su presencia de usted y sus consejos.

—¿Segun eso me juzgas un gran artista?

—No diré tanto; pero un hombre que ha visto mucho, que conoce lo bello, que distingue las escuelas, que sabe apreciar el mérito de un claro oscuro, de una tinta, sirve de mucho á un principiante como yo.

—Continúa pintando.

Horacio cogió la paleta y los pinceles.

Sir Carlos Holt volvió á dirigir su lente al lienzo, tomando su grave y fria actitud.

De vez en cuando agitaba la cabeza en señal de aprobacion, y Horacio le enviaba una sonrisa.

Así trascurrió una hora.

—¿Tienes elegido el modelo para la figura principal? preguntó sir Holt.

—Mi hermana Virginia me ha ofrecido su hermosa cabeza, contestó el pintor sonriendo.

—¿Y la habrás aceptado?

—Estoy indeciso.

—¿Por eso sin duda has bosquejado estos tres estudios?

Y sir Carlos señaló con la mano tres cabecitas parecidas como tres gotas de agua, minuciosamente pintadas en un trozo de lienzo que se veía clavado en la pared.

Horacio vaciló un momento antes de contestar.

Indudablemente la pregunta le había conmovido, pues su rostro pareció reanimarse.

—¿No cree usted dignas de mi protagonista cualquiera de esas cabezas?

—Creo que la de tu hermana tiene mas ternura, y estará por consiguiente mas en carácter.

—Sí, pero Virginia tiene los cabellos rubios como el oro y los ojos azules como el cielo de Nápoles.

—Tu caja de colores puede salvar esa falta de verdad.

Y sir Carlos, volviendo á mirar los estudios de las tres cabezas, continuó:

—¿Existe el modelo de esa preciosa morena, ó es una creacion tuya?

—Hay de todo, querido protector.

—Pero habrá mas de copia que de original.

—Indudablemente.

—¿Quién es esa jóven?

—La he visto en el Teatro Real varias noches.

—¿No la tratas?

—No; pero un amigo me ha ofrecido presentarme en su casa.

—¿Tienes buena memoria?

—¡Oh! esa es una de las buenas cualidades de un pintor: ver bien y retener con exactitud.

—Cierto; pero yo, como buen cuáquero soy franco. Nada brilla con mas claridad y hermosura ante mis ojos que la verdad: voy á decirte, querido Horacio, que en tu semblante leo que me ocultas algo.

—¿La verdad?

—Pertenciente al original de esos estudios.

—¿Me cree usted capaz de tener secretos para usted? Eso seria hacerme un agravio.

—Hijo mio, á tu edad hay secretos disculpables; además, tú me conoces bien, no soy exigente.

—¡Oh! en cuanto á eso, no solo no es usted exigente, sino que es usted el hombre mas generoso del mundo. ¿Qué hubiera sido de mí, de Virginia...

—¡Bah! no es esta ocasion de recordar lo que he hecho por vosotros. Si me debéis algo, yo os debo la vida; por consiguiente, voy ganando; pero hablemos de la jóven morena de ojos negros, cuya hermosa cabeza deseas copiar en tu cuadro. ¿Tú la amas?

Horacio se estremeció.

—¿No es digna de tu amor?

—Ya he dicho á usted que no la conozco.

—Pues bien, hijo mio, antes de dar franca entrada en tu pecho á una pasion que puede hacerte desgraciado si no es correspondida, procura saber si esa jóven es digna de tí; porque el amor, querido Horacio, participa del cielo y del infierno, es un bien y un mal, un goce y un dolor, sobre todo para los artistas, almas generosas, impresionables, soñadores eternos. ¡Ah! una mujer puede hacer de tí un Murillo ó un pintor de muestras, no lo olvides.

Cárlos Holt se levantó, y estrechando la mano á Horacio, que nada le respondia, le dijo:

—Te dejo entregado á tu inspiracion; que la sombra de Velazquez te proteja. Di á Virginia que esta tarde comeré con vosotros.

Horacio inclinó la frente.

Sir Cárlos Holt le besó con paternal cariño, saliendo del estudio.

CAPITULO II.

Sir Carlos Holt.

Allá por los años 1624, en el pueblo de Drayton, condado de Leycester, una mañana hermosa de primavera se vió recorrer las calles á un jóven que apenas contaria veinte años de edad, y cuyo traje de cuero llamaba la atencion de los pacíficos vecinos.

Algunos se detenian como si quisieran reconocerle; otros mas atrevidos le preguntaban quién era.

—Soy Jorge Fox, *un hijo de la luz, un inspirado de Dios que viene á reformar vuestras creencias, vuestros errores.*

—¡Calla! exclamó una mujer dirigiéndose al corro de gente que rodeaba al jóven inspirado: tú eres hijo de Fox el pasamanero, y tu padre no te ha enseñado otra cosa que hacer zapatos. ¿Cómo sabes tanto?

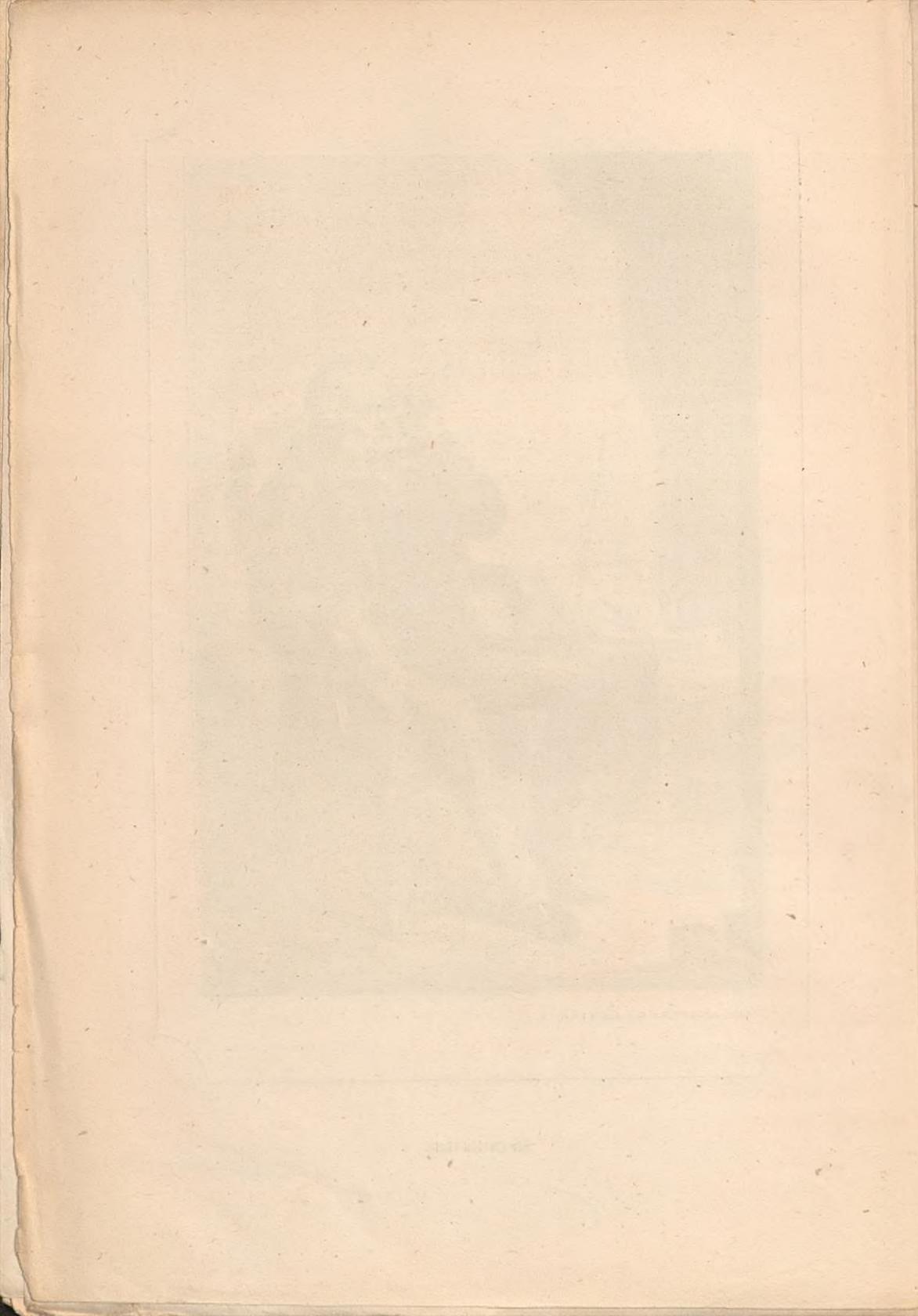
Jorge dirigió una mirada de compasion á aquella mujer.



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Sir Carlos Holt.





—Es cierto, la dijo: mi oficio es el de zapatero; pero mi nombre vivirá mas siglos que años cuentas de edad.

Así comenzó su obra Jorge Fox, patriarca del cuakerismo, y desde este dia no encontró obstáculos su fuerza de voluntad.

Con afan incesante corrió de aldea en aldea predicando contra la guerra y contra el clero: se le tuvo por loco, se le encerró en un hospital, se le azotó; pero al recobrar la libertad, las penalidades no habian enfriado el fervor fanático de sus predicaciones.

Oliverio Cromwell quiso conocerle: le vió, le habló, y protegió su secta, que crecia siguiendo á su tenaz apóstol.

Pero Europa era para Fox un campo demasiado estrecho. Además, comenzaban á cansarle las persecuciones que sufría.

Por fin, un acto de tolerancia puso término á los sobresaltos, y los cuákeros pudieron vivir tranquilos.

Jorge estendió el brazo en direccion al continente americano, se fletaron buques, y los *hijos de la luz*, los *tembladores*, como se los denominaba por entonces, una tarde serena y apacible del año 1660 fundearon en Nueva-Jersey.

Poco despues, Guillermo Penn les regaló el inmenso territorio que lleva el nombre de Pensilvania.

Los sectarios de Jorge Fox, del hijo de Drayton, del franciscano de Leycester, del loco, del azotado, llegaron á formar una colonia que se estendió por los Estados-Unidos de América, llegando en la actualidad á la suma de trescientas mil almas, que se esparcen por las provincias del centro.

La pureza de sus costumbres, su amor al trabajo, su probidad, su filantropía y su honradez en el comercio, les hace dignos de respeto en ambos mundos.

Sir Carlos Holt se llamaba uno de los más ardientes partidarios del cuakerismo.

Amigo y discípulo de Jorge Fox, partió con él en la primera emigración, olvidando Inglaterra, su patria nativa, por América, su patria adoptiva.

Aunque noble y con algunos bienes de fortuna se dedicó al comercio, dejando á sus sucesores un gran patrimonio, un nombre sin mancha.

Los Holt fueron una raza de filántropos de los que aún se cuentan en los orillas del Hudson multitud de anécdotas honrosas.

De padres á hijos fueron legándose su fortuna y su amor al prójimo.

Los años rodaron formando la suma enorme de dos siglos.

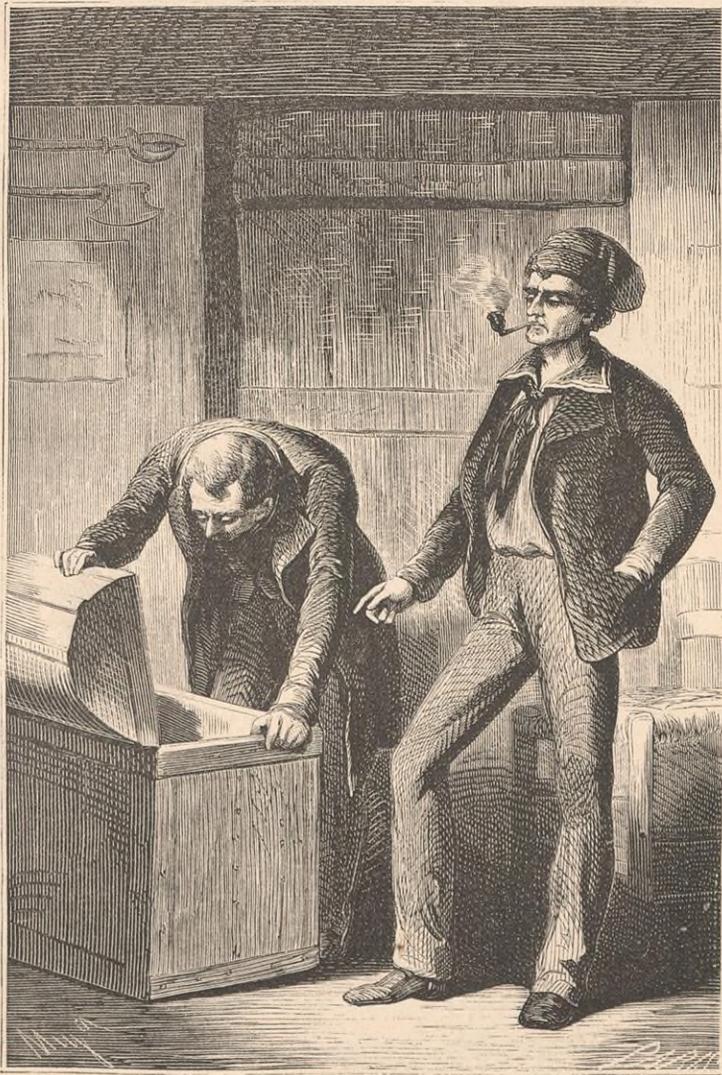
Sir Carlos Holt, el grave personaje que hemos visto en el estudio del pintor Horacio, no era menos puritano, menos rico que sus antecesores; pero su vida no trascurrió tan sosegada y feliz como la de aquellos cuyo apellido llevaba.

Carlos recibió la bendición de su padre moribundo con estas palabras:

—Tú solo quedas de mi raza: procura que el apellido sin mancha que te dejó no se estinga, y que tus herederos sean lo que fué tu padre, lo que fueron sus antepasados. Te dejó una fortuna inmensa: no olvides que en nada podrás emplearla mejor que en hacer bien á tus semejantes.

Carlos era uno de esos ingleses de pura sangre que nunca se sonríen, que jamás gozan de la grata expansión de la alegría.

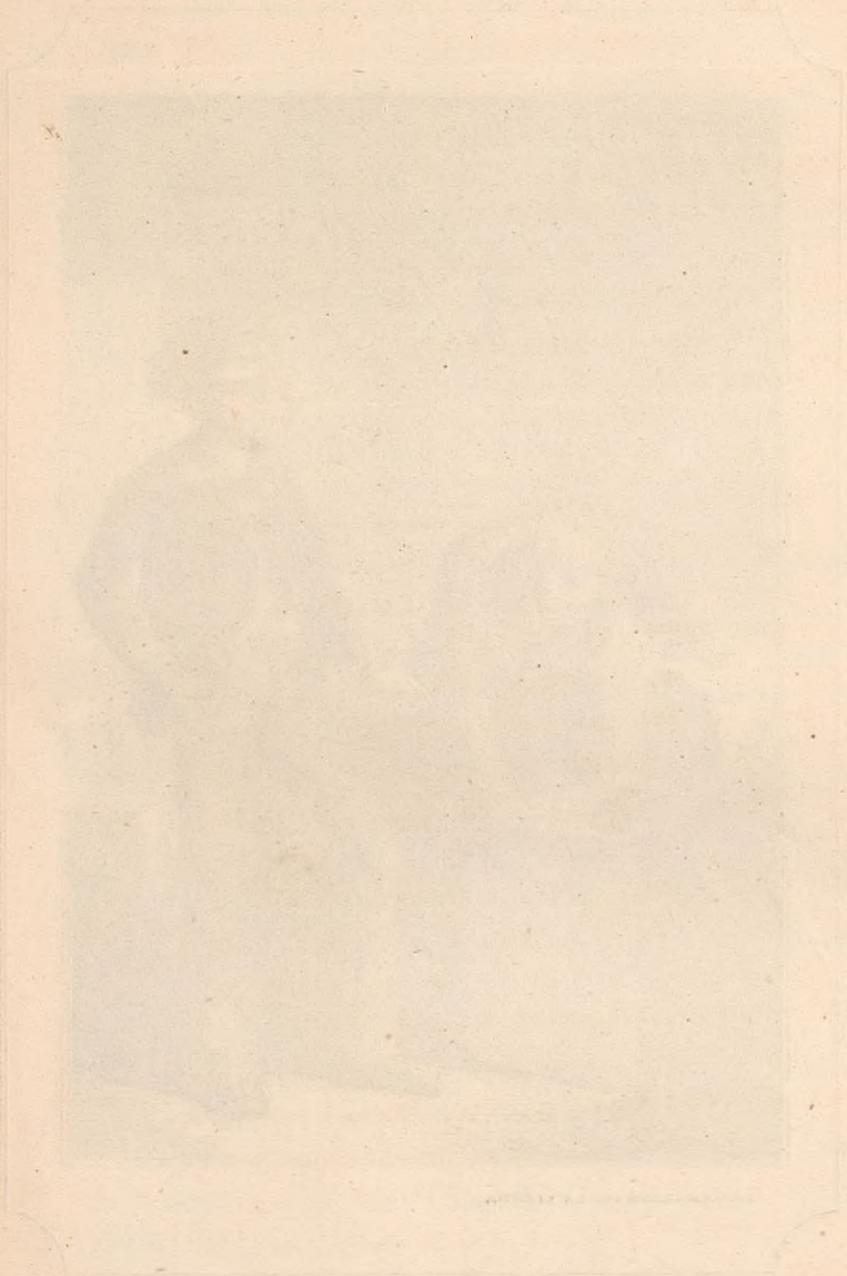
Taciturno, grave, viejo, por decirlo así antes de los veinte



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Ahi se encierra el producto de todos mis afanes.





años, pasó el tiempo del luto encerrado en una hermosa casa de campo situada en las riberas del Hudson.

Aquella era la residencia favorita de su padre, y él la eligió tambien.

Un día comenzó á pensar en las palabras que le habia dicho el autor de su existencia.

—Es preciso buscar una mujer, se dijo hablando consigo mismo; es indispensable que el apellido de Holt no se estinga en mí.

Cárlos se dedicó con la frialdad de un matemático á buscar esposa.

Pero el amor, vendado nos lo muestra la iconología, y con un carcax lleno de flechas á la espalda.

El impasible sir Cárlos Holt se enamoró como lo hacen los ingleses, de una jóven criolla que acababa de llegar á Nueva-York.

Pidió su mano, le fué concedida, y la llamó su esposa.

Cárlos pasó la luna de miel en su casa de campo de las orillas del Hudson.

El primer año la felicidad sonreia en derredor de sir Holt.

Una tarde que paseaba con su esposa en un brik-barca de su propiedad por el anchuroso y profundo rio, le propuso emprender un viaje á Europa.

Juana, que así se llamaba la esposa de Cárlos, le contestó que le daba un miedo horrible la travesía del Océano.

—Vé tú solo, le dijo: eres rico, jóven, debes viajar, ver el mundo, pero déjame á mí tranquila en nuestra casa de Nueva-York ó en la de las orillas del Hudson, allá adonde gustes.

Cárlos partió.



Un año despues regresaba, pero su pecho enamorado quiso sorprender á aquella que llenaba por completo su corazon.

Entró pues en su casa de noche, llegó á la habitacion de su esposa, y no encontrándola bajó al jardin.

Nadie le habia visto.

Antes de llegar al inmenso estanque en donde Cárlos habia reunido una multitud de aves acuáticas, las que cazaba Juana paseándose en una pequeña embarcacion que dirigia su esposo, se detuvo.

Habia oido la voz de su mujer, pero al mismo tiempo otra voz masculina que penetró como un dardo en su corazon.

Cárlos se ocultó detrás de un espeso arbusto.

Hé aquí la conversacion que llegó á sus oidos:

—Mira, Juana, tu marido no puede tardar, y cuando regrese, toda nuestra dicha, toda nuestra felicidad, habrá concluido.

—La última carta que me ha escrito está fechada en Londres, y nada me dice de su regreso; por el contrario, me indica que piensa pasar á España. ¿A qué pues sobresaltarnos antes de tiempo?

—No es el miedo el que me aconseja medidas de prudencia, es el temor de perderte.

—¿Tanto me amas?

—Mas que nunca. No puedes pensarte lo infeliz que me ha hecho tu matrimonio con ese hombre.

—Bien sabes que no le amo, que no le he amado nunca.

—Pero no puedes rechazar sus caricias, y eso me desespera.

—¿Eres celoso?

—Porque amo con toda el alma.

—¡Ah! ¡si me engañaras, Alejandro!...

—¿Engañarte?

Aquí Carlos se llevó la mano al pecho, pues un doble beso llegó hasta sus oídos, y á la melancólica y clara luz de la luna pudo ver á través de las ramas que le ocultaban, dos cabezas jóvenes y hermosas que buscando lánguidamente un apoyo, se doblaban para juntarse.

Carlos no tenia armas, pero arrebatado por la ira salió de entre el arbusto, presentándose delante de los amantes como un fantasma evocado de las tumbas.

—¡Miserables! les dijo: yo haré que vuestros planes se frustren.

Juana dió un grito y cayó desvanecida. Su amante, aterrado ante la inesperada aparicion del marido, huyó cobardemente.

Carlos llegó hasta el banco en donde se hallaba su esposa.

—¡Perdon! ¡perdon! exclamó esta juntando las manos.

Carlos estendió los brazos, cogió á su mujer por la cintura, la levantó en el aire como si fuese un junco, y dijo:

—Hace tres siglos que mi nombre ha vivido sin mancha. La que acabas de arrojar sobre el noble apellido de Holt, así la lava el último de sus descendientes.

Y con una fuerza increíble, arrojó al estanque á la mujer adúltera.

Resonó un grito en el espacio.

Luego se agitaron las tranquilas aguas del lago, oyéndose el gragnido monótono y desagradable de las aves acuáticas.

Carlos, de pié sobre el banco que rodeaba el estanque, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en las aguas,

que en aquel momento brillaban como la plata, heridas por los rayos de la luna, permaneció mas de un cuarto de hora.

Luego abandonó aquel sitio, llegó á las orillas del Hudson, se embarcó en su brik-barca, y dijo al capitán:

—Maese Fell, he pensado otra cosa: dirige la proa del buque hácia el mar, y no digas á nadie que esta noche anclamos en esta ribera.

CAPITULO III.

Donde continúan los antecedentes de sir Cárlos Holt.

Cuatro meses despues, Cárlos regresaba á su casa de campo.

Los criados salieron á recibirle vestidos de luto.

—¿Qué pasa aquí? les preguntó con indiferencia. ¿Dónde está mi esposa.

—¡Ah, señor! le contestó el mayordomo llevándose las manos á los ojos para enjugarse las lágrimas: ha sucedido una gran desgracia.

—Acabad, repuso con impaciencia Cárlos.

—Pues bien, ¿para qué ocultarlo, si tarde ó temprano se ha de saber? la señora ha muerto.

El mayordomo era hombre de pocas palabras, y dió la noticia á boca de jarro.

—¡Muerto! repitió sir Holt afectando un profundo dolor.

—Sí, muerto, volvió á decir el mayordomo.

—Pero ¿cuándo? ¿cómo?

—Hace cuatro meses, una mañana subí á su habitacion como tenia de costumbre, á recibir órdenes. La señora no estaba. Esperé una hora, dos, tres, porque creí que se habria marchado á la ciudad á casa de sus padres.

Pasó todo el dia y la noche, cuando al amanecer del siguiente vi entrar en mi habitacion, sobresaltado, al hombre que cuida de los bichos del estanque, y me dijo que se veia á flor de agua así como el cuerpo de una mujer.

Corrí á aquel sitio, y ¡cuál no seria mi espanto, mi desconuelo, al encontrarme con la señora ahogada! Desde entonces no puedo esplicarme semejante desgracia.

—Pero bien, ¿qué hicisteis al verla muerta?

—Di parte á las autoridades, y como ignorábamos el paradero del señor, nos fué preciso enterrarla en el panteon de familia.

Sir Cárlos, sin responder una palabra, fué á encerrarse en su habitacion, donde permaneció quince dias sin comunicarse con mas personas que con el mayordomo que le servia la comida y con el *ministro* protestante que todas las tardes iba á pasar con él dos horas.

En la casa se condolían del profundo dolor de sir Cárlos Holt.

Por fin abandonó su retiro.

La servidumbre le vió pasear por el inmenso jardin, prefiriendo siempre los alrededores del estanque, donde permanecia largas horas inmóvil como una estatua.

No hablaba con nadie.

Su taciturnidad iba en aumento de dia en dia.

Sir Cárlos pidió una tarde las llaves de las habitaciones de

su mujer, y permaneció en ellas encerrado hasta el día siguiente.

Nadie supo lo que hizo allí; pero nosotros podemos asegurar que registró uno por uno todos los muebles, encontrando en el cajón de un *secreter* algunas cartas y un retrato que guardó cuidadosamente en una cartera.

Estas cartas, según parece, derramaban mucha luz sobre el adulterio de Juana.

Sir Carlos llamó á su mayordomo.

Este se presentó.

—Voy á emprender un viaje largo, le dijo: ignoro el tiempo que tardaré: tened cuidado de que no me falte dinero nunca en los bancos de Lóndres, París y Madrid: os dejo al frente de todo cuanto poseo. Si recibís una carta que os anuncia que he muerto, cuando esteis plenamente convencidos de mi fallecimiento entregad este testamento al pobre sacerdote que ha consolado mi amargura durante tanto tiempo. Él es honrado y justo, y sabrá cumplir mi última voluntad. No os olvido á vos ni á ninguno de mis criados.

Sir Carlos Holt partió.

Viajero infatigable, como el matemático que pasa su vida resolviendo un problema, Carlos recorría el mundo buscando á un hombre.

Así trascurrieron seis años.

La melancolía, el hastío del honrado cuáquero, aumentaban de un modo sensible.

Sus sueños eran siempre de muerte. La idea del suicidio se hallaba arraigada en su mente.

—¡Le mataré! se decia á veces hablando consigo mismo:

¡le mataré! y luego... ¿para qué quiero la vida? Es una carga enojosa.

A veces recordaba las palabras de su padre moribundo.

La raza de los Holt iba á extinguirse en él.

Pero la fatalidad lo habia querido así, y no es el genio inglés el mas á propósito para desechar las ideas que se encarnan en el corazon.

Como los viajes de sir Cárlos eran tan frecuentes, tenia una silla de posta con todas las comodidades imaginables, y un buque de su propiedad anclado en el puerto mas inmediato al punto del interior que elegia por residencia.

En la silla de posta llevaba el escéntrico cuáker o una pequeña y escogida biblioteca.

Plutarco, ese sabio escritor, ese padre de la historia, ese hijo de Gueronea en la Beocia, ciudad pequeña, y *que para impedir que lo fuera mas se complacia* en habitarla, era el filósofo favorito de sir Holt.

Los poetas latinos y griegos le ocupaban tambien algunas horas.

En particular, Horacio y Virgilio.

Muchas veces solia decirse:

—Augusto fué amigo de Horacio y de Virgilio, Trajano de Plutarco. Estos señores del mundo hicieron bien, porque la amistad de los genios engrandece á los magnates.

Sir Cárlos pasaba una vida escéntrica, aislada.

Se detenia en las grandes ciudades para buscar á un hombre, volvia á emprender sus viajes, durante los cuales solo para dormir y comer dejaba sus libros favoritos.

Por todas partes sembraba el bien á manos llenas.



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Sujetos con una cuerda al tronco del árbol.

Hastiado de la vida, su único afán era hacerla menos penosa á los desgraciados: por ellos soportaba la fatigosa existencia.

Cansado por fin de seis años de incesante movimiento y sin fruto alguno, resolvió regresar á Nueva-York y suicidarse en el mismo estanque donde habia arrojado á su culpable esposa.

Esta resolución la tomó en España, donde convenciéndose que solo la casualidad podia hacerle encontrar al amante de su difunta mujer, escribió en su libro de memorias:

Itinerario.—De Madrid á los altos Pirineos.—Bañeres de Bigorra.—Perpiñan.—Lóndres, en donde tengo anclado un buque. Desde allí á Nueva-York, y luego á mi casa del Hudson, en donde...

Los puntos suspensivos indicaban su muerte.

Emprendió el viaje, y como no habia recorrido ese departamento de Francia que pertenece á los altos Pirineos, se dirigió á la ciudad de Bañeres de Bigorra, cuyas treinta fuentes de aguas minerales gozan de gran fama desde el tiempo de los romanos.

Sir Cárlos observó con la gravedad inglesa los diferentes grados de las aguas, visitó la casa de baños, tomó noticias, y no adquiriendo ninguna satisfactoria para sus planes, mandó que engancharan su carruaje.

Mientras tanto se paseaba con un tomo de Plutarco en la mano, leyendo la vida de Tarquino.

Pronto le avisaron que el coche se hallaba dispuesto, y acomodándose lo mejor que pudo, continuó su lectura.

De pronto se detuvo la silla de posta.



El camino en aquel punto era bastante despoblado y fragoso como las vertientes de los Pirineos.

No habia en aquel sitio casa de postas para remudar el tiro.

Sir Carlos llevó las manos á la bolsa donde se hallaban sus pistolas, temiendo algun contratiempo desagradable, y asomando la cabeza por la portezuela, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Una cosa bien particular: dos niños muertos.

Sir Carlos perdió toda su indiferencia, bajando precipitadamente del coche.

—¿Dónde están? preguntó.

—Allí, en la cuneta del camino, atados segun parece al tronco de ese álamo.

Holt vió entonces lo que le indicaba el mayoral, y corrió hácia el árbol:

—No están muertos, dijo con alegría: están dormidos. Pero ¿qué es esto?

Y cogió un papel que se hallaba á los piés de los niños.

Decia así:

«Caminante, estos dos niños son huérfanos, nacieron en España: no te canses en averiguar más: protégelos si quieres: llévatelos al fin del mundo si te place.»

Sir Carlos se quedó un momento pensativo contemplando aquellos niños hermosos que apenas contaban entre ambos siete años de edad.

En su semblante se notaban las huellas recientes del llanto.

Cansados de llorar sin duda, se habían dormido.

Sujetos con una cuerda al tronco del árbol por las cinturas, ni podían marcharse ni caerse.

El sueño, sin embargo, era para ellos dulce; sueño de la infancia, sin sobresalto, sin pesadillas abrumadoras.

Sus purísimas cabezas, lánguidamente inclinadas sobre el pecho, parecían sonreirse.

Uno de ellos por su traje denotaba ser varon y tener cuatro años de edad; la otra era una niña que apenas contaría tres primaveras.

Sir Carlos caminaba hácia su patria con la idea del suicidio fija en la mente.

La presencia de aquellos niños, la carta que hallara á sus piés, le causaron un efecto desconocido para él.

Su corazon se conmovió.

En este instante, el recuerdo de su padre vino á su memoria.

—¿Será esto providencial? se dijo hablando consigo mismo.

Y desató á los niños, que despertaron, dirigiendo en derredor miradas de asombro.

—Nada temais, hijos míos, les dijo el inglés acariciándoles: ¿quién os ató á este árbol? ¿cómo os encuentro en este sitio solitario?

El niño, que era el mayor, pero cuya corta edad no le permitía contestar á las preguntas de sir Carlos, solo supo decir con esa media lengua encantadora de la infancia que él se llamaba Luis y su hermana Claudia, y que su madre estaba dormida en una cueva.

Sir Carlos condujo á los huérfanos al coche.

—Serán mis hijos, cuidaré de su educacion, y si cuando

tengan edad para apreciar el valor de las cosas acceden á mis súplicas, yo les daré mi fortuna y mi apellido.

Esto se dijo sir Carlos, y continuó luego su camino la silla de posta.

Desde aquel momento, Carlos fué un verdadero padre para los dos desvalidos que tan inesperadamente habia encontrado.

La idea del suicidio fué borrándose poco á poco de su mente.

—Vivamos para ellos, se decia. Dios me los envió, yo debo educarlos como si fueran mis hijos.

Sustituyó el nombre de Luis por el de Horacio y el de Claudia por el de Virginia.

Rendia con esto un tributo á la casta doncella romana y al inspirado cantor de las *Georgias*.

Sir Carlos Holt fué á establecerse á Lóndres, llamaba sus hijos á los dos huérfanos, y su único afan fué desde entonces darles una educacion tan esmerada como provechosa.

Cuando Horacio cumplió doce años y Virginia once, les dijo cómo les habia encontrado, y que deseaba que siguieran llevando los nombres que les habia puesto y el apellido de Holt.

Los dos niños amaban á su bienhechor como puede amarse á un padre.

Bien es verdad que no guardaban memoria de aquellos que les dieron el sér.

Andando el tiempo, Horacio llegó á ser un buen pintor, Virginia una jóven educada á la inglesa, cuyas brillantes disposiciones para la música eran admiradas por todos cuantos la oian.

Sir Cárlos, tan justo como honrado y tan honrado como bueno, siendo los huérfanos hijos de España, quiso que vivieran en Madrid.

—¿Quién sabe si tarde ó temprano encontrarán á sus padres? Pero aunque así no sea, Horacio es un gran pintor y no debo robárselo á la patria que le vió nacer.

Les estableció en Madrid, señalándoles una renta anual de doscientos mil reales.

El inglés filántropo continuaba viajando, pero pasaba largas temporadas con sus hijos adoptivos.

Por ahora nada mas tenemos que decir relativo á estos personajes.

CAPITULO IV.

Un español que vive del presupuesto.

Horacio siguió pintando, pero preocupado con los consejos que acababa de darle su protector, cuando oyó una voz conocida que decía detrás de él:

—¡Bravo, mi querido Murillo, bravo! ¡Oh! ¡cuánto siento que mi padre no me haya dedicado á la pintura!

—¡Ah! ¿eres tú, calavera?

Y Horacio alargó una mano al que tal elogio acababa de dirigirle.

Era este Juan Antonio García, jóven de veinticinco años de edad, alegre, franco, bien parecido y un tanto elegante; tipo comun en Madrid, que come del presupuesto, que tiene la fortuna en papel del Estado, es decir, que no paga contribucion y vive á espensas de aquellos que la pagan.

Juan Antonio, segundo oficial del ministerio de la Gobernacion, tenia un padre bastante rico.

Decían algunas malas lenguas que la historia de don Bautista García no era tan honrosa como la del rey Wamba; pero tenía dos millones de reales y era un señor muy franco y muy exacto en el cumplimiento de sus compromisos. —

Como no hay hombre sin hombre, el señor García contaba con la amistad y la protección del viejo conde de Balboa, de quien nos ocuparemos en breve.

Juan Antonio se hallaba relacionado con lo más escogido de la sociedad madrileña.

Y no otra cosa podía sucederle á un joven que montaba á caballo con la gallardía de un rejoneador portugués, que se ponía la corbata con la gracia de un *leon* parisién, y que gastaba guantes de casa Dubost, y se vestía en casa de Caracuel.

Bien es verdad que Juan Antonio no era un gran humanista; pero su conversacion, aunque poco profunda, no carecía de cierto encanto.

Sabia en fin todo lo que se necesita saber en España para pasarlo bien y ser considerado: *sabia vivir*.

—Ante todo, querido Horacio, voy á exigirte una cosa, dijo Juan Antonio dejándose caer en uno de los elegantes divanes del estudio.

—¿Qué quieres?

—Que continúes pintando: nada me gusta tanto como ver trabajar.

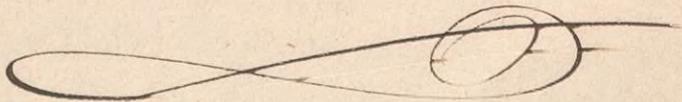
—Esa es una condicion, querido Antonio, que poseen todos los gandules.

—No esperes que me ofenda por eso. Soy gandul: no pretendo negarlo.

—¿No tienes hoy oficina?

- Sí, pero es temprano.
- Ya han dado las doce.
- No voy hasta las dos.
- ¿Y sales á las cuatro?
- Ó antes.
- Y por esas dos horas que pasas en la oficina trabajando...
- Ó fumando y calentándome á la estufa, el gobierno me da treinta y seis mil reales al año.
- ¿No es verdad, querido Juan Antonio, que tenemos un gran gobierno?
- Dios nos lo conserve.
- Chico, no es propio hablar en plural.
- Tienes razon, porque tú no vives del presupuesto; así, rectifico y digo: Dios *me* lo conserve.
- Perfectamente: hablemos de otra cosa.
- Sí, hablemos de Anita, ¿no es verdad?
- ¿La has visto?
- Anoche en el teatro: ¿tú no estuviste?
- No: me fué imposible ir.
- Pues, chico, ella me preguntó por tí.
- ¿De veras?
- En los ojos del jóven pintor brilló la alegría.
- Anita es una jóven tan encantadora como aturdida. Dice todo aquello que siente... ya ves, hija única de un viejo millonario, es el tiranuelo de su casa. Don Alejandro no sabe negarle nada. Anita le domina. Pero ¡calla! ¿qué es esto? —
- Y Juan Antonio dirigió la contera de su junquillo adonde se hallaban las tres cabecitas bosquejadas.

- ¿Conoces el original? preguntó Horacio.
- ¡Ya lo creo! es Anita.
- Y Juan Antonio, haciendo un gesto espresivo, puso una mano sobre la espalda del pintor, y continuó:
- Chico, ¿ha venido ella aquí?
- ¡Oh, no!
- Creia, porque eso ya era mas grave.
- La he retratado de memoria.
- Muy presente la tienes.
- ¿Para qué ocultártelo? la amo.
- Ya lo supongo: es buen bocado. ¿Dices que su padre le da doscientos mil duros de dote?
- La amo por ella sola; me importa poco su fortuna.
- El dinero no estorba, sobre todo en este siglo donde con el oro se compran hasta dientes postizos; pero tengo que darte una buena noticia.
- Habla.
- Anita quiere retratarse.
- ¿En fotografía?
- No: al óleo, de cuerpo enterò.
- Será Madrazo el que le haga su retrato.
- Creo que serás tú.
- ¿Yo? exclamó Horacio estremeciéndose.
- Como se empeñe, no tardarás mucho en ver á su padre en tu despacho.
- No lo creo.
- Tú no sabes de lo que es capaz. Si llega á amarte de veras, no retrocederá ante nada. La conozco bien; puede decirse que nos hemos criado juntos.



—¡Hacer su retrato! repitió Horacio: eso sería para mí mucha felicidad.

—Entonces, puedo asegurarte que está muy próximo el día que se cumpla. ¡Ah! voy á darte un consejo por si el conde de Balboa viene á verte: quita esas cabecitas de ahí; eso sería un alerta para el padre.

—Tienes razon.

Y Horacio volvió el lienzo del revés, y doblándolo cuidadosamente lo guardó en un armario.

—¿Cómo sigue tu hermana? preguntó Juan Antonio.

—Buena.

—¿Sube poco al estudio?

—Solo cuando yo la llamo. Su aficion por la música raya en delirio: siempre está sentada al piano.

—Virginia brillaria pronto en la sociedad del buen tono, pero no la llesves nunca.

—Mi hermana es una verdadera inglesa: preferé la melancolía á la risa, la soledad al bullicio; no puedo persuadirla. Solo de vez en cuando me acompaña á la ópera.

—¿Si vieras las preguntas que me hace Anita?

—¡Preguntas! ¿de qué?

—¡Toma! de vosotros: ¡es tan curiosa!...

—¿Y tú satisfaces esa curiosidad?

—Sí, pero solo hasta donde llegan mis conocimientos.

Aquí interrumpió la conversacion lá presencia de un criado que entró con una tarjeta.

Horacio se inmutó al fijar en ella los ojos.

El conde de Balboa.

—¿Quién ha traido esto? preguntó.

—El mismo conde, señorito.

—¡Ah!

—En nombrando al ruin de Roma... Ya viene á encargarte el retrato.

—Dile que pase, repuso Horacio.

—Espera: no conviene que me encuentre aquí. ¿Dónde podré ocultarme?

—Entra en ese cuarto.

Juan Antonio desapareció detrás de un portiers.

Poco despues don Alejandro, conde de Balboa, entraba en el salon de estudio del pintor Horacio Holt.

CAPITULO V.

El aristócrata y el artista.

El conde de Balboa tenía sesenta años de edad.

Era uno de esos viejos que encuentran el elixir de larga vida, una de esas naturalezas fuertes, vigorosas, en las cuales no hace mella la desgastadora rueda del tiempo.

Ágil, fuerte, sin padecer ninguno de esos achaques propios de la vejez, el conde de Balboa hacía alarde de sus doce lustros.

Montaba á caballo, cazaba y se permitía dirigir palabras de amor á las mujeres mas elegantes de Madrid, si bien que esto siempre era en son de broma y burlándose de sus canas, contra las cuales no quería atentar.

Una noche que se hallaba en la embajada austriaca, en donde se daba un baile, una jóven coqueta, reina de la moda, le dijo:

—Querido conde, me está usted hablando de amor, segun parece.

—A las hermosas no se las debe hablar de otra cosa. Si ha-

blara á usted de política, de mis caballos ó de mis dehesas, daría una prueba de poca educacion.

—Pero ¿por qué no se tiñe usted las canas? parecería usted un pollo.

—Precisamente por lo mismo no me las tiño: un viejo con canas es siempre mas jóven que un viejo pintado de rubio claro ó de *negro de París*, así como usted sería mucho mas bella reduciendo el presupuesto del perfumista.

El conde de Balboa habia viajado mucho en su juventud, y se contaban de él algunas aventuras escandalosas.

Vestia con elegancia sin olvidar sus años; su conversacion era amena é ilustrada, sin carecer de esa gracia picante, de esa soltura propia de los hombres de mundo.

Era en fin un viejo que soportaba la carga de sus años con la jovialidad de la juventud.

El conde entró en el estudio del pintor, y despues de cambiar un saludo, habló de este modo:

—Vengo á robarle á usted algunos minutos.

—Al contrario, señor conde, viene usted á proporcionarme un placer.

El conde saludó con su peculiar amabilidad.

—Pues bien, querido artista: aquí tiene usted un padre viejo que viene con una comision de su hija, especie de tormento que Dios me ha concedido para que purgue los pecados de mi juventud. Anita quiere un retrato de cuerpo entero; lo que se llama una obra maestra, difícil, capaz de agotar la paciencia de Job, si este hubiera sido pintor. Pero Anita, como el gran Alejandro el Magno, no quiere que la retrate otro que el Apelles de su tiempo, ó lo que es lo mismo, usted, Horacio.

El pintor era demasiado jóven, demasiado ingénuo, para ocultar las impresiones.

El conde advirtió que se conmovía; pero atribuyéndolo al placer de la lisonja que acababa de dirigirle, continuó:

—Yo bien sé lo difícil que es retratar á una jóven de diez y nueve años que se tiene por bonita, y que tal vez no carezca de razon al pensarlo, que es hija de un padre viejo que la misma, que la tolera todos sus caprichillos y la permite tener cuenta abierta con la mejor modista de Madrid. Pero, qué quiere usted, yo no sé negarle nada.

—Haré el retrato, señor conde, contestó tímidamente Horacio; y solo tendré un sentimiento: que no sea del agrado de ustedes.

—Ahora que acepta usted tan colosal empresa, comienzo á compadecer á usted.

—¿Tan difícil la cree usted?

—Al tiempo me remito; pero sentiria que aceptara usted este trabajo por compromiso, por falta de franqueza.

—Nada de eso, señor conde.

—Me han dicho que tiene usted muy ocupado el tiempo.

—He ofrecido concluir este cuadro para la próxima Exposicion de París.

—¡Ah!

El conde fijó entonces su atencion en el inmenso lienzo que tenia delante.

—¡Es particular! dijo: esa cabeza tiene una semejanza grande con la de Anita: ¿ha visto usted á mi hija?

Horacio se ruborizó como una colegiala, porque iba á mentir.

—No he tenido ese gusto, señor conde.

—Pues, amigo mio, su genio de usted creó un rostro que existe, y esto me llena de alegría.

—¿Tanto parecido hay?

—Como dos gotas de agua; solo que en la cabeza dibujada encuentro mas melancolía, mas tristeza que en la de mi hija.

El conde comenzó á recorrer con la vista los objetos de arte que decoraban el estudio, deteniéndose en particular en las pinturas.

—Tiene usted aquí reunida una coleccion de preciosidades, dijo el conde.

—El señor conde puede elegir aquellas que mas le agraden.

—Nada de eso, querido Horacio: el estudio de un pintor debe poseer objetos de arte; y aunque este no carece de ellos, no seré yo el que lo empobrezca.

De pronto, el conde se detuvo delante de un pequeño cuadro. Si Horacio no se hubiera encontrado en aquel instante tan conmovido, hubiera notado que el rostro del conde se demudaba.

Don Alejandro procuró serenarse, y señalando el cuadro preguntó de este modo:

—Hé aquí un precioso modelo para una casa de campo. ¿Es una creacion de usted?

—No señor: es una copia del natural.

—¡Ah! ¿Y dónde existe esa preciosa casa?

—Muy lejos de aquí: en las orillas del Hudson.

—¿Ha viajado usted por allá?

—Sí señor.

—¡Tan jóven!

—Puede decirse que he recorrido la mayor parte del mundo.

—Eso es siempre útil, sobre todo para un artista.

El conde no apartaba los ojos del pequeño lienzo que le habia conmovido.

Como si aquella pintura tuviera un poder sobrenatural, como si le fascinara, permanecia parado delante de ella sin apartar los ojos.

—Veo aquí un grupo que debe ser capricho del pintor, continuó el conde.

—¿Alude usted á la figura que se halla sobre el banco, en actitud de arrojar al estanque á una mujer?

—Precisamente.

—En cuanto á eso, señor conde, es un capricho de mi padre.

El conde irguió la cabeza como si un aspid le hubiera mordido en la frente.

—¡Su padre de usted! repitió. Me habian dicho que era usted huérfano.

—Efectivamente, mi hermana Virginia y yo no hemos tenido la inmensa ventura de conocer á nuestros padres; pero la Providencia nos deparó uno á quien debemos lo que somos, á quien amamos con toda nuestra alma.

—¿Y ese padre hallado es el que tuvo el capricho de colocar esas dos figuras?

—Sí.

—¿Es pintor tambien?

—Es un hombre bueno, generoso, de conocimientos universales, que vive sembrando el bien ante su paso y que em-

plea parte de su inmensa fortuna en favor de los desgraciados. Tanto mi hermana como yo, no le pagaríamos lo que le debemos dándole hasta la última gota de sangre de nuestras venas.

—Veo que le ama usted.

—Mas que á mí mismo: tanto como á mi padre si por fortuna viviera.

—¿Ha muerto?

—Sí, al menos debo creerlo.

—Pero, ¿quién es ese protector desinteresado?

—Sir Carlos Holt, cuyo apellido llevo.

El conde palideció notablemente.

Pero ya lo hemos dicho: Horacio se hallaba en presencia del padre de Anita, de la jóven que turbaba su sueño, que era su pensamiento fijo, á quien amaba con toda la vehemencia de su alma de artista: nada observó.

Porque Horacio en aquel momento se creía feliz.

Ver á Anita, retratarla, comunicarse con ella con esa dulce intimidad del pintor con el original que copia, era para él una inmensa dicha.

El conde, tratando de disimular la inquietud que sentía, continuó viendo las pinturas que adornaban las altas paredes del estudio.

Una hora permaneció allí haciendo varias preguntas al jóven pintor.

Por fin dijo:

—Voy á dejar á usted, y me llevo el remordimiento de haberle robado una hora de su trabajo.

—Yo tendria mucho gusto en ver con frecuencia por mi estudio al señor conde.

—¿Conque quedamos convenidos en que acepta usted el trabajo que le he propuesto?

—Lo acepto, y estoy á las órdenes de usted.

—¿Cuándo cree usted que debemos comenzar?

—Cuando usted disponga.

—Entonces hablaré con mi hija: ¿qué horas serán las mas cómodas para usted?

—Las que ustedes elijan.

—¡Oh! tanta condescendencia... Verdaderamente no sé cómo demostrarle...

—Señor conde, soy jóven, deseo engrandecer mi nombre, y el trabajo que usted viene á proponerme honra mi humilde pincel.

—Entonces no hablemos mas: yo avisaré á usted.

—Espero sus órdenes.

Apenas el conde de Balboa habia salido del estudio del pintor, Juan Antonio, asomando la cabeza por entre el portier que le ocultaba, dijo:

—Sea enhorabuena, querido Horacio.

—Sí, Juan, sí; bien puedes dármele: estoy loco de contento.

—Pues dame un abrazo.

—Mil que quieras.

—Ahora, deja los pinceles y vente conmigo.

—¿Adónde?

—Al *Armiño*, á almorzar como dos jóvenes á quienes sonríe el porvenir; y créeme, querido Horacio, la vida no es otra cosa que un juego de azar. Los que saben vivir en este valle de lágrimas, los que se precian de filósofos, celebran en la fonda

todos los acontecimientos prósperos con una comida, y los desgraciados con una cena.

—Pues vamos á celebrar la prosperidad de mis pinceles adonde tú quieras.

Y los dos amigos cogidos del brazo salieron del estudio alegres como la juventud, risueños como esas mañanas de primavera que alegran el corazón.

CAPITULO VI.

El tiranuelo de la casa.

Anita de Balboa era una preciosidad de la naturaleza, uno de esos tipos que se encuentran en la tierra para hacernos comprender los ángeles del cielo.

Diez y ocho primaveras acababa de cumplir: edad dichosa, perfume de la vida en que la esperanza, las ilusiones, la poesía y el amor, esas cuatro sonrisas del alma, asoman al rostro ataviadas con todos sus encantos.

Anita era una de esas jóvenes de ojos negros, cabellos negros y formando ondas como las aguas de un lago agitadas por la brisa de la tarde.

El color de su rostro era de ese moreno claro, sonrosado, trasparente.

Su boca diminuta se entreabria como la flor del granado cuando recibe la gota del rocío.

Sus dientes eran pequeños, unidos y brillantes.

Sus manos aristocráticas, tenían algo de la blancura de la azucena.

Pequeña de talla, flexible de cuerpo, esbelta de cintura, caminaba con la gracia peculiar de las andaluzas, dando á sus bien modelados hombros cierto contoneo, sin duda porque sus diminutos piés, no teniendo bastante base para sostenerla, la hacían vacilar con frecuencia.

Rica y mimada, sin madre desde la infancia, única heredera de la inmensa fortuna de su padre, eran para todos los de la casa ley sus caprichos.

A pesar de su juventud, comenzaba á llamársela en Madrid la reina de la moda.

Don Alejandro, sin valor para reprender sus inocentes faltas, sus disculpables caprichos, había llegado hasta el punto de no tener voluntad propia.

Anita era en su casa lo que se llama un rey absoluto, un tiranuelo con faldas, un Tiberio con el corazón de paloma.

Porque Anita era sensible como una sensitiva y apasionada como el amor.

A pesar de sus rabietas, sus caprichos y sus exigencias, todos los criados la amaban; porque Anita, que por la mas pequeña contrariedad ponía el grito en el cielo amenazándoles con despedirles, cuando llegaba ese caso solía decir:

—Que se quede: por esta vez pase.

Y luego, bajando la voz, continuaba:

—Mira, padre mio, por el susto que ha llevado creyendo que se le iba á despedir, dale cuatro duros para que se compre lo que le haga mas falta.

Esto demostraba el buen corazón de Anita, siempre dispuesto al bien.

Don Alejandro entregaba la moneda indicada, y todo seguía del mismo modo.

Bien es verdad que el conde de Balboa pasaba largas y tristes horas entregado á sus recuerdos, y que la encantadora presencia de su hija tenía el poder de hacerle olvidar su pasado.

El día en que Anita se presenta por la vez primera á la imaginación de mis lectores, se halla en su tocador con una joven de su misma edad, doncella de confianza para la cual no tenía secretos y á quien amaba como á una hermana.

Rosa, así se llamaba la doncella, hija de un antiguo criado del conde de Balboa, desde edad de cuatro años vivía al lado de Anita.

Siendo pequeña, Anita la hacía subir á su habitación para que jugara con ella á las muñecas.

Rosa sufría con dulce paciencia todos los caprichos de la señorita.

Anita solía decir:

—Rosa es la muchacha mas buena que he conocido; en sus labios siempre veo una sonrisa de cariño, de respeto y de bondad; en sus ojos una mirada de ternura. Creo que si le dijera: tírate desde el balcón á la calle, se tiraría.

Y efectivamente, Rosa era una de esas muchachas pobres que conociendo la misión que les está reservada, se resignan humildemente y se desviven por complacer y amar á aquel que las mantiene.

Anita le decía muchas veces:



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Rosa, arrodillada á sus piés....



—Mira, Rosa, hemos nacido en un mismo mes, nos hemos criado juntas, somos por consiguiente buenas amigas, cuando estemos solas quiero que me hables de tú; de lo contrario, me enfadaré.

Rosa sin embargo no pudo avenirse.

Anita se enfadaba, y Rosa se sonreía con las lágrimas en los ojos.

Reasumiendo: la jóven condesita acababa estos inocentes altercados cogiendo la barba de Rosa con sus dedos sonrosados y diciéndola:

—¡Jesus qué muchacha mas tonta!

Luego la regalaba un vestido y le decía:

—Véte, quiero estar sola.

Rosa salía de la habitacion, diciéndose para sí:

—¡Dios mio! todas las penas que tengas que enviar á mi señorita, envíamelas á mí en su lugar.

Anita y Rosa se hallaban en el tocador de la primera el mismo dia que el conde de Balboa habia ido al estudio de Horacio.

Anita, sentada delante de un espejo de cuerpo entero, tenia una fotografia de tarjeta en las manos.

Rosa, arrodillada á sus piés y familiarmente apoyados los brazos sobre las rodillas de su señorita, conversaba con ella.

—Es muy guapo, ¿no es verdad?

—¡Oh! mucho, señorita: no he visto ningun jóven mas hermoso.

—¡Hola! lo dices con tal entusiasmo, que estoy por tener celos.

—¿De mí?

Rosa pronunció con tal espresion de candor estas dos sílabas, que Anita soltó una carcajada, y cogiéndole la barba acercósele hácia sí y le dió un beso en la frente.

Luego, con esa entonacion encantadora de los niños que se disponen á entablar una conversacion formal, continuó:

—Comencemos por el nombre: Horacio no puede ser mas bonito; y en cuanto al carácter... porque una jóven debe tener muchas cosas en cuenta antes de decirle á un hombre: toma mi corazon, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo!

—La figura, ya lo ves, elegante, bella. ¡Ah! y dicen que tiene un corazon de ángel, que es bueno hasta dejarlo de sobra, y con mucho talento: ¿te gustan á tí los hombres con mucho talento?

—No lo sé, señorita: no he tenido ocasion de experimentarlo.

—La mujer no necesita de la esperiencia para formar su gusto. Tampoco yo he amado á nadie mas que á mi padre, á tí y á alguno que otro de mis criados, y sin embargo, conozco que los hombres de talento, y sobre todo los pintores, me gustan: por eso me gusta Horacio.

—Creo que la señorita tiene buena eleccion.

—Juan Antonio es amigo de Horacio, y me ha contado muchas cosas: tiene una hermana que se llama Virginia, como la heroina de aquella novelita que leimos allá en el castillo de los Pirineos. ¿Te acuerdas cuántas lágrimas nos hacia derramar?

—Era muy bonita.

—Pues segun lo que me dice Juan Antonio, Horacio es tan

bueno, tan generoso, tan amable como Pablo el novio de Virginia. ¡Ah! ¡qué cabeza la mía! ¿Sabes que hoy irá mi padre á pedirle á Horacio que haga mi retrato?

—¿Iremos á su estudio?

—No, mujer, vendrá él aquí.

—¡Ah!

—¿Por qué dices ¡ah! con toda la boca abierta?

—No lo sé, señorita.

—¡Pero tú no sabes nada!

—Tiene usted razon.

—Mira, Rosa, es preciso que te despejes, que te avives, que aprendas mucho, continuó Anita haciéndose la enojada, porque algun dia puedo necesitarte, y como sigas siendo tan tonta como hasta aquí, estoy fresca.

Rosa inclinó la cabeza, ruborizándose.

—¡Qué fastidio! repuso Anita: no te puedo decir nada sin que te salgan los colores á la cara. Vamos, te prohibo que te pongas colorada. Estamos hablando como dos amigas, y vas ahora...

Rosa, sin levantar la cabeza, sin pronunciar una palabra, permaneció en medrosa actitud, cerrados los labios, encendido el rostro.

Anita hizo una mueca de disgusto.

—¡Jesus qué fastidio de muchacha! es imposible sacar partido de ella. Véte: no quiero ver esa cara compungida. Véte.

Rosa se levantó y se dirigió hácia la puerta.

Anita vió dos lágrimas resbalar por las castas mejillas de su doncella.



Aquellas lágrimas la conmovieron, y comprendiendo que su genio aturdido reñía y se enojaba muchas veces sin motivo, se levantó con la ligereza de la juventud, y corriendo hacía la puerta, cogió por la cintura á su doncella.

—No quiero que te vayas: he mudado de parecer: quédate.

Rosa se detuvo, y dirigiendo á su ama una sonrisa donde reflejaba la gratitud, dijo:

—¿Me perdona usted mis torpezas?

—Sí, te perdono; pero como no quiero que nadie me gane á generosa, toma.

Y abriendo una elegante cajita de concha con ensambladuras de plata, en donde tenia algunas de sus joyas, sacó de ella una preciosa cruz de oro, y se la puso al cuello de Rosa.

—Te regalo esto.

—Pero, señorita, usted es demasiado buena conmigo. Yo no sé qué hacer con tantos regalos.

Anita, encogiéndose de hombros, dijo:

—Pues bien, los tiras.

—¡Tirarlos siendo de usted!

Y Rosa puso una de sus manos sobre la cruz.

—Pues los guardas.

—¿Está usted enfadada conmigo?

—Ven: hablemos de otra cosa.

Y Anita condujo á su doncella al mismo sitio en donde comenzó la presente escena.

Rosa, sonriéndose de un modo encantador, dijo:

—Vamos á hablar del señorito Horacio.

—¡Ah, picarilla! veo que comienzas á tener talento. Hablemos de Horacio: yo creo que esa es la conversacion que mas

puede entretenernos durante estas largas horas que pasamos aquí encerradas como dos monjas.

Y entre las dos jóvenes tuvo lugar uno de esos diálogos que nacen del alma, perfumados con las ilusiones de la juventud, con las esperanzas de la primavera de la vida.

CAPITULO VII.

Donde se verá que tan aprovechado era el padre como el hijo.

Cuando el conde de Balboa llegó á su casa, escribió ligeramente en una hoja de papel.

«Bautista: Ven tan pronto como puedas; tengo que hablarte de un asunto de la mayor importancia para mí.—*Alejandro.*»

Entregó la carta á un criado, diciéndole que si don Bautista no estaba en su casa, que lo encontraria indudablemente en la Bolsa.

Luego se puso á dar paseos por la habitacion, preocupado sin duda por alguna idea.

Los pecados de la juventud tarde ó temprano turban la tranquilidad de la conciencia, envenenan la paz del alma.

El conde de Balboa, arrastrado por la impetuosidad de su carácter, obedeciendo los consejos de su ambicioso corazon, habia atropellado por todo. Ni el crimen le detuvo.

Por algunos años la política, ese vicio de los españoles, y los negocios, esa efervescencia del espíritu, le aturdieron, y llegó, si no á olvidar del todo su pasado, á adormecerlo.

Luego, su hija era uno de esos ángeles que Dios envía á la tierra... genios protectores de la familia.

Diez y seis años habian trascurrido desde aquella época que visitamos por la vez primera el castillo de los Pirineos.

Elena no existia: una sepultura ocultaba el crimen cometido en un sér inocente, bondadoso, inofensivo.

Peró ¿qué se habia hecho el doctor Samuel?

¿Dónde estaba? ¿vivía aún? y en tal caso, ¿en qué punto de la tierra?

Estó era un misterio para don Alejandro, que de vez en cuando procuraba descifrar lleno de inquietud.

Además, el misterioso personaje, el amante de Elena, ¿quién era? ¿habia dejado de existir? ¿se presentaria de improviso á pedir venganza?

Para los hombres del temperamento del conde de Balboa, un enemigo oculto es mas temible que el que se presenta frente á frente.

Todas sus averiguaciones habian sido infructuosas para saber el paradero de estos dos individuos, á quienes debia tener por enemigos.

Sin embargo, allá en el fondo de su corazón tenia la esperanza de que habian muerto, como asimismo Carlota, la esposa de Samuel y sus dos hijos.

Don Alejandro se engañaba en parte, como verá el curioso lector.

Peró en el momento que nos ocupa se reconcentraba su

pensamiento en un solo punto de su historia, en sir Cárlos Holt.

El esposo de Juana la criolla, el hombre que con tanta energía castigaba el adulterio y que despues de algunos años conservaba tan presente aquella noche fatal que la hacia trasladar al lienzo, debia ser un enemigo terrible, implacable, tenaz.

Pero sir Cárlos Holt ¿conocia ó no al amante de su mujer?

Esto era una duda para el conde.

Cuando Bautista entró en el despacho de don Alejandro, este continuaba sus paseos.

Creemos inútil indicar que Bautista, el hombre de negocios y con una fortuna de cerca de dos millones, era el mismo que en el castillo de Balboa vimos siendo el hombre de confianza de don Alejandro.

—¡Ah! ¿eres tú, Bautista? cierra esa puerta: tenemos que hablar.

La gravedad del conde era tal, que Bautista acercándose preguntó con interés:

—¿Qué ocurre?

—Una cosa que no sé si debo mirar con indiferencia ó con prevencion.

—¿Qué es ello?

—Tenemos en Madrid nada menos que á sir Cárlos Holt, el cuáquero.

—¡Diablo!

—Sí, amigo Bautista, y para que veas cómo combina la fatalidad, sir Cárlos es el protector, el padre adoptivo de ese Horacio, de ese pintor de moda que va á retratar á mi hija.

—Pero ¿cómo ha sabido usted?

—Figúrate que esta mañana, á instancias de mi hija, me dirigí á casa de ese jóven pintor á suplicarle que hiciera el retrato de Anita, y recorriendo con la vista los varios cuadros que adornan las paredes de su estudio, me encontré uno en el cual reconozco la casa de campo de las orillas del Hudson en donde ocurrió el terrible drama, y de pregunta en pregunta saco en consecuencia que Horacio pintó aquel cuadro por encargo de su protector, de su segundo padre sir Carlos Holt: figúrate mi sorpresa.

—El señor conde debe tener presente que el esposo de doña Juana no conocia al amante.

—Sí, eso es de suponer; pero sin embargo...

—El señor conde desea saber algo sobre ese asunto, ¿no es así?

—Sí: no es el temor de un lance el que me sobresalta.

—Lo supongo, pero bueno es saber á qué atenerse. Mi hijo Juan Antonio, íntimo amigo del pintor Horacio, nos servirá en esta ocasión.

—Será ese un nuevo servicio que tenga que agradecerte.

—Estoy bien recompensado, señor conde.

—Tú, querido Bautista, no has vacilado nunca en comprometerte por mí.

—De lo que no estoy arrepentido; pero no se hable mas de ese asunto: procuraré enterarme de todo, y ahora voy á dirigirle al señor conde una pregunta: ¿va Horacio á hacer el retrato de la señorita Ana?

—Ya sabes que no puedo negarle nada á mi hija, y ella lo ha solicitado con toda la vehemencia de que es capaz.

—Debe usted pensar un poco antes de acceder á ese capricho.

—¿Temes algo?

—Creo, segun me ha dicho Juan Antonio, que el pintor y la señorita se aman.

—¿Sabes tú eso de positivo? preguntó el conde con interés.

—Al menos todas las sospechas me lo hacen creer.

—Espícate.

—Horacio y la señorita se han visto mas de una vez.

—Entendámonos: ¿á qué llamas tú verse?

—¡Toma! no quiero hablar de citas efectuadas sin testigos, nada de eso.

—¡Ah!

—Digo que se han visto en los teatros, en los paseos, y en el baile que se dió en la embajada inglesa hace quince días.

—Prosigue.

—En el citado baile, Horacio bailó un wals con la señorita. Sin embargo, el jóven pintor, tímido como una colegiala, solo dirigió á la señorita palabras convenientes y comedidas.

—Ella me ha ocultado eso.

—Juan Antonio parece ser que es el confidente de ambos. Le he dado ese consejo, y el perillan me lo hace pagar caro.

—¿De modo que podemos contar con tu hijo?

—Completamente. Desde el momento que concebí la primera sospecha, me dije: al señor conde tal vez le convenga algun dia saber la verdad de estos amores en perspectiva, y aconsejé á mi hijo que se hiciera necesario, indicándole la conducta que debia observar. Juan Antonio es un muchacho listo que podrá indudablemente servirnos de mucho. Horacio y la

señorita Ana tienen en él toda su confianza, nada le ocultan.

—Perfectamente: veo que los años no han influido en tí; eres el mismo de otros tiempos.

Bautista se inclinó, y dijo:

—Hace diez y seis años yo no era otra cosa que el criado de confianza de don Alejandro Balboa. Mi mujer y mi hijo podían formar pocos castillos en el aire para lo porvenir. Cuando el condado y la fortuna de doña Elena pasó á manos de usted, yo sentí también los beneficios de ese cambio de fortuna. Hoy se me tiene por un hombre rico; todo lo debo al actual conde de Balboa: no servirle como antes sería una ingratitud. Juan Antonio conoce todo esto, y piensa como yo: si mi pobre esposa viviera pensaría también lo mismo.

Don Alejandro tendió una mano á Bautista, y exhalando un suspiro, le dijo:

—Gracias, amigo mio: tu lealtad es un consuelo inestimable para mí.

—El señor conde se entrega con frecuencia á la vida de los recuerdos, y hace mal: le aconsejo que corra un tupido velo sobre el pasado.

—No puedo, Bautista.

Y el conde dejó caer la frente sobre la palma de las manos, lanzando un profundo suspiro.

Bautista, que por cariño ó por interés se hallaba siempre dispuesto á consolar y servir al conde, le contempló un segundo, y acercando la silla á la que ocupaba don Alejandro, le puso familiarmente una mano sobre el hombro, y dijo:

—Cuando diez y seis años han trascurrido sobre el hombre, cuando los cabellos que eran negros se han tornado blan-

cos, cuando el fuego de las pasiones se enfria en el corazon, las ideas cambian, y los enemigos que parecian irreconciliables llegan á mirarse con indiferencia.

—Los mios, murmuró don Alejandro, no se reconciliarán nunca.

—¿Existen por ventura? ¿no los hemos buscado por espacio de dos años? ¿dónde están? ¿dónde se esconden? Tengo la seguridad de que los oculta una fosa.

—Hoy, Bautista, se acaba de presentar uno de improviso y cuando menos lo esperaba.

—¿Y quién es ese enemigo?

—Sir Carlos Holt.

—Enemigo imaginario, puesto que no conoce al hombre que aborrece.

—Es verdad.

—Y aunque le conociera, aunque mañana se presentara á pedir una satisfaccion de esa felicidad que le robó el adulterio, ¿teme usted por ventura á sir Carlos Holt? ¿es invulnerable como Aquiles?

Don Alejandro, avergonzado de la falta de energía que le arrojaba en cara aquel leal servidor, levantó la frente con altivez, y dijo:

—Tienes razon, Bautista; mis temores son infundados: no hablemos mas de este asunto, pero aconséjame qué debo hacer. Con respecto al pintor Horacio, ¿debo consentir en que haga el retrato de mi hija?

—¿Y por qué no?

—Esto les aproxima.

—Mejor que mejor; así evitamos todas las locuras que pue-

dan llevar á cabo. La tiranía, la prohibicion de un padre es el incentivo mas poderoso del amor. Dejad á dos jóvenes que se vean, que se comuniquen sus castos y amorosos pensamientos, y evitais un peligro; prohibídselo todo, y ellos lo desean todo.

—La esclavitud, señor conde, nos hace apetecer la libertad, esto es sabido.

—Apruebo tu plan, y voy á ver á mi hija.

—Pues yo á la Bolsa, en donde espero hacer un buen negocio. ¡Ah! me olvidaba. Hé aquí una prueba de la lealtad de Juan Antonio.

—¿Qué es esto?

—Una carta que me escribe desde el *restaurant* de *El Armiño*: puede usted leerla.

El conde leyó en voz baja lo que sigue:

«Horacio está loco de contento, y el motivo de su alegría es el retrato de Anita que el señor conde acaba de encargarle.

»Estamos celebrando el acontecimiento en el *restaurant* de *El Armiño*. No podré ir á la oficina. Si ves á don Alejandro, recuérdale la plaza de oficial primero que está vacante; prefiero ese destino para permanecer en Madrid, al de gobernador de una provincia de tercer orden.—Tu hijo, *Juan Antonio*.»

El conde devolvió la carta, y dijo:

—Esta noche veré al ministro.

—¿De modo que puedo decirle que es cosa hecha?

—Creo que sí.

—Juan Antonio es agradecido.

—En eso confío.

—Respondo al señor conde: es hechura mia.

—¡Ah! entonces no deseo otra cosa.

- ¿Cuándo nos veremos?
- Esta noche á última hora.
- ¿Dónde?
- Aquí.
- Vendré á recibir órdenes del señor conde.

Y Bautista se dirigió hácia la puerta y el conde al gabinete de su hija, en donde solia olvidar todos sus recelos, todos sus temores.

- Pues yo á la Iglesia en donde espere haber
- ¡Allí me olvidaba. He aquí una piedad de la Iglesia de
- ¿Qué es esto?

—Una carta que me escribe desde el momento de mi arri-
vado; puede usted leerla.

El conde leyó en voz baja lo que sigue:
Forma está por de cuenta, y el motivo de su llegada
es el estado de Anita que el señor conde acaba de encontrar.
El estado de Anita es lamentable en el momento de su llegada.
El conde no tiene á la familia en voz de don Antonio.
rechazado la plaza de oficial primero que está vacante; pero
to con él me ha recomendado en Madrid, al de la familia
una provincia de tercer orden.—Tu hijo, Juan Bautista.

- El conde leyó la carta, y dijo:
- ¿La noche verá al ministro?
- Lo mucho que quiero decirle que es cosa hecha.
- ¿Que que el
- Juan Antonio es agraciado.
- En eso confío.
- Respondiendo al señor conde: es bastante bien.
- ¡Allí en donde un beso era cosa!

CAPITULO VIII.

Dos españoles que no lo parecen.

Por el tiempo que nos ocupa, es decir, á principios del invierno de 186..., un tren con su locomotora despidiendo humo se hallaba en facha para emprender el camino de Barcelona á Zaragoza.

Los equipajes, los empleados, los mozos y los viajeros iban y venian por el andén, los unos ocupados en lo concerniente al movimiento y salida del tren, los otros buscando asientos en los carruajes ó despidiéndose de los amigos y parientes que les acompañaban.

Pero todo este tragin peculiar de la hora de partida nos importa poco. Vamos pues á fijarnos en dos viajeros que sin que nadie sintiera su partida llegaron á la sala de descanso.

Los dos parecian extranjeros, tanto por el corte de sus facciones como por el traje.

Vamos á bosquejarlos ligeramente, pues durante esta fábula ocuparán de vez en cuando la imaginacion del lector.

Uno de ellos, el mas anciano, cuya barba blanca como la nieve y sus cabellos largos y blancos tambien, formaban un marcado contraste con la profunda y enérgica espresion de sus negros ojos y su despejada frente, llevaba una especie de saco ó redingot sin cuello, parecido á los abrigos que usan los griegos, un pantalon negro y una chalina ó bufanda caida sobre los hombros.

Cubria su cabeza una montera de terciopelo negro con dos grandes alas levantadas á los lados, especie de tapa-orejas que debian bajarse soltando un corchete que las sujetaba en la parte superior.

Difícil hubiera sido definir á qué nacion pertenecia el personaje que nos ocupa.

Era una mezcla heterogénea que formaba un conjunto extraño con un fondo de respetabilidad.

Su semblante grave, taciturno, bruñido por el sol, tenia algo de la majestad de los patriarcas.

Podia tomársele por un judío rico ó por un griego.

En su frente ancha y despejada brillaba la meditacion del filósofo: en su mirada la fijeza del matemático.

Llevaba en la mano izquierda una pequeña caja cogida por un anillo de bronce.

En la derecha un libro en 8.º, encuadernado en tafilete.

Una cadena formada por gruesas esmeraldas engarzadas en oro cruzaba su pecho, y en el dedo índice de su mano derecha relucia un grueso brillante rosa.

El otro personaje que nos hemos propuesto bosquejar y que

se paseaba por la sala de descanso esperando la hora de la partida, tenia un tipo, un carácter mas franco.

Un conocedor de las razas y sobre todo del blason, al ver la cruz del Águila Roja que llevaba en su levita verde, herméticamente abrochada hasta el cuello, su gorra azul con galon de oro y un ancho paletot de pieles terciado sobre los hombros, hubiera dicho: es un militar prusiano.

Además, su rostro marcial, su poblado bigote que se unia con unas hermosas patillas, su rostro moreno, todo en él indicaba á un hijo de Marte acostumbrado al silbido de las balas y la inclemencia del cielo.

La edad era bastante problemática; pero indudablemente, á pesar de que ni una cana se veia en sus negros cabellos, debía tener mas de cuarenta años.

Llevaba tambien un pequeño saco de noche de piel de vaca negro en la mano izquierda, y un libro en 8.º encuadernado en tafilete en la derecha.

El personaje de la barba blanca se sentó en una de las butacas de la sala, abrió el libro y se puso á leer.

El que llevaba la cruz del Águila Roja sobre el pecho dejó el saco de noche en uno de los divanes y continuó paseando.

De vez en cuando el militar prusiano dirigia una mirada furtiva al hombre de la montera de terciopelo.

Esta mirada era hija de la curiosidad que indudablemente le causaba aquel hombre.

Tal vez en su interior pensó que le seria grato hacer el viaje en el mismo coche y por eso sin duda aguardaba que abandonara la sala para seguirle.

Cuando se espera en una estacion la hora de la partida,

cuando se va á emprender un viaje largo por el interior, suele acontecer que dejando vagar la vista de uno en otro viajero, tropezamos con un rostro que aunque desconocido suele sernos simpático, ó viceversa, huimos de alguno á quien acabamos de ver por la vez primera.

En el primer caso, procuramos subir en el mismo coche del que nos ha sido simpático, y entonces un saludo afectuoso ó una de las palabras de rutina: hace frio, qué coche tan incómodo, qué diablo de cristales, etc., etc., establecen esa armonía que dura tanto como el viaje, y que muchas veces da por fruto un buen amigo, un negocio de interés, ó un matrimonio feliz ó desgraciado.

Esto sin duda pensaba el de la cruz del Águila Roja, á no ser que la curiosidad, como hemos dicho, le detuviera cerca del anciano de la cadena de esmeraldas.

Por fin sonó el último toque de la campana que anuncia el cierre del despacho de billetes, y que solo faltan algunos minutos para la partida.

El hombre de la montera cogió su caja, salió de la sala de descanso sin precipitarse, fué pasando revista á los coches, y encontrando un departamento de primera vacío, subió en él.

El de la gorra azul dejó pasar un minuto y subió en el mismo wagon.

Ambos viajeros se saludaron respetuosamente con la cabeza, ocupando cada cual un rincón.

Ya colocados, como si se lo hubieran dicho al oído, abrieron á un tiempo sus respectivos libros, y se pusieron á leer.

En este momento el pito del jefe de tren anunció la marcha, silbó la locomotora, trepidaron los coches sobre los rails,

y el mónstruo moderno, lanzando fogosos resoplidos y exhaliando borbotones de humo arrancó, llevándose detrás la pesada cola de quince wagoes.

Los dos viajeros continuaron leyendo, importándoles poco la topografía del camino.

El del bigote negro no dejaba de dirigir miradas á su compañero de viaje, cuya gravedad y abstraccion en la lectura debia llamarle la atencion.

En una de estas miradas pudo leer el título del libro que el hombre de la barba blanca tenia entre las manos.

Era la *Guía de Forasteros*, es decir, el mismo libro que él leia tambien.

El viaje no se presentaba muy ameno, pues durante los primeros catorce kilómetros ni el uno ni el otro desplegaron los labios; pero cuando el tren se detuvo en la estacion de Sardañola, el de la cruz del Águila Roja se asomó á la ventanilla del coche que precisamente se hallaba del lado del otro viajero, y le dijo en español:

—Con el permiso de usted, caballero.

El hombre de la barba contestó lacónicamente en el mismo idioma:

—Usted lo tiene, señor mio.

Cuando el tren arrancó, el de la gorra azul cerró los cristales, fué á sentarse en su asiento, y sacando una petaca de piel de Rusia, ofreció un habano á su compañero, diciendo:

—¿Gusta usted?

—Gracias: no gasto, contestó.

Como estas cortas palabras se habian cambiado en castellano puro y castizo, el de las patillas negras no tuvo duda de

que su compañero era español aunque no lo pareciese por el traje.

—Tal vez le moleste á usted el humo, le dijo deseando entablar conversacion.

—Nada de eso: puede usted fumar y hacer con toda libertad aquello que se le antoje; tengo, á Dios gracias, una naturaleza bastante fuerte.

—En verdad, caballero, que me complace oír que hable usted la lengua de Cervantes con la propiedad de un hijo de España.

—Soy español.

—Tanto mejor; aunque hablando con franqueza, no lo creí al subir á este coche.

—Cierto: mi traje no tiene nada del país que vamos atravesando; y franqueza por franqueza, usted tampoco viste como la generalidad de los hijos de San Fernando, porque, ó mucho me engaño, ó esa condecoracion que honra su pecho es prusiana.

—Sí, el Aguila Roja. Soy tambien español, pero he servido doce años bajo las banderas del rey de Prusia. Hace diez y seis años que falto de España.

—El mismo tiempo falto yo poco mas ó menos.

—¿Habrá usted encontrado muy variada nuestra clásica España?

—Puede decirse que he visto muy poco de ella: llegué anteayer á Barcelona.

—Yo me he detenido en esa hermosa ciudad ocho dias.

—Los catalanes, amantes como siempre del progreso, se desvelan por embellecer su risueño nido.

—Son activos.

—¡Oh! si fueran como ellos el resto de los españoles...

Y el hombre de la barba blanca, creyendo sin duda que habia dicho lo bastante para demostrar su galantería, continuó la interrumpida lectura.

El militar prusiano hizo lo mismo.

CAPITULO IX.

Donde comienza á sospecharse algo.

El silencio volvió á establecerse entre los dos viajeros.

Al parar en la estacion de Tarrasa, el hombre de la barba blanca, doblando una hoja del libro que leia, lo dejó sobre el almohadon y bajó del coche.

Por uno de esos movimientos que solo puede explicar la curiosidad, el militar prusiano, al verse solo, cogió el libro y lo abrió por donde estaba puesta la señal.

Era el catálogo alfabético de los titulos del reino, y vió marcado fuertemente con la uña este titulo: *Conde de Balboa*.

—¡Es extraño! se dijo: ¿por qué habrá marcado el apellido de ese miserable, de ese asesino?

Los ojos del militar prusiano brillaron de un modo siniestro al pronunciar estas palabras.

Luego se quedó pensativo.

El del redingot volvió á subir al coche.

Dos minutos despues, el tren estaba en marcha.

Si nos es lícito penetrar en el pensamiento de nuestros personajes, diremos que el de la cruz del Águila Roja sentia vehementes deseos de entablar de nuevo conversacion con su compañero.

—Veo que está usted leyendo el mismo libro que yo, dijo aprovechando una ocasion oportuna.

—¿La *Guía de Forasteros*?

—La misma.

—Hace tiempo que falto de España, y como ignoro completamente lo que en ella sucede, he querido enterarme de quién gobierna.

—Con el mismo objeto la compré en Barcelona; y solo ahora he comprendido la importancia de este libro, porque la verdad es que se experimenta un verdadero placer cuando al cabo de tantos años encuentra uno amigos antiguos, personas conocidas que viven aún. Aquí, por ejemplo, me encuentro nada menos que al conde de Balboa.

El de las patillas negras fijó al mismo tiempo sus ojos en el hombre de la barba blanca, que dijo con la mayor indiferencia:

—Verdaderamente, este libro es muy útil para los que como nosotros faltan algunos años de su patria.

—¿Y va usted á Madrid?

—Allí pienso establecerme por ahora.

—Yo tambien; y espero que no me falte ocasion para ofrecer á usted mis respetos.

—Lo mismo digo, caballero, aunque los servicios que yo

puedo prestar son siempre poco gratos, dijo anunciando una sonrisa el hombre de la barba blanca.

Y luego continuó:

—Ya ve usted, un médico...

—Es una profesion ingrata y molesta para el que la ejerce, pero no para el que recibe sus beneficios.

—Gracias en nombre de la facultad.

—Los hombres, casi siempre ingratos, podrán olvidar los beneficios que les ha hecho la ciencia de curar, pregonar la nulidad de los médicos, ponerles alguna que otra vez en ridículo, atacarles sin compasion por el lado vulnerable, y tenderles un tupido velo para ocultar la parte bella; pero digan lo que digan, hagan lo que hagan, mientras el hombre se halle sujeto á los padecimientos y afecciones de todo organismo animal, presentará el pulso al médico, dirigiéndole una mirada suplicante. Cuando el sol deje de dar calor á la tierra, cuando los seres que pueblan el universo dejen de existir en aquel conflicto universal, se verá á los médicos socorrer y morir con sus semejantes.

—¿Es usted médico, caballero?

—No señor: ni conozco el remedio para curar un simple resfriado; pero respeto el sacerdocio de la medicina y comprendo los beneficios que reporta á la humanidad. Si algun dia llega usted á conocerme mas á fondo, sabrá entonces que las palabras, que las ideas que acabo de emitir, no son hijas de la adulacion, sino de un sentimiento de justicia que nunca me abandona, y de gratitud que no olvida jamás el hombre bien nacido.

—Mucho me complace oir un elogio semejante de la cien-

cia á que con tanta fé me dedico y por la cual siento verdadera vocacion, si bien algunas veces se apodera de mí el mayor desaliento.

—No todas las enfermedades ceden ante el plan curativo que establece el médico.

—¡Ah! eso es muy cierto.

—Pero lo es tambien que los médicos desean acertar siempre.

—Sin embargo, muchos nos lo niegan todo.

—Sí, pero negarlo todo es concederlo todo. ¿Quién desconoce en absoluto los beneficios de la medicina? ¿Qué es un médico? Un sér que no se pertenece, sujeto siempre á los caprichos, á las aprensiones, á los abusos del prójimo. ¿Qué horas son las que se le conceden de descanso? Ninguna. La noche no es un obstáculo para abandonar su cama; la inclemencia de los cielos no es un inconveniente para que deje su abrigado hogar. Todas las profesiones tienen un dia en que el hombre se entrega en brazos del descanso, que es libre como el ave que cruza el espacio, que puede disponer de su tiempo, que puede, en fin, cerrar su puerta y dormir sin recelo. ¿Dónde está ese dia para el médico? Se le interrumpe en medio de un banquete, se le arranca del seno de la familia cuando mas grata le era su compañía, y se le dice: Ven, un enfermo te necesita. El médico sigue al desconocido, y entra como el apóstol de la caridad á depositar la bella chispa de una esperanza en la casa del dolor. Esto, amigo mio, lo conocen hasta los mas pertinaces detractores de la medicina.

—Y sin embargo, repuso el hombre de la barba blanca sin poder ocultar el placer que le causaba aquella deferencia hecha

la clase; sin embargo, Lessage, Moliere y otros muchos autores han puesto en ridículo á los médicos.

—Eso precisamente probará á usted el poder de la medicina, cuando tan ilustres escritores no han podido quitarles ni una visita. Cervantes mató con una obra los libros de caballería, porque eran vulnerables. Si los doce sabios que inmortalizaron la Grecia nacieran de nuevo y se propusieran matar á los médicos, no lo lograrían. Además, un tipo no puede, no debe formar clase, y por consiguiente no la ofende el ridículo.

Esta conversacion se prolongó por espacio de una hora.

Por fin el de la barba blanca, agradecido á tanto elogio, dijo:

—Caballero, perdone usted mi indiscrecion si despues de lo que hemos hablado me tomo la libertad de preguntarle su nombre para conservarle en mi memoria como un recuerdo de gratitud.

—Me llamo el coronel Ems.

El hombre de la barba se sonrió, y dijo:

—Yo el doctor Santafé.

Durante el resto del viaje hasta Zaragoza creció la confianza entre los dos viajeros.

Se hospedaron en la misma fonda, y recorrieron un dia juntos las calles de la ciudad invicta, recordando con gozo las glorias de España.

Cuando á la tarde del dia siguiente se dirigieron á la estacion para emprender su viaje á Madrid, puede decirse que eran dos buenos amigos, si bien aún no se habian contado ni una palabra de sus vidas privadas.

Indudablemente eran hombres de historia: ambos conocian

esto, pero ambos se abstuvieron de dirigirse una pregunta imprudente.

Desde Zaragoza á Madrid el departamento del coche fué completamente lleno: la conversacion se hizo general.

Se habló mucho de viajes.

El doctor Santafé habia corrido una gran parte de América.

El coronel Ems casi toda Europa.

Eran pues dos hombres ilustrados.

Cuando llegaron á Madrid, el doctor dijo al coronel:

—¿Tiene usted casa?

—No: soy completamente extranjero en mi patria.

—Yo tambien.

—¿Va usted á permanecer mucho tiempo en Madrid?

—Lo ignoro.

—A mí me sucede lo mismo.

—¿Quiere usted que vivamos juntos?

—Iba á proponérselo á usted.

—Entonces elija usted la fonda que guste.

—Me es completamente igual.

Y abriendo la *Guía* buscaron una fonda.

—Fonda de las Peninsulares, calle de Alcalá, dijo el coronel.

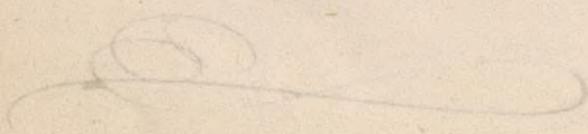
—Opto por esa, porque me conviene la calle.

—Y á mí tambien.

Aquellos dos hombres que reunia la casualidad desde tan lejanos continentes, sintieron en su interior una voz secreta que les decia: No os separeis: vuestros enemigos son poderosos, fuertes; uníos para vencerlos; sed pues desde este momen-

to hermanos del corazon, ya que la Providencia quiso que os encontráseis en el camino.

El doctor Santafé y el coronel subieron en un ómnibus que les condujo á la fonda de las Peninsulares, en donde se alojaron en dos cuartos contiguos que se comunicaban por una puerta de escape.

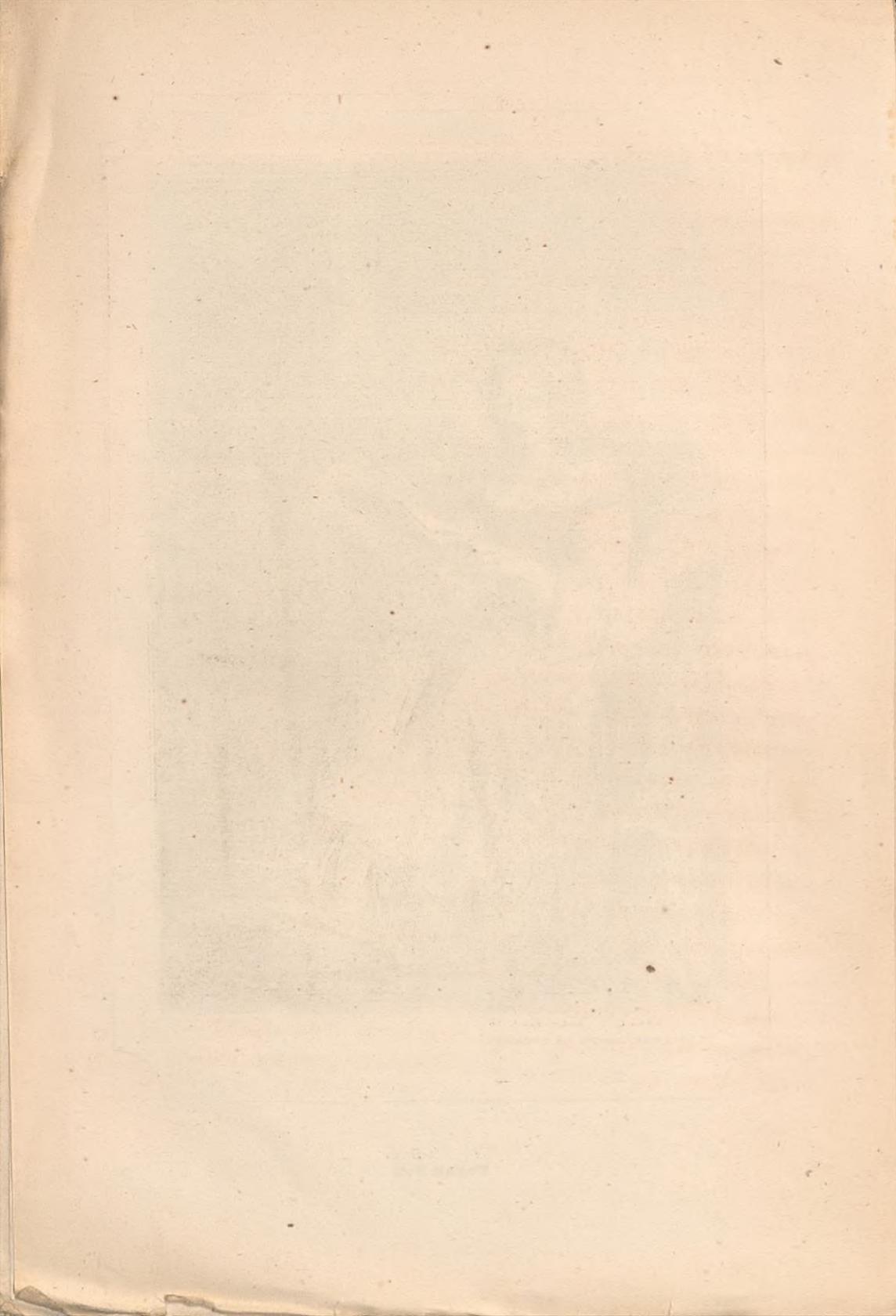




LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Virginia Holt.





CAPITULO X.

Virginia Holt.

El primer libro de esta novela lleva por epígrafe *Esposicion de tipos*: hablemos pues de Virginia Holt.

Dios, universal compensador de lo creado, ha querido que el ruiseñor posea la pluma más modesta y el canto más sublime entre las aves.

Pardo, oscuro, sin brillo ni matices, es el traje con que se atavía ese armonioso cantor de la enramada cuya garganta atesora todos los tonos, todas las melodías que pueden desenvolver las siete notas.

El pavo real, el flamenco y esa multitud de pájaros americanos cuyos ricos colores, cuyas vistosas plumas admiramos, envidian al ruiseñor.

Si se medita un poco sobre el diminuto cuerpo del ruiseñor y se multiplica su voz hasta darle la que le correspondería teniendo un tamaño como el de la abutarda ó el pájaro carnero

de Filipinas, su canto se oiría á la distancia de doce leguas; sería una especie de cañon Astromg despidiendo arpegios, escalas y armonías, y todos los vecinos de la comarca en donde hicieran su nido estarían sordos.

Esto sucede en el reino animal: pájaro feo, canto hermoso; pájaro pequeño, voz vibrante, aguda y melodiosa á la par; pájaro bonito, canto pobre, desentonado y débil, relativamente á su cuerpo. Dios, ya lo hemos dicho, es el compensador universal.

Ahora bien: esta digresion la hemos consignado con el objeto de decir que lo que sucede infaliblemente entre las aves tiene alguna escepcion entre las mujeres, puesto que Virginia Holt era hermosa como un sueño de la juventud y tenia una voz tan bella como su cuerpo.

Diez y nueve abriles resplandecian en su blanca y despejada frente, unos ojos de ese azul oscuro en cuyo fondo creen ver los soñadores el perfume de un alma casta, unos cabellos tan rubios como abundosos, peinados á la inglesa, cuyos largos tirabuzones acariciaban al menor movimiento las pudorosas mejillas, una boca pequeña donde la rosa habia puesto su perfume y el granado su color, una cintura esbelta y flexible como si el inspirado cincel de un escultor la hubiera hecho siguiendo las reglas del arte; tal era Virginia, candorosa jóven cuyas manos de vírgen se plegaban para rogar á Dios, y cuyos piés de hada buscaron siempre á los desgraciados para mitigar sus penas con los dones de la caridad.

No eran menos bellas las prendas morales que las físicas. Virginia poseia un corazon búcaro perfumado que atesoraba todas las virtudes.

Como acontece á las almas puras, la gratitud era una de las virtudes que mas la embellecian. Virginia la poseia en grado superlativo.

Sir Cárlos Holt contaba cincuenta años de edad, pero con un corazon jóven en donde la ternura, la bondad y la filantropía se hallaban tiernamente anidadas.

Virginia, acostumbrada desde la infancia á la ternura, á las bondades de su generoso protector, sentia en su alma esa profunda gratitud que lo embellece todo.

Sir Cárlos, esmerándose en la educacion de los dos huérfanos abandonados, habia hecho de Horacio un artista de talento, de Virginia una jóven perfecta.

Virginia pues amaba á sir Holt por ella y por Horacio.

Sentia por decirlo así una doble gratitud hácia aquel protector que en tan críticos momentos les deparó la Providencia.

Por otra parte, sir Cárlos era tan respetuoso, tan atento, tan comedido; en una palabra, era el modelo de un cuáquero de verdadero origen inglés, sin mezcla de sangre indígena, puro como los primeros pobladores de Nueva-Jersey, justo como un ministro evangélico y bondadoso como la misma bondad.

Virginia le amaba de un modo que ella misma no se hubiera atrevido á definir.

Si la cabeza de sir Holt no hubiera tenido canas, la maledicencia tal vez hubiera calificado esto de amor; pero Virginia, pura como la gota del rocío que descende del cielo posándose en el cáliz de la adelfa, amaba á su protector por gratitud, y le hubiera sacrificado hasta la existencia por deber.

Ahora, penetremos en la pequeña habitacion destinada á la jóven Virginia.

Era un gabinete reducido donde todo respiraba candor y pureza.

Las paredes, tapizadas de ese papel azul imitando al paño, con molduras doradas, formaban una dulce armonía con los rubios y abundosos cabellos de la jóven.

Sobre el mármol de la chimenea veíase un reloj con un remate de bronce, representando un ángel que cobijaba debajo de sus alas dos tiernos niños.

Encima del reloj, colgado del lienzo de pared, veíase el retrato de medio cuerpo de sir Cárlos Holt, pintado por Horacio.

Al fondo del gabinete el casto lecho de la jóven cubierto por un pabellon imperial de raso blanco, en cuya cúspide una paloma dorada recogía con su pico de grana los abundantes pliegues de aquella tienda del pudor.

La sillería era de moaré blanco con molduras doradas; un elegante piano de palo de rosa, una lámpara de cristal de Italia con flores artificiales y un espejo de cuerpo entero, formaban el mas agradable conjunto de aquel poético nido.

Virginia, sentada en el sofá, hojeaba un cuaderno de música, tarareando en voz baja alguna melodía.

Junto al balcon, sentada cerca de un pequeño velador, lady Catalina Growen vestida de negro, con una gorra blanca como sus cabellos, cosía con la gravedad de una aya inglesa.

Era esta señora flaca de rostro, sonrosada de cutis y larga de cuerpo.

Su semblante serio y respetuoso, sus labios delgados fuertemente unidos, que nunca se habian entreabierto á la sonrisa, daban á su cara cierta espresion de dureza.

Sin embargo, lady Growen era la bondad personificada y

amaba á Virginia, á quien habia educado como á una hija, porque las ayas inglesas se hallan precisamente colocadas en el polo opuesto de nuestras dueñas del siglo xvii.

Incorruptibles, celosas de la honra de las casas que sirven, para ellas no existe otra ley que el deber.

Virginia de vez en cuando lanzaba una exclamacion, corria al piano, ejecutaba algunas notas del cuaderno y volvia á sentarse en el sofá, diciendo:

—¡Oh, qué bello es esto!

Entonces lady Growen levantaba la cabeza y dirigia una mirada á la jóven.

—¡Ah, buena lady Catalina! dijo Virginia yendo á sentarse en un taburete junto á la inglesa: cuando venga sir Cárlos tengo que darle un millon de gracias por la coleccion de cantatas, baladas y nocturnos alemanes que me ha regalado esta mañana.

—Segun el entusiasmo que demuestra usted, deben ser muy bellas.

—¿Bellas? son sublimes: apenas contienen una nota que deje de vibrar en el alma como un gemido. Voy á tocar la primera que se presente: todas son á cual mejor.

Virginia corrió al piano, abrió el libro, le colocó en el sostenedor, y sentándose en el taburete dijo:

—¿No quiere usted oirla?

—Se oye desde aquí, señorita, respondió lady.

—No, mas cerca.

Y sonriéndose de un modo angelical, continuó:

—Vamos, Catalina: sir Cárlos no se enfadará porque deje usted un momento la labor.

Lady Growen, accediendo por fin á las súplicas de Virginia, fué á sentarse cerca del piano.

La jóven profesora comenzó una balada titulada *El paso de las golondrinas*.

Era imposible formar con las notas una imitacion mas completa de la precipitada algarabía que esas pequeñas é inofensivas avecillas emigradoras entonan al amanecer, junto al ingenioso nido donde duermen sus hijuelos.

De vez en cuando Virginia inclinaba hácia atrás con melancolía su hermosa cabeza, como si se sintiera adormecida por la dulce vaguedad de las notas.

Entonces sus cabellos como hebras de oro descansaban sobre sus hombros.

En este momento Virginia Holt era un ángel de la tierra que entreabria su alma para recibir la inspiracion del cielo.

CAPITULO XI.

Noche de luna (balada).

A manera que los sonrosados dedos de Virginia recorrian con prodigiosa rapidez el teclado, el frio semblante de lady Groven se iba animando, hasta el punto de tomar una expresion seráfica.

Del fondo de sus ojos pardos brotaron dos lágrimas, las mas bellas que exhala el corazon de la criatura, porque eran hijas del sentimiento.

En cuanto á la jóven, trasportada por la música, nada veia, nada oia, si se esceptúan las dulces notas que acompañaba con su voz de ángel, hasta el punto de apagar con su eco la voz del piano.

En este momento sublime en que en aquella pieza la inspiracion de un gran músico esclavizaba dos almas, se descorrió el portier y apareció sir Carlos Holt.

Vestia de rigurosa etiqueta.

El traje negro daba á su noble semblante mayor gravedad.

Sir Carlos se detuvo, como si temiera interrumpir la inspiracion de su protegida.

Por respetos á la virtud, rindiendo tributo á la castidad, sir Holt entraba siempre en la habitacion de Virginia con la cabeza descubierta.

Sus ojos, velados de la mas profunda tristeza, se fijaban en la jóven, que vuelta de espaldas no le habia visto, y continuaba ejecutando la balada alemana.

Trascurrieron algunos minutos.

De vez en cuando, como si el acento de Virginia penetrara en el corazon de sir Carlos, este se estremecia ligeramente, sus ojos brillaban con el fuego devorador de una pasion reconcentrada, pero inmediatamente volvian á adquirir su frialdad. Frialdad de mármol que hubiera engañado al hombre mas conocedor del corazon humano.

Por fin lady Growen levantó la cabeza, y al ver á sir Holt de pié junto á la puerta, dijo:

—¡Ah, señor!

Virginia giró con rapidez sobre el taburete, y viendo á su protector que avanzaba, se levantó, saliéndole al encuentro, y presentándole la frente para que la besara, dijo:

—Eso es una traicion.

—Cuando los pobres mortales oyen de improviso la voz de un ángel, detienen su paso para escucharle, respondió sir Carlos.

—Gracias por la galantería.

Y Virginia, cogiendo al cuáker de la mano, le condujo hasta el sofá, en donde se sentaron ambos.

Lady Catalina fué á ocupar su silla junto al balcón, y se puso á trabajar.

—Hoy me he convidado á comer con ustedes, dijo sir Cárlos.

—Ese convite debia ser todos los dias; pero usted nos abandona por desgracia con harta frecuencia.

—Usted y Horacio son jóvenes, y no quiero sujetarles á las impertinencias de mis cincuenta años.

—¡Ah, querido protector! hay en esta separacion algo que me entristece. Antes vivíamos juntos, y no recuerdo nunca haber sufrido esas impertinencias que usted tanto exagera.

—Antes era usted una niña.

—¿No lo soy ahora?

—Ahora, repuso sir Cárlos sonriendo, es usted una joven á quien el dia menos pensado pedirá en matrimonio algun rico heredero.

—¿Quién piensa en eso? yo no envidio mas felicidad que la que ahora poseo: no quiero casarme nunca.

—El amor, hija mia, hace olvidar todos los propósitos que una mujer hace sin contar con él.

—Es que el amor de la gratitud llena por completo mi corazon.

—Existe en el alma otra pasion que lo domina todo; pero dejemos al tiempo el cuidado de presentarnos nuestro porvenir. ¿Ha venido Horacio?

—No le he visto desde anoche.

—¡Cómo! ¿será capaz de estar aún en su estudio?

Y sir Cárlos dirigió una mirada á la muestra del reloj.

—Sin embargo, son cerca de las cinco.

Y volviéndose adonde se hallaba Catalina, dijo:

—Lady Growen, tenga usted la bondad de mandar un aviso á Horacio diciéndole que le esperamos.

Catalina salió, entrando á los pocos minutos con una carta en la mano que entregó á Virginia.

—Es de Horacio: veamos lo que dice.

«Virginia: Un amigo íntimo ha querido llevarme á comer á la fonda. No me esperes: nos veremos esta noche en el teatro.

»Te prevengo que nuestro generoso protector comerá contigo.—Tuyo, *Horacio.*»

—¡Oh! esto es una mala partida, exclamó Virginia al terminar la lectura de la carta.

—Muy disculpable en un jóven artista que se ve muchas veces en la precision de ser galante y condescendiente con sus admiradores.

—¿Es decir que comeremos solos?

—Con la respetable lady Catalina, que suplirá en la mesa las veces de Horacio.

—¡Ah! me olvidaba de dar á usted las mas espresivas gracias por su regalo: es un cuaderno delicioso.

—He oido una de las baladas.

—¿*El paso de las golondrinas?*

—Ignoro...

—Era la que tocaba cuando usted entraba. Mientras nos dan el aviso, voy á repasar el nocturno titulado *Noche de luna.*

Virginia volvió á colocarse junto al piano.

Sir Carlos permaneció en el mismo sitio.

Lady Catalina salió de la habitacion para dar las órdenes convenientes para la comida.

Nuevamente un mundo de armonías se extendió por los ámbitos de la habitacion.

Nuevamente pudo notarse en la lánguida mirada de la joven profesora los dulces efectos del entusiasmo.

En cuanto á sir Carlos Holt, inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho, permaneciendo abismado en sus pensamientos.

De vez en cuando sus labios se entreabrian, y un suspiro apenas perceptible se escapaba de su pecho.

¿Quién era capaz de definir, de saber el origen de aquel suspiro?

Hay hombres que son arcanos misteriosos, que nunca dejan asomar á su rostro el fondo de sus almas.

Sir Carlos era uno de estos hombres.

Cuando Virginia terminó la pieza musical, volvió la cabeza como para recibir la aprobacion de su nuevo oyente.

Sir Carlos permanecia con la frente inclinada, inmóvil como una estatua, triste como el dolor.

Al verle en aquella actitud, Virginia se estremeció, sus mejillas palidieron, y levantándose se acercó sin meter ruido hasta colocarse á su lado.

—Sir Carlos, ¿qué esto? ¿no merezco una palabra de aprobacion? he tocado de repente y la pieza no puede ser mas difícil.

—Perdone usted, Virginia: esas dulces notas me han producido un efecto inesplicable.

—¡Ah! pues si el nocturno titulado *Noche de luna* le produce á usted mal efecto, no lo tocaremos, dijo Virginia.

—Al contrario, el efecto es grato: volveré á oír el nocturno con mucho gusto.

—¿Ahora?

—No, luego; despues de tomar el té, porque ya veo á lady Growen que viene á anunciarnos que la comida nos espera.

Y sir Cárlos ofreció el brazo á Virginia para conducirla al comedor.

Debemos advertir que Virginia habia una y mil veces rogado á sir Cárlos le hablara de tú, dejando el enojoso usted; pero el bondadoso cuáker no creyó prudente acceder á esta petición.

CAPITULO XII.

Donde Anita se persuade que tiene el mejor de los padres.

Anita permanecía conversando con su doncella y con el retrato de Horacio en las manos, cuando oyó unos golpecitos en la puerta del gabinete y una voz que decía:

—¿Me das tu permiso, picaruela?

—¡Ah! es mi padre, exclamó Anita corriendo hácia la puerta, la cual abrió.

—Sales á mi encuentro con el rostro resplandeciente de felicidad, repuso don Alejandro.

Anita se arrojó en los brazos de su padre y le dió tres ruidosos besos en las mejillas.

—Estas caricias me llenan de espanto, dijo el conde rodeando su brazo por la esbelta cintura de su hija, porque temo que me cuesten caras.

—¿Luego me crees interesada?

—Sí, en mi felicidad.

—¡Bravo, señor conde, bravo! es usted todo lo que se lla-

ma un cumplido y galante caballero. Ven, siéntate á mi lado: ¡tengo tantas cosas que decirte!

Rosa se dirigió hácia la puerta, mientras Anita conducia á su padre hasta el sofá.

—¿Te marchas? le dijo esta.

—Si la señorita no manda otra cosa...

—Bien, sí, tienes razon: véte á hacer lo que quieras; si te necesito, ya te llamaré.

Y sentándose en un taburete á los piés de su padre, apoyó sus lindos brazos en las rodillas de don Alejandro, y le dijo:

—Tenemos que hablar mucho.

—¡Oh! ya lo supongo: sobre todo, de cosas de la mayor importancia.

—¿Te burlas?

—Libreme Dios de semejante cosa!

—Es que cuidadito conmigo, pues ya sabes que tengo mal genio.

—Y tanto, querida Ana, que me asusta mucho menos hacer un mal negocio en la Bolsa que enojarte en lo mas mínimo.

—Pues bien, entonces ya puedes darme cuenta de tu comision.

—¿Qué comision?

—¿Serias capaz de haberla olvidado?

Y Anita hizo un gesto de impaciencia.

—No sé de qué me hablas, repuso su padre cariñosamente y sin dejar de sonreirse.

—¡Jesus! hoy estás tonto.

—Creo que lo estoy siempre que me hallo á tu lado.

- No divaguemos. ¿Has visto á Horacio?
El conde soltó una carcajada.
—¿Por qué te ries?
—Porque veo tu corazón á través de tus ojos.
—Ignoraba que tuvieras el don de la doble vista; tanto mejor: así me ahorrarás mucho trabajo.
—No te entiendo.
—No importa; responde á mi pregunta: ¿has visto á mi pintor de cámara?
—Sí.
—¿Y qué te ha dicho?
—¡Toma! lo que era de esperar: que vendrá á retratarte cuando dispongamos.
—¿No ha puesto inconveniente?
—Ninguno. Tu retrato le producirá dos cosas: honra y provecho.
—¡Bah! ¿crees tú que Horacio pinta por dinero?
—Un poco por el dinero y otro poco por la gloria.
—Eres todo prosa.
—Y tú todo poesía; pero, querida, los artistas son también prójimos, y tienen como los demás hombres estómago y necesidades.
—Te prohibo que hables de esa manera. ¡Oh! como sigas así, acabarás por matar todas mis ilusiones, y eso no te lo perdonaría nunca.
—Comienza á darle un giro nuevo á la conversacion, y de ese modo no te enojarás, puesto que yo no tengo en este asunto mas voluntad que la tuya.
—Eres el mejor padre del mundo.

—No diré yo tanto; pero sí afirmo que soy el mas condescendiente.

—Así se conquista el corazon de una hija.

Y Anita rodeó sus brazos por el cuello de su padre, dándole al mismo tiempo un beso en la frente.

—Eres mi tirano; no sé negarte nada: esto me desespera cuando estoy solo.

—Pero en cambio te hace el mas feliz de los padres cuando te hallas á mi lado.

Don Alejandro agitó la cabeza negando, pero al mismo tiempo sus ojos resplandecian de felicidad.

—Me importa poco que digas que no; yo sé que en este momento estás satisfecho, contento; en una palabra, que eres completamente feliz. Pero volvamos al pintor.

—Sí, volvamos á lo que mas te interesa: hoy el capricho se reduce á los émulos de Apeles.

—¿Dices que vendrá cuando se le diga? preguntó.

—Eso hemos convenido.

—Pues entonces, siéntate y escribe una cartita diciéndole que comenzaremos mañana á la una.

Don Alejandro fué á sentarse junto á un velador.

Anita sacó una elegante cartera de taflete, y con desenvoltura admirable colocó papel y tintero al alcance de la mano de su padre.

Este escribió:

«Señor don Horacio Holt, mi distinguido amigo: Anita, que es una locuela encantadora...

Anita, que estaba apoyada en el respaldo de la silla leyendo lo que escribia su padre, dijo de repente:

—Borra eso.

—¿Y qué es eso?

—Lo de loquilla.

—¡Ah! ¿y dejo lo de encantadora?

—¡Ya lo creo! eso no me ofende.

El conde apartó la hoja de papel donde habia comenzado la carta, y cogió otra diciendo:

—Dicta tú; de este modo no tendremos que borrar tanto.

—Yo no sé qué decirle.

—Pues es muy sencillo.

—Escribe tú.

—Pero me has de prometer que no me tacharás nada.

—¡Oh! en cuanto á eso, allá veremos.

Don Alejandro comenzó de nuevo la carta, concebida en estos términos:

«Amigo Horacio: Si sus muchas ocupaciones se lo permiten, tanto mi hija como yo tendremos un placer viéndole mañana á las doce almorzando con nosotros, y con la caja de colores dispuesta para comenzar la gran obra de que le hablé hace pocas horas.

»Dice Anita que como ustedes los pintores tienen muy buen gusto, quisiera preguntarle qué traje le parece el mas á propósito!

»De modo que si esta noche quiere honrarnos, podremos echar un párrafo en nuestro palco de la Opera.—Suyo, *El conde de Balboa.*»

—¡Ah! ¡qué talento tienes! exclamó Anita sin poderse contener. Eres el mejor padre del mundo.

Don Alejandro exhaló un suspiro, diciendo en voz baja:

—Sí, tienes razon, Anita; soy el mejor padre del mundo, ó por lo menos el mas condescendiente. No sé si esto será un mal ó un bien: allá veremos.

Mientras tanto la jóven, con el aturdimiento encantador de la alegría, dobló la hoja de papel y la puso en un sobre perfumado.

—Escribe aquí las señas del pintor, dijo:
El conde obedeció.

Anita fué á la puerta y dijo en voz alta:

—¡Rosa!

La doncella asomó su tímida cabeza por un lado del portier.

—Que lleve un criado esta carta adonde dicen las señas.

Y bajando la voz, le dijo casi al oido:

—Mañana viene Horacio; tenemos que madrugar mucho.

Luego fué adonde estaba su padre.

—¿Qué es eso? ¿estás triste? ¿te arrepientes de haberme complacido?

El conde, que asaltado tal vez por algun recuerdo terrible de su juventud, ó por el grito de la conciencia que de vez en cuando le atormentaba, se habia quedado cabizbajo, pensativo, levantó la cabeza, y esforzándose por sonreirse dijo:

—¿Triste yo, estando tú tan contenta? No, hija mia, no: mi mayor placer es tu alegría, mi única ambicion tu felicidad.

Y abrió los brazos para recibir en ellos á Anita, que en aquel momento se conceptuaba la hija mas dichosa del universo, y creia que su padre era el mejor de la tierra.

El corazon humano está lleno de misterios que en vano se proponen sondear los hombres pensadores.

El conde de Balboa, que no habia temblado ante la infamia

del asesinato; Alejandro, que habia arrebatado á un padre cariñoso los trozos mas queridos de su corazon, no tenia valor para oponerse al mas insustancial capricho de su hija.

¿Era Anita un consuelo para su dolor, ó un castigo de su crimen?

¡Siempre misterio!

Pero es lo cierto que el conde, débil, condescendiente, sin fuerza de voluntad ante aquella niña delicada que como la verde y frágil caña que crece en las márgenes de un lago hubiera podido tronchar á su antojo, se habia en otro tiempo levantado amenazador sobre otros obstáculos mas poderosos.

Anita, ya lo hemos dicho, era el tirano de su padre.

El conde de Balboa aceptaba la esclavitud impuesta por el despotismo filial con humilde resignacion, porque el amor de padre subyugaba su espíritu, su corazon, su alma.

del asesinato Alejandro, que habia arrojado á un padre cari-
 ñoso los brazos mas queridos de su corazón, no tenia valor para
 oponerse al mas instante capricho de su hijo.

¡Eis Ántes un consuelo para su dolor, ó un castigo de un
 crimen?

¡Siempre misterio!
 Pero es lo cierto que el conde, débil, condescendiente, sin
 fuerza de voluntad ante aquella tibia delicada que como la ver-
 de y fértil caña que crece en las marjenes de un lago hubie-
 ra podido tronchar á su antojo, se habia en otro tiempo levan-
 tado amenazador sobre otros opresores mas poderosos.

Antes, ya lo habes dicho, era el tirano de su padre.
 El conde de Balboa aceptaba la esclavitud impuesta por el
 despotismo filial con humilde resignación, porque el amor de
 padre subyugaba su espíritu, su corazón, su alma.

El conde de Balboa, que no habia temido jamás de ser
 opresor, se habia convertido en un esclavo, y se habia
 convertido en un esclavo, y se habia convertido en un esclavo.
 El conde de Balboa, que no habia temido jamás de ser
 opresor, se habia convertido en un esclavo, y se habia
 convertido en un esclavo, y se habia convertido en un esclavo.
 El conde de Balboa, que no habia temido jamás de ser
 opresor, se habia convertido en un esclavo, y se habia
 convertido en un esclavo, y se habia convertido en un esclavo.
 El conde de Balboa, que no habia temido jamás de ser
 opresor, se habia convertido en un esclavo, y se habia
 convertido en un esclavo, y se habia convertido en un esclavo.

LIBRO SEGUNDO.

AVENTURAS DEL DOCTOR SANTAFÉ.

LIBRO SEGUNDO

AVENTURAS DEL DOCTOR SANTAFÉ

CAPITULO PRIMERO.

Donde el autor retrocede.

Suponemos que bajo la barba blanca del doctor Santafé habrán reconocido nuestros lectores al modesto médico de Viella Samuel Navarra.

Esto necesita una esplicacion, y como nada tan fácil para nosotros como contar historias novelescas, pues de ellas vivimos, vamos á hacerlo.

Samuel cayó como herido por un rayo ante la puerta de su casa, abriéndose una profunda herida en la frente.

Los dos montañeses, creyéndole muerto, corrieron al vecino pueblo á dar parte á la justicia.

El alcalde era un hombre de bien (que no faltan en la tierra, aunque no andan muy escasos los pícaros), y como además de ser buen hombre tenia buen corazón, tres pares de mulas y algunos centenares de ovejas, viendo que ni doña Carlota ni sus hijos parecian en casa del médico, y que este, si no muerto,

daba pocas señales de vida, mandó al alguacil y á un regidor que cargaran con Samuel, y se lo llevó á su casa.

La hospitalidad es una de las virtudes mas antiguas que se conocen, y el alcalde de Viella la practicó con el doctor Samuel.

Durante un mes, el pobre doctor, asistido por el cirujano y el boticario del pueblo, estuvo luchando entre la vida y la muerte.

Muchas veces el bueno del alcalde se paseaba por la sala en cuya alcoba se hallaba el enfermo, haciendo para su capote estos y otros parecidos comentarios:

—Aquí debe haber sucedido algo *gordo*... el doctor Samuel se halló herido, casi muerto, delante de la puerta de su casa... segun el cirujano, la herida de don Samuel fué efecto del golpe, y la enfermedad que aún le tiene postrado un arrebato de sangre á la cabeza, del que, á Dios gracias, parece que se halla mejor. Que un hombre tan servicial como don Samuel tome una insolacion ó cualquiera otra cosa, y tenga un ataque á la cabeza, no tiene nada de particular; pero que una señora tan buena, tan pacífica, tan casera como su mujer doña Carlota, desaparezca por arte del diablo llevándose sus hijos, esto es grave y no me lo esplico.

Y el alcalde, dándose una palmada en el muslo, repetia:

—Sí señor, esto es grave, muy grave; debe indudablemente haber algun misterio que no podré aclarar hasta que el pobre médico pueda contestar á mis preguntas.

Otras veces, mientras la alcaldesa y sus hijas se quedaban al cuidado del enfermo, el alcalde, el cirujano y el boticario echaban su partida de solo en la habitacion inmediata, y no

era extraño que se interrumpiera el juego para entablar el siguiente diálogo:

Alcalde.—Yo no entiendo una palabra de todo lo que aquí pasa.

Cirujano.—Lo mismo nos sucede á todos.

Boticario.—Señores, en vano nos devanaremos los sesos por descifrar este enigma. Mientras don Samuel no recobre la lucidez de la inteligencia, mientras no se combata la fiebre que le postra, no sabremos una jota de este asunto.

Cirujano.—Y aun así, creo que nos quedaremos con las mismas dudas.

Alcalde.—Algo del asunto sabríamos si ustedes no fueran tan escrupulosos, porque en el bolsillo del gaban de don Samuel...

Cirujano.—Seria una imprudencia: el médico, como el sacerdote, es depositario muchas veces de secretos que no le pertenecen. Esos papeles no debemos verlos.

Alcalde.—Sí, sí, tiene usted razon: por eso y para evitar peligros se ha encerrado la ropa del pobre don Samuel en un cajon, y tienen ustedes la llave; pero hace cerca de veintisiete dias que estamos lo mismo: el enfermo ni avanza ni retrocede.

Cirujano.—Sin embargo, no está peor.

Boticario.—Y aun pudiera decirse que de esta no muere.

Cirujano.—En cuanto á eso, es mucho decir.

Alcalde.—En fin, allá veremos: juego.

El cirujano recogió sus cartas, y dijo con gravedad:

—Mas.

Entonces el boticario, demostrando por la espresion de su

semblante que la suerte se le declaraba con toda la insolencia de que es susceptible, exclamó:

—Bola.

Por espacio de algunos minutos los jugadores no se ocuparon de otra cosa que de las buenas ó malas cartas que les deparaba la fortuna; y así permanecían hasta las nueve de la noche, hora en que dando el *último vistazo* al enfermo se retiraban á sus casas, esceptuando aquel que se quedaba á asistirle.

Por fin llegó un día en que cedió la fiebre, y Samuel comenzó á coordinar las ideas; en una palabra, recobró las facultades del cerebro.

Desde este momento podía decirse que estaba fuera de peligro si se salvaban los graves resultados de una recaída.

—¿Qué es lo que me ha sucedido?

Esta fué la primera pregunta que Samuel se dirigió, llevándose una mano á la frente.

Al tocarse el vendaje que rodeaba su cabeza, exclamó:

—¿Estoy herido? ¿qué es esto?

Y luego, haciendo un esfuerzo, pronunció estas palabras:

—¡Carlota! ¡esposa mia! ¿dónde estás?

El alcalde, que se hallaba cerca de la cama, le dijo:

—Ánimo, amigo mio... valor... Dios ha querido librar á usted de la muerte, por lo que debemos darle infinitas gracias: lo demás todo se arreglará cuando usted se sienta bueno del todo, completamente restablecido.

Como la débil luz de la aurora que penetra en un recinto oscuro destacando poco á poco los objetos, así las ideas volvieron á penetrar en el cerebro de Samuel, y un grito doloroso

que se escapó de su pecho dió á entender que lo recordaba todo, espantándole de nuevo su desgracia.

—¡Mis hijos! ¡mi esposa! repitió. ¿Dónde están? ¿por qué no vienen?

El cirujano, que en aquel momento habia entrado en la alcoba, reprendió dulcemente al enfermo por su falta de resignacion.

—Si desgraciadamente, le dijo, usted empeora, ¿quién correrá en auxilio de esa familia que tanto le aflige no ver á su lado? Valor, amigo, valor.

Samuel estrechó la mano del amigo que tan prudente consejo le daba, y repuso:

—Sí, tiene usted razon; es preciso vivir por ellos, y viviré. Desde este dia, el restablecimiento de Samuel fué rápido.

Sus amigos se gozaban viéndole ganar fuerzas y conversando con él con la moderacion conveniente á su estado.

Por fin llegó el dia en que el doctor abandonó la cama.

Habia permanecido en ella un mes.

Se le presentó la ropa, y después de vestido le pusieron un sillón de vaqueta junto á la ventana para que gozara de los aires puros del campo.

El sol de una hermosa mañana de invierno penetraba en la habitacion.

Samuel, por espacio de algunos segundos permaneció contemplando con verdadero éxtasis aquellos campos donde tan feliz habia sido con su pobreza y el amor de su familia.

Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos, porque Samuel no podia acostumbrarse á la soledad que le deparaba la desgracia.

Su alma toda amor, toda ternura, necesitaba el cariño de su familia, cuyo paradero ignoraba.

Samuel no había leído aún los papeles, sagrado depósito de doña Elena; pero llevándose la mano al bolsillo del pecho de su gaban, los tocaba, los tenía allí juntos con los billetes del Banco de España.

Era preciso pues restablecerse del todo, recobrar el vigor perdido, recorrer el mundo si era preciso para encontrar á sus hijos, á su esposa.

Samuel comprendió que teniendo tan poderosos enemigos, era cuerdo ser prudente.

Una tarde el cura fué á visitarle, y sentándose le dijo:
—El ciego dice ya que ve.

—Efectivamente, puedo decir que me halló completamente restablecido.

—No ha sido poca fortuna para el pueblo.

—¡Ah! mucho tengo que agradecer á ustedes!

—Una mano lava la otra y las dos la cara. Nosotros también debemos á usted muchos favores.

—El que cumple con su deber no hace mas que lo que le corresponde: el pueblo me paga, yo le sirvo.

—Pero los servicios prestados con buena voluntad siempre son meritorios. Y hablando de otra cosa: me ha dicho el cirujano que piensa usted marcharse del pueblo: ¿es verdad eso?

—Señor cura, mi deber me llama á otra parte: he sufrido una gran pérdida; mis hijos... mi esposa...

—Pero ¿á qué parte es esa? porque yo me aturdo.

—Lo ignoro.

—¡Cómo! usted se ha empeñado en guardar silencio.

—No puedo hacer otra cosa.

Samuel exhaló un suspiro, y repuso:

—Durante mi enfermedad, ¿no se presentó en el pueblo algun forastero cuyas preguntas sobre mi persona inspiraran sospechas?

—Solo al principio, ó por mejor decir al dia siguiente, un hombre vestido así como si fuera un guarda, con un capuchon, llegó á casa de usted, en donde se hallaba el alguacil, y preguntó por el médico Samuel Navarra. Como el alguacil no tiene mucho de aquella ciencia que inmortalizó á Salomon, le dijo:—A buena hora viene usted; se está muriendo.

—¡Ah! ¿conque un hombre vino?

—Sí: luego no se ha presentado nadie; pero en verdad, querido médico, que todo lo que sucedió es bastante extraño, porque usted no tenia enemigos en la comarca.

—¡Y sin embargo, me han robado á mis hijos y á mi esposa!...

—Parece imposible que haya en el mundo gente tan mala. ¿Y usted no sospecha...

El médico dejó caer la cabeza sobre el pecho, y guardó silencio.

—Vamos, señor don Samuel, es preciso no perder las esperanzas, es necesario que la resignacion fortalezca el espíritu; de lo contrario, nada se conseguirá.

—Sí, dice usted bien, padre cura; ahora más que nunca necesito el valor, la energía, la fuerza de voluntad, porque tal vez mi querida Carlota, mi amado Luis, mi pobre Claudia, llo-
ran su desgracia en poder de sus verdugos. Yo debo salvarles, y les salvaré, sí, les salvaré ó moriré en mi empresa.

El cura, que era un bendito de Dios, se quedó con tanta boca abierta oyendo al doctor Samuel; y observando los gestos y los ademanes que hacia, pensó si la debilidad del convaleciente seria causa de aquella efervescencia.

Como Samuel dejó caer la cabeza, abatido, sobre el pecho, el padre cura comprendió que prolongar aquella escena seria una imprudencia.

Por eso se despidió del enfermo.

—¡Ah! ¿cómo un hombre vino a casa de usted, en un día de fiesta, y se despidió así como si fuera un gran hombre?

—¡Ah! ¿cómo un hombre vino a casa de usted, en un día de fiesta, y se despidió así como si fuera un gran hombre?

—Sí; luego no se ha presentado nada; pero en verdad, doctor, ¿cómo un hombre vino a casa de usted, en un día de fiesta, y se despidió así como si fuera un gran hombre?

—Y sin embargo, me han robado a mis hijos y a mi casa.

—¿Y usted no tiene enemigos en la comarca?

—Parece imposible que haya en el mundo gente tan mala.

—Y usted no sospecha...

El médico dejó caer la cabeza sobre el pecho, y guardó silencio.

—Vamos, señor don Samuel, es preciso no perder las esperanzas, es necesario que la resignación fortalezca el espíritu; de lo contrario, nada se conseguirá.

—Sí; dice usted bien, padre cura; ahora más que nunca necesito el valor, la energía, la fuerza de voluntad, porque tal vez mi querida Carlota, mi amado Luis, mi pobre Claudia, no...

ran su desgracia en poder de sus verdugos. Yo debo salvarlos, y los salvaré, si les salvaré o moriré en mi empresa.

CAPITULO II.

Donde comienzan las Memorias de Elena de Balboa.

Dos días después Samuel Navarra, completamente restablecido, salió de casa del alcalde y se dirigió triste y cabizbajo á la suya.

Los vecinos al verle pasar le saludaban con respeto, diciendo en voz baja:

—¡Pobre don Samuel! ¡qué flaco, qué cabizbajo anda! ¡Ya lo creo! no es para menos lo que le pasa.

Samuel, que habia recibido las llaves de su casa de manos del alguacil, entró en aquella sala donde tan dulces y tranquilas horas habia pasado, y se dejó caer con desaliento en el viejo sillón de baqueta.

Allí permaneció algunos minutos con la mirada tristemente fija en el suelo.

Lágrimas abundantes derramaron sus ojos.

De vez en cuando, alzando la abatida frente, dirigia una

mirada en derredor suyo, como si buscara á su familia, alegría de su corazon.

Solo la triste y silenciosa imágen del Nazareno, los libros, sus queridos amigos, y los modestos muebles, permanecian en su sitio.

Pero el alma de la casa, la alegría del hogar, la dicha del corazon, ¿dónde estaba?

Samuel continuó llorando por espacio de dos horas.

Por último se puso en pié y comenzó á recorrer toda la habitacion, como si quisiera encontrar algun indicio que le orientara en medio de aquel mar de confusiones.

—¿Qué ha pasado aquí? solia decirse con profunda pena: ¡sangre en el casto lecho de mis hijos!... ¡rotos los cristales de la ventana!... ¡en desórden los muebles!...

Y de repente, juntando las manos con el fervor y la desesperacion del náufrago, repetia:

—Jesus, hijo de María, Redentor del mundo, ilumíname, guia mis pasos para que pueda encontrarlos, porque esta soledad me espanta, me matará sin duda.

Samuel permaneció algunos segundos en actitud suplicante, como si esperara que la voz del Nazareno le revelara la verdad.

El dolor abrumaba aquella naturaleza de acero, aquel corazon enérgico.

Al medio dia oyó pasos en el corredor.

Era la criada del señor alcalde que le traia en una cesta la comida.

—Vaya, señor don Samuel, en este mundo el que no come se muere.

Y puso un mantel sobre la mesa, colocando las viandas.

Samuel comió poco y maquinalmente, como el que no se ocupa de lo que hace.

Por la tarde se paseó un rato por la huerta, en donde no habia un palmo de terreno que no conservara un recuerdo grato á su corazón.

Allí le sorprendió la visita de sus amigos, que no eran pocos, afanándose todos en consolar al desalentado médico.

La alcaldesa, comprendiendo que don Samuel no podia vivir solo en semejantes circunstancias, le envió una de sus criadas para que le guisara y le sirviera.

Samuel dejó á la criada el gobierno de la casa, dedicándose de lleno á sus tristes pensamientos.

A las nueve de la noche se quedó solo en la sala que ya conocen nuestros lectores.

Las horas trascurrieron sin que Samuel abandonara su viejo sillón.

—¿Qué hacer? se preguntaba de vez en cuando: ¿qué partido tomar? ¿cómo encontrarlos? Si es preciso que yo vuelva al castillo, sé que arriesgo la vida; pero ¿qué falta me hace la vida sin ellos? Es preferible morir cien veces.

La luz de la aurora le sorprendió sentado en el sillón.

Samuel no quiso penetrar en la alcoba, porque le horrorizaba la sola idea de no dar un beso á sus hijos antes de acostarse.

Cuando el primer rayo de sol penetró en la sala, Samuel fué colocandó todos los documentos pertenecientes á doña Elena, incluso los billetes del banco.

Luego buscó en un armario dos viejas pistolas, las limpió,

las cargó cuidadosamente, guardándolas en los bolsillos del pantalon.

Samuel estaba firmemente resuelto á jugar el todo por el todo.

—Yo recorreré el mundo entero si es preciso hasta encontrarlos: ese es mi deber. En cuanto al conde de Balboa, tengo documentos en mi poder que pueden comprometerle, y si no me entrega mi familia... porque es indudable que él ó sus satélites son los ladrones que me arrebataron mi felicidad.

Y perdiendo rápidamente el entusiasmo, continuaba:

—Pero ¡Dios mio! mi enfermedad me ha hecho perder un tiempo precioso: lo que aquel mismo dia hubiera sido tal vez fácil, hoy puede ser imposible. Sin embargo, es preciso aprovechar las horas.

Samuel guardó en su cartera todos los papeles de doña Elena, reunió el poco dinero que tenia en el cajon de una mesa, y cogiendo la capa y el baston llamó á la criada.

—Voy á salir: ignoro el tiempo que permaneceré...

Aquí se detuvo.

—Una imprudencia, se dijo hablando consigo mismo, puede perderlo todo: es preciso que antes de emprender la difícil expedicion que me propongo, lea todos los papeles que me entregó doña Elena. Yo solo tengo noticias vagas de su desgracia; debo saberlo todo.

Y volviéndose á la criada, continuó alzando la voz:

—No quiero nada: déjeme usted.

La criada se retiró, pensando que el buen médico desde la enfermedad no tenia muy sana la cabeza.

Samuel se encerró en la sala, colocó la cartera sobre la me-

sa, y dirigiendo una profunda mirada á la imagen de Jesus, dijo:

—Tú que conoces el estado de mi espíritu, tú que lees en el fondo de mi conciencia y sabes el dolor que aflige mi corazón, comprenderás que debo leer estos papeles, sagrado depósito, para emprender con mas seguridad de buen éxito la empresa que me propongo llevar á cabo.

Samuel abrió la cartera.

Contenia un cuaderno manuscrito con letra menuda y bastante compacta: letra de mujer; un testamento sellado con el timbre de los condes de Balboa, y dos cartas, que por su contenido y letra eran de distinta persona.

El doctor comenzó la lectura por el manuscrito.

Leamos nosotros con él.

«Hija de mi alma: Si estas Memorias que escribo con mano trémula llegan á tu poder, si su lectura arranca una lágrima á tus ojos y un latido á tu corazón, bendita seas, y Dios te haga mas feliz que lo fué tu desgraciada madre.

»Débil me siento, y próxima á su fin se halla mi existencia; poderosos enemigos te dejo sobre la tierra, pero ellos ignoran tu paradero y el nombre de tu padre. Todos los tormentos del mundo no me arrancarian ese secreto que seria la muerte de los dos seres que mas he amado, que mas amo, que mas amaré mientras me quede un resto de vida.

»Lee pues, querida Claudia, estas páginas, humedecidas tantas veces por las lágrimas de una mujer infeliz.

»Su lectura podrá serte útil: por ella sabrás tu origen, conocerás á tus enemigos, y tal vez pueda asegurar tu porvenir.

»Nada te ocultaré. Si llega á tus manos antes que la edad

de la razon resplandezca sobre tu frente, la persona á quien pienso confiar el manuscrito, tendrá la suficiente prudencia para conservarle. Luego, cuando puedas comprenderme, tú apreciarás en su justo valor mis sufrimientos, mi ternura, mi desgracia.»

Estas líneas que llevamos escritas formaban en el cuaderno una especie de introduccion.

Luego, volviendo la hoja, se leia en letras subrayadas:

Memorias de la condesa Elena de Balboa, dedicadas en sus últimos dias á su legítima heredera Claudia de... Ante Dios, ante mi conciencia, y por la salud y salvacion de mi hija, juro que todo lo que contiene el presente manuscrito es verdadero como los Evangelios, infalible como la misericordia infinita.

CAPITULO III.

Memorias de la condesa de Balboa.

I.

Nací en el castillo que lleva el apellido de mis antepasados por nombre, y cuyos altos torreones tienen su asiento en la falda de los Pirineos.

A los cinco años de edad perdí á mi buena y cariñosa madre. Esta fué la primera desgracia con que Dios me demostró que se acordaba de mí.

A los cinco años, los dolores de la vida dejan poco rastro en el corazon. Una noche de sueño tranquilo borra las huellas del llanto, se despierta con la luz de la aurora, se oye cantar á las avecillas, y se sonrie y se canta tambien.

Eso me sucedió á mí. Luego, al recordar la gran pérdida de una madre, al sentirme herida por los primeros golpes

del infortunio, he llorado mucho, la he invocado muchas veces, pidiéndola que intercediera por mí desde el cielo, en donde indudablemente se hallaba.

II.

Mi padre, cansado de esa lucha infructuosa de la política, poseído de un profundo desprecio hácia los hombres de las grandes ciudades, cuya falsedad tanto disgusto habia causado á su recto y enérgico corazón, se habia retirado á su viejo castillo de los Pirineos con el firme propósito de terminar en él sus dias.

Eran sus ocupaciones la caza y la lectura, los perros y los libros los únicos amigos con que contaba, segun él mismo decia.

Sin embargo, á pesar del hastío que se habia apoderado de su alma, no desconoció que era indispensable darme una educacion correspondiente á mi clase y fortuna, y á los siete años de edad me llevó á San Giron, ciudad francesa y no muy lejos de la frontera de los Pirineos.

Allí permanecí nueve años.

III.

De regreso al castillo, mi padre quiso que conociera algunas capitales de España.

—Eres rica y heredera de un nombre glorioso, me dijo: no puedes por consiguiente vivir encerrada dentro de estas paredes de piedra: tu tio Alejandro, mi hermano, lleva una vida

demasiado inquieta; siempre viajando, apenas permanece seis meses en el mismo punto; de lo contrario, vivirías con él en Madrid.

Yo dije á mi padre que no me disgustaba la pacífica existencia del castillo; pero él insistió en llevarme á la córte de España.

IV.

Durante tres años, si se esceptúan los meses de riguroso verano, Madrid fué nuestra residencia.

Yo notaba que de dia en dia iba aumentando la tristeza de mi padre.

La vida del campo, el trato con los sencillos montañeses, su aficion favorita, la caza, le hacian recordar con frecuencia su viejo castillo.

Viendo que en la capital de España se sacrificaba por mí, yo, que no tenia otro deseo que verle contento y feliz, le rogué que regresásemos á nuestra tranquila morada de los Pirineos.

Mi padre me abrazó, demostrándome su agradecimiento.

—Hija mia, me dijo: sacrificas tu porvenir. Aquí podias encontrar un partido ventajoso; allá...

Comprendí lo que queria decirme, y le tranquilicé.

—Soy demasiado jóven; vamos al castillo, le dije.

Accedió, y partimos.

V.

Trascurrieron cuatro años: yo habia cumplido veintidos.

Mi vida se deslizaba sin deseos, sin penas, sin sobresaltos.

Mi corazón dormía tranquilo en mi pecho.

Por las tardes, cuando el tiempo no me lo impedía, acompañada de un criado de mi confianza, de un viejo que me había visto nacer, visitaba las vecinas chozas y las casas de los pobres montañeses.

La caridad, tomada entonces como un pasatiempo grato á mi alma, llegó á ser con el tiempo una necesidad de mi corazón.

Las bendiciones de todos aquellos á quienes socorría mi mano, me causaban un bien indefinible.

Una tarde me trajeron la noticia de que un pobre montañés acometido por un oso, se hallaba herido de alguna gravedad.

Dijéronme asimismo que la presencia de ánimo y el arrojo de un jóven cazador le había salvado la vida.

Inmediatamente corrí á su cabaña.

¡Ah! ¿quién es capaz de comprender, de acertar los insondables secretos que nos guarda el destino, que nos reserva el porvenir?

VI.

Sobre un miserable lecho se hallaba un hombre tendido, con el rostro vendado y la camisa ensangrentada.

Era el montañés.

A un extremo de la choza una mujer y dos niños de corta edad llorando.

Era su familia.

Junto á la cama, de pié, inmóvil y con la mirada dolorosamente fija, veíase un jóven de elevada estatura, rostro distinguido, frente noble.

Vestia una chaqueta de paño burdo, chaleco y pantalon bombacho de piel de cabra.

Una canana rodeaba su cintura, y no lejos del sitio en que que se hallaba, una escopeta de dos cañones, un capote de monte y un hermoso perro indicaban que aquel jóven era un cazador.

Al verme entrar se quitó respetuosamente el sombrero, fijando en mí sus ojos.

La mujer y los hijos del montañés me rodearon, porque yo era una esperanza para todos los pobres de la comarca.

VII.

¿Quién era aquel cazador? Nadie le conocía: solo supe por entonces que era un español que habitaba en un pequeño pueblo de los Pirineos franceses.

Durante la convalecencia del montañés le visité todos los dias.

Allí encontré siempre al jóven cazador.

Una tarde al entrar en la cabaña retrocedí con espanto, porque un enorme animal de color oscuro se hallaba tendido cerca de la cama del herido.

El jóven cazador se apresuró á tranquilizarme.

—Nada tema usted, señorita, ese oso está muerto, no puede causar á usted ningun daño; es un regalo que hago al pobre herido: vendiendo la grasa y la piel, podrá al menos sufragar en parte el daño que le causó cuando bajaba vivo por estos barrancos.

—¿Luego ese oso... pregunté.

—Es el mismo que estuvo á punto de devorar al pobre montañés: le maté anoche, y se lo he regalado.

VIII.

Insensiblemente fui comprendiendo que la imagen de aquel jóven misterioso se grababa en mi corazon.

El amor, ese dulce tormento del alma, era desconocido para mí; la curiosidad se agitó en mi pecho, y quise conocer quién era aquel jóven.

Pregunté á la mujer del montañés.

—Nadie le conoce, nadie sabe de dónde viene, pero es bueno y caritativo; todos le queremos mucho porque remedia siempre nuestras necesidades. Le llaman el cazador, y vive en una aldea francesa que dista pocas horas de estas montañas.

—Pero ¿cómo se llama? ¿qué profesion es la suya? porque ni sus maneras ni su modo de hablar tienen nada de cazador de oficio.

—Nosotros le conocemos por el cazador, señorita; pero dicen que se llama Antonio.

Mi curiosidad quedaba en el mismo estado.

¿Quién era aquel jóven? ¿qué misterio envolvía su existencia?

Nada pude saber por entonces, porque bien lejos me hallaba de imaginar los lazos que debian unirme al jóven cazador.

IX.

Por esta época enfermó mi padre, y vino mio tío Alejandro al castillo.

Desde el dia que se quedó en la cama el autor de mis dias

hasta aquel en que dejó de existir, no me aparté ni un solo momento de su lado.

Durante este tiempo no vi al jóven cazador, pero su recuerdo no se borraba de mi mente.

La enfermedad de mi padre se agravó, los médicos desconfiaron de salvarle, se pensó en todas esas dolorosas obligaciones del hombre rico en la hora de la muerte, y en los deberes del cristiano.

Un sacerdote y un escribano vinieron al castillo.

Mi padre dispuso su alma y arregló sus intereses.

Su testamento, del que he procurado apuntar algunos párrafos, los mas importantes, al final de estas Memorias, mandaba que en el caso de que yo muriêra sin hijos, que pasaran todos los bienes y el título á mi tio Alejandro, nombrado al mismo tiempo tutor y curador mio.

Mi padre amaba á su hermano, le creia noble y honrado, aunque un poco aturdido. Este fué un error grave, principio de todas mis penas, causa de la muerte que veo aproximarse, que muy en breve convertirá mi cuerpo en un cadáver.

X.

Murió mi padre, y tres meses despues mi tio Alejandro, con el pretexto de un viaje indispensable á mis intereses, abandonó el castillo, dejando en él á un criado de su confianza llamado Bautista, á quien nombró mayordomo de las labores del campo con ámplias facultades.

Yo nada sospeché de este hombre, que era fino y modesto en la apariencia. Luego supe la verdad, y me espanté de tanta hipocresía, de tanto disimulo.

XI.

Cerca del castillo, colocada en la cumbre de una pequeña colina, existe una ermita, especie de panteon donde se hallan enterrados algunos de mis antepasados.

Un anciano religioso, un pobre fraile, guardian de esta ermita, donde todos los dias festivos se celebra el santo sacrificio de la misa, y adonde acuden los montañeses de las cercanías, cuida de la santa imagen de un Cristo, á cuya sombra bienhechora descansan las cenizas de los Balboas.

Una tarde, acompañada de mi leal criado Mauricio, me encaminé á la ermita con el objeto de orar junto á la tumba de mi padre.

Comenzaba la primavera.

Por todas partes veíase asomar lozana y alegre la vegetacion, formando un contraste agradable las verdes laderas y las nevadas crestas de los montes.

Poco antes de llegar á la ermita distinguí al venerable fraile, sentado en un banco de piedra situado junto á la puerta, banco á quien prestaban su sombra cuatro seculares álamos negros.

El fraile no estaba solo.

Indudablemente no me habia visto, pues hubiera salido á mi encuentro.

Avancé, y reconocí en el hombre que conversaba con el ermitaño al joven cazador.

CAPITULO IV.

Donde el doctor Samuel continúa leyendo el manuscrito.

I.

El padre Anselmo salió á mi encuentro.

El jóven cazador, de pié y con el sombrero en la mano, me saludó respetuosamente, fijando en mí una mirada en la que yo creí notar cierto interés, cierta melancolía.

Junto á la tumba de mi padre encontré un pequeño ramo de violetas silvestres.

Fray Anselmo me dijo que el jóven cazador traía todas las tardes un ramo de aquellas flores.

Le pregunté si sabia alguna particularidad de aquél jóven, y me dijo:

—Viene con frecuencia á pasar algunos ratos en la ermita, y de vez en cuando me regala alguna perdiz. Casi siempre me habla de la soledad en que vive usted. Yo creo que debe

ser un emigrado español; pór su trato, deduzco que es una persona ilustrada y fina: nada tiene de la rudeza peculiar de los cazadores de osos de estas comarcas. Sin embargo, él me ha dicho que vive de la caza... yo no lo creo, pues su mano es bastante pródiga para socorrer al menesteroso, y sin mas recursos que la escopeta no se puede practicar la caridad con mucha frecuencia, por buen corazon que se tenga.

II.

Por lo que llevo dicho se comprenderá, en medio de mi tranquilo aislamiento, el interés que debia inspirarme aquel jóven.

Rodeada de sencillos aldeanos, de rústicos montañeses, era para mí el cazador una planta exótica cuyo perfume comenzaba á embriagarme.

El corazon guia mi pluma: escribo lo que siento, lo que él me dicta.

Sin hablarle comprendí que no le era indiferente; sin decirme lo á mí misma conocí que le amaba, y sin embargo, siempre que nos encontrábamos nuestra conversacion se reducía á un simple saludo, á algunas palabras de rutina y sin importancia alguna.

III.

Un dia en mi libro de oraciones encontré un billete.

Grande fué mi sorpresa al leerle. Copio aquí su contenido.
«Señorita: Usted se halla rodeada de enemigos tanto mas temibles cuanto que afilan sus armas con la sonrisa en los labios y la mirada hipócritamente fija en el cielo.»

»Note usted que se van despidiendo del castillo antiguos y leales servidores, sustituyéndolos por otros nuevos que no pueden tenerle á usted ningun cariño, que servirán ciegamente á aquel que les ha colocado en el sitio que ocupan.

»Tal vez no esté lejos el dia en que el padre Anselmo, que ha vertido sobre la frente de usted las aguas del bautismo, y el pastor Mauricio, que la ha mecido á usted en la cuna, sean arrojados del castillo.

»Señorita, procure usted no quedarse sin esos dos leales servidores, y guárdese todo cuanto pueda del astuto Bautista.»

La carta no estaba firmada; pero nadie podia haberla introducido en mi libro mas que el jóven cazador á quien habia encontrado aquella misma tarde en la ermita, estrañándome mucho no verle á la salida del panteon.

IV.

Este aviso me hizo advertir los varios cambios efectuados en poco tiempo en la servidumbre.

Bautista mandaba en absoluto, y despedia y admitia la gente sin darme cuenta de nada.

Tuve prudencia, y viví alerta desde entonces.

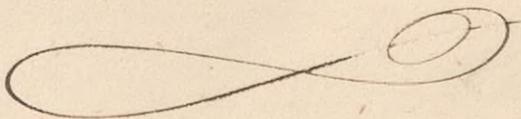
Durante tres dias no vi al cazador.

Una tarde Mauricio, á quien habia elegido por compañero de mis escursiones, me dijo:

—Desde mañana no podré acompañar á la señorita. —

—¿Estás malo? le pregunté.

—Nunca me he sentido tan bueno; pero el señor Bautista me ha dicho que tengo que vivir en la choza grande cerca del rio, desempeñando el cargo de mayoral de los pastores. —



—Pues bien: yo soy el ama, y te mando que te quedes en el castillo.

—¡Diantre! me dijo aquel honrado servidor: nada deseo tanto; pero el señor Bautista lo manda...

—¿Y á quién obedecerás tú mejor, á él ó á mí?

—¡Toma! ¿qué duda cabe? á usted, señorita.

—Pues bien: cuando te diga que te vayas á la choza grande, dile que yo te he dicho que no quiero que salgas del castillo.

V.

Aquella misma noche Bautista entró en el comedor á darme la queja de que Mauricio se empeñaba en desobedecer sus órdenes.

—Hace solamente, le dije, lo que yo le he mandado.

Bautista frunció el entrecejo, y fijando en mí una mirada que me sobresaltó, repuso:

—Señorita, la servidumbre de esta casa se halla á mi cargo. Don Alejandro antes de partir me dejó instrucciones que yo no debo desobedecer. Mauricio hace falta al frente de los pastores: su honradez y su experiencia son muy útiles, sobre todo en este tiempo que va á comenzarse el esquila de las ovejas.

—Otros hay tan inteligentes y tan honrados en el castillo, si es que usted no los ha despedido con su afán de hacer innovaciones. En cuanto á Mauricio, le necesito yo.

—Está bien: daré parte á don Alejandro.

—¿Es eso una amenaza? le pregunté ofendida.

—Esto es cumplir con lo que se me tiene encargado.

Y saludando respetuosamente, salió del comedor.

VI.

IIV

Desde esta noche comprendí que mi tío trataba de separar de mi lado á todos los mas adictos, los mas antiguos servidores del castillo.

Procuré encontrarme con el cazador, y como me inspiraba gran confianza el padre Anselmo, se efectuó nuestra entrevista en la ermita.

Hé aquí, poco mas ó menos, la escena que tuvo lugar en el panteon en presencia del anciano sacerdote:

—Desde la muerte de mi querido padre, dije al jóven cazador, puede decirse que vivo sola en el castillo: poco ayezada á la perversidad de los hombres, nada he temido hasta el instante en que una carta anónima que encontré en mi libro de oraciones vino á darme el primer grito de alerta. Esa carta es de usted, caballero; y como he creído notar cierto interés y cierta delicadeza en su conducta para conmigo, le ruego, le suplico que no me oculte nada, que me revele los peligros que me amenazan, si es que los sabe.

—Yo soy el autor de esa carta, respondió con serenidad: ¿para qué negarlo? Vive usted, se puede decir, sola en medio de sus enemigos, la confianza puede perderla, y le he escrito para que estuviera siempre alerta.

—Pero ¿qué motivos tiene usted para creer... le pregunté.

—Examine usted la conducta de Bautista desde que don Alejandro salió del castillo; recuerde usted el testamento del

difunto conde de Balboa. Algunos hombres son desgraciadamente demasiado ambiciosos, y por lograr lo que se proponen no retrocederán ni ante el crimen.

VII.

Aquellas palabras me causaron una profunda impresión.

Durante la noche que siguió á esta entrevista estuvieron resonando en mis oídos.

A la mañana del día siguiente fuí á visitar al padre Anselmo.

—Usted debe conocer á ese jóven cazador, le dije: ¿quién es? ¿qué misterio envuelve su vida?

—Yo como usted, hija mia, ignoro la historia de ese jóven, me respondió; solo sé que se llama Carlos, que vive hace algunos meses en una miserable aldea no muy distante de estos sitios, y que bueno y generoso socorre con mano pródiga á los necesitados.

A pesar de mi poco mundo, de mi sencillez, comprendí que dirigir mas preguntas sobre semejante hombre, era poner de manifiesto el estado de mi corazón.

Esperé que la casualidad me favoreciera.

No se hizo esperar, y supe entonces la historia del jóven cazador, á quien encontraba casi siempre en las chozas, en las humildes moradas de todos aquellos á quienes iba á socorrer.

Por todas partes se bendecía su nombre, se elogiaba su buen corazón, su valor, hasta el punto de llamarle el amigo de los pobres.

A Cárlos, pues así se llamaba, le obligaban á permanecer en un pueblo de los Pirineos franceses poderosas razones.

Pero hay secretos que publicados cuestan la vida: no debo yo revelarlos.

.....

CAPÍTULO V

El primer amor.

.....
Charles tenía razón, y no tardó mucho en convenirme que sus sospechas no eran infundadas.
Mi hijo regresó al castillo, permaneciendo en él cinco días.
Durante este tiempo salí poco de casa, refugiándome del sol.
Mariano para saber noticias de Cárlos, me escribió.
La conducta de mi hijo nos precipitó, pues poco tardé en conocer sus intenciones.
—Tu carácter tranquilo y pacífico se agrieta mal, me dijo con las intrigas y cambios del mundo. Huye pues de él, y toma el velo en uno de los conventos de la reina Francisca.
Si se rechaza el testamento de mi padre, pueden acontecer cosas que no se imaginan.
Yo le dije que no me sentía con bastante resolución para la vida del claustro, y me aconsejó que me retirara a un convento de las montañas.

CAPITULO V.

El primer amor.

Cárlos tenía razon, y no tardé mucho en convencerme que sus sospechas no eran infundadas.

Mi tio regresó al castillo, permaneciendo en él quince dias.

Durante este tiempo salí poco de casa, valiéndome del leal Mauricio para saber noticias de Cárlos.

La conducta de mi tio nos precipitó, pues poco tardé en conocer sus intenciones.

—Tu carácter tranquilo y pacífico se aviene mal, me dijo, con las intrigas y engaños del mundo. Huye pues de él, y toma el velo en uno de los conventos de la vecina Francia.

Si se recuerda el testamento de mi padre, pueden comprenderse las intenciones de mi tio.

Yo le dije que no me sentia con bastante vocacion para la vida del claustro.

—¿Estás firmemente resuelta á eso? me preguntó.

—Sí, le contesté con bastante sequedad.

—¿Entonces piensas casarte?

—Tal vez.

—¿Tienes amante?

Algo debió notar en mi rostro, porque yo advertí en sus ojos una mirada que me dió miedo.

—Pues bien, Elena, me dijo: ¡ay del hombre que elijas por esposo!

Temí por Carlos, á quien amaba con todo mi corazón, y á quien podía perder la menor imprudencia.

II.

Por entonces encontré en uno de los cajones de un viejo armario un rollo de pergaminos, que fué, por decirlo así, mi salvación.

El pergamino no era otra cosa que la relación y el plano del castillo, por el cual supe alguno de los secretos del edificio desconocido por todos.

Ignoro si mi difunto padre conocía la existencia de tan precioso documento.

Cuando mi tío Alejandro abandonó nuevamente el castillo, yo torné á ver á Carlos con mas frecuencia.

Nos amábamos sin habernos dirigido nunca una palabra de amor: los ojos revelaban el estado de nuestras almas.

Carlos me habia confiado la causa que le obligaba á vivir en un país extranjero con un nombre supuesto.

Revelar su nombre en el territorio español era perderle, pues pesaba sobre él una sentencia de muerte.

Cárlos pertenecía á una familia noble; era por todos conceptos digno de mí. Salvadas las graves circunstancias de la sentencia de muerte que le amenazaba, mi padre no se hubiera atrevido á rechazarle; pero yo, jóven apasionada, viéndole en peligro y desgraciado, con nombre supuesto y siendo el amigo de los pobres, le amé con locura; y el padre Anselmo bendijo nuestra union, siendo testigo de nuestro enlace Mauricio, único hombre en quien teníamos completa confianza.

III.

Comprendiendo que se celaban sus pasos, puse en conocimiento de Cárlos el viejo pergamino, y con el auxilio de Mauricio venia á verme la mayor parte de las noches por una escalera secreta que desde la gruta de la yedrà termina en el salon de los tapices.

Nadie sospechó nuestras entrevistas, nuestras dulces horas de risueñas esperanzas, en que pensando en lo porvenir olvidábamos los peligros que nos amenazaban.

Trascurrió el tiempo. Me hallaba en cinta: iba á ser madre; pero era preciso que esto fuera un secreto para los satélites de mi tío, que espiaban todas mis acciones.

Cárlos me aconsejó que depositáramos toda nuestra confianza en un honrado médico del pueblo de Viella, llamado Samuel Navarra. Reconocido en la comarca como un verdadero hombre de bien, como un ser caritativo, no debia inspirarnos desconfianza.

Sin embargo, se tomaron todas las precauciones convenientes, y favoreciéndonos al mismo tiempo la casualidad de un viaje que hizo Bautista, tuve por entonces la fortuna de dar á

luz una niña á quien se puso por nombre Claudia, y confiamos al doctor Samuel para que le buscara una nodriza.

IV.

Trascurrieron doce meses sin que mejorara la situacion de mi esposo Cárlos. El secreto de nuestro enlace continuaba siendo una necesidad: yo cumplí veinticinco años, y escribí á mi tio diciéndole que cansada de la incomprensible conducta de Bautista, le rogaba que fuera despedido del castillo.

Mi tio me contestó una carta evasiva, ó por mejor decir, despreciando mi peticion.

Leí con las lágrimas en los ojos aquella carta á Cárlos, que procuró consolarme diciéndome:

—Revístete, querida Elena, de resignacion: nada podemos hacer por ahora; tal vez antes de mucho me vea en la necesidad de ir á Madrid de incógnito, y si puedo lograr que brille la verdad, entonces sabrá tu tio que eres mi esposa.

V.

Yo sabia con frecuencia noticias de mi hija, y el amor de madre, oculto, reconcentrado en mi corazon como un secreto fatal que no puede revelarse, me hacia derramar abundantes lágrimas.

Cuando algunos meses despues volvió mi tio Alejandro al castillo, comenzaron mis verdaderos sufrimientos.

Para que mi desgracia fuera mayor, Cárlos se vió en la imprescindible necesidad de emprender un viaje á París, en donde le esperaba su padre para tener con él una conferencia de la mayor importancia.

Al separarse de mí, me dijo:
 —Parto, Elena mía, llevando la esperanza en el corazón de que á mi regreso terminarán los sufrimientos, y podré presentarte sin recelo como mi esposa.

Y partió.

VI.

Habíamos combinado la manera de escribirnos, y cuánta no sería mi sorpresa viendo entrar á mi tío Alejandro una noche en la sala de los tapices, que era mi dormitorio, con una carta en la mano y una sonrisa de rabia reconcentrada en los labios.

—Buenas noches, Elena, me dijo sentándose cerca de la silla que yo ocupaba; vengo á darte noticias de Carlos.

Al oír este nombre lancé un grito y quise levantarme.

Mi tío soltó una carcajada, diciendo:

—Tranquilízate, pues tenemos que hablar de cosas muy interesantes.

Yo quise responder, pero no hallé palabras; la voz se ahogaba en mi garganta... Muda de espanto, helada de terror, me quedé mirándole de hito en hito.

—Veo, querida sobrina, que mi presencia te ha causado un verdadero efecto: ¡es natural! tú no me esperabas á estas horas, y sobre todo, no esperabas que entrara nada menos que pronunciando el nombre de tu amante. La casualidad favorece á los enamorados, pero también protege á los tutores, porqué de lo contrario sería una injusticia.

Yo continuaba absorta y muda.

Mi tío, por espacio de un minuto guardó silencio también,

pero sus ojos siempre amenazadores y su sonrisa sardónica, no se apartaban de mí.

—Conque vamos á ver, querida sobrina: ¿quién es este mocito que aprovechando mi ausencia ha tenido el atrevimiento de fijar sus miradas en la noble Elena de Balboa? Yo debo saberlo, ó por mejor decir, yo quiero saberlo.

VII.

Hice un esfuerzo, me repuse un poco, y contesté:

—Yo no puedo revelarlo.

—¡Hola! hay resistencia: tanto peor para tí, porque has de saber, hija mia, que en este mundo el que tiene mas fuerza es el que gana.

—¿Piensa usted emplear la violencia para arrancarme mi secreto?

—¿Y por qué no?

—Pues bien: puede usted comenzar cuando guste.

—No me gustan las bravatas: arreglemos el asunto del mejor modo posible, repuso; tu padre me encargó especialmente que te diera un esposo digno de tu clase y tu nombre. ¿Quién es ese Cárlos?

—No puedo decirlo, pero es digno de mí.

—Bien, no lo niego; pero tengo el derecho de saberlo todo.

—Yo no puedo decir nada.

—En ese caso, puedo creer que Cárlos es un aventurero y tahur del amor que se ha aprovechado de tu inocencia, porque segun esta carta que ha caido en mis manos, vuestras relaciones llegaron hasta el último extremo. Yo necesito saber quién

es ese hombre, y dónde está esa Claudia, esa hija cuya existencia debe ser un remordimiento para tí.

VIII.

Me siento tan débil, que no tengo fuerzas para escribir esta escena tal y como tuvo lugar.

Mi tío, que desde aquel momento se quitó la máscara, empleó hasta la amenaza para arrancarme mi secreto.

El miedo me dió fuerzas, sí, porque tuve miedo por Carlos, por Claudia.

Desde esta noche fui una prisionera: Bautista se convirtió en mi guardian.

Solo se me dejaba pasear algun rato por el jardin, pero siempre acompañada de Bautista, cuya sola presencia me repugnaba.

Mi tío redobló la vigilancia; y solo me tranquilizaba la idea de que Carlos se hallaba en París, porque le creia capaz de asesinarle.

Afortunadamente para nuestra hija, para mi querida Claudia, ignoraba su paradero.

Una mañana, á la hora de haberme desayunado me sentí mala, y concebí una sospecha que no tardó mucho en convertirse en una realidad terrible.

Los miserables me habian envenenado.

Pedí un médico, y se me contestó que seria inútil.

Dos dias despues de esta terrible certeza, comencé á experimentar que mi voz se apagaba, y por último perdí la facultad de la palabra.

Con frecuencia me miraba al espejo, viendo con espanto en mi rostro las huellas del veneno, las sombras de la muerte.

Entonces fué cuando creí necesario escribir estas páginas para que algun día fueran, si llegaban á manos de mi hija ó de Cárlos, un arma poderosa contra mis enemigos.

IX.

Cárlos conocía el secreto de una mesa de mosaico dónde yo ocultaba algunos papeles importantes, y otro practicado en las molduras del alto cabezal de mi cama.

Él vendrá algun dia: yo entonces tal vez habré muerto, pero encontrará estos papeles y sabrá que he muerto envenenada por mi tío Alejandro de Balboa y su criado Bautista.

.

¡Cárlos de mi corazon! ¡Claudia de mi alma! ya no os volveré á ver.

El frio de la muerte circula por mis venas... me siento morir... me falta hasta la fuerza para mover la pluma.

Aprovecho un instante en que me han dejado sola para escribir algunas líneas.

No podeis pensaros las inmensas fatigas que me cuesta ir desde la cama á la mesa de mosaico en donde escribo, ocultando luego este cuaderno.

Tal vez mañana me será imposible... por si así sucede, pongo aquí mi nombre y mi firma, y doy á estas páginas todo el poder de un testamento.

Lego á mi querida hija Claudia todo cuanto poseo, porque es hija de legítimo matrimonio, como podrá verse en el libro

del registro que se halla archivado en la ermita del Nazareno.—*Elena de Balboa.*

Aquí terminaba el manuscrito de la difunta condesa.

El doctor Samuel leyó asimismo alguna carta del cazador Carlos.

Guardó cuidadosamente todos aquellos papeles, incluso el lienzo blanco escrito con sangre, y se dijo:

—Ahora, que Dios me ilumine. Vamos á salvar si aún es tiempo á mi familia, y á devolver á una hija abandonada la fortuna que le corresponde.

—Ambos á dos, se dijo, eran buenos y legales servidores de
 doña Elena: á ellos pues me debo dirigir.
 El doctor cruzó la barca, llegando á la cabaña de Mauricio
 que ya comoran nuestros lectores á la caída de la tarde.
 Entró en aquella rústica vivienda. Se hallaba solo, y sen-
 tándose en un taburete de paja de carrizo, espandó.

CAPITULO VI.

Media hora despues entró Mauricio.
 —¡Ah! usted aquí dijo el pastor.
 —Sí, Mauricio: venga porque necesito de usted.
 —Ya sabré usted la desgracia, repuso el pastor con dolor.
 en aceptar: doña Elena...

Donde el doctor Samuel llega tarde.

—He...
 —Sí: la misma noche me estuvo usted en esta cabaña.
 —Lo sabía.
 —Y como usted se acordó de mí...
 Samuel Navarra, revestido de todo ese valor que trasmite
 la razon á un hombre honrado, con los documentos en el bolsillo
 del gaban y un par de pistolas en los bolsillos del pantalón,
 salió de su casa resuelto á recorrer el mundo si era preciso
 hasta encontrar á su familia.

Indudablemente hubiera sido para él un poderoso aliado el
 cazador Carlos; pero ¿dónde encontrarle? Siguió adelante su
 camino, llegando á la barca del Gerona dos horas despues.

A pesar de su convalecencia y su penosa y larga enfermedad,
 Samuel se sentia fuerte, animoso, porque el alma le
 alentaba, porque el amor de padre y esposo le prestaba energía.

Tan prudente como decidido, pensó que debía dirigirse ó
 bien al ermitaño el padre Anselmo, ó bien á Mauricio, el pas-
 tor á quien debía en parte su salvación.

—Ambos á dos, se dijo, eran buenos y leales servidores de doña Elena: á ellos pues me debo dirigir.

El doctor cruzó la barca, llegando á la choza de Mauricio que ya conocen nuestros lectores á la caída de la tarde.

Entró en aquella rústica vivienda. Se hallaba solo, y sentándose en un taburete de paja de carrizo, esperó.

Media hora despues entraba Mauricio.

—¡Ah! ¿usted aquí? dijo el pastor.

—Sí, Mauricio: vengo porque necesito de usted.

—Ya sabrá usted la desgracia, repuso el pastor con doloroso acento: doña Elena...

—¿Ha muerto?

—Sí: la misma noche que estuvo usted en esta choza.

—Lo sabia.

—¡Y cómo acertó usted, señor don Samuel!

—Cualquier médico hubiera acertado lo mismo; pero, Mauricio, tenemos que hablar.

—Empiece usted cuando guste.

—Le supongo á usted hombre agradecido.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque doña Elena ha muerto, pero su hija es probable que viva.

—¿Y qué quiere usted?

—Ante todo, que me acompañe usted á la ermita del Nazareno: tenemos que hablar con el padre Anselmo, y luego nos dirigiremos al castillo; tengo que ver al señor don Alejandro.

—En cuanto á eso, será inútil.

—¿Cómo?

—Porque don Alejandro no está en el castillo.

—¿Cómo? ¿y Bautista?

—Tampoco: partieron ambos al día siguiente de enterrar á doña Elena.

—Pero ¿no sabe usted dónde han ido?

—Solo podría darnos razon de su paradero el nuevo administrador.

—Es preciso saberlo, Mauricio, porque usted no sabe la desgracia que me pasa: me han robado á mis hijos, me han robado á mi esposa la misma noche que murió doña Elena: yo no puedo vivir sin ellos.

Samuel, aunque ligeramente, contó lo que le habia acontecido al regresar á su casa.

Mauricio, vivamente interesado en el dolor de Samuel, procuró consolarle diciendo:

—Iremos á ver al padre Anselmo; él y yo somos los únicos antiguos servidores del castillo que aún permanecemos en nuestros puestos. Bien es verdad que seria una injusticia despedir á los viejos, aunque peores injusticias se cometen en el mundo. Por lo que usted acaba de contarme, comprendo que tenemos muy pocos amigos en el castillo; así pues póngase este capuchon sobre el gaban, este sombrero de anchas alas le cubrirá mejor el rostro que el que lleva, y cuando sea un poco mas de noche iremos á ver al ermitaño, que es hombre prudente y bueno.

Poco despues la noche habia cerrado.

Samuel y Mauricio abandonaron la choza, dirigiéndose á la ermita del Nazareno.

La oscuridad era completa.

Solo un hombre práctico como Mauricio hubiera podido ca-

minar sin estraviarse en una noche tan oscura y por un terreno tan quebrado.

Pero el pastor habia nacido en el castillo: para él los Pirineos no tenian ni un palmo de tierra ni un rincon desconocido.

Caminaban sin hablar, Mauricio delante, Samuel detrás.

Cuando algun mal paso se atravesaba en el camino, entonces el pastor se detenia, y volviéndose decia:

—Tenga usted cuidado aquí.

Luego continuaban.

Hora y media emplearon en recorrer la distancia que les separaba de la ermita.

Por fin vieron una mole inmensa, oscura, que se destacaba sobre una eminencia.

Samuel reconoció el castillo de Balboa.

Por una de sus ventanas se veia la claridad que proyecta una luz sobre los cristales.

Mauricio tomó una vereda de la izquierda que conducia á la ermita.

El reloj del castillo dió las nueve de la noche.

—El padre Anselmo, dijo en voz baja el pastor, ya estará tal vez durmiendo.

Y un momento despues se detenian delante de la puerta del santo asilo.

Mauricio llamó por un ventanillo practicado en el muro á dos metros de la puerta principal.

—Esta ventana es la del dormitorio del padre Anselmo: cuando se le necesita á altas horas de la noche se le llama por aquí.

—¿Qué se ofrece? dijo la voz del ermitaño.

—Gente de paz, padre Anselmo, dijo Mauricio: abra usted sin miedo.

—No lo he tenido nunca, buen Mauricio; allá voy: espere usted un instante.

Se abrió la puerta, y el padre Anselmo con su traje talar, la capucha tirada á la espalda y un farol en la mano, se presentó.

—¿No vienes solo? repuso dirigiendo una mirada al médico.

—Este señor es un buen cristiano bastante conocido en la comarca. El doctor Samuel Navarra.

—¡Ah! bien venido sea el médico de Viella, que aunque no le conozco personalmente, llegó á mi humilde retiro la fama de su filantropía.

—Gracias, padre, por el buen concepto que le merezco.

—El que le da á usted la voz de la gratitud, el cariño de los pobres. Pero adelante, señores, adelante, pues supongo que cuando ustedes vienen á verme á semejante hora, tendrán algo que decirme.

El fraile cerró la puerta, y seguido de los dos forasteros se encaminó, cruzando la pequeña nave de la ermita, á su celda.

Era esta una sala cuadrada con una alcoba, y en ella no se encontraban mas muebles que cuatro sillas de paja, una mesa y una tabla de pino suspendida de la pared con algunos libros encuadrados en pergamino.

Veíase asimismo en el fondo de la alcoba y cerca de los piés de la cama, un reclinatorio de madera pintado de negro y un Cristo.

Fray Anselmo contaría por entonces sesenta años de edad.

Era un fraile capuchino protegido por el conde de Balboa despues del terrible drama del año 34.

Flaco, alto, con un semblante frio y austero, pasaba fray Anselmo la vida como un verdadero cenobita.

Alejandro, á pesar de conocer el cariño que el anciano religioso profesaba á Elena, no se atrevió á quitarle la modesta pension señalada por el difunto conde.

Todos los montañeses de la comarca amaban y respetaban al padre Anselmo.

Hombre recto, verdadero capuchino, fraile por vocacion y no por gandulería, era sóbrio como un árabe y recto como un espartano.

Sin embargo, ni el rigor de las estaciones ni sus sesenta inviernos, eran suficiente motivo para detenerle en la ermita cuando su presencia era necesaria en otra parte.

Pero veamos qué es lo que sucedió en la ermita del Nazareno entre los tres personajes que la ocupan.

CAPITULO VII.

Un secreto bajo una losa.

Invitó el fraile á sus huéspedes á que tomaran asiento, y así lo hicieron; que fatigado se sentia el doctor Samuel despues de cuatro horas de marcha.

Pero ya lo hemos dicho: era fuerte y sufrido, y además, el hombre que camina en busca de una familia que ama con todo su corazon, no se ocupa mas que de la noble idea que le hace despreciar el cansancio y los peligros.

—Padre Anselmo, dijo Samuel: yo tengo en mi poder un manuscrito de la difunta y desgraciada señorita Elena, y por él saco en consecuencia que usted y Mauricio eran las dos únicas personas que en el castillo le inspiraban entera confianza. Ustedes como yo no ignoran la historia de sus amores desgraciados. Elena ha muerto envenenada.

—¡Ah! exclamó el religioso: lo habia sospechado.

—¡Envenenada! repuso Mauricio con horror.

—Sí, envenenada... pero no es eso solo. Claudia me ha sido arrebatada de mi hogar con mi esposa y mi hijo Luis: los miserables asesinos no han ahorrado los crímenes; pero yo puedo perderles, y esas víctimas sacrificadas á su codicia serán infructuosas.

Entonces Samuel leyó el manuscrito de la desgraciada Elena.

Aunque fray Anselmo y Mauricio eran actores en algunas de las escenas de aquellas Memorias, solo en vista de aquella narracion comprendieron el drama que habia tenido lugar en el castillo.

—¡Dios mio! exclamó el religioso: ¿es posible tanta infamia, tanta iniquidad en los hombres?

—Los hombres, cuando sienten en su pecho el roedor gusano de la avaricia, no retroceden ni ante el asesinato. La señorita Elena era inmensamente rica, dueña asimismo de un título glorioso: la nobleza y la fortuna de esta jóven debian pasar á su tio si es que moria sin herederos. ¡Pobre jóven!

—Todo lo comprendó. Pero ¿qué podemos hacer nosotros contra un enemigo tan poderoso? preguntó el fraile.

—La lucha, cuando es por una causa noble, engrandece; luchemos pues hasta devolver á esa pobre niña lo que legítimamente le pertenece. Don Alejandro y sus satélites creen á Claudia hija mia y me la han robado; como asimismo á mi buena Carlota, á mi querido Luis; mas yo los encontraré, porque no creo á ese hombre tan horriblemente infame que los haya asesinado.

Y el médico, al decir esto, se llevó la mano al pecho como si hubiera sentido un agudo dolor.

—Dios no habrá permitido que sacrifiquen á esos pobres niños inocentes de toda culpa, repuso el fraile.

—Pero unámonos para salvarlos, dijo el médico.

En cuanto al honrado pastor, guardó silencio.

—Padre Anselmo: usted no ignora, volvió á decir el médico, que existió una niña con el nombre de Claudia que es hija legítima de la condesa Elena y el misterioso personaje que en las Memorias figura con el nombre de Carlos. Es preciso pues asegurar el porvenir de esa niña. Los que aquí nos encontramos sabemos el secreto de su nacimiento. Existe un libro en donde indudablemente se hallará consignada la partida de casamiento. Ese libro con estos papeles, deberá conservarse escrupulosamente hasta el día que las circunstancias nos favorezcan: juremos pues proteger á esa pobre criatura desvalida que hoy se halla indudablemente en poder de sus mas encarnizados enemigos.

—Las palabras de usted derraman un rayo de luz en mi mente. Si don Alejandro llegara á sospechar... dijo el ermitaño.

—Procuraria hacer desaparecer todas las pruebas: debemos pues evitar que nos arrebatén las únicas armas que tenemos; yo partiré mañana en busca de ese hombre que me ha robado la felicidad: le seguiré aunque sea hasta el fin del mundo; no puedo llevar conmigo tan importantes documentos, porque no sé los riesgos que voy á correr. Depositémoslos todos en sitio seguro, y cualquiera de nosotros que encuentre al cazador Carlos ó á su hija Claudia, pondrá estos papeles en sus manos para que por ellos se le restituya el título y la fortuna que hoy se le usurpa.

Entonces el padre Anselmo propuso que se extendiera una declaracion firmada por los tres, que se encerrara en una caja el libro de la ermita, las Memorias de doña Elena y la declaracion que iba á estenderse, y luego que se enterrara la caja debajo de una de las piedras que embaldosaban la nave de la ermita.

Esta proposicion fué aceptada.

Una hora despues se levantó una piedra situada en uno de los ángulos, y allí fueron depositados todos los preciosos documentos que podian acreditar los derechos que Claudia tenia á la fortuna de su madre.

Allí, sobre aquella losa que guardaba un secreto de la mayor importancia, juraron proteger hasta la muerte á la heredera de la condesa de Balboa.

Luego Mauricio se retiró á su choza, y el padre Anselmo y el doctor Samuel se entregaron al descanso.

A la mañana siguiente, el doctor dijo estrechando la mano del fraile:

—Padre Anselmo, ignoro adónde me conducirán las circunstancias; voy en busca de mi familia que me arrebataron. Alejandro de Balboa no se halla en el castillo segun usted me ha dicho; pero yo le encontraré... Dios guiará mis pasos.

—En el nombre de ese Dios de quien lo esperas todo, yo te bendigo y deseo un feliz resultado á tu santa empresa.

Muerta y enterrada doña Elena, Alejandro quedó heredero de su inmensa fortuna y su título, segun disposicion testamentaria de su difunto hermano, que estaba bien lejos de creer que dejaba á su hija en las garras de una fiera.

Por perverso que sea el corazón de un asesino, siempre le repugna el sitio donde cometió el crimen.

Alejandro buscó un administrador, bello sugeto, ignorante de todo lo que habia ocurrido en el castillo, y partió con su leal Bautista.

Llamábase el nuevo administrador don Cosme, y su carácter bondadoso era el mas á propósito para captarse las simpatías de todos los dependientes del castillo.

Recto, aunque sin exageracion, en el cumplimiento de sus atribuciones, se hallaba siempre dispuesto á hacer un favor y tender su mano protectora á los necesitados.

Serian las ocho de la mañana cuando don Cosme, que se hallaba tomando chocolate en el ancho y desahogado comedor del castillo, supo que un forastero deseaba hablarle.

Dió permiso para que entrara.

Era el doctor Samuel Navarra.

—Usted dispensará, caballero, dijo Samuel, si vengo á interrumpirle y si he solicitado con harta impaciencia se me concediera permiso para entrar.

—Al grano, amigo mio: ¿qué es lo que usted desea?

—Solamente saber el paradero de don Alejandro de Balboa.

—¿Le necesita usted para asuntos de las propiedades? ¿Es tal vez algun arriendo que vence y quiere usted que se renueve? preguntó el administrador.

Y cambiando de entonacion, continuó:

—Pero dispense usted: ¿ha tomado usted chocolate? ¿quiere usted que se lo sirvan?

—Gracias, caballero, me he desayunado ya; pero lo que aquí me conduce no es el arriendo de tierras, es una cuestión



puramente personal que tengo con don Alejandro, y necesito verle.

—Pues, amigo mio, eso es bastante difícil.

—Sé que no se halla en el castillo.

—¡Toma! ni en el castillo ni en España.

—¡Cómo!

—Como usted lo oye. Ayer he tenido carta suya, y se halla en Marsella, en la fonda de Cataluña.

—¡Ah!

—Sí, en Marsella, donde indudablemente no se detendrá mucho, porque segun parece el señor conde se ha propuesto no echar raíces en ninguna parte.

—Entonces nada mas deseo de usted.

—Pues es bien poco.

—Al contrario, caballero, es mucho.

—¿Quiere usted que le escriba algo?

—Nada: ruego á usted me dispense la molestia que le he causado.

—¡Hombre mas particular! pensó don Cosme.

Samuel iba á retirarse, cuando se detuvo y dijo:

—Voy á molestarle á usted con otra pregunta.

El administrador se encogió de hombros, y sacando á pulso una sopa de chocolate, repuso:

—Puede usted hacerme todas cuantas guste.

—¿Está en el castillo Bautista?

—Bautista no se separa nunca del conde.

—Gracias.

Y Samuel, inclinándose como para saludarle, salió del comedor.

Don Cosme terminó su chocolate, pensando para su capote que las preguntas del desconocido debian envolver algun misterio.

Una hora despues, el buen administrador habia olvidado completamente al desconocido pregunton.

CAPITULO VIII.

Camino del otro mundo.

Samuel Navarra no habia dudado ni un segundo de la buena fé de don Cosme, pero sentia al mismo tiempo abandonar el castillo.

La lógica le decia que don Alejandro no viajaba llevando consigo á los niños y á la mujer robada: esto hubiera sido una gran imprudencia y no menor molestia.

Pero al mismo tiempo calculaba Samuel que era bastante difícil encontrar á su familia sin encontrar antes al nuevo conde de Balboa.

—Él solo puede decirme dónde se halla: busquémosle pues; seria inútil perder el tiempo en preguntas é indagaciones. Nadie, excepto el conde y Bautista, sabrá nada de este terrible drama. Adelante, y no perdamos un tiempo que es tan precioso.

Samuel, sin embargo, hizo algunas indagaciones en las cercanías del castillo.

Nadie supo darle razon de aquellos niños y aquella mujer que buscaba.

Sin mas equipaje que su estuche de cirujano y algunos miles de reales en el bolsillo, se dirigió á una parada de postas del camino de Francia, y tomó un billete en la diligencia que se dirigia á Foix y desde allí á Perpiñan.

En la capital del departamento de los Pirineos orientales, el doctor Samuel creyó indispensable comprar una maleta y alguna ropa; y como su impaciencia era tanta, aprovechó el mismo dia la salida de un vapor.

La navegacion fué buena, y los pasajeros fondearon en el puerto de Marsella con toda felicidad.

Samuel, creyendo llegado el término de su viaje, se hospedó en un modesto *restaurant* del puerto, y lleno de inquietud, encaminóse luego á la fonda de Cataluña.

—¿El señor conde de Balboa? preguntó al encargado de la administracion.

—¡Ah! el señor conde hace cinco dias que partió de Marsella, le respondió.

Samuel sintió una violenta sacudida en el corazon.

—¡Estará escrito, se dijo hablando consigo mismo; que siempre he de llegar tarde!

Y alzando la voz volvió á decir:

—¿Sabe usted á qué punto de Francia se ha dirigido el señor conde?

—¿De Francia? nada de eso, amigo mio: el viaje es mas largo, y segun lo velero del buque que lleva á su bordo al señor conde, ya debe hallarse á algunos centenares de millas de esta capital.

—Pero ¿sabe usted adónde va?

—Segun pude comprender, á las Antillas.

—Pero eso es muy ambiguo, y á mí me interesa saber á qué punto.

—Veré en la nota del libro.

Y el encargado buscó un cuaderno, diciendo:

—Aquí veo una nota que dice: *Señor conde de Balboa. Hasta el mes de mayo diríjanselo las cartas á San Francisco de California, fonda Inglesa. Pasado este mes, á su castillo de los Pirineos.—España.*

Samuel regresó á su modesta fonda, y encerrándose en su cuarto se dejó caer en un sillón.

Allí permaneció dos horas, abismado en las mas tristes y profundas reflexiones.

—¡California! repetia de vez en cuando. Yo debo seguir á ese hombre. ¿Qué me importa la vida si no encuentro á Carlota, si no vuelvo á reunirme con mi querido Luis, con mi pobre Claudia? porque á Claudia debo mirarla como á una hija porque á sus pechos la crió mi esposa, porque á mi honradez la confió una madre moribunda.

Samuel, indeciso, preocupado, no sabia qué resolver.

Por fin levantó la frente como si desafiara todos los peligros que tan largo viaje ofrecia, y exclamó:

—Partiré, porque el corazón me dice que solo el conde de Balboa puede devolverme la felicidad.

Samuel escribió una carta al padre Anselmo diciéndole que iba á emprender un viaje al continente americano; carta incomprendible para todos menos para los dos aliados que dejaba en el castillo de los Pirineos.

El doctor les encargaba mucho que procurasen indagar el paradero de su familia, y que escribiesen si algo ocurría á San Francisco de California.

Después de esto se dirigió al puerto, y no tardó mucho en encontrar un buque que debía hacerse á la vela al día siguiente para el punto que deseaba.

Tomó su pasaje.

Cuarenta y cinco días después, el buque que llevaba á su bordo á Samuel fondeó en el hermoso puerto de San Francisco.

Durante la travesía, el intranquilo médico hubiera deseado dar al buque que le llevaba las alas del pensamiento.

El temor de llegar tarde le tenía siempre sobresaltado.

Saltó á tierra, y encarándose con el primer hombre que por sus trazas conoció que podría servirle, le dijo:

—Acompáñeme usted á la fonda Inglesa.

Y diciendo esto puso una moneda de plata en las manos del hombre.

Poco después se detuvieron delante de un grandioso edificio.

—Esta es la fonda que usted busca.

—Gracias, amigo mío, repuso el médico.

Y entró en la fonda.

Un hombre bajaba por la ancha y lujosa escalera.

Samuel retrocedió un poco, exhalando un grito de gozo.

El hombre volvió la cabeza.

—Buenos días, señor Bautista, dijo el médico conteniendo apenas su alegría.

Bautista, ó no reconoció al médico, ó excelente actor supo fingir que no le conocía.

—¿Qué se le ofrece á usted? le dijo con frialdad.

—¿No me conoce usted?

—No tengo ese gusto.

—Pronto olvida usted á sus amigos, objetó el médico con marcada espresion de ironía.

Bautista se encogió de hombros y continuó su camino; pero el doctor, dando un salto, se colocó delante del leal criado del conde de Balboa, y cogiéndole por un brazo exclamó con indignacion:

—¡No te irás, no, miserable; sin que antes me digas qué habeis hecho de mis hijos, de mi esposa!

Estas palabras, aunque pronunciadas en voz baja, estremecieron á Bautista, el cual, temiendo sin duda que aquel hombre cometiera una imprudencia, le dijo:

—¡Silencio! Sígame usted, desgraciado.

Bautista delante, Samuel detrás, llegaron á uno de los corredores del cuarto tercero, en donde el criado del conde, sacando una llave del bolsillo, abrió una puerta.

—Entre usted, dijo.

Samuel tenia sobrados motivos para desconfiar de aquel hombre.

—No, pase usted delante.

Y diciendo esto llevóse las manos al bolsillo donde guardaba las pistolas.

Bautista entró delante.

Samuel le siguió.

En aquella habitacion no habia nadie al parecer.

El doctor dirigió una mirada recelosa á la alcoba, cubierta por una ancha cortina.

—Puede usted tomar asiento, dijo Bautista, siempre sin conmoverse, y decir qué es lo que desea.

Samuel dejó asomar á sus labios una sonrisa amenazadora.

—¿Qué es lo que deseo, me preguntas, miserable ladrón? Deseo la vida tuya y la de tu infame señor, ó las prendas de mi alma que me habeis robado.

—Ruego á usted que se reporte; de lo contrario...

—¿Te atreves á amenazarme? ¡Oh! ¿te crees que he abandonado España, que he cruzado el Océano para contentarme con evasivas? Estás en un error. Sin mis hijos, sin mi esposa, para nada quiero la vida, la miro con indiferencia; y andad con cuidado, que la desesperacion no se detiene, por todo atropella.

—Caballero, dijo Bautista, me da usted lástima, y voy por lo mismo á darle un consejo.

Samuel hizo un movimiento de impaciencia.

—Un poco de calma, repitió: usted, segun parece, viene del viejo mundo, no conoce á nadie en San Francisco de California, es un viajero perdido en el desierto, un esquife en medio del gran charco.

—Abreviemos las comparaciones.

—Espero que cuando termine me dará usted las gracias por la prudencia de mis avisos. Pues como iba diciendo, usted es un extranjero que no conoce á nadie, mientras mi amo el conde de Balboa contrajo matrimonio con la hija única de uno de los potentados de esta república.

Bautista hizo una ligera pausa como para observar el efecto que producian sus palabras.

Samuel, comprendiendo que tenia que habérselas con un

hombre frio y perverso, procuró serenarse, pues de lo contrario su enemigo llevaba una gran ventaja en la lucha.

Aquel hombre que acababa de oír frente á frente insultos graves sin conmoverse, era á no dudarlo un enemigo temible.

Esto conoció Samuel, y se propuso seguir otra marcha, otra conducta.

—Después de haber estado un tiempo en el extranjero, he venido á vivir en mi patria, y he querido saber si he sido útil á mi país.

—¿Te atreves á preguntarme? ¡Oh! No creas que he estado con evasivas? He sido en un error. Sin mis hijos sin mi esposa, para nada dejé la vida, la miro con indiferencia; y andad con cuidado, que la desobediencia no se detiene, por todo otro.

—Caballero, dijo Bautista, me da usted lástima, y voy por lo mismo á darle un consejo.

—Samuel hizo un movimiento de impaciencia.

—Un poco de calma, señor: usted, según parece, viene del viejo mundo, no opone á nadie en San Francisco de California, es un viajero perdido en el desierto, un escamoteador en medio del gran charco.

—Abreviemos las comparaciones.

—Espero que cuando termine me dará usted las gracias por la prudencia de mis avisos. Pues como iba diciendo, usted es un extranjero que no conoce á nadie, mientras mi amo el conde de Balboa contra matrimonio con la hija única de uno de los potentados de esta república.

Bautista hizo una ligera pausa como para observar el efecto que produjeran sus palabras.

—Samuel, comprendiendo que tenía que hablarse con un



CAPITULO IX.

Donde el doctor concibe una esperanza.

Aquellos dos hombres permanecian mirándose de hito en hito, como si ambos á dos se temieran.

Samuel esperó á su adversario.

Bautista volvió á decir:

—Pues sí, mi amo el conde de Balboa, yerno del presidente de esta república, padre de una hermosa niña que como vulgarmente se dice por España tiene embobado á su abuelo, al ver que un desconocido como usted, á quien puede muy bien llamársele aventurero, viene tratándole de infame, pudiera muy bien jugarle á usted una mala partida... téngalo usted presente, embárguese de nuevo para España y olvide todo cuanto pasó aquella noche en el castillo de Balboa. Hay secretos de familia que el que los posee firma su sentencia de muerte el día que los revela.

Samuel dirigió una sonrisa de desprecio á Bautista, y dijo:

—Consejo por consejo: usted me avisa los peligros que me amenazan si revelo el secreto, pues yo le prevengo que soy hombre que no me sobresalto tan pronto. Dispuesto estoy á todo.

Y dirigiéndose hácia la puerta continuó:

—¿Dice usted que el presidente de esta república es el yerno del conde de Balboa? Pues bien, voy á arrancarle la máscara al miserable asesino de Elena de Balboa, al infame ladron de mi familia. Veremos si el esquiife abandonado en el gran charco, si el viajero perdido en medio del desierto, tiene bastante valor para hacer temblar al poderoso don Alejandro.

Samuel, que habia concebido una idea y una sospecha, salió de la habitacion, y bajando con rapidez la escalera fué á situarse en la acera de enfrente, en un pequeño café poco concurrido.

Una vez dentro del establecimiento, ocupó una mesa cerca de la puerta y llamó á un mozo.

—Dígame usted: ¿la fonda Inglesa tiene otra salida que esa gran puerta que se ve desde aquí?

—No señor.

—Entonces tenga usted la bondad de servirme una botella de cerveza.

Samuel se habia dicho:

—Bautista buscará á su amo para referirle lo ocurrido. Mi presentacion en esta capital, cuando indudablemente me creian á mas de cinco mil leguas de distancia, debe sorprenderles, por mas que traten de disimularlo. Además, yo no podria mantener con ellos una lucha desesperada. La prudencia, el disimulo, pueden darme mejores resultados.

El doctor se hacia todas estas reflexiones sin apartar los ojos de la puerta de la fonda, por donde indudablemente debia salir Bautista.

Así sucedió; y con la rapidez de las circunstancias arrojó Samuel una moneda sobre la mesa, y salió del café.

Bautista caminaba despacio.

El sol era insoportable; pero ni el leal criado del conde de Balboa ni el honrado médico de Viella parecian ocuparse del padre del dia que con increíble fuerza se dejaba caer sobre la ciudad de San Francisco.

Samuel avivó el paso hasta colocarse al lado de Bautista.

—¡Ah! ¿es usted otra vez?

—Sí, Bautista; pero he cambiado de modo de pensar. Las razones que hace poco me dió usted en la fonda Inglesa me han persuadido.

—¡Hola! contestó Bautista con desconfianza.

—¡Qué diantre! usted ha dicho bien: el pequeño no puede luchar con el atleta, el jilguero no debe presentar un combate al águila.

—No comprendo...

—Pues nada mas fácil: quiero decir que seria yo un necio presuntuoso si tratara de enojar al conde de Balboa.

—¡Ah! ya.

—Quiero pues que usted interceda por mí, dando al olvido al mismo tiempo todas cuantas palabras injuriosas le he dirigido hace poco.

—Eso ya es otra cosa.

—Usted, Bautista, si no me han informado mal, es padre como yo y tiene una esposa. Póngase pues en mi lugar, y com-

prenderá mi inmensa desgracia. Cuando aquella noche fatal en que ustedes vinieron á sacarme de mi casa, regresé á ella, mi desesperacion, mi pena, fué infinita encontrándola vacía. Mi mujer y mis hijos habian desaparecido. Caí como herido por un rayo, y estuve un mes en cama luchando entre la vida y la muerte. Restablecido de mi enfermedad, me hallé solo en el mundo, privado de lo que mas queria en la tierra. Nadie podia haberme robado mi familia mas que el conde de Balboa, puesto que yo no quise revelarle un secreto que no me pertenecia, y él me amenazó. Así pues quiero que usted interponga por mí su influencia, que me devuelva mi familia, que me diga dónde podré encontrarla. Yo se lo perdono todo, yo lo olvido todo.

Samuel, para dirigir esta súplica cobarde, tuvo necesidad de violentarse.

—Cuando se habla de ese modo, objetó Bautista, las cosas cambian de aspecto. Yo veré al señor conde.

—¿Cuándo?

—Dentro de pocos momentos.

—¿Y no me seria á mí fácil hablarle?

—Nada puedo prometer sin su consentimiento.

—Entonces ¿qué debo hacer?

—Esperar.

—¡Esperar! ¿Usted ignora que la impaciencia me consume, que la ansiedad me mata?

—Lo comprendo todo, amigo mio, pero nada mas puedo ofrecer por ahora.

Samuel dejó caer la cabeza sobre el pecho en señal de desaliento.

Bautista, como lo habia dicho poco antes el médico, era padre y comenzaba á interesarse por el doctor.

—Vaya, no debe usted entristecerse: es preciso tomar las penas de la vida con mas resignacion.

—Hay penas que anonadan, que difunden el desaliento en el corazon, y un triste presentimiento me anuncia que ya no volveré á ver mas á mi pobre familia.

—No deben perderse las esperanzas.

—No las pierdo, y una prueba de ello es el viaje que acabo de hacer.

—De todos modos no debe usted estar descontento: un médico siempre se ilustra recorriendo estos feraces terrenos que tantos secretos guardan á la ciencia.

—Pero ¿qué debo hacer?

—Esperar: ya creo habérselo dicho otra vez.

—Pero ¿y si el conde abandona esta ciudad?

—No lo hará por ahora, porque le detienen intereses de fa-

.. Su esposa se halla enferma, su suegro, inmensamente rico, tiene mas de ochenta años, y el conde permanecerá necesariamente algun tiempo en esta poblacion.

—Júreme usted por la salud de su hijo que no saldrá de San Francisco sin verme, sin escuchar mis súplicas, y quedará tranquilo.

Bautista se detuvo.

—¿Vacila usted?

—Lo juro, dijo con energía. Puede usted retirarse: nada conseguirá á malas; todo puede esperarlo á buenas, porque yo sé que el señor conde se halla siempre dispuesto á hacer concesiones cuando á él se las hacen.

—No le comprendo á usted.

—El señor conde propuso á usted una alianza, y usted la rehusó.

—Aquella alianza me deshonraba.

—Dispéñseme usted, señor doctor, si le digo que aquella noche anduvo usted poco prudente.

—Recuerde usted que sé me exigia una certificacion falsa.

—Doña Elena era una enferma incurable.

—Sí, pero mi conciencia...

Bautista hizo una mueca de indiferencia.

—Despues se le pidió á usted que revelara el nombre de un seductor y el paradero de una hija natural.

—Yo habia jurado no revelarlo.

—Vano escrúpulo, cuando se jugaba usted la tranquilidad de su hogar doméstico.

—Es verdad.

—Todos nos arrebatamos aquella noche, y como era natural venció el mas poderoso.

—¿Y no podria evitarse en parte el mal?

—Ya he dicho que nada puedo ofrecer sin que vea antes al señor conde.

—¿En dónde nos veremos?

—Yo iré á buscar á usted; espéreme á las diez de la noche al extremo del puente, junto al foso.

Samuel miró á Bautista con recelosos ojos.

—¿No le inspiró á usted confianza? ¡Es natural! Pero para tranquilizarle le diré que si nosotros quisiéramos perder al doctor Samuel Navarra, lo mismo lo podríamos hacer de noche que de dia.

—Es verdad: yo soy aquí un extranjero desvalido.

—Por lo mismo debe usted comenzar sus gestiones para la conciliacion con toda franqueza, sin ningun recelo.

—Así lo haré.

—Entonces, hasta la noche á las diez.

—Hasta la noche.

—Procuraré que el conde acuda á la cita.

—Una palabra, amigo mio, ó por mejor decir una pregunta, y piense usted que es un padre el que se la dirige á otro padre: ¿viven mis hijos?

—Sí, viven y no corren ningun peligro.

—¿Y mi pobre esposa? ¿y mi buena Carlota?

—Vive tambien.

—Entonces ¿cómo me esplica usted la sangre que hallé en la alcoba y en la cama de Luis?

—Puedo asegurarle que no era de sus hijos ni de su esposa.

—¡Ah! eso me tranquiliza.

En aquel momento Samuel Navarra se sentia conmovido.

Se separaron. Samuel para buscar una casa donde hospedarse: Bautista en busca de su amo para participarle la inesperada presentacion del médico.



CAPITULO X.

Un criminal con apariencias de hombre de bien.

Alejandro de Balboa, terminado el miserable envenenamiento de su sobrina, dueño de su fortuna y de su título, apartó con horror los ojos del castillo de los Pirineos para fijarlos cariñosamente en las lejanas playas de esa parte de la Confederación Mejicana cuyos fértiles bosques, cuyas ricas é inagotables minas han sido por espacio de muchos años el blanco de los codiciosos aventureros de Europa.

Alejandro tenia en Monterey, capital de las dos Californias, una encantadora casa habitada por un ángel y un querubin.

Llamábase el ángel Jacoba y el querubin Anita.

Era la primera su esposa y la segunda su hija.

Segundon de una casa noble, casi pobre, mientras su hermano era conde y rico, quiso buscar una fortuna, y durante algunos años de su juventud recorrió varios puntos de América.

Genio emprendedor, corazon aventurero, no le faltaron lances amorosos ni empresas arriesgadas.

Vió á Jacoba en Monterey, se enamoró de ella, y fué correspondido, llegando por fin á obtener su mano.

Las cuestiones políticas, siempre en efervescencia en aquellas repúblicas, obligaron al padre de Jacoba á trasladarse á San Francisco, dónde en la época que nos ocupa era la primera autoridad.

Jacoba, bastante enferma de una afeccion á los pulmones, era una de esas pobres criaturas sentenciadas á muerte en la juventud.

Tenian una hija cuyo tipo hemos bosquejado y que cuando el doctor Samuel fué á California contaba tres años de edad.

Alejandro habia realizado todas sus ambiciones. Era conde, inmensamente rico, y esperaba triplicar su capital con la muerte del padre de su mujer; y ¡cosa estraña! el usurpador conde, el asesino sin corazon, el hombre pervertido, era en su casa un padre de familia condescendiente, débil, cariñoso.

Anita comenzó á dominarle desde que sus sonrosados labios pronunciaron su nombre.

Nada sabia negarla: una sonrisa de su hija, una exigencia, un capricho de aquella tierna niña que apenas sabia pronunciar las palabras, eran para él un mandato ante el cual bajaba la frente con humildad.

El dia que nos ocupa, Jacoba, sentada en una butaca de mimbre junto á una ventana, tenia la vista triste y melancólicamente fija en el mar, que terso y brillante como un espejo, iba á estrellar sus imperceptibles ondas á los piés del fuerte muro de la casa.

Cerca de la enferma, Alejandro, sentado en otra butaca y con la pequeña Anita sobre las rodillas, fijaba sus ojos, ora en las salobres aguas, ora en el triste y pálido rostro de su esposa, ó bien en el risueño y bello semblante de su hija.

Cualquiera al verle en aquel momento hubiera dicho: Hé ahí un padre de familia feliz.

Sin embargo, de vez en cuando se nublaban la mirada del conde, recordando sin duda alguna de sus deshonorosas aventuras, alguna de sus infamias.

—¡Qué hermoso está el mar! ¡qué limpio el horizonte! ¡qué puro el ambiente! murmuró en voz baja y cansada Jacoba: el pecho se dilata respirando esta brisa pura como ese azul del cielo. ¡Oh! no comprendo, Alejandro mio, cómo eres tan entusiasta por tu vieja Europa.

—Si buscas en Europa la poderosa vegetacion de estos países, si comparas los estériles alrededores de Madrid con tu fértil y prodigiosa California, indudablemente quedaré derrotado: esto como naturaleza, como topografía, vale mucho mas que aquello; pero los europeos nos contentamos con gozar al año un mes de la vida del campo, y fuera de esa vida de sociedad, de agitacion, de goces comprados al arte, á la industria. Yo te aseguro, querida Jacoba, que te gustará Madrid, y sobre todo París.

—Mucho lo dudo; pero como no tengo mas voluntad que la tuya...

—¡Libreme Dios de sacrificarte! Tú eres buena y tendrás en cuenta el porvenir de nuestra hija: la nueva posicion que ocupó me llama á la córte de España.

—Iremos allá, Alejandro, tan pronto como yo me restablez-

ca y me lo permita mi padre, que es demasiado viejo para abandonarle.

—En cuanto á eso, tienes razón; por lo mismo, tan pronto como he terminado mis asuntos he venido á reunirme contigo.

—Yo te lo agradezco en el alma.

—Escucha, Jacoba: desde el momento que uno es padre de familia puede decirse que ya no se pertenece. Muerto mi hermano, muerta mi pobre sobrina, yo he heredado su título de conde, que heredará á su vez nuestra hija. ¿Qué partido puede encontrar aquí? Ninguno. Pero en España ya es otra cosa. Ahora Anita es aún muy niña... nada de prisa. Mis intereses se hallan por allá en buenas manos, pues estoy seguro que á mi regreso á los Pirineos habrá aumentado mi renta. Vive pues tranquila: tus deseos son órdenes para mí: partiremos cuando tú lo dispongas.

Jacoba agradeció la condescendencia de su marido con una mirada llena de ternura.

—Eres muy bueno, Alejandro; yo seria la peor de las esposas si no te amara con todo mi corazón.

El conde de Balboa exhaló un suspiro casi imperceptible, pero que no pasó desapercibido para Jacoba.

—No me ocultes nada, Alejandro, le dijo: desde que has vuelto de España que creo notar de vez en cuando cierta melancolía en tu semblante. Algunas noches te oigo suspirar: ¿qué tienes? ¿qué pena te aflige? ¿no eres feliz aquí?

—¡No ser feliz estando á tu lado, teniendo á nuestra hija como ahora sobre las rodillas! ¡Oh! ¿estás loca?

—Entonces ¿á qué vienen esos suspiros?

—Te encuentro mala, y esto me aflige.

—Yo me restableceré.

Alejandro levantó en alto á la pequeña Anita, y acercándosele á su esposa para que le diera un beso, le dijo:

—Tu hija y yo lo deseamos vivamente.

La niña pasó de las rodillas del padre á las de su madre, que la hizo mil caricias.

—¡Qué hermosa es! murmuró con apasionado acento Jacoba.

—Dicen allá en mi tierra: De tal árbol tal astilla.

—¡Vanidoso!

—Seré lo que quieras; pero lo cierto es que nuestra Anita es la mas hermosa criatura del mundo. En Europa podría aspirar á casarse con un príncipe.

Jacoba se sonrió.

—¿Lo dudas?

—No por cierto.

—Como te sonríes...

—Porque conozco tu intencion.

—¿Qué intencion?

—La de volver á España.

—No lo niego; pero ya te he dicho que no tengo mas voluntad que la tuya.

—De ese modo se vence siempre.

—Confiesa entonces que el vencedor que se conquista el cariño de los vencidos es muy feliz.

Aquí llegaba la tierna escena de los esposos, cuando asomó por la puerta la cabeza de una jóven indígena de color bronceado, que dijo:

—Los señores me perdonarán si les molesto.

—¿Qué quieres?

—Don Bautista está en el jardín y dice que quiere hablar con el señor conde.

—¡Bautista! ¿y por qué no sube?

La india, que sin duda no supo qué contestar, se encogió de hombros, sonriéndose con la sencilla rusticidad de los habitantes de las orillas del río Colorado.

—Si me das tu permiso... dijo Alejandro.

Y levantándose dió un beso á su hija y otro á su esposa, y salió de aquella habitacion en donde tan dulces horas transcurrian para aquel hombre cuyas manos se hallaban manchadas por el crimen, cuya conciencia se sobresaltaba con frecuencia por el remordimiento.

—¿Qué quieres?

—Don Bautista está en el jardín y dice que quiere hablar con el señor conde.

—¡Bautista! ¿por qué no subes?

—Las niñas, que sin duda no supo que conde, se enojó de hombres, sonriendo con la sencilla rusticidad de las niñas.

CAPITULO XI.

—Si me das tu permiso... dijo Alejandro.

Y levantándose dio un beso á su hija y otro á su esposa.

Y salió de aquella habitación en donde tan dulces horas tras-

curían por el mundo, **Donde la oveja se convierte en hiena.**

das por el mundo, cuya conciencia se sobresaltaba con fre-

cuencia por el recordamiento.

California es indudablemente uno de los países mas fértiles de la Confederacion Mejicana.

Allí los jardines tienen un aspecto muy distinto que en nuestra vieja Europa.

Dios ha querido que la criatura pueda librarse de los abrasadores rayos del sol bajo apiñadas tiendas de hojas, bajo frondosos y espesos toldos de verdura.

Los árboles, de una altura colosal, de un grueso maravilloso, se elevan rectos al cielo á recibir el abundante rocío de la mañana que les vivifica.

Por todas partes brota abundante la yerba y las flores.

La casa de Jacoba, situada no muy lejos del mar, tenia un punto de vista encantador.

La fachada del Mediodía era acariciada por las brisas del Océano; la del Poniente, por los aires puros de las selvas.

Por la una parte, un horizonte lleno de luz, de resplandor, de novedad; por la otra, inmensos bosques, seculares árboles.

Bautista, con la cabeza inclinada sobre el pecho, se paseaba pensando sin duda en la escena inesperada que acababa de tener con el doctor Samuel, cuando oyó la voz del conde que le dijo:

—Eres lo mas inoportuno que conozco: ¿qué ocurre?

—Una novedad que indudablemente sorprenderá al señor conde.

Alejandro fijó sus ojos en el rostro de su criado, como deseando adivinar lo que tenia que decirle.

—¿Podemos hablar sin temor de ser oídos?

—¿A qué vienen esos recelos? Habla.

—Pues bien: el doctor Samuel Navarra se halla en San Francisco.

Alejandro retrocedió dos pasos.

—Veo que la noticia produce efecto, repuso Bautista: yo he necesitado de toda mi sangre fria.

—¿Que está aquí el médico de Viella? preguntó estremecido el conde.

—Sí.

—¿No se decia que habia muerto?

—Eso pensaba yo tambien.

—Entonces...

—Puesto que yo le he visto vivo y he hablado con él, es una prueba evidente de que no se ha muerto.

—¿Te chanceas?

—En estas circunstancias seria una impertinencia de mal género; porque el doctor, que aquella noche se libró de nues-



tras manos por encanto, debe saber algo que no nos convenga.

Alejandro se quedó pensativo.

—¿Estás seguro que era el doctor?

—Tan seguro como lo estoy de que usted es el conde de Balboa.

—Sígueme.

Y Alejandro tomó por una calle de árboles y fué hasta el extremo del jardín en donde había una despejada glorieta rodeada de bancos rústicos.

—Siéntate y dime todo lo que ha pasado.

Bautista refirió al conde, sin olvidar ni una sílaba, todo lo que ya conocen nuestros lectores, terminando de este modo:

—Usted quiso que yo viviera en la fonda, y esto creo que ha evitado en parte el golpe. Es indudable que el doctor Samuel tiene algún documento importante. Además, solo un hombre de corazón se arriesga á venir desde tan lejos á buscar á su enemigo. Samuel, si mal no estoy enterado, era pobre cuando ejercía en Viella: ¿de dónde ha sacado el dinero para venir en nuestro seguimiento? Ruego al señor conde que se fije bien en esto.

—Tienes razón: ¿tendrá algún aliado?

—¡Quién sabe!

—Tal vez el amante de Elena...

Y el conde palideció notablemente.

—Las quejas de un individuo pueden tenerse por calumnias; pero si presenta pruebas, la cosa se complica.

—Es verdad.

—Samuel indudablemente tiene pruebas.

—¿Te lo ha dicho?

—No; solo me ha pedido sus hijos, su esposa.

—¡Pobre hombre! ¡Ah! Bautista, si uno pudiera comprender el fatal encadenamiento de un crimen...

—No es esta la ocasión de arrepentirse, sino de pensar lo que se hace.

—Dices bien.

—Yo he procurado tranquilizarle. Además, le hice comprender los peligros que corría en esta tierra desconocida para él, y donde usted se hallaba relacionado con los primeros individuos de su sociedad.

—¿Y qué dijo?

—Terminó dándome las gracias por mis consejos y suplicarme enternecido que él se daba por muy satisfecho siempre que se le devolviera su familia, pues no podía vivir separado de ella.

—Lo que pide es justo, Bautista, muy justo, repuso el conde exhalando un suspiro; pero tú sabes que por desgracia nos es de todo punto imposible satisfacer sus deseos. ¡Su familia! ¿Sé yo por ventura dónde se halla? ¿Sabes tú acaso dónde se encuentra? ¿Qué sucedió aquella noche de triste memoria en que tu hermano Lorenzo y el miserable Genaro penetraron en la casa del médico Samuel Navarra? Mis órdenes ¿no fueron obedecidas al pié de la letra?

—Sí, es verdad: mi pobre hermano murió aquella noche de resultas de una herida, abandonado de Dios y de los hombres, en medio de un camino. Genaro, el único que podría descifrar-nos el misterio que rodea este drama, ha desaparecido sin que nadie pueda decirnos qué hizo de la familia del doctor Samuel.

—Bautista, hicimos muy mal en poner nuestra confianza

en las manos de un miserable bandido, de un hombre dispuesto á vender su brazo y su alma al primer licitador.

—Cierto, señor conde; pero tambien debe usted convenirse de que los hombres honrados no se encargan nunca de ciertas comisiones. Genaro es un miserable, un bandido, un asesino, todo cuanto usted quiera, pero en verdad me estraña su desaparicion. Esto envuelve un misterio que algun dia tal vez deje de serlo para nosotros.

—Pero mientras tanto, el doctor Samuel nos persigue con una tenacidad increíble; y es indudable que cuando á tanto se atreve, posee algunos documentos importantes que podrian causarnos algun disgusto. Recuerda bien lo que sucedió aquella noche: yo dejé al doctor solo con mi sobrina, y cuando volví el doctor habia desaparecido. Debió pues su libertad á Elena. ¿Qué estraño seria que esta le hubiera confiado algun papel importante?

—En ese caso, repuso Bautista bajando la voz, creo que no debemos retroceder. Sobra un hombre: este hombre es el doctor Samuel.

—¡Un crimen mas! dijo con cierta repugnancia el conde.

—Los acontecimientos encadenan á los hombres, obligándoles muchas veces á hacer aquello que mas les repugna.

Don Alejandro guardó silencio.

Podia notarse en su semblante cierta indecision. Rechazaba el crimen, creyéndole al mismo tiempo indispensable.

Bautista, que conocia profundamente el carácter de su amo, trató de alentarle, diciéndole de este modo:

—El mar es una tumba tan inmensa como silenciosa; nada tan fácil en un momento de marejada como que una ola con

su fuerza increíble arranque á un hombre de la cubierta de un buque, arrojándole al fondo del abismo, de donde no vuelve á salir nunca.

—¿Qué intentas?

—Sencillamente, que desaparezca el último enemigo que nos queda; y si el señor conde me autoriza para ello y me da un puñado de oro para comprar los escrúpulos del marinero que se necesita para esta empresa, creo que luego podrá dormir tranquilo sin que le inspiren recelo ni las amenazas ni las súplicas del hombre que nos ocupa.

—¿Y crees tú que se encontraría ese hombre?

—¡Encontrarse! ¿quién lo duda? Por estos mares, señor conde, abundan los ladrones de mar, séres desalmados, caimanes con forma humana que se dedican sin temor de Dios ni de las leyes á cualquier comercio por infame que sea, siempre que les dé buenos resultados en monedas de oro. Ya he dicho al señor conde que este asunto corre de mi cuenta.

—No, no: ¿qué daño nos ha hecho ese hombre?

—Ninguno por cierto; pero ¿quién nos dice que no puede hacernos mucho? Hace poco, con una energía verdaderamente admirable, me amenazaba con revelar á las autoridades de esta ciudad lo que nosotros tenemos un verdadero interés en que no se sepa. Figurese usted por un momento que Samuel habla, y presenta además, para apoyar sus palabras, documentos irrecusables que pongan patente á la faz de todo el mundo el triste fin de Elena de Balboa.

—¡Silencio, Bautista, silencio! no quiero recordar aquella noche en que dí cima á un crimen que me avergüenza y me sobresalta.

—En ese caso, recordaré al señor conde que solo los muertos no hablan, y mientras viva Samuel...

—Basta, tienes razon: líbrame de ese hombre y acabemos.

Y el conde, sacando una llave del bolsillo y entregándosela á Bautista, continuó:

—Ahí tienes dinero; toma el que creas necesario, y termina cuanto antes tan repugnante asunto.

—Entonces bueno será no perder tiempo. Voy, con el permiso del señor conde, á ver si en alguna de las tabernas del puerto encuentro al lobo marino que nos hace falta en esta ocasion.

CAPITULO XII.

El figon de El Gallo de Oro.

California, esa vasta península americana, célebre por la abundancia del oro que encierran sus minas, se ve casi siempre frecuentada por un sinnúmero de aventureros que de todos los países del mundo se dirigen á aquel punto en busca del precioso metal que guardan las entrañas de sus montes.

El puerto de San Francisco reúne en sus aguas todos esos hijos de la mar que buscan una fortuna, importándoles poco arriesgar por ella la existencia; cuervos marinos que cruzan el gran charco en todas direcciones, blasfemando de Dios y riéndose de las leyes.

Bautista necesitaba uno de estos hombres: se dirigió pues á una especie de figon muy conocido en aquella época por los aventureros de mar con el nombre de *El Gallo de Oro*.

Penetremos en este establecimiento, cuyas paredes ennegrecidas por el humo de las pipas, cuyas mesas de mugriento

pino, se habian manchado mas de una vez con el aguardiente de caña y la sangre de los bebedores.

El dueño de *El Gallo de Oro* era un mulato semiatleta que despues de perder el brazo izquierdo al golpe de un hacha en un abordaje se habia retirado, estableciéndose con la confianza de que no habian de abandonarle sus antiguos amigos.

Dos negros de rostro repugnante eran los criados que el mulato ponía á disposicion de sus parroquianos.

Bautista entró en el figon de *El Gallo de Oro*, y sentándose en una de las mesas próximas al mostrador, hizo una seña al mulato para que se le acercara.

El dueño del establecimiento, á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Thady, dirigiendo la voz á uno de los negros le dijo:

—Tú, moreno, ve lo que se le ofrece á ese señor que acaba de entrar.

—Lo que yo deseo, maese Thady, dijo Bautista levantando la voz, es que me honreis bebiéndoos conmigo una botella de cerveza negra.

—¡Ah! en ese caso voy á servirla yo mismo, porque nunca el hijo de mi madre ha rehusado los convites hechos con buena voluntad y finura.

El mulato cogió con la única mano de que podia disponer la botella de cerveza, y fué á sentarse frente por frente en la misma mesa que ocupaba Bautista.

—A ver tú, José, dijo dirigiéndose á un negro: trae dos vasos y destapa esto.

Cuando el espumante brebaje tan favorito de los alemanes y los ingleses pasó de la botella á los grandes vasos que habia

colocado el mulato, Thady, fijando una mirada investigadora en el desconocido generoso, dijo:

—A vuestra salud.

—A la vuestra, maese Thady, repitió Bautista mediando el vaso de un solo trago.

—¿Conque qué teniais que mandarme? preguntó el mulato.

—Esa pregunta me indica que si bien no sabeis por qué os convido, concebís al menos una sospecha.

—Yo supongo que os trae á mi casa algun negocio en el que indudablemente debo yo tomar parte.

—Y si así fuera, ¿os encontraria propicio?

—Segun y conforme, caballero: hay negocios en que se puede decir que sí, y negocios en que se debe decir que no.

—Para que dos hombres se entiendan, lo mejor es hablar sin rodeos.

—Precisamente me precio de franco.

—Y yo lo mismo.

—Hablad pues sin recelo y sin temor de que se ofendan mis castos oídos:

—Entonces á vuestra salud, maese Thady.

—A la vuestra, señor.

Y ambos á un tiempo apuraron del segundo trago los vasos.

—Vos conoceréis, como vulgarmente se dice, al dedillo á algunos de los parroquianos que frecuentan este establecimiento.

—¡Ya lo creo! repuso el mulato haciendo un guiño expresivo con los ojos.

—Yo necesito uno de esos hombres.

—¿Hombre de mar ó de tierra?

—Hombre de mar.

—¿Se trata de algun contrabando?

—Se trata de un asunto que está fuera de la ley. Necesito pues un capitán de buque que nunca haya sentido escrúpulos de conciencia y que tenga un corazón más duro que el granito.

—En ese caso, os recomendaré á maese Jhon.

—¿Es inglés ese hombre?

—Es hijo de la mar; su patria es el Océano: habla mal el idioma de todos los países, pero sirve bien á aquel que le paga. Además, Jhon tiene una ventaja: está enfermo hace ya algun tiempo.

—¿Y llamáis á eso ventaja?

—¡Ya lo creo! ventaja y no poca. Figuraos que le dais á Jhon una de esas comisiones que luego de terminadas, os conviene queden en el más profundo olvido; nada es tan callado como la muerte, y si muere vuestro cómplice os quitais un temor de encima.

—Es verdad; no habia pensado eso.

—Pues, amigo mio, antes de dar principio á ciertas empresas es preciso pensarlo todo.

—¿Y dónde podré yo ver á ese hombre?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—Tiene la costumbre de venir un poco antes de la caída del sol; se entiende cuando su brick-barca se halla anclado en el puerto de San Francisco.

—Le esperaré y me presentareis á él.

—Con mucho gusto.

—Y para no impacientarnos, podemos bebernos otra botella de cerveza.

—Al momento.

Poco despues, un hombrecillo flaco, quemado por el sol, pero que dejaba ver á través de su moreno rostro un fondo amarillento, se presentó en el figon de *El Gallo de Oro*.

Su traje se reducía á una chaqueta de dril, una barretina catalana, un pantalon azul de algodón y una camisa de vivos colores, cuyo cuello desabrochado, por el que se arrollaba desaliñadamente un pañuelo negro de seda sujeto por una sortija, dejaba ver el nacimiento del pecho, bruñido como el rostro por los rayos del sol de los trópicos.

Este hombre era maese Jhon, capitán del brick-barca *Providencia*.

Bastaba verle para creer que alguna enfermedad crónica le molestaba.

Entró en el figon caminando despacio como el que se fatiga, y fué á sentarse en uno de los ángulos de la pieza.

Maese Jhon tenía uno de esos semblantes que desorientan á los fisonomistas: el mismo La Bruyere, que tan profundo conocedor era del corazón humano, no hubiera podido definir á aquel hombre.

Maese Jhon parecía al primer golpe de vista lo que en el lenguaje familiar llamamos un buen hombre, un infeliz.

Sus ojos pequeños, grises y frios en los momentos de calma, estaban muy lejos de hacer sospechar al terrible negrero, al pirata sanguinario que jugaba con la vida de los hombres con la misma indiferencia que un jugador de ajedrez con los peones.

Su rostro, perfectamente afeitado, tenia mas de pacífico dómine que de terrible aventurero.

Si á esto se añade la melancolía que una enfermedad crónica trasmite al semblante, podrá comprenderse cómo maese Jhon engañaba á los hombres con su cara y á los cruceros del rey con el pomposo y protector nombre de *Providencia* que habia puesto á su brick-barca.

Los marinos decian:

—El pobre Jhon va caminando hácia el sepulcro: el día menos pensado el mar se abrirá para recibirle en su fondo: está tísico.

¿De qué provénia esta enfermedad?

Vamos á decirlo ligeramete.

Jhon, en una noche de tormenta, noche terrible en que los elementos desencadenados amenazaban destruirlo todo, con su impasibilidad inimitable se hallaba sobre el puente del alcázar con la bocina en la mano derecha y cogido fuertemente á un cable con la izquierda.

De pronto sintió que lo arrebatában de aquel sitio, despidiéndolo con la misma facilidad que arroja un proyectil la catapulta.

Era una terrible ráfaga de viento que le arrojó sobre cubierta, dejándolo caer de espaldas.

Jhon se levantó: conservaba aún la bocina en la mano derecha, pero se llevó la izquierda al costado, prorumpiendo en una blasfemia y un grito de dolor.

Un minuto despues se hallaba de nuevo sobre el puente del alcázar dirigiendo su buque.

Cuando cedió el huracan y las olas se calmaron, cuando la

tripulacion pudo sin temor de la tempestad entregarse al descanso, maese Jhon se dirigió á su camarote é hizo que un grumete le diera unas frotaciones de vinagre y sal en la parte dolorida.

A pesar de este remedio semisalvaje, Jhon no pudo quitarse un dolor sordo, profundo y molesto.

Desde este dia comenzó á sentirse enfermo.

¿Cuál era su enfermedad? Jhon la ignoraba.

Habia consultado dos médicos, y no encontrando fractura alguna en las costillas, acabaron por asegurar que el tiempo pondria fin á aquel dolor molesto.

Sin embargo, Jhon seguia malo, el tiempo no le aliviaba, su malestar crecia, y llegó á creer que efectivamente se hallaba enfermo del pecho.

A pesar de esto, á bordo de su brick-barca, en alta mar, donde reinaba como rey absoluto, seguia siendo el mismo hombre de siempre.

Su tripulacion solia decir:

—Maese Jhon desde que está enfermo y no puede servirse de la voz, lleva siempre las pistolas en el bolsillo. Tened cuidado de obedecer lo que os mande en voz baja, no seá que haga hablar á la pólvora enviándoos un emisario de plomo.

Este era maese Jhon, el capitan del brick-barca *Providencia*.

CAPITULO XIII.

El capitán Jhon.

El mulato Thady dijo á Bautista:

—Ahí teneis á maese Jhon: voy á llamarle para que os entendais con él; en ciertos negocios los testigos sobran.

—Veo que sois un hombre prudente, maese Thady, y eso bien merece una recompensa. Presentadme al capitán, recomendadme á él y retiraos luego: cuando termine mi asunto me acordaré de vos.

El mulato aprobó con un movimiento de cabeza todo cuanto habia dicho Bautista, y luego, levantando la voz, habló de este modo:

—¡Hola, buen Jhon! ¿cómo va esa salud?

El marino hizo un gesto acompañado de un encogimiento de hombros, y respondió:

—A la salud, amigo Thady, le sucede muchas veces lo que á la honra, que una vez perdida no se vuelve á encontrar. Pero

yo me rio anticipadamente del chasco que van á llevarse los tiburones cuando tropiecen con mi cuerpo; buenos colmillos han de tener para triturar mis huesos.

—¡Diablo! ¿te preocupa la idea de la muerte?

Los ojos del capitan se reanimaron como si las palabras de Thady le hubieran ofendido.

—¡La muerte! ¡bah! La muerte no vale la pena de que un hombre honrado se ocupe de ella.

—Dices bien; pero acércate y toma un sitio en este banco: este caballero desea conocerte y te convida á lo que quieras.

Jhon dirigió una mirada sin brillo, fria, semejante á la del gato que contempla al raton muerto á sus piés.

Bautista le saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—Sí, amigo mio, dijo: podeis sentaros con nosotros y pedir aquello que mas os agrade. Apasionado de los hombres de mar, me han dicho que vos habeis recorrido el mundo y que sois uno de los marinos mas inteligentes. Hacedme pues el obsequio de aceptar este convite.

—¡Ah! en otro tiempo vuestro ofrecimiento me hubiera causado un gran placer; pero ya lo sabe Thady: el estado de mi salud ha reducido mi estómago á una cuarentena perpétua. ¡Cuerpo de Dios! cuando pienso que un vaso de porter y una copa de kirche hacen trastornar mi máquina, mi humor se pone mas negro que la cara de ese estúpido de José que nos está mirando con la boca abierta.

El negro aludido se rio con toda la estupidez de que es susceptible un esclavo medroso.

—Motivo tienes y no poco, amigo Jhon, para desesperarte: ¡tú que has tenido un estómago de buitre y un gaznate forrado

en cobre como los buques de la marina británica! ¡tú que has sido el primer consumidor de *El gallo de Oro*, verte ahora reducido á beber cerveza alemana y á comer sopas de ajo! ¡Cuerpo de Dios! eso debe irritar al mas pacífico. Los buenos padres que recorren las Misiones de esta tierra, á pesar de su paciencia y de su mansedumbre, si se encontrasen como tú, echarian muchas veces la casa por la ventana.

Jhon durante las palabras del mulato se habia sentado en la mesa sin perder ni un solo instante su frialdad, su aspecto melancólico.

—¿Conque tan mala es vuestra salud, maese Jhon? preguntó Bautista, dirigiendo al capitán una mirada mezclada de interés.

—No puede ser peor, caballero.

—Supongo, querido Jhon, repuso el mulato, que en obsequio á este señor te permitirás hoy un pequeño exceso en la comida.

—No, Thady, no: que me sirvan mis sopas de ajo, mi bacalao cocido y mi botella de cerveza alemana.

—Entonces, voy á disponerlo.

Thady desapareció por una puerta que habia detrás del mostrador. Jhon sacó su pipa de barro y comenzó á cargarla, estrayendo un tabaco negro y rizado de una bolsa especie de vejiga de toro, que dejó luego sobre la mesa.

—¿Os gusta fumar puro? aquí teneis buenos tabacos, dijo Bautista presentándole su petaca.

—Prefiero mi pipa.

—Como gustéis.

Cuando los dos interlocutores despidieron la primer boca-

nada de humo, Bautista, viendo que el marino guardaba silencio, comenzó de esta manera:

—Maese Jhon, yo creo que será inútil que vaya dando rodeos para proponeros un negocio de alguna trascendencia.

—Opino lo mismo: decidme pues sencillamente de qué se trata.

—¿Cuándo pensais levar anclas del puerto de San Francisco?

—Mañana por la noche.

—¿Hacia dónde os dirigís?

—Cuando yo abandono un puerto pongo en mi itinerario: *Salida de tal ó cual punto*. Lo demás en blanco. Segun los vientos y los negocios se presentan, sigo yo un derrotero distinto al que me habia formado allá en mi mente.

—¿Lo cual quiere decir que no teneis rumbo fijo cuando empredeis un viaje?

—Jamás: voy adonde me llevan las circunstancias; por ejemplo: ¿dónde quereis que vaya?

—A mí me bastaria con que os dirigierais á algunos centenares de millas de este puerto, y dejarais caer en el gran charco, perfectamente amarrado con un cable, un objeto que á mí me interesa que desaparezca del mundo de los vivos.

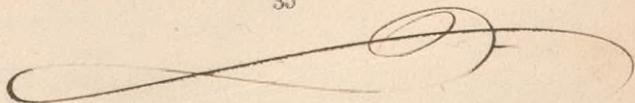
—¡Hola! lo que vos me proponéis, hablando en plata, es que yo arroje al mar á un individuo.

—Precisamente.

Jhon se encogió de hombros, y dijo con perfecta indiferencia:

—¿Es hombre ó mujer?

—Hombre.



—Del mal el menos. ¿Qué cantidad habeis imaginado que pueda darse por ese servicio?

—¿Os parece bastante dos mil pesos fuertes?

—Segun y conforme. ¿Qué clase de individuo es ese?

—Un extranjero que acaba de llegar á San Francisco.

—¿De modo que por estos países no tendrá familia?

—Es un hombre completamente desconocido.

—¿Y hay necesidad de apuntar su nombre en el roll?

—No, porque si se le propusiera tomar pasaje en vuestro buque dudaria, y eso seria aumentar los obstáculos.

—¿Cómo pensais entonces trasladarle?

—Le tengo citado para esta noche á las diez junto á la farola del puerto. ¿Supongo que vos tendreis entre los tripulantes del brick-barca *Providencia* gente de vuestra confianza?

—¡Bah! todos son unos buenos muchachos que obedecen mis órdenes con la docilidad de un perro pacho. Pero tened la bondad de ir esplicando vuestro pensamiento.

—No deseo otra cosa: supongo que vuestro brik-barca, por mucho que sea el flete que lleve en su tripa, no dejará de tener un rincon en la sentina en donde poder ocultar un hombre atado de piés y manos.

—Suponeis bien: adelante.

—En ese caso, debeis encontraros con tres de vuestros camaradas junto á la farola del puerto antes de las diez de la noche, dejando una lancha amarrada en el sitio mas próximo al que acabo de indicaros. Yo iré allí con mi hombre, os hago una seña convenida, os arrojais sobre nosotros, me deajo caer en el suelo como si hubiera recibido un golpe mortal, os apoderais de mi compañero, poniéndole una mordaza para que no

grite, y le atais de piés y manos para que no se mueva. Luego le conducís á vuestra lancha y desde esta á bordo de vuestro buque. Ya veis que, embarcando el género de esta manera, no hay necesidad de apuntar los nombres en el roll.

—¿Quién lo duda?

—Mañana por la noche os haceis á la vela segun vuestros cálculos, y dentro de algunos días...

—Al agua patos, ¿no es eso?

—Precisamente.

—¿Y por todo eso vos ofrecéis dos mil pesos?

—Que pagaré tan pronto como el hombre se halle atado en la sentina de vuestro buque.

Jhon despidió una bocanada de humo con toda la impasibilidad de un inglés que comienza á emborracharse, y fijando sus pequeños y apagados ojos en el inquieto rostro de Bautista, dijo:

—Es poco dinero.

—¡Diablo! algunas veces, maese Jhon, habreis hecho algo mas por mucho ménos.

—¿Quién lo duda? y de balde tambien, querido. Suponed por un momento que á mí me conviniera ahogar vuestra voz y poner término á vuestra vida: lo haria sin retribucion alguna, porque el hombre, señor mio, es muchas veces hijo de las circunstancias; ellas le empujan y él obedece.

Bautista se estremació.

La afeminada voz, la frialdad de Jhon el pirata le hicieron comprender que hombres como aquel conviene siempre tenerlos por amigos.

—Yo creo, maese Jhon, que no hémos de reñir por algunos

centenares de pesos. Procurad servirme bien, que todo se arreglará.

—Convengamos pues desde ahora en que al tener al próximo consabido en mi bodega, me entregareis tres mil pesos fuertes.

—Sean los tres mil pesos que quereis.

—¿Y qué garantías me dais?

—¿Garantías de qué, maese Jhon? ¿Hay alguna mejor que el dinero? No reconozco otra que valga mas.

—Bien, pero ese dinero...

—Iré yo mismo á entregároslo á bordo de vuestro buque.

—¿Cuándo?

—Mañana al amanecer.

—Que no falteis.

—Procurad vos cumplir exactamente todo lo que hemos convenido.

—En cuanto á eso, podeis tomar informes de mí; no falto jamás á mi palabra.

—Creo pues que nuestro asunto queda terminado.

—Terminado.

—¡Maese Thady! dijo Bautista levantando la voz: podeis servirle la comida al capitan Jhon.

Thady el mulato era hombre poco curioso.

La prudencia le aconsejaba no entrometerse en los asuntos de sus parroquianos; asuntos que por otra parte no eran de los mas lícitos.

Sirvió la sopa de ajo, el bacalao cocido y la botella de cerveza floja, y fué á sentarse detrás del mostrador.

Bautista se acercó al mulato, y despues de pagar el gasto

que habia hecho y el que estaba haciendo el capitan Jhon, puso una onza de oro en la mano de Thady, diciendo:

—Para que bebais á mi salud y os olvidéis de que os he convidado.

—Así lo haré, señor.

Y luego, dirigiéndose al capitan Jhon, repuso:

—A las diez estaré en el sitio convenido.

—Y yo á las nueve y media.

Dicho esto, Bautista salió del figon de *El Gallo de Oro*.

CAPITULO XIV.

Donde se prueba que la confianza es peligrosa.

El doctor Samuel habia pasado el dia reflexionando sobre su situacion.

Cuando las desgracias nos afligen, cuando nos hallamos en un país extranjero á muchos miles de leguas de aquella tierra donde nacimos, la fuerza del espíritu se debilita y se pierde una gran parte de la energía y el valor.

Samuel pensó que, como familiarmente se dice, no siempre los hombres pueden echar la casa por la ventana.

—Si yo logro que esos infames me devuelvan mi familia, tiempo ha de quedarme para defender los intereses de la pobre Claudia, á quien quiero como una hija. Seamos prudentes, seamos comedidos: accediendo á todo, se consigue muchas veces lo que se quiere. Bautista me ha jurado que no corren ningun peligro mi Carlota, mi Luis... ¡Dios lo quiera! Pero ¿debo

fiarme de los juramentos de ese hombre? No puedo hacer otra cosa.

Samuel pasó el día como hemos dicho: pensando, sin acordarse de comer, encerrado en un modesto cuarto de una de las fondas del puerto.

Cuando el sol hundió su último rayo, cuando la noche se estendió por el horizonte cubriendo de sombras el mar y la tierra, Samuel comenzó á sentir cierta inquietud.

A las diez tenia que ver á Bautista cerca del faro, según lo convenido.

¿Por qué le citaba en aquel sitio y no en la fonda?

Este temor era natural, atendido á las circunstancias que habian motivado el viaje de Samuel.

Pero por otra parte recordaba las palabras de Bautista: *Si nosotros quisiéramos perder al doctor Samuel Navarra, lo mismo lo podríamos hacer de noche que de día.*

Además, nada tenia de extraño esta cita, puesto que á ella iba á acudir el conde en persona.

Samuel sin embargo no pudo tranquilizarse del todo.

Bien es verdad que su situación no era para menos.

Esperó con impaciencia la hora.

Como la fonda donde se habia hospedado no estaba lejos del punto de la cita, permaneció en su cuarto hasta las nueve y media.

A esta hora salió de su habitacion, llevando sus pistolas en los bolsillos y su estuche portátil de cirugía que nunca le abandonaba.

La noche era oscura. El cielo, tachonado de millones de estrellas, tenia toda la imponente majestad de lo infinito.

El mar sereno dejaba apenas oír el sordo murmurio de sus intranquilas olas.

Samuel caminaba con receloso paso, deteniéndose con frecuencia para mirar en derredor suyo.

De vez en cuando encontraba algun marinero beodo que dormia sobre las gradas de piedra de los embarcaderos.

El puerto se hallaba casi desierto. Alguna luz agonizante que indicaba la barraca del soñoliento vivandero; algun transeunte que se dirigia precipitadamente á la ciudad.

En la época que nos ocupa, la insurreccion de los indios thulares tenia sobresaltados á los pacíficos habitantes de San Francisco y Monterey, capital de las dos Californias.

Se hablaba mucho de asesinatos nocturnos, de terribles venganzas.

Los mejicanos habian enviado una division al mando de uno de sus mas aguerridos coroneles para que reconociera las Misiones y las riberas del rio Colorado y Stanislao, foco de la insurreccion.

Por eso sin duda á las nueve de la noche los vecinos cerraban sus puertas, y las calles quedaban solitarias y abandonadas.

Samuel siguió adelante, guiado siempre por la hermosa y clara luz del faro, hasta llegar al pié de la columna de piedra que sirve de base á la luz protectora de los marinos.

Allí le esperaba un hombre: era Bautista.

Cuando Samuel le reconoció, viéndole solo, preguntó:

—¿Dónde está el señor conde?

—No puede tardar, amigo Samuel: sentémonos; la noche convida á disfrutar del fresco.

Samuel no tuvo tiempo de dudar.

Un bulto se acercó hácia ellos.

—Ahí está el señor conde, dijo Bautista.

Y al mismo tiempo se arrojó sobre Samuel, sujetándole los brazos.

El doctor era un hombre animoso, pero la confianza le habia perdido.

La lucha duró pocos momentos, pues pronto, como si fueran evocados de la tierra, se encontró oprimido por cuatro hombres que en un momento le maniataron y le pusieron un pañuelo en la boca.

Samuel conoció que habia llegado su última hora, puesto que nadie podia librarle de tan miserables enemigos.

Se resolvió pues á morir; pensó en su familia, en su esposa y en Dios: cerró los ojos y esperó la muerte.

Le habian tendido en el suelo.

Samuel podia oír y ver.

—Ahora á bordo, dijo una voz.

—Sí, á bordo y hasta mañana, respondió otra.

—No faltaré.

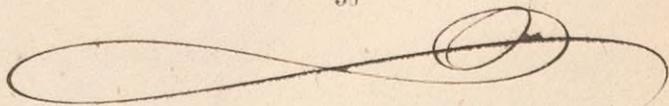
Samuel fué levantado en alto.

Un hombre le cogió de los piés, otro de la cabeza; se lo cargaron sobre los hombros como una viga, y partieron sin decir una palabra.

Al llegar al extremo del puerto, en las últimas rocas donde se estrellan las olas del mar, Samuel cerró los ojos y encomendó su alma á Dios.

Pero no habia llegado aún su última hora.

Los tripulantes del brick-*barca Providencia* arrojaron en



el fondo de la lancha el cuerpo del doctor como si fuera un fardo, desamarraron y se alejaron de la orilla.

Samuel sintió el balanceo de la lancha, y pensó:

—Me llevan á alta mar para arrojarme allí.

Siguió pues pensando en Dios y en sus hijos.

Conocía que era inútil pedir clemencia.

Una hora duró la navegacion.

Durante este tiempo, que fué para Samuel una agonía horrible, pudo observar que uno de los cuatro hombres que iban en la lancha, el que sentado en el banquillo de popa hacia las veces de timonel, respiraba de un modo fatigoso y tosía de vez en cuando.

A pesar del peligro que le amenazaba, Samuel dedicó un segundo á aquel hombre, y se dijo:

—Está enfermo del pecho.

Tal era la costumbre de aquel honrado médico de ver enfermos, y tanta la precision y certeza de su mirada, de su oido.

Por fin la lancha se detuvo, sufriendo una brusca sacudida.

Samuel pudo ver una mole negra que levantándose del fondo del mar se perdía en la oscuridad del cielo.

Era el brick-barca *Providencia*.

De á bordo tiraron la punta de un cable que cayó dentro de la lancha.

Con este cable ataron el cuerpo del doctor, y á una voz de ¡arriba! se oyó el gemido desigual de una polea y fué subido á cubierta del brick como un tonel.

El doctor concibió una esperanza, y dijo:

—Parece que no está aún decidida mi muerte.

Cuando se halló sobre cubierta volvieron á cogerle dos hombres, y uno de ellos preguntó:

—¿Dónde va esto?

El que habia dirigido la lancha cogió un farol y dijo:

—Seguidme.

Y comenzó á bajar por la escotilla que conduce á la sentina.

Samuel percibió un olor nauseabundo, como el que deja en un local sin ventilacion la aglomeracion de hombres.

Se hallaba en la bodega del brick donde tantos infelices negros, amarrados como perros rabiosos, amontonados como inundo lastre, habian hecho la travesía desde la costa de Guinea hasta las vegas americanas.

Los hombres que le conducian bajaron aún mas.

Por fin se detuvieron.

Samuel oyó la carrera precipitada de las ratas huyendo de la luz.

Allí le dejaron sobre un monton de cuerdas y unos trozos de lona.

Era la cama que le deparaban.

—Quitadle el pañuelo de la boca, dijo el capitán Jhon con fatigoso acento, y sentándose cerca del médico.

Los marineros obedecieron.

—Podeis marcharos arriba, y todo el mundo á dormir menos los hombres de cuarto.

Jhon y el médico quedaron solos uno enfrente del otro: el farol en medio alumbraba de lleno el bronceado y amarillento rostro del pirata.

CAPITULO XV.

Un médico que acierta y un enfermo que duda.

Jhon contemplaba al médico con la boca entreabierta, como el hombre que busca un poco de aire para sus pulmones.

Samuel contemplaba al marino con la fijeza del médico que busca una enfermedad á través de un rostro.

Así trascurrieron algunos minutos.

Por último, el marino respiró con fatiga, y llevándose la mano al pecho, dijo con débil acento:

—Buen amigo, te hemos jugado una mala partida, lo conozco; pero qué remedio: este es el mundo.

Samuel continuó estudiando la enfermedad que consumía al marino.

Este sacó su pipa, la cargó y la encendió.

—Fuma usted un tabaco demasiado fuerte, dijo el médico con una naturalidad que siendo impropia de las circunstancias admiró al pirata.

—¿Te incomoda el humo?

—A mí no: á usted sí.

—¡Diablo! creía que al verte atado de piés y manos en la sentina de un buque negrero, segun habrás conocido por su olor, no debias ocuparte del humo de una pipa. Me alegro: eso me dice que no eres cobarde.

—En este momento pienso mas en la vida de usted que en la mia.

El pirata soltó una carcajada que terminó con un silbido.

—La terminacion de esa carcajada confirma mis sospechas. ¿Cuánto tiempo hace que se halla usted enfermo?

—Eres muy divertido.

—Soy médico, caballero. Veo en usted un enfermo, y creo poder curarle; lo demás me importa poco.

Maese Jhon dejó de reirse.

La nobleza de aquel semblante que contemplaba sereno y grave, la dulce y respetuosa entonacion de sus palabras, el poco aprecio de la vida que hacia aquel hombre, le llamaron la atencion.

—¿Es usted médico? preguntó dejando la franqueza insultante y la entonacion burlona.

—Sí.

—¿Y sabe usted qué enfermedad es la que padezco?

—Perfectamente.

—¿No estoy tísico?

Samuel se sonrió.

—No, amigo mio; lo que usted tiene es un empiema en los pulmones, á consecuencia sin duda de una fuerte contusion.

—¿Y qué es eso?

—Un depósito de pus que se le ha formado á usted en el pecho, y de cuyas resultas morirá irremisiblemente si no se le hace pronto la operacion.

—¿Y qué operacion es esa?

—Nada mas sencillo: extraer esa cantidad de materia que acabará por destruir los pulmones y que dá á usted esa fatiga que se nota en su respiracion y ese color amarillento de la piel.

Jhon guardó silencio.

Una sospecha acababa de cruzar como un relámpago por su mente, y soltó una segunda carcajada.

—¿Duda usted de mis palabras? tanto peor para usted, repuso el médico con naturalidad: todos los enfermos que me buscan ó encuentro ante mí paso, los miro como hermanos que sufren.

—¿Pero es usted médico de veras?

—¡Ah! ¿luego dudaba usted de mí?

—¡Diablo! no se puede uno fiar siempre de los hombres.

—Es verdad: ¿sabe usted leer?

—Un poco.

—Pues bien, tómese usted la molestia de registrar los bolsillos del pecho de mi gaban y encontrará dos carteras: una de ellas, la mayor, es un estuche portátil de cirujía; la otra contiene un pasaporte y mis títulos de médico. Me llamo el doctor Samuel Navarra; despues de esto solo me resta decir que me atrevo á curar á usted, sin que por eso pida ni retribucion de dinero ni agradecimiento.

Jhon, que seguia dudando, registró los bolsillos del médico y encontró las dos carteras, como asimismo el par de pistolas que llevaba Samuel.

—Ni dudo ni creo lo que acaba usted de decirme; pero si usted me curara...

—Abra usted el estuche, repuso el médico.

Jhon obedeció.

—Entre esos instrumentos se halla el que puede devolver á usted la salud.

El marino miró con cierta curiosidad aquella coleccion de herramientas completamente desconocidas para él.

—¿Cuál es? preguntó al doctor Samuel con bastante curiosidad.

—Ese: se llama el trócar, y la operacion no puede ser mas sencilla.

Samuel indicó una especie de aguja larga colocada en una vaina de metal blanco.

Jhon la sacó del estuche y la contempló con marcado interés.

—¿Esto? dijo.

—Sí: bastará introducirla pulgada y media en la carne, para darle á usted la salud.

Jhon guardó el estuche y la cartera en uno de los inmensos bolsillos de su chaqueta, se puso en pié, cogió el farol y dijo:

—Señor médico, buenas noches: mañana será otro dia; pero como no quiero pasar á los ojos de usted por ingrato, voy á dejarle libres los brazos.

Y diciendo esto cortó las ligaduras.

—Gracias, repuso Samuel.

—Buenas noches, repitió el marino saliendo de la inmunda sentina.

Samuel Navarra se quedó solo y en la mas completa oscuridad.

El repugnante hedor que despedia la sentina, el monótono balanceo del buque, trastornaron un tanto su cabeza.

Se sintió malo y procuró reponerse con el sueño.

Dejémosle pues, abandonado á sus desgracias y tristes reflexiones, y subamos al camarote de Jhon.

Como hemos indicado poco antes, el capitán del brick-barca *Providencia*, era uno de esos marinos hijos de la mar que chapurrean todos los idiomas lo suficiente para entender y ser entendidos.

Jhon se encerró en su camarote y se puso á leer el pasaporte y los títulos del doctor Samuel Navarra.

Segun aquellos papeles no habia duda alguna de que era médico-cirujano.

—Seria una verdadera chiripa que este hombre me devolviera la salud.

Esto fué lo primero que se dijo Jhon.

Luego, encogiéndose de hombros, se tendió en su catre despues de encender su pipa.

El camarote de maese Jhon nada tenia de esas elegantes y lujosas habitaciones de los buques de guerra y los yacht de los doctores ingleses.

Era un cuarto sucio, pobre, con poca luz y sin ningun adorno.

Un catre, algunas armas colgadas de las paredes, una caja de hierro, dos sillas, una mesa de pino y un cofre abierto.

Sobre la mesa dos enormes pipas y un bote de tabaco.

Por las paredes dos cartas marítimas y un reloj inglés.

Sobre una silla una bocina y un antejo de larga vista.

Todo en desórden, todo arrojado al azar.

El pavimento no se barria nunca: el camaroté olia mal.

Maese Jhon se tumbó en el catre.

Fumaba, pensaba y tosia.

La fatiga, la falta de respiracion, le hacia prurupir en horribles blasfemias.

De vez en cuando murmuraba en voz baja:

—¡Oh! si ese hombre tuviera el talento de curarme...

Por fin, á las tres de la madrugada se quedó dormido; pero su sueño fué fatigoso.

Gemia, suspiraba, se quejaba, sin advertirlo él mismo, puesto que estaba dormido.

A las cinco de la mañana un grumete entró en su camarote á despertarle.

Jhon se incorporó, haciendo un gesto de dolor.

—Ya sabes lo que te tengo encargado, dijo Jhon.

—Sí, mi capitan.

—Pues inmediatamente á tierra, porque el hombre no puede tardar.

El grumete salió del camarote. Jhon subió poco despues sobre cubierta y echándose de brazos sobre la mura de estribor, esperó con la vista indiferentemente fija en los embarcaderos del puerto.

Pronto vió un bote que se acercaba al brick.

—Allá veo á mí hombre, se dijo.

Y permanecié en el mismo sitio.

Luego continuó hablando consigo mismo:

—Yo necesito saber por qué *este* quiere despachar al *otro*.

De todos modos conviene que no nos precipitemos, porque si lo que me ha dicho es cierto...

Jhon saludó con la mano al que venia en el bote: era Bautista.

—¡Eh! á ver, uno: gritó Jhon á la gente de á bordo; echad mano á la lancha para que atraque, y bajad la escalera para que suba ese caballero.

La orden fué obedecida.

Dos minutos despues, Bautista se hallaba sobre cubierta dando la mano al capitan Jhon.

CAPITULO XVI.

Donde el brick-barca se hace á la vela.

—No direis que no he sido puntual, dijo Bautista.

—No se me ha ocurrido pensar en semejante cosa, pues á vos os interesaba venir á verme.

—Es verdad.

—¿Traeis aquello?

—Sí.

—Pues no lo veo.

—Lo tengo en esta maleta.

Y Bautista indicó una pequeña maleta que su barquero habia colocado en uno de los bancos del alcázar.

—Entonces bajaremos á mi camarote.

Y dirigiéndose al grumete que le servia de ayuda de cámara, continuó:

—Tony, coge esa maleta y bájala á mi camarote.

—Cuando Bautista y Jhon se hallaron en el camarote, dijo el primero:

- ¿Conque decididamente os haceis á la vela esta noche?
- Tan pronto como se levante la brisa de tierra.
- ¿Teneis el buque estivado?
- Solo me faltan algunos barriles de aguardiente de caña: lo demás llevo lastre.
- ¿Y vais á las costas de Guinea?
- Sabeis vos mas que yo.
- ¿No me lo habias dicho?
- Mal puedo deciros lo que ignoro yo mismo.
- Supongo que cumplireis la palabra.
- No falto nunca.
- ¿De modo que dentro de tres dias...
- Un hombre al agua.
- Perfectamente.
- Pero permitidme que os diga que debe haberos causado mucho daño para quererle tan mal.
- Calculadlo vos mismo.
- Eso no es responder nada.
- Pues os he dicho todo lo que puedo.
- No hablemos mas del asunto, porque maldito lo que á mí me interesa; y ahora, con vuestro permiso, voy á enterarme de esto.
- Y Jhon abrió la maleta y se puso á contar el dinero, que venia todo en oro.
- Cuando terminó, volvió á guardarlo en la maleta, y esta en el arcon de hierro, diciendo en voz baja:
- Con este dinero haré mejor el comercio este viaje; porque el que compra al contado...
- Maese Jhon: quisiera ver á nuestro hombre.

—¡Ah! ¿quereis despediros de él? Es muy justo: venid conmigo.

Jhon encendió el farol, subió á cubierta, y bajó á la sentina, siempre seguido de Bautista.

Samuel dormía tranquilamente sobre el rollo de cables y trozos de lona que le servían de cama.

—Hé aquí un hombre, dijo el pirata en voz baja, del que se puede decir que tiene la conciencia tranquila.

—¡Duerme!

—Ya lo veis, como un bienaventurado: tal vez no os sucederá á vos lo mismo esta noche.

—Despertadle.

—¡Eh, buen amigo! teneis una visita que desca veros.

Y Jhon sacudió con el pié al médico, el cual, al despertar y abrir los ojos heridos en medio de la oscuridad por los rayos de la luz del farol, no vió al pronto nada.

—Dejadnos solos, dijo Bautista á Jhon.

—Pues llamadme si me necesitais.

—Así lo haré.

El capitan salió, pero no de la sentina, pues fué á ocultarse detrás de un inmenso tonel de agua.

Cuando Samuel completamente despierto reconoció á Bautista, hizo un movimiento para levantarse; pero tenía atadas las piernas y estremadamente doloridas.

Se dejó caer de nuevo sobre su dura y miserable cama, y murmuró con desprecio:

—¡Infame! ¿Vienes á gozarte en tu obra, en tu noble accion?

—Samuel, ¿por qué ha venido usted de España?

—Porque deseaba arrancaros la careta á tí y á tu infame

amo; pero he sido harto crédulo. Véte, déjame: no añadas á tu perversidad la burla de mi impotencia. Véte, pero no olvides que hay un Dios que ha de juzgarnos y que vengará todo el daño que me habeis hecho. Poco importa mi vida. La hija de Elena de Balboa vive, y están en mano segura los documentos que acreditan la legitimidad de su nacimiento: todos los crímenes que habeis cometido para apoderaros de una fortuna serán inútiles; aquí, os despojará la justicia de los hombres, allá arriba, os castigará la cólera de Dios.

—Pues bien, Samuel, devuélvame usted esos papeles que dice que posee: yo prometo devolverle la libertad.

—Tus promesas me hacen reir; además, yo no engaño á nadie: esos papeles no me pertenecen, me los confió una madre moribunda, y son de su hija, de su esposo. Soy demasiado justo para comprar mi vida con la ruina del prójimo. Es inútil que pierdas el tiempo: di á tu amo que le desprecio, y que le emplazo ante el inapelable tribunal del Eterno.

Y Samuel, como si le repugnara la presencia de aquel hombre, se volvió de espaldas y se echó sobre los cables.

—¿Olvida usted á su esposa, á sus hijos? exclamó Bautista.

—Véte y no los nombres... Dios velará por ellos como velará por mí.

Bautista procuró en vano arrancar una palabra á Samuel, cuyos labios se cerraron, guardando el mas profundo silencio.

Cansado de suplicar, llamó al capitán Jhon.

—Procurad terminar lo mas pronto posible este negocio, le dijo:

—¡Diablo! ¿quereis que se chapuce en el acto?

—No, en alta mar.

—Entonces dentro de tres dias rogad á Dios por su alma si teneis interés en que se salve.

Aquella misma noche á las once, el brick *Providencia* se hizo á la vela.

La brisa era favorable, y pronto el buque cortó las ondas salobres con majestuosa gallardía.

Cuando se hallaron mar adentro, el que hacia de contra-maestre se acercó al capitán.

—¿Qué derrotero se sigue? preguntó.

—¡Vaya una pregunta, viejo mio! ya lo sabes: encamina la proa del brick hácia el golfo de Guinea; me parece que tienes bastante agua salada por delante para lucir tu destreza.

El contra-maestre se acercó al timonel y se puso á hablarle en voz baja.

Jhon bajó á la sentina, cortó las cuerdas que sujetaban al médico, y le dijo:

—No quita lo cortés á lo valiente: sube arriba y respira un poco de aire. Luego hablaremos.

Samuel probó á levantarse y no pudo: las ligaduras le habian parado la circulacion de la sangre.

Además, se hallaba allí cerca de veinticuatro horas sin que ni un bocado de pan hubiera entrado en su estómago.

Cayó sobre los cables.

Entonces Jhon le ofreció su brazo, y ambos subieron sobre cubierta.

La noche tenia toda esa inmensidad del Océano, toda esa grandeza de lo infinito.

Samuel, sentado en el banco del gallinero de popa, respiró con cierto placer la grata brisa del mar.

De una cloaca se habia trasladado á un oasis:

—Gracias, dijo Samuel.

—Hace muchas horas que no habeis comido... nuestro cocinero no vale tanto como el del czar de Rusia, ni nuestra despensa se halla tan repleta y abundante como la de un arcadiano español. El hombre es egoista; y como el estado de mi salud me tiene inapetente, sin duda por eso me ocupó poco de los comestibles. Sin embargo, Tony es un muchacho muy listo, le haré venir, y entendeos con él.

Poco despues el grumete servia una modesta cena al médico Samuel Navarra.

Aquella noche la pasó sobre cubierta, tendido en uno de los bancos del alcázar, pensando en su familia.

En cuanto á maese Jhon, como el buque navegaba por un mar franco y con viento favorable, se encerró en su camarote y se puso á contemplar el estuche del médico Samuel Navarra.

CAPITULO XVII.

Donde la ciencia convierte á un ateo.

A la mañana siguiente, cuando el capitan Jhon subió sobre cubierta, el médico Samuel se paseaba con la indiferencia de un viajero á quien ningun temor sobresalta.

—Querido médico, le dijo el marino: ¿quereis que echemos un párrafo?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Entonces venid aquí y sentémonos: de dia en dia me siento mas débil; hay momentos en que ni yo mismo me reconozco.

—Vuestra salud irá empeorando, vuestras fuerzas perdiéndose, la fatiga aumentando, y morireis por fin, como no os decidais á que os haga la operacion del empiema. Ya os lo dije ayer.

—Sí, teneis razon; ayer lo dijisteis, pero ayer no os creí.

—Tanto peor para vos.

—Es verdad.

Y Jhon, exhalando un suspiro, continuó:

—Escuchadme, doctor: indudablemente vos sois un hombre honrado por lo que he podido traslucir, pues ayer cuando hablábais con el que tiene la culpa de que os encontreis aquí, os estaba escuchando. De vuestra conversacion he sacado en limpio que no solo os robaron la familia, sino que desean que yo os zambulla de cabeza en el mar. Yo no soy un santo, lo confieso: he hecho mucho daño en este mundo, llevo una vida que tal vez termine en la punta de una antena, pero muchas veces siento algo dentro de mí que me escarabajea... puede ser que esto sea la conciencia. Sin embargo, lo dudo mucho. Yo no sé si me entendeis.

—Proseguid, repuso el médico con gravedad y sin apartar sus investigadoras miradas del rostro de aquel hombre.

—Yo no tengo familia: desconozco por completo los goces que proporciona: aun me atreveré á decir que no creo en ellos. Codicio el oro, porque alimenta mis vicios: si alguna vez he amado, ha sido un dia, y he pagado ese amor con unas cuantas monedas. Segun la mercancía, así ha sido el premio... ya me entendeis.

Jhon se detuvo para respirar.

Conforme avanzaba en su relato, su voz era mas débil, su acento mas fatigoso.

—Desde que tengo uso de razon que me hallo viviendo en estas cáscaras flotantes que se llaman buques. Cuando el bozo asomó á mis labios, comprendí que para vivir en el mar menos mal se necesitaba hacerse temer. Esto dió por resultado una coleccion de aventuras ó atrocidades, como querais llamarlo.

Los hombres me temieron, y llegué á dominarles y á mandarles. Mis manos se han teñido alguna que otra vez con sangre humana; pero indudablemente hay algo en lo desconocido que puede mas que los hombres, y me castiga, pues nunca llego á enriquecerme, objeto de todos mis afanes, de todos mis crímenes. Como os estoy haciendo por decirlo así una confesion, no os ocultaré que el hombre que vino ayer á visitaros me dió tres mil pesos fuertes para que os tirara al mar atado de piés y manos.

Jhon fijó sus pequeños ojos en el médico.

Samuel le escuchaba impassible.

—Veo que no os hace efecto lo que os estoy diciendo.

—Desprecio la vida, pues he perdido lo que formaba su encanto, lo que constituía su felicidad. Proseguid.

—Cuando me hablásteis del mal estado de mi salud, como eso no es un secreto, creí que enterado de mis padecimientos pensábais ganáros mi confianza para evitar el peligro que os amenazaba: luego me he convencido que no era eso.

—Cuando recibais los beneficios de la ciencia, os arrepentireis de haber dudado de ella.

—¿Luego insistís en curarme?

—Nada veo tan fácil.

Samuel advirtió en el semblante del marino que aún en su pecho se albergaba un resto de duda.

—Veo que vacilais, y haceis mal. ¿Qué ventaja me reproduciría engañaros? ¿No me teneis en vuestro poder? ¿Os he pedido que me salvéis la vida? Dejad que os cure, y arrojadme al mar luego si así os place. Cuando os ví por la primera vez, cuando oí vuestro fatigoso sobrealiento, me dije: este hombre

debe padecer un tumor escirroso desarrollado en los espacios intercostales á consecuencia de una fuerte contusion. Yo soy de aquellos médicos que tienen verdadero amor á la ciencia: para curaros del padecimiento que yo os suponía era preciso haceros una operacion difícil, pero no imposible. Hay curas que honran á los médicos: olvidé mis peligros y pensé en curaros. Esto será una cuestion de amor propio si quereis; pero este amor propio de los hombres ha dado grandes resultados á la humanidad, y de ello es una prueba Aristóteles, Galileo, Newton, Frenchet, Cristóbal Colon, Argumosa, Toca, y otros mil sabios que no enumero. Tras de una idea, tras de la solucion de un problema, buscando las huellas de la muerte en el cuerpo humano, estos hombres se olvidaron de sí mismos por regalar á sus semejantes un dato, una luz que les salvara de los peligros, que combatiera la muerte. Vos sin duda no comprendereis este amor á la ciencia.

El capitán Jhon escuchaba con profunda atencion á Samuel.

El médico comenzaba á dominarle. Las dudas iban poco á poco abandonándole, y se sentía dispuesto á entregar su cuerpo en manos de aquel hombre sereno é inteligente que se olvidaba de sí mismo por pensar en el prójimo.

El médico continuó:

—Pues bien, amigo mio: á manera que iba estudiando vuestra enfermedad iba corrigiendo mis apreciaciones, acabando por convencerme que no era la dolorosa operacion de serraros un trozo de costilla careada lo que podia salvar vuestra vida, sino otra cosa mas fácil, si bien mas difícil de acertar: la operacion del empiema. ¿Quereis que os opere?

—¡Sí, cuerpo de Cristo! exclamó el marino con entusias-

mo: sajad mi cuerpo, cortad sin miedo, no temais que me queje; soy fuerte, y estoy acostumbrado á recibir golpes bastante dolorosos.

—Perfectamente, repuso el médico sonriéndose: podeis tranquilizaros; no os haré el menor daño, os lo aseguro, y pronto conoceréis los beneficios de la operacion.

—¿De modo que quedaré completamente sano?

—Sano y bueno como antes de recibir el golpe. ¿Cuándo quereis que os opere?

—Disponed de mi cuerpo.

—Bajad entonces á vuestro camarote y os diré lo que necesito.

—¿Necesitareis alguno que os ayude?

—Uno que sostenga lá vasija en donde ha de caer el pus que tanto os molesta, causa de vuestro mal color y vuestra fatiga.

Poco despues maese Jhon se hallaba tendido en su catre, desnudo de medio cuerpo arriba.

Samuel Navarra le reconocia con concienzuda escrupulosidad.

De pié, á su lado, se hallaban el grumete Tony y el contramaestre William: uno sosteniendo el estuche abierto y una tohalla, el otro una cacerola de estaño.

—¿Conque segun parece no estais tísico, capitan Jhon? preguntó el contramaestre William.

—Así lo dice este buen médico.

—Vaya, tanto mejor, porque toda la tripulacion está deseando ver á su capitan fuerte y bueno.

—¡Fuerte! repitió con violenta energía Jhon: ¿duda algu-

no de vosotros de que el viejo tiburón no tenga las mismas mandíbulas que antes?

—Os suplico, querido capitán, que no habéis hasta que yo os dé permiso para ello.

—Dispensad, querido médico; ya no abro la boca.

Samuel colocó la yema del dedo índice de la mano izquierda sobre el pecho del marino.

—¿Os duele aquí? preguntó.

—Un poco.

—Tened la bondad de respirar con fuerza.

Jhon obedeció.

—Perfectamente; ahora, no os mováis.

El médico cogió con la mano derecha el trócar del estuche, y lo introdujo poco más de una pulgada en el pecho del enfermo.

Aquel instrumento, parecido á la aguja de un alpargatero, tenía una vaina de metal blanco.

La vaina entró con la aguja en la carne, sin que el enfermo hiciera el menor gesto de dolor.

Samuel sacó el trócar, dejando la vaina, especie de canal por donde comenzó á caer un chorro de pus del diámetro de una lenteja.

—Acercad la cacerola, dijo el médico al grumete.

Y luego, dirigiendo la palabra al enfermo, continuó:

—Decidme sin hablar si os he hecho daño.

Jhon indicó que no con la cabeza.

—La operación está hecha: ahora respondo de que quedaréis completamente restablecido antes de pocos días.

William y Jhon cambiaron una mirada.

En la del contra maestre podia notarse la duda.

En la del capitan la esperanza.

En cuanto á Samuel, permaneció impasible como el hombre que se halla firmemente seguro de lo que ha hecho.

—Dejadle descansar, dijo el médico.

Y todos salieron del camarote.

CAPITULO XVIII

En alta mar.

Pronto experimentó el capitan John los saludables efectos de la acertada operacion, y aunque promesa formal habia hecho de ramblar en el mar al doctor, no se decidió á cometer tan negra ingratitud.

Mientras tanto pasaban los dias cuando el grande Océano en busca de las felices costas de América, donde el brick-paca Providence iba á hacer su cargamento.

No tardó el doctor Samuel en captarse la voluntad y el aprecio de los tripulantes del buque negro; y en cuanto á John, se daba por muy contento con tener á bordo un hombre tan sabio como Samuel Nivaria.

—Ahora, señor doctor, cuando mi cargamento de vino y aceite (1) se vea atracado del escorbutico, tendrá quien lo cure, y

(1) Negro.

CAPITULO XVIII.

En alta mar.

Pronto esperimentó el capitan Jhon los saludables efectos de la acertada operacion, y aunque promesa formal habia hecho de zambullir en el mar al doctor, no se decidió á cometer tan negra ingratitud.

Mientras tanto pasaban los dias cruzando el grande Océano en busca de las lejanas costas de Guinea, donde el brick-*barca Providencia* pensaba hacer su cargamento.

No tardó el doctor Samuel en captarse la voluntad y el aprecio de los tripulantes del buque negrero; y en cuanto á Jhon, se daba por muy contento con tener á bordo un hombre tan sabio como Samuel Navarra.

—Ahora, solia decirse, cuando mi cargamento de *ébano vivo* (1) se vea atacado del escorbuto, tendré quien le cure, y

(1) Negros.

mi género no llegará tan averiado á las costas americanas.

Esto era discurrir con un egoismo poco conveniente para Samuel, que no se hallaba del todo satisfecho entre aquellos desalmados bandidos.

El doctor, pensaba por su parte:

—El día menos pensado nos da caza un buque de rey, y entonces termina nuestra existencia colgados de las entenas. En vano alegaré mi poca ó ninguna culpabilidad; yo seré ni mas ni menos que uno de tantos.

Esto le hizo tomar una resolucion, es decir, hablarle al capitán con toda franqueza.

Por eso en una de esas noches apacibles que solo se disfrutaban en el Océano, noche majestuosa como aquellas inmensas soledades de agua y cielo, en que la luna, mas grande y mas clara que la de Europa, derrama torrentes de luz sobre la tersa superficie de la mar, Samuel, sentado en uno de los bancos de cubierta, habló de este modo á Jhon, que se hallaba á su lado fumando tranquilamente en su pipa:

—Vamos á ver, querido capitán: ¿cómo os sentís?

—Completamente bueno: hace veinte dias que me creia un cadáver; hoy me creo un hombre. Os doy las gracias.

—¿De modo que no pensareis arrojarme al mar?

—¡Arrojaros al mar! El animal mas asqueroso de la creacion es para mí el ingrato. Podeis dormir tranquilo á bordo del brick *Providencia*; nadie se atreverá á ofenderos.

—Gracias, capitán.

—Yo soy el que debo dáros las.

—¿Me permitís que os hable con franqueza?

—Hablad como os diere la gana.

—Pues bien: no me encuentro aquí del todo satisfecho.

—¿Qué os falta?

—Nada; teneis excesivo cuidado de mi persona, lo cual no olvidaré nunca.

—¿Entonces os sentís malo?

—Jamás me he encontrado mejor.

—Pues no os comprendo.

—He tenido el gusto de contaros la mayor parte de mis desventuras.

—Sí, me habeis honrado con vuestra confianza.

—Como podreis suponer, mi porvenir no está en el mar ni mi familia tampoco.

—En cuanto á la familia, no soy yo el que espera encontrarla por estos desiertos de agua. El porvenir es distinto, pues si quereis permanecer á bordo conmigo me comprometo á entregaros religiosamente una octava parte del negocio que se haga en cada viaje; y tened entendido que por el mar, cuando no se tienen escrúpulos de conciencia, se gana bastante, mucho mas que en tierra.

—No lo dudo; pero yo os agradecería infinito me dejarais en cualquier punto: deseo regresar á California ó á España.

—¿Conque decididamente quereis dejarme?

—No puedo borrar de mi memoria el recuerdo de mi familia.

—Quedaos al menos hasta nuestro regreso á América; pienso conducir trescientos negros: es una fortuna, si el viaje se hace sin tropiezo como espero, porque nadie me gana á conocer el gran charco.

—Amigo mio, yo soy á bordo de este buque un subordi-

nado vuestro: me quedaré si lo mandais, pero llorando siempre por mi familia.

—Sois testarudo como un marino breton: no hablemos mas del asunto; os debo la vida y no quiero negaros la libertad. En cuanto á los tres mil pesos que recibí por mataros, os los entregaré para que se los devolvais en mi nombre al que tan mal os quiere. Yo no cobro lo que no gano.

Desde este dia Samuel Navarra se contaba libre del gran peligro que habia corrido.

Solo faltaba un puerto en donde desembarcar.

Pero sabido es que los buques que llevan algo sucios los papeles, los que para librarse de los peligros izan pabellon de todas las naciones, segun las circunstancias, fondean poco en los puertos, buscando siempre el modo de no tropezar con embarcacion alguna, porque una vela en lontananza es un sobresalto.

El diario de á bordo marcaba el dia veintisiete de navegacion: siempre sin ver tierra.

Jhon habia vuelto á sus buenos tiempos: fumaba, bebia, y daba terribles puñetazos á los grumetes.

Era el antiguo negrero: débil de cuerpo, fuerte de espíritu, con ojos de gato y corazon de pantera.

Pero el pirata, como todos esos hombres terribles aventureros, tenia un punto flaco, vulnerable: era el doctor Samuel, hácia el cual sentia un verdadero cariño.

—Si él me lo mandara, seria capaz de meterme fraile, solia decir; pero es un ingrato: quiere abandonarme.

Una tarde el contra maestre Villiam, le dijo:

—Creo que el doctor quiere dejar al brick *Providencia*

porque teme que un dia nos tome al abordaje un buque de rey; y como entonces pagarian justos por pecadores...

—¡Bah! repuso Jhon: si eso sucediera, ¿me crees á mí bastante infame para ocultar la verdad? Yo diria, como lo dirias tú y toda la tripulacion: Señores, este es un médico á quien conduje á mi buque atado de piés y manos con el objeto de arrojarle al mar. Luego me curó de una terrible enfermedad que padecia, y le perdoné la vida. Creo que dicho esto, nadie se atreveria á ahorcarle.

Afortunadamente para Samuel, Jhon era un buen marino, y el brick *Providencia*, el buque mas ligero que cruzaba el Océano, llegó á las costas de Guinea á los ochenta y cuatro dias de navegacion.

El brick *Providencia* llevaba las mercancías mas á propósito para hacer el tráfico á que se dedicaba: rom, tabaco, pólvora, fusiles y objetos de quincalla.

Jhon era hombre diestro. Desembarcó con una parte de la tripulacion, entre la que se contaba el médico Samuel.

Un mes permaneció el buque anclado en la embocadura del rio que lleva el nombre de esta region de África.

Durante este tiempo, Jhon y su gente hicieron muchas correrías, cambiando sus mercancías por pobres prisioneros de guerra.

La bodega del brick fué poco á poco llenándose de aquellos infelices destinados á la esclavitud.

Samuel se ocupaba poco ó nada de este tráfico, que le causaba una gran repugnancia. Hacia algunos estudios y esperimentos de las plantas raras y maravillosas de aquellas regiones.

Por fin volvieron á hacerse á la vela.

Pero no es nuestro objeto hacer una relacion detallada de los sobresaltos y peligros de un buque que se dedica á la trata de negros.

Diremos solamente que el capitan Jhon salió bien de su empresa, desembarcando su género con toda felicidad en las costas de América.

Samuel pedia siempre que se le dejara en libertad.

—Vos me llamais vuestro amigo, le decia á Jhon, y no soy mas que vuestro prisionero.

—No, querido Samuel; sois mi socio, pues teneis una parte en todos mis negocios.

—Ya os lo he dicho, capitan: no tomaré ni un real del producto de vuestro comercio.

—¿Teneis escrúpulos de conciencia?

—En ese caso, respetadlos.

Jhon se encogia de hombros.

Así trascurrieron dos años.

Bien á pesar suyo, Samuel visitó las costas de África cuatro veces, corriendo no pocos peligros.

Un dia Samuel tomó una resolucion de esas que se llaman de vida ó muerte.

—Capitan, le dijo: no puedo pasar mas tiempo á bordo de vuestro buque; arrojadme al mar ó dejadme en cualquier puerto; de lo contrario, acabaré por suicidarme.

—¿Conque estais firmemente resuelto á dejarme? respondió Jhon exhalando un suspiro.

—Sí.

—Sois un ingrato, repuso el capitan con sentimiento.

—Ya sabeis que tengo hijos, que tengo esposa, y que necesitan mi proteccion.

—¿Dónde diablos está vuestra familia? ¿Lo sabeis por ventura?

—Yo la encontraré.

—En fin, no me rompais mas los oidos; os dejaré en Gibraltar: de allí á España solo hay un paso. Bajad conmigo.

CAPITULO XIX.

Lo que contenia el arca de hierro del camarote del capitán.

Bajaron al camarote. Jhon cerró la puerta.

—Sentaos: tenemos que hablar.

Samuel obedeció.

—Yo soy un hombre que ni he conocido nunca á mis padres ni tengo mas familia que mi buque. Esto no sé si es una fortuna ó una desgracia. Por una parte, suelo aburrirme cuando veo que nadie tiene interés por mi persona; por otra, me consuela la idea de que yo no paso penas por nadie. Pues bien, desde que os hallais á bordo conmigo pienso de otro modo; creo que sois un hermano que me ha enviado lo que vos llamáis Providencia.

Jhon se detuvo, fijó una mirada de esas que penetran hasta el fondo de la conciencia, sacó la pipa, la cargó y la encendió con mucha calma.

Samuel no comprendia por qué el negrero le miraba de

aquel modo, por qué sus ojos tenían una espresion de tristeza tan marcada.

Trascurrieron como tres minutos.

Jhon fumaba, contemplando con cierta tristeza al médico. Samuel guardaba silencio.

Por fin el pirata, estendiendo el brazo y señalando el arcon de hierro que se hallaba á los piés del catre, dijo:

—Ahí se encierra el producto de todos mis afanes, de todas mis economías. Hace diez años, dueño absoluto de esta cáscara de nuez que nos lleva en su seno, mi vida ha sido una esposicion continua. Abrid el arcon: aquí teneis la llave.

Samuel se inclinó y abrió el arca de hierro.

Estaba casi vacía: solo en uno de sus rincones veíase una especie de lio, al parecer de piel de gamuza.

—¿Y es esto todo? preguntó el médico sonriéndose.

—Ved lo que contiene ese envoltorio: desdoblado; es una piel de gamuza.

El doctor lo hizo, y retiró rápidamente la cabeza con asombro.

Ante sus ojos brillaron un monton de piedras preciosas; en particular perlas y esmeraldas.

—¡Oh! esto vale un tesoro.

—Todas mis economías las voy invirtiendo en piedras de valor. Tengo el pensamiento de retirarme, y entonces no me faltará ocasion de venderlas. El dinero se gasta. Además, en caso de naufragio, ese lio puede llevarse atado á la cintura con la correa que veis en el fondo del arca. Mal vendidas, valen esas piedras mas de cien mil duros. Pues bien, yo parto esa fortuna con vos si no me abandonais: os debo la vida, os miro

como una necesidad. Si os decidís á quedaros á bordo, ofrezco que dentro de tres años dejaremos la vida del mar y nos trasladaremos á tierra, al país que elijais, y entonces todo será comun entre nosotros. Pensad que lo que os ofrezco lo hago con buena voluntad.

Samuel agradeció la generosidad del pirata, y tendiéndole una mano, le dijo:

—Sois un buen hombre que os ocupais en un tráfico vergonzoso; teneis buen corazon, y ejecutais acciones malas; mezcla estraña de bueno y de malo, es vuestra vida un azar continuado, un peligro sin fin, cuyo término no me es dado asegurar, aunque no me parece que será muy satisfactorio. Sois rico, y comenzais á desear la tranquilidad de una vida pacífica, sin sobresaltos. ¿Por qué no haceis hoy lo que teneis pensado para mañana?

—No puedo.

—¿Que no podeis?

—Ó por mejor decir, no quiero abandonar mi tráfico tan pronto.

—Pensad los peligros que correis.

—Los peligros me conocen. Conqué ¿aceptais mis proposiciones?

—No: desembarcadme en cualquier puerto; soy poco ambicioso.

—Pensadlo bien.

—¿De qué me serviría esa fortuna sin mi familia?

—Pero ¿teneis seguridad de encontrarla?

—A veces sí, otras no; pero mi deber se reduce á buscarla sin descanso, y eso es imposible á bordo de vuestro buque.



—Sois testarudo.

—Soy padre.

—Pensad bien esta noche lo que os he propuesto, y mañana hablaremos.

—Es inútil.

El capitán Jhon se encogió de hombros, diciéndose para sí:

—Mi proposición no puede ser mas ventajosa... en fin, él se lo pierde.

A la una de la noche el capitán Jhon dormía tranquilamente, cuando le despertó una brusca sacudida.

Marino experimentado en los repentinos cambios de viento del Océano, antes de estar completamente despierto se sentó en el catre.

—¡Diantre! el buque gira como si se hallara en medio de algún remolino. ¿Si habremos tropezado con alguna corriente desconocida?

Antes de terminar estas reflexiones, el contra maestre William se presentó en el camarote.

—¿Qué ocurre?

—Ha cambiado el viento; y si no me engaño, no tardaremos en tener encima la tempestad.

Jhon dormía siempre vestido mientras se hallaba en alta mar.

La vida á que se habia dedicado no era para entregarse al descanso con mucha confianza.

Saltó del catre y subió sobre cubierta.

Su ojo práctico le hizo comprender que Villiam no se habia sobresaltado sin motivo.

El mar tenia un carácter imponente.

El cielo oscuro y cargado de electricidad dejaba á cortos intervalos ver el rayo á través de las rasgadas nubes.

La brisa de Oeste era fuerte.

—Buena marejada se nos presenta, dijo.

—Así lo creo.

—Virad dando la proa al viento; quitad la tela al brick.

—Pero ¿nos ponemos al paio?

—Eso lo dejaremos para luego; ahora aún no lo creo necesario.

Una tempestad en el Océano tiene algo del cambio de decoraciones de una comedia de magia: es rápida, maravillosa.

A las doce el contramaestre, que estaba de guardia, se paseaba por el alcázar con la pipa en la boca, cambiando alguna que otra palabra con el hombre de cuarto.

Hacia mucha calma. Las olas besaban suavemente los costados del buque, con el miramiento que besa una madre las mejillas de su hijo dormido.

No habia nubes en el cielo; pero la luna estaba apagada y con un cerco blanquecino de mal carácter.

Apenas gemia la brisa en las lonas, que flojas caian sobre los aparejos como si esperaran melancólicamente una ráfaga de viento que las llenara.

De repente se oyó á lo lejos un mugido sordo, amenazador, que se iba acercando hácia el buque.

Villiam y el timonel levantaron á un mismo tiempo la cabeza para mirar al cielo.

Una nube de ese color plomo rojo que anuncia la electricidad, avanzaba por el horizonte.

La nube tenia la forma de un pañuelo que le falta una punta.

Cinco minutos bastaron para que la nube se dilatara enormemente hasta tomar la forma de un inmenso triángulo.

De pronto la nube cubrió la luna, y el buque comenzó á cabecear como el caballo que siente en el pecho las picaduras de los tábanos.

Las olas crecieron, y una ráfaga de viento gimió entre las jarcias.

Era la introduccion de esa imponente sinfonía de los elementos que se llama tempestad.

William bajó al camarote del capitán.

CAPITULO XX.

Donde se prueba que un negrero puede ser agradecido.

A las tres de la mañana, la tempestad se habia declarado con toda su fuerza.

El buque era juguete de aquellas montañas de agua que le empujaban en todas direcciones.

Una ola habia arrojado dos hombres al mar.

El capitán Jhon, con la bocina en la mano derecha y cogido fuertemente á un cable que se hallaba amarrado al palo mayor, daba con admirable serenidad las órdenes que creia convenientes.

En el mar, cuando los elementos desencajados se conjuran contra una frágil embarcacion, el capitán manda y los tripulantes obedecen ciegamente.

Saben que de esto depende sus vidas, y esta obediencia que parece servil no es mas que egoista.

Cuando se pierden las esperanzas, nace la insubordinacion, y entonces los ingleses beben ginebra y esperan la muerte; los suecos se encierran en la bodega de sus chatos buques y apuran, uno tras de otro, docenas de tarros de cerveza; los españoles rezan, y los franceses cantan y piensan en su querida Francia.

Los tripulantes del brick *Providencia* blasfemaban.

Jhon parecia un espíritu infernal evocado del averno.

Su rostro, por lo general frio, indiferente, se trasformó aquella noche de un modo notable.

Sus ojos, como los de la pantera hambrienta, tenian cierto brillo fosfórico que daba miedo.

Su boca, contraída como la de los condenados que vemos en ciertos cuadros, parecia mas bien formada para despedir el rayo que la palabra.

Diríase al verle jurando, maldiciendo, amenazando, que habia doblado su estatura.

En cuanto al médico Samuel, por consejo de Jhon habia bajado al camarote.

—Bajad, querido doctor, le habia dicho: vuestra ciencia nada puede contra los elementos. Por ahora aún tengo esperanzas. Si la cosa se enreda, bajaré á daros un abrazo de despedida.

Samuel habia obedecido, y se hallaba solo y angustiado, sin poder estarse quieto en parte alguna.

Tal era el movimiento del buque, tal eran las terribles y bruscas sacudidas que le imprimian las olas.

La tempestad tiene de noche un setenta y cinco por ciento de mas angustiosa que de dia.

Por fin amaneció; pero con un día triste, sin sol, sin claridad en el cielo, sin brillo en el horizonte.

Sea como fuera, era de día y veíanse las olas amenazando hundir el buque.

La noche es traidora, lo oculta todo: Dios sin duda por eso ha formado las alas de la lechuza y el mochuelo de un modo que vuelan sin hacer ruido.

Si nosotros tuviéramos la pluma de Fenimore Cooper, de Victor Hugo, de Edgardo Poe ó del autor de *La Salamandra*, nos detendríamos en detallar minuciosamente las angustias del pobre marino en estos graves é imponentes días de su vida de mar.

Así solo diremos que pasó el día, vino la noche, y el buque, llevado á la ventura por el viento y las olas, caminaba sin rumbo fijo ni derrotero conocido.

La segunda noche fué mas angustiosa que la primera.

El brik comenzó á embarcar agua.

Este grito á bordo «¡el buque hace agua!» hiela la sangre.

Es un trabajo mas que presenta al marino la tempestad; trabajo casi siempre tan peligroso como infecundo, que llega á cansar los brazos y á oprimir el corazón; trabajo que tiene por lo general un término: la muerte.

En este momento, mientras unos se abalanzaban á las bombas con la desesperacion de los náufragos, otros descargaban el buque de los mástiles.

El capitán bajó al camarote.

Samuel Navarra se hallaba echado en el suelo.

—¿Qué haceis ahí? le preguntó agarrándose á la escalera de la escotilla para no caerse.

—¿Pensais que se puede estar de otra manera? Además, me siento algo indispuesto, se me va la cabeza, tengo una estrema debilidad en todo el cuerpo... Pero decidme: ¿qué hay por arriba?

—Todo lo peor que os podeis imaginar: el buque embarca mucha mas agua que la que pueden sacar las bombas: hemos perdido ayer dos hombres y hoy otros tres: la tripulacion está cansada, no ha comido en veinticuatro horas, y se me ocurre una cosa.

En este instante los ojos del capitan brillaron de un modo lúgubre.

—¿Qué pensais?

—¡Diablo! salvarme y salvaros.

—¿Cómo?

—Yo pondré todos los medios; luego, allá veremos: á bordo queda una lancha: es fuerte, nueva y ligera; bate las alas como una sardina en busca del cebo que codicia; pero no digais nada á nadie: la canalla que se halla arriba sería capaz de asesinarnos por salvarse: cuento con el contramaestre William; es un zorro viejo que puede servirnos de mucho: he colocado en la lancha, amarrado para que no se caiga al botarla al agua, un tonel de vino, un saco de galleta, una pierna de vaca salada y un pellejo de agua: tenemos comestibles para quince dias siendo sóbrios y económicos. Ataos alrededor del cuerpo esas piedras y coged lo que mas falta os haga; vuestro estuche y vuestra cartera; yo vendré á buscaros.

El capitan subió de nuevo sobre cubierta, habló en voz baja algunas palabras con William, y fué á reunirse al grupo de marineros que trabajaban en las bombas.

Este grupo se componia de seis hombres y el grumete Tony: imposible seria describir con la pluma un cuadro mas repugnante que el que presentaban aquellos marineros.

Casi desnudos, con los cabellos erizados, los rostros de un color vinoso oscuro, con algunas manchas de sangre en los pechos y brazos, á causa sin duda de los golpes recibidos durante la tempestad, mas que hombres parecian furias del averno.

Jhon se presentó en medio de ellos, y viéndoles trabajar con esa taciturnidad de los reos de muerte, soltó una estrepitosa carcajada.

Por un momento, la voz humana dominó la voz de los elementos.

Los marineros, sobrecogidos, suspendieron las funciones de las bombas y volvieron la cabeza.

—¡Estúpidos! les dijo el capitan: despues de pasar toda la vida á bordo de los buques, ¿no conocéis aún que ese trabajo es inútil? Las bombas sacan próximamente la cuarta parte del agua que embarca el buque. El naufragio es seguro: morireis pues trabajando como miserables negros. ¡Vaya un gusto! Valia mas que bebiérais ron antes que se lo trague el Océano: un hombre borracho es completamente feliz: dejad las bombas.

—¡Hurra! exclamó un marino viejo soltando la bomba y dándose un terrible puñetazo en el desnudo pecho: el capitan tiene razon; muera Marta y muera harta.

Todos soltaron las bombas.

—¡A la bodega! dijo el capitan.

—¡Sí, á la bodega!

Y se lanzaron como condenados por la escotilla del centro.

Cuando hubo desaparecido el último de los marineros, Jhon



se quedó un momento parado sobre aquella boca del buque que sin duda le hacia el efecto de una inmensa sepultura.

—¡Pobres muchachos! dijo.

Y de pronto, haciendo un movimiento de hombros, continuó:

—¡Bah! morir ahogados ó ahorcados casi es lo mismo. ¿Quién sabe la suerte que me está destinada á mí?

William se acercó al capitán.

—Como corderos, ¿eh? dijo.

—Sí, respondió Jhon.

—El buque naufraga: no perdamos tiempo; ya llegó el agua á las cintas.

—Vamos.

—Pero ¿y esto? dijo William señalando la escotilla abierta.

—Tienes razon.

El capitán y el contramaestre se inclinaron para coger la pesada puerta de la escotilla.

En este instante se oyó una voz que parecia salir de lo mas profundo del mar.

—¿Qué! ¿no bajais, capitán?

—Allá vamos.

Y al decir esto corrió la puerta de la escotilla, dejando encerrados en la bodega del buque á aquellos siete infelices.

Entonces, con una rapidez prodigiosa, la lancha fué botada al agua.

William la sostenia por el extremo de un cable.

La lancha chocaba contra el costado de estribor del brick.

—Se va á hacer mil pedazos si tardamos.

—Voy por el médico.

Jhon bajó al camarote.

Samuel, tendido en el suelo, no respondió al llamamiento del capitán.

Se inclinó, le reconoció, y lanzó un grito.

El doctor estaba desmayado ó muerto: tenía sangre en la cabeza y en el rostro.

Jhon vió que llevaba el envoltorio de piel de gamuza sujeto á la cintura con una correa.

Pareció indeciso, pero por último dijo en voz baja:

—Allá veremos lo que es esto: ante todo, debo ser agradecido.

Y cogiéndole en brazos se lo echó sobre el hombro derecho como un costal, saliendo del camarote.

William le esperaba.

—¿Qué es eso? le preguntó.

—Le he encontrado muerto ó desvanecido.

—Pues dejadle á bordo.

—¡Bah! ¿soy yo ingrato?

Y Jhon, con una fuerza increíble, se cogió al cable que colgaba del costado de estribor sobre la lancha, y sin dejar su carga se deslizó.

Por un instante William le creyó perdido.

Aquel hombre se suspendía sobre el abismo.

Su muerte era inevitable al menor descuido.

William sujetaba la lancha con otro cable.

Por fin se dejó caer.

—Ahora tú, William, dijo: yo ya estoy y el médico también.

El contra maestre saltó á su vez, soltaron los cables, é ins-

tantáneamente se vieron separados veinte brazas del buque.

—¡Adios, pobre brick! ¡no te olvidaré nunca!

En este momento vieron una especie de remolino que formaron las olas.

El brick *Providencia* se habia hundido para no aparecer mas.

William se enjugó una lágrima.

Jhon quedó pensativo.

Samuel seguia desmayado en el fondo de la lancha.

CAPITULO XXI.

¡Tierra!

Afortunadamente Samuel Navarra no estaba muerto.—

En una de las terribles sacudidas del buque habia recibido un golpe en la cabeza, privándole del conocimiento.—

El golpe habia producido una herida, llenando de sangre el rostro del médico.—

Jhon le sintió con placer estremecerse é incorporarse.

Entonces se contaron ambos lo que habia sucedido, es decir, el médico el golpe, el capitan que el buque habia ido á fondo, y que ellos se habian podido salvar en la lancha.

Conociendo la rectitud de principios de Samuel, le ocultó que habia encerrado en la bodega siete hombres.

La medida era terrible; pero hija de la desesperacion, de las circunstancias y del egoismo, podia disculparse en parte.

Diez hombres abalanzándose sobre una lancha naufragan mas pronto que dos.—

Además, el capitán Jhon ignoraba en qué aguas se hallaba; podía encontrar tierra al día siguiente ó tardar un mes, tal vez mas.

Pensó en todo, y lo sacrificó todo por salvarse él con los dos hombres que le eran mas simpáticos: Samuel y Villiam el contramaestre.

Añádase á todo lo que llevamos dicho la poca escrupulosidad de conciencia del negrero, y se comprenderá su conducta.

A manera que se acercaba el día, iba cediendo la tempestad.

El oleaje iba siendo menos fuerte: el viento perdía su fuerza.

Entonces Jhon dirigió una mirada al cielo, y dijo:

—Querido doctor, creo que los elementos van á terminar su sinfonía: el nuevo sol nos traerá la calma.

—Dios es misericordioso, repuso Samuel: bendigamos su clemencia.

—Sí, tenéis razón; y despues de bendecirle, pensémos en fortalecer nuestros cuerpos para que no carezcan de la fuerza necesaria.

Samuel rezó en voz baja.

Los marinos, ó rezaron también, ó guardaron por lo menos silencio, respetando al médico.

Cuando este concluyó su oración, por Oriente comenzaba á estenderse esa cinta dé ténue claridad que anuncia el día.

Jhon sacó su cuchillo, partió un trozo de vaca salada, puso el barril del rom á sus piés y el saco de la galleta.

—Debeis tener necesidad de comer algo, buen doctor: hace

muchas horas que nos hemos olvidado del estómago, y él nos lo recuerda pasado el primer peligro. Comamos pues.

Los náufragos fueron sóbrios en el desayuno: un poco de galleta, un poco de carne y un sorbo de rom. Dar un poco de calor al estómago, comer para no morir.

—A pesar de esto parecían contentos, porque el sol nació como por encanto del fondo del mar, llenando aquellas inmensas regiones de agua con su esplendorosa luz.

—¿Dónde estamos? preguntó William.

—Lo ignoro completamente: ha caminado nuestra lancha á favor del viento.

William se puso á los remos.

Jhon y Samuel se sentaron en el banquillo de popa.

Una de las cosas que mas afigieron al capitán negrero, fué encontrarse sin la pipa y la bolsa del tabaco.

Para un fumador, el humo del tabaco es una necesidad que nunca se experimenta sin mal humor.

Pero en medio del Océano no era fácil encontrar algún estanco.

Jhon se resignó, aunque protestando contra tan lamentable olvido.

Durante los seis primeros dias, los tres náufragos corrieron á la ventura sin encontrar ni una vela ni una costa.

Las provisiones iban agotándose. El malestar, la inquietud, en aumento. Comenzó á reinar la tristeza á bordo de la lancha.

—Sensible seria morir de hambre en medio de un mar tan hermoso y tan tranquilo como el que cruzamos, solia decir William.

—Pues nada mas fácil, querido contraamaestre, le contestaba Jhon.

Samuel, triste, taciturno, solo pensaba en su familia.

La esperanza de reunirse con ella se habia secado en su corazon.

La sombra de una nube proyectada sobre las aguas en lontananza les llenaba de alegría; pero pronto se disipaba, y lo que habian imaginado una costa no era otra cosa que un efecto de luz que el sol se encargaba de disipar.

Por fin una mañana al nacer el sol, el capitan, que tantas miradas habia dirigido en derredor suyo por espacio de nueve dias buscando la salvacion, lanzó un grito de gozo.

—¡Allá! ¡allá! dijo con voz nerviosa. ¡Ahora no me engañe! ¡es tierra!

Este grito fué una esperanza.

Samuel y William, subidos sobre los bancos de la lancha, dirigieron con ansiedad sus miradas hácia el punto indicado por Jhon.

No veian nada; pero el capitan les aseguró con tan firme espresion que lo que veia era tierra, que se pusieron á remar, encaminando la proa al punto indicado.

Un cuarto de hora despues, volvió á gritar Jhon:

—¡Mirad ahora!

Una exclamacion de gozo resonó en la lancha. Era tierra: era la costa.

Pero ¿dónde se hallaban? ¿Qué tierra era aquella?

Ni Jhon ni William la reconocian, pero avanzaron hácia aquel punto.

Pronto pudieron darse alguna razon de lo que veian.

—Era una isla, ó por mejor decir, un grupo de islotes. —

Jhon los contó.

—Distingo nueve: uno de ellos mayor y con abundante vegetación. —

—Sí, nos hallamos en el mar Indo: deben ser las islas de Salomon.

—¿Las has visitado alguna vez?

—Una. Hace muchos años, siendo grumete, nuestro buque estuvo á punto de abrirse como una granada en medio de esas rocas; pero afortunadamente no sucedió así, y desembarcamos en la mayor de todas. Entonces habitaba la isla una familia de catalanes... un hombre tan hospitalario como gruñon... decían que era un sabio. Pero de esto hace ya mas de veinte años.

—Pronto saldremos de dudas. Además, no nos queda otro remedio. ¡A los remos! ¡a los remos, amigo William!

La proa de la lancha fué dirigida á la isla mayor, bordeando, no sin algun trabajo, los pequeños islotes y bajos que presentaban las rocas, cubiertas traidoramente por una ligera superficie de agua y yerbas marinas.

Por fin los tres náufragos pudieron penetrar en una pequeña curva formada por las rocas; especie de fondeadero en donde el agua tenia la tersura y claridad del cristal y la calma de un lago.

Allí amarraron la lancha y saltaron á tierra.

—Hemos sido bastante confiados, dijo Jhon: ni una carabina, ni un frasco de pólvora, ni un puñado de balas se nos ocurrió embarcar.

Samuel llevaba sus pistolas cargadas.



—Eso es bien poco; pero vale más que no llevar nada: dád-melas.

Samuel las entregó.

—Ahora, amigos míos, uno que se quede en la lancha, otro que se coloque sobre la cumbre de la roca mas alta, mientras que yo hago una escursion por el interior de la isla. Es preciso tomar muchas precauciones en estas circunstancias.

Jhon se colocó las pistolas en el cinto, vió si su cuchillo se hallaba en la vaina, y subió con paso ligero la empinada ladera que conducia desde el mar á la isla.

Sigamos nosotros al capitán negrero.

—Pronto saldremos de dudas. Además, no nos queda otro

remedio. ¡A los remos! ¡A los remos, amigo William!

La proa de la lancha fue dirigida á la isla mayor, donde

no sin algun trabajo, los pedregales islotes y bajos que pro-

sentaban las rocas, cubiertas traidosamente por una ligera su-

perficie de agua y yerbas marinas.

Por fin los tres navegantes pudieron penetrar en una peque-

ña curva formada por las rocas; especie de fondeadero en don-

de el agua tenia la ternura y claridad del cristal y la calma de

un lago.

Allí amarraron la lancha y salieron á tierra.

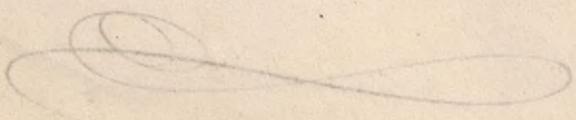
—Hemos sido bastante confiados, dijo Jhon: en un cor-

rido, en un fiasco de polvo, en un puñado de balas se nos

ocurrió embarcarse.

Samuel llevaba sus pistolas cargadas.

Pronto se dispusieron á salir.



LOS ANGELES 332

—¡Ah! se dijo: aquí veo la mano del hombre; indudablemente esta es la pista.

Lo que había admirado al capitán negro no era otra cosa que un campo sembrado de patatas.

Las transparentes aguas de un arroyo descendían tan tranquilamente por las laderas.

—Siguiendo más adelante encontraré algunas frutas deliciosas.

entre los que se le llenaron de frutos los bolsillos. Y un trozo de terreno sembrado de trigo.

Todos estos descubrimientos iban deteniendo la marcha en el corazón del viajero. pues aseguraban su subsistencia.

Donde los naufragos encuentran hospitalidad.

De las capras que pacían entre la verde yerba.

Los verdaderos no mostraron gran sorpresa al encontrarse de repente con un hombre.

Cuando llegó á la cumbre se detuvo á reconocer el terreno.

Al pié mismo de la colina comenzaba una selva cuyos copudos árboles se perdían en lontananza.

Jhon descendió del monte y se internó en el bosque, tomando todas las precauciones convenientes.

No tardó mucho en encontrar un manantial cuya agua tenía la transparencia del cristal.

La probó, vió que era buena, y se dijo contemplando aquel arroyo que se perdía entre una alfombra de verdura:

—Esto siempre es una ventaja. A William le gustaría mas encontrar una fuente de ron; pero el agua es mas útil: sigamos adelante.

Poco despues volvía á detenerse, exhalando un grito de gozo.

Hasta entonces las pistolas habían permanecido en el bolsillo.

—¡Ah! se dijo: aquí veo la mano del hombre; indudablemente esta isla está habitada.

Lo que habia admirado al capitan negrero no era otra cosa que un campo sembrado de patatas.

Las transparentes aguas de un arroyo fecundaban tan útil y alimenticia hortaliza.

Siguiendo mas adelante encontró algunos árboles frutales, entre los que le llenaron de júbilo los naranjos, y un trozo de terreno sembrado de trigo.

Todos estos descubrimientos iban derramando la alegría en el corazon del náufrago, pues aseguraban su subsistencia.

De repente oyó un ruido en la maleza: eran una docena de cabras que pacian entre la verde yerba.

Los herbívoros no mostraron gran sorpresa al encontrarse de repente con un hombre.

Una de las cabras se acercó al capitan: —Decididamente, murmuró en voz baja, tenemos una suerte inaudita; esta isla será para nosotros una madre cariñosa que no ha de dejar morir de hambre á sus hijos.

El negrero se separó de la cabra, continuando la exploracion.

Caminó como un cuarto de hora por una angosta vereda, abierta indudablemente por la planta del hombre, y no tardó mucho en ver una choza grande, desahogada, perfectamente construida en medio de una plazoleta de árboles.

Por la rústica chimenea de aquella primitiva vivienda salia una columna de humo.

Jhon comprendió que debia estar habitada. Hasta entonces las pistolas habian permanecido en el bols

sillo sin que se ocupara de ellas; pero aquel humo, aquella choza, le indicaban que el hombre no estaba lejos.

Era preciso pues ser precavido.

Llegó á la choza y quedóse parado ante la puerta.

—Ha de esta vivienda! dijo en un español bastante chapurrado, pues recordaba que William le habia dicho que aquella isla se hallaba habitada por una familia de catalanes.

Entonces pudo ver Jhon una figura humana que incorporándose avanzó hácia la puerta.

Era un anciano.

Nada revelaba en él el asombro, la admiracion natural que tan inesperada visita debia causarle.

—Bien venido seas, puesto que el mar te arroja sobre esta isla.

Jhon permaneció un instante contemplando á aquel anciano, cuyos cabellos y barba estremadamente largos y blancos, cuyo traje hecho girones y remendado con trozos de piel sin curtir, indicaban la vida solitaria de la isla.

—Segun veo, buen hombre, repuso Jhon, es usted el rey de este trozo de terreno respetado por las aguas del Océano.

—Yo solo soy un pobre viejo á quien la muerte despiadada ha respetado, arrebatándole uno por uno todos los miembros de su familia. Esta mañana he visto vuestra barca dirigirse á esta costa, he comprendido que érais náufrago, y deseando probaros mi hospitalidad, con la confianza de que no tardaríais en encontrar mi choza, regresé á ella á disponer el desayuno que como solitario morador de esta isla deseo ofreceros.

El recibimiento no podia ser mas cordial.

Jhon tendió una mano al viejo.

—Efectivamente, buen hombre, le dijo: la tempestad, que nada respeta, ha hecho zozobrar mi buque, salvándonos tres individuos solamente: el contramaestre, el médico y yo. Por espacio de ocho días, á bordo de la frágil lancha que nos ha salvado, hemos sufrido las mayores angustias, las terribles penalidades del náufrago que cruza el gran charco en busca de una playa protectora. Pero ante todo, tened la bondad de decirme qué isla es esta.

—Una de las nueve de Salomon.

—¿De modo que nos hallamos en el Océano Indo?

—Sí.

—Mucho he recorrido los mares, pero confieso que nunca habia navegado por estas aguas.

—Hace mas de ocho años que no ha fondeado en las naturales radas de Salomon ningun buque.

—Me dais una buena noticia, por la cual deduzco que nuestro destierro será largo.

—Solo Dios lo sabe.

—Es cierto.

—Pero así y todo bien podeis bendecirle, pues os ha conducido á una costa hospitalaria.

—Esa es una gran fortuna.

—Si el viento os hubiera arrojado sobre las rocas de las islas Luisiadas, sus salvajes habitantes hubieran celebrado un banquete con vuestros cuerpos.

—Más vale así, buen viejo.

—Id á decir á vuestros compañeros que pueden llegar hasta mi choza sin ningun temor.

—¿Me permitís que os dirija una pregunta?

—Preguntad lo que gustéis.

—¿Sois el único habitante de la isla?

El anciano exhaló un suspiro y contestó:

—Vivo solo hace ocho años.

Y dejando caer tristemente la blanca barba sobre el pecho, permaneció inmóvil.

Jhon no se atrevía á interrumpir el profundo silencio del viejo.

Salió de la choza, saludándole con respeto, y una hora después se hallaba reunido con sus compañeros de infortunio.

—¿Qué habeis descubierto, capitán Jhon? le preguntó William.

—Mucho y bueno, querido contramaestre. La isla tiene todo lo que nos hace falta para no morirnos de hambre.

—Pero ¿está habitada? preguntó á su vez Samuel.

—Sí: contiene un solo habitante, un pobre viejo tan melancólico como hospitalario, tan triste como venerable; le he dicho que habíamos naufragado, que en este fondeadero os hallábais vosotros esperando el resultado de mi exploración, y el pobre hombre me ha ofrecido cuánto posee. Su choza será nuestro palacio mientras el destino quiera retenernos en esta pequeña region del Océano Indo.

—¡Ah! repuso William: ¿luego nos encontramos en las islas de Salomón?

—Precisamente. Suerte y no poca ha sido la nuestra de que la tempestad no nos arrojara sobre las islas salvajes del mar del coral; y en prueba de nuestra fortuna, debo deciros que el solitario morador de esta tierra tiene dispuesto ya para obsequiarnos un desayuno digno de príncipes.

—¡Cómo!

—¿Sabia nuestra llegada?

—Nos ha visto desde esa roca, y sospechando lógicamente que éramos náufragos, se dijo:—Tendrán hambre; dispongámosles el almuerzo.

—Entonces no hagamos esperar á nuestro anfitrión, dijo el médico.

—Vamos allá, pues no está muy lejos su morada.

Por el camino el capitán Jhon les hizo observar el terreno cultivado y las cabras que pacían tranquilamente en la pradera.

—Ya veis que con todo esto no es fácil que nos muramos de hambre.

Cuando llegaron á la choza, el anciano de la barba blanca se hallaba sentado bajo un árbol secular, cuya inmensa cime-
ra, tienda flotante de verdes hojas, derramaba su sombra bien-
hechora sobre la choza.

El anciano les recibió sin admiración, con esa natural gra-
vedad de aquel á quien le preocupa una idea fija.

—Esta choza es de ustedes, les dijo: tratémos de hoy en adelante como hermanos: es probable que pase mucho tiempo sin que fondee buque alguno en esta isla. Yo tengo ochenta años... la edad ha debilitado mis brazos... ustedes son jóvenes... deben trabajar... en mi choza se encuentran las herramientas mas indispensables del labrador. La cosecha aún está en el campo: piensen ustedes en el mañana.

Y el anciano, levantándose y dirigiéndose á la choza, continuó con naturalidad:

—Ahora almorcemos en paz y gracia de Dios.

Samuel quedó admirado de la tranquila calma con que les habló el anciano.

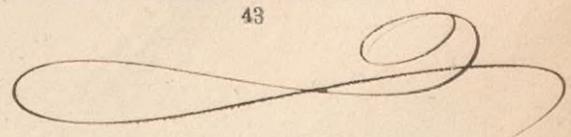
Entraron en la choza, y sentándose alrededor de un caldero de hierro comenzaron á dar buena cuenta de un cabrito guisado con que les obsequió el solitario morador de la isla.

CAPITULO XXIII

—Desde este momento os digo como á hermanas; vamos á rescribir la isla, que ahora es por aquí la que ella produce.

Wolhus ha elegido un lugar para su casa, y se ha ido á buscar á sus compañeros por la choza del anciano, se detuvo en un rincón y se puso á escribir, refugio de ellos á los 70, y en el centro del cual, al lado de la tierra, se veían en pocas partes de madera y cemento construidas.

—Este es mi cementerio; después de esta tierra que pisamos de nuevo los restos de mi familia, que ahora están en el fondo de la región, están mis hijos, por los que me quedaba un alma libre sobre sus espaldas; pero me quedaba la inmortalidad del mundo, la tierra que me da los ojos.



CAPITULO XXIII.

Lo que encontraron los náufrages en la isla de Salomon.

Despues del desayuno, el anciano cogió una especie de báculo y dijo:

—Desde este momento os miro como á hermanos; vamos pues á recorrer la isla, que bueno es que sepais lo que ella produce.

Todos le siguieron.

Como á unos cuatrocientos pasos de la choza el anciano se detuvo en un trozo de terreno circular, rodeado de altos árboles, y en el centro del cual, clavadas en la tierra, se veian cinco pequeñas cruces de madera toscamente construidas.

—Este es mi cementerio: debajo de esta tierra que pisamos descansan los restos de mi familia. Sus almas volaron indudablemente á la region eterna. Quiso Dios que yo me quedara aquí para llorar sobre sus sepulturas.

La inmovilidad del anciano, la triste espresion de sus ojos,

fijos en el suelo, y el movimiento de sus labios, indicaron á los náufragos que estaba orando.

Guardaron silencio: nadie se atrevió á interrumpirle.

Samuel observó que en el centro de aquel cementerio se hallaba abierta una fosa como si esperara un cadáver.

Cuando el anciano puso fin á su oracion, repuso de este modo:

—Solo pido á ustedes un favor, en cambio del bien que puede causarles el estado en que se encuentra la isla. El favor se reduce á que se entierre mi cuerpo en esa fosa cuando termine mi vida, cuyo fin no veo lejano. Quiero descansar de las penalidades de esta tierra junto á los restos de mi familia.

—Si lo que decís sucediera, dijo á su vez Samuel, que se sentia vivamenté interesado por aquel anciano solitario morador de la isla; si lo que decís sucediera, si vuestra existencia terminara antes que la nuestra, yo os juro por lo mas sagrado que vuestros restos descansarán en esa fosa.

—Gracias, hermano mio, repuso el anciano. Ahora, continuemos nuestra exploracion.

Poco mas de dos horas tardaron en recorrer la isla, regresando nuevamente á la choza satisfechos de haber desembarcado en aquella playa, que como una madre cariñosa les recibia ofreciéndoles sus dones.

Samuel, con ese ojo observador del filósofo que comprende las necesidades de la vida y sabe los peligros á que se halla espuesta, manifestó á sus compañeros que era preciso dedicarse desde el dia siguiente al cultivo de aquella tierra, que por primera vez se habia abierto bajo el azadon de la familia del anciano para ofrecerles sus frutos.

—Tal y como encontramos este pedazo de tierra en mitad del Océano, puede alimentarnos por muchos años. Tenemos afortunadamente el trigo necesario para nuestro alimento, el terreno es fértil, y las cosechas pueden reproducirse ventajosamente. El rebaño que padece en la selva nos prestará su leche y su carne. Trabajemos pues, amigos míos, con valor, hasta el día aquel en que á Dios sea servido mandar algún buque que nos recoja.

Desde este momento, aquellos cuatro hombres formaron una colonia.

Cada uno de ellos tuvo sus quehaceres, sus ocupaciones.

El anciano, á quien llamaremos desde ahora Mauro, tenía á su cargo todos esos trabajos domésticos propios de las mujeres en los países civilizados; es decir, se encargaba de disponer los alimentos de sus asociados.

¿Cómo había llegado aquel hombre á aquella isla?

¿Quién era aquella familia que no existía, y á quien dedicaba una lágrima y un recuerdo con tanta frecuencia? —

Mauro era uno de esos sabios que viven ignorados en una provincia, y para los cuales escribió Jesucristo aquella célebre parábola *De nadie es profeta en su patria*.

Abandonó á España en busca de mejor fortuna.

La tempestad le había arrojado sobre una de las islas de Salomon.

Afortunadamente pudo salvarse del naufragio algunos objetos, granos y tres ó cuatro cabras.

A fuerza de trabajo y paciencia los pobres náufragos hallaron en aquella tierra vírgen un refugio contra el hambre, contra las necesidades de la vida.

Llegó un momento en que Mauro se creyó feliz. Vivía solo con su familia, lejos del ruido del mundo, apartado de las infamias de los hombres; pero la parca cruel, que nada respeta, acabó por dejarle en la mayor soledad.

Mauro vió morir uno por uno todos los individuos de su familia.

Esta historia sencilla, contada por el anciano, interesó el corazón de Samuel.

El doctor y Mauro llegaron á ser dos buenos amigos.

El tiempo trascurrió.

Pasaron los años.

William y Jhon, menos resignados que sus dos compañeros, echaban de menos el ron y el tabaco, y solían pasarse largas horas en los sitios mas elevados de la isla con la mirada afanosa en el Océano.

Buscaban una vela en aquel inmenso desierto de agua.

Un dia William manifestó deseos de quedarse en su modesto lecho de hojas secas: se sentia enfermo.

Mauro dijo al doctor:

—Conozco los síntomas de la enfermedad que postra á este hombre.

Samuel, que habia pulsado á William, respondió:

—Lo que tiene son unas calenturas que no creo de gran importancia.

—Pues bien, amigo mio, repuso Mauro: esas calenturas le conducirán á la eternidad como condujeron á mi familia.

—¿Luego este clima es propenso...

—Solo puedo decir lo que la esperiencia me ha enseñado. Los mismos síntomas que se manifiestan en William se mani-

festaron en mis hijos y en mis nietos. Yo no pude salvarles: creo que usted no podrá salvar tampoco á este pobre hombre.

Y así sucedió.

Quince dias despues, William habia dejado de existir.

Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Mauro.

La pérdida del contramaestre fué muy sensible para los pobres náufragos.

—Esta isla será nuestro cementerio, solia decir Jhon, á quien la falta del tabaco y la ginebra tenian de un mal humor insufrible.

Samuel, si bien mas resignado, iba tambien como el capitán negrero perdiendo las esperanzas.

Jhon propuso á sus dos compañeros de infortunio abandonar la isla.

—Eso es una temeridad, repuso Samuel.

—Morir en el fondo del Océano ó morir aquí, todo es morir. La lancha se conserva en buen estado... tenemos provisiones... vamos pues á probar fortuna.

Samuel vaciló, pero Mauro dijo que él no abandonaria la isla.

—Partid vosotros, dijo: yo he cumplido ochenta años... á nadie tengo en el mundo... quiero pues morir en la misma tierra que guarda los restos de mi familia.

Nada se decidió por entonces, y llegó la estacion de las lluvias.

Mauro se sintió enfermo.

Como William, quedóse una mañana en su lecho de hojas.

Samuel fué á colocarse á su lado.

—Creo que ha llegado mi vez, amigo mio, le dijo Mauro.

Es indudable que de tarde en tarde se estiende por esta isla el soplo de la muerte. Dios quiera que antes que llegueis vosotros á aspirarle, venga un buque salvador por esta costa que os conduzca á Europa.

Samuel procuró disuadirle.

Mauro le escuchaba con una melancólica sonrisa en los labios, repitiendo con frecuencia:

—Tengo ochenta años... no temo á la muerte... solo os ruego que me enterreis en el terreno en donde descansan los restos de mi familia. A mi edad pierden encantos las cosas del mundo... pero el cielo se embellece.

El doctor no se separó de su lado durante la enfermedad.

Samuel era para Mauro un hijo cariñoso.

—Amigo Samuel, decia el anciano Mauro con desfallecido acento: Dios ha querido concederme en los últimos dias de mi existencia el inmenso consuelo de tener á usted á mi lado. Moriré tranquilo, porque los brazos de la amistad darán sepultura á mi cuerpo. Todo cuanto poseo se halla en esa pequeña caja de roble; usted, Samuel, es desde ahora mi heredero. Nadie dejo en la tierra: todo lo espero del cielo. Sea usted feliz: hé aquí todo cuanto deseo.

La agonía de Mauro fué lenta: duró cinco dias. Por fin sus ojos se cerraron para no abrirse mas.

Samuel y Jhon enterraron el cuerpo del anciano.

Solos en la isla, la taciturnidad de los dos náufragos aumentó desde este dia.

—Aquí moriremos, decia Jhon, como murieron nuestros compañeros. ¿Por qué no probamos fortuna? ¿por qué no botamos al agua lá lancha? Vale mas que nos entreguemos á mer-

ced de las olas del Océano, que permanecer aquí. Esta inacción es cien veces peor que la muerte.

—Esperemos, contestaba Samuel.

—Hace seis años que no hacemos otra cosa.

Samuel se encogía de hombros, como si comenzara á mirar con indiferencia su suerte, su porvenir.

Sin embargo, en el fondo de su corazón vivía aún la esperanza, la fé.

Pensaba en su familia.

CAPITULO XXIV.

La fragata Issele.

Llegó por fin un día en que el capitán negrero comenzó á quejarse de un fuerte dolor de cabeza y de una destemplanza general.

Samuel se estremeció, porque aquellos síntomas eran el preludio de la enfermedad que habia conducido al sepulcro á sus dos compañeros.

—Amigo mio, dijo Jhon: creo que me ha llegado la vez. No quisisteis aceptar mi proposicion, y lo siento por vos, pues antes de mucho os quedareis solo en la isla como un barco encallado.

Samuel guardó silencio.

Un profundo suspiro se escapó de su pecho, permaneciendo con la vista dolorosamente fija en el negrero, por cuyo rostro se estendian con rapidez las tintas amarillentas de la muerte.

—No creais que os guardo rencor por haber desechado mis

proposiciones. Nada de eso: seguís inspirándome el mismo cariño. Solo me aflige la idea de la soledad en que vais á quedaros. Yo muero al menos recibiendo vuestros auxilios. ¿Quién os auxiliará á vos? Nadie. Verdaderamente os espera un fin bastante triste.

Jhon hablaba con la tranquilidad del enfermo que no teme á la muerte.

Mas conmovido, mas tembloroso era el acento de Samuel.

—Si teneis la suerte de salvaros, recordad que ahí quedan todas mis economías. Yo os nombro mi heredero. Allá en el mundo civilizado, el oro es la gran palanca que mueve imposibles. Teneis enemigos poderosos. Sed prudente, y llegareis á realizar vuestros deseos.

Jhon murió á los veinte dias de enfermedad.

Samuel Navarra derramó abundantes lágrimas sobre la sepultura del último de sus compañeros.

Un año permaneció solo en la isla.

Ni un dia dejó de subir tres veces á lo mas alto del monte, desde donde se dominaba el mar.

Allí pasaba largas horas pensando en su triste posicion, en su familia, y buscando una vela.

Por fin Dios se compadeció de su desventura, así como la enfermedad le habia respetado.

Un buque se presentó á sus ojos.

No era un sueño: era una realidad encantadora que le arrancó un grito de gozo.

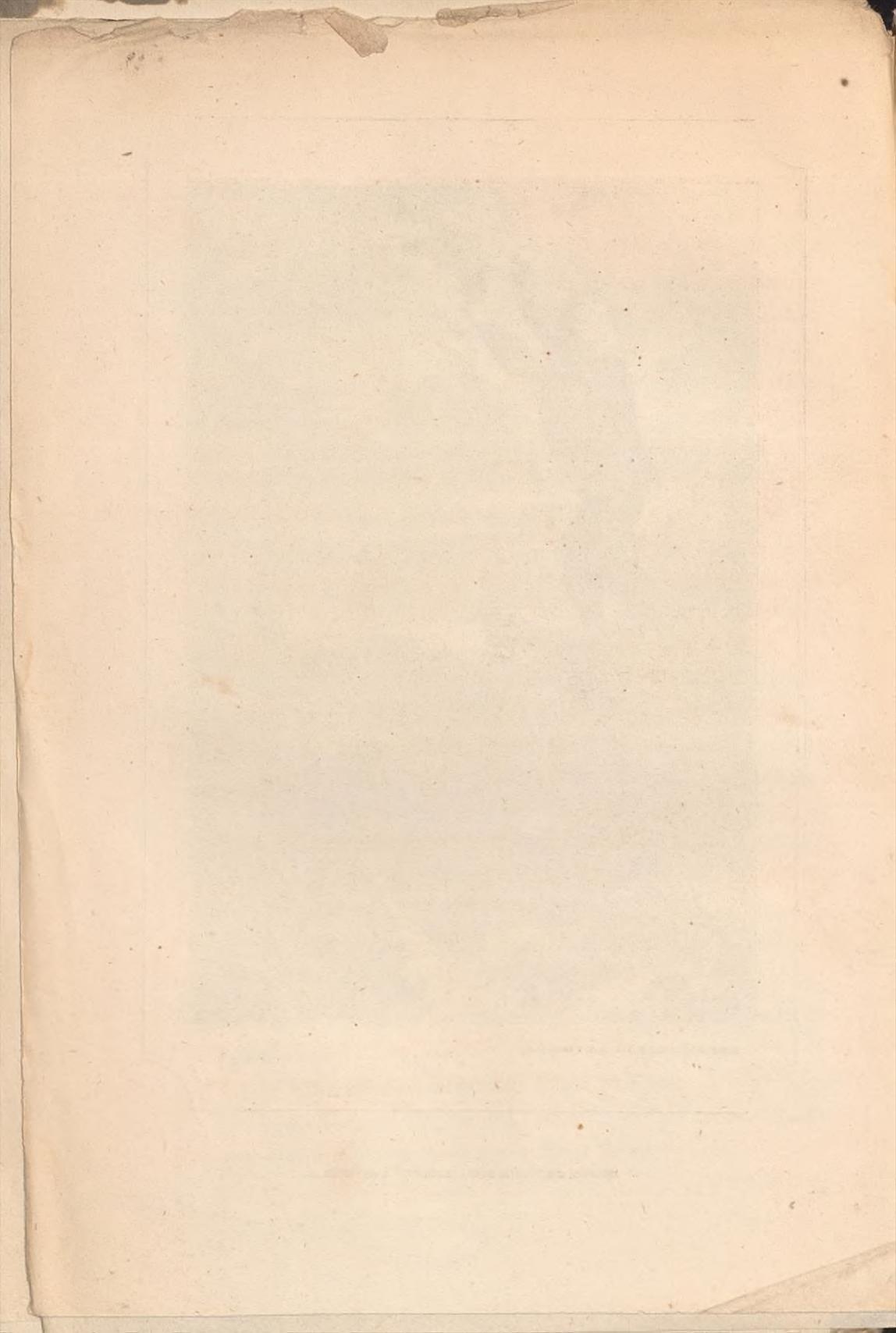
El buque dirigia el bauprés hácia las islas.

Samuel cogió una rama de uno de los próximos árboles, comenzó á agitarla en el aire y á dar voces.



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Samuel cogió una rama, comenzó á agitarla.....



El buque avanzaba.

Samuel reía, lloraba, daba saltos, se golpeaba la frente y corría como un loco por la meseta del monte, agitando siempre la rama y dando desaforados gritos.

De repente oyó tres ó cuatro detonaciones de armá de fuego.

—¡Me han visto! ¡me han visto! exclamó lleno de gozo.

Efectivamente, el buque se detuvo á unas dos mil brazas de la orilla, y botó una lancha al agua.

Samuel tenía todo el carácter de un hombre salvaje.

Sus cabellos y su barba inmensamente largos, su ropa hecha girones, su rostro tostado y curtido por el sol y el aire, le habian desfigurado notablemente.

Carlota, su querida, su inolvidable esposa, no le hubiera reconocido.

Diez años habia permanecido en la isla de Salomon.

La lancha, tripulada por seis hombres, llegó hasta la orilla.

Samuel corrió á su encuentro, cayendo arrodillado á los piés de sus libertadores.

—¿Qué diablo haceis aquí, buen amigo? le dijo en tono de broma el que parecía el capitán del buque, que era un hombre de cuarenta años, rollizo y sano.

Samuel contó en pocas palabras su desventura, y pidió que le llevaran á bordo del buque.

—Debo advertiros que nosotros vamos nada menos que á la grande isla de Madagascar, y que hasta dentro de un par de años no regresaremos á Amsterdam, nuestro querido puerto de Holanda.

—Llebadme adonde queráis: no me dejéis en esta isla.

—Me habeis dicho que sois médico.

—Sí.

—Pues bien, voy á haceros una proposicion, dijo el capitan. Os llevo conmigo. Vamos á hacer un buen negocio en Africa. Madagascar, aunque se halla en la zona tórrida, tiene un clima tan vario como mal sano. Segun me acabais de indicar, el canal de Mozambique y las costas de Guinea no son estrañas para vos. Nosotros no tenemos físico á bordo: el pobre tuvo la ocurrencia de morirse dos dias antes de hacernos á la vela en Amsterdam. ¿Quereis ser nuestro físico hasta que regresemos á Holanda?

—Sí.

—Entonces venga esa mano.

El capitan del buque, que era un honrado holandés, tan buen comerciante como inteligente marino, volvió á decir:

—Mi buque se llama *Issel*. Por el mascarón de proa, que representa una matrona vestida con una túnica de plata con un manto de oro á flores azules, por la corona ducal que lleva en la cabeza y el leon que duerme á sus piés, por las siete flechas que campean en mi bandera, habrás comprendido que somos hólandeses puros, es decir, hombres formales. Vamos á Madagascar como os he dicho á hacer un buen cargamento de maderas, cristal de roca, ágata negra y otros productos del país. Os cederé una parte en el negocio: no soy avaro. Creó que cuando volvamos á Amsterdam, direis: El capitan de la fragata *Issel* es un buen hombre. ¡Ah! me olvidaba deciros que yo me llamo Ultrih: soy bastante conocido.

Samuel estaba loco de contento.

Pidió permiso para recoger de la choza algunos objetos.

—Id en buen hora; pero decidme antes si la isla tiene agua dulce, porque carecemos de ella á bordo.

Samuel les condujo hasta el manantial.

El capitán Ultrih mandó la lancha á bordo para que transportaran algunos toneles.

Mientras Samuel se dirigia á la choza, el capitán se entretuvo cazando algunas cabras.

—Celebraremos el hallazgo del médico, comiendo carne fresca. Despues de todo, nos hacian falta las tres cosas que encontramos en esta isla, agua, carne y un médico.

Samuel guardó en la caja que le habia dejado Mauro las piedras legadas por el capitán Jhon.

Allí encerraba una fortuna bastante considerable.

Algunas horas despues, todos se hallaban á bordo de la fragata *Issel*.

—¿Qué lleváis en esa caja? le preguntó el capitán.

Samuel, que no tenia motivos para conocer á aquel hombre, contestó sonriendo:

—Mis *armas* de médico.

—Perfectamente. Veo que las habeis salvado del naufragio.

—Ahora, querido capitán, voy á pedirós un favor.

—Hablad.

—Que de hoy en adelante me llameis el doctor Santafé.

—¡Ah! ¿no os llamábais Samuel?

—Cambio de nombre.

El holandés se encogió de hombros, y repuso:

—Como queráis: venid.

Le condujo hasta un camarote.

—Esta será vuestra habitacion. En cuanto á la ropa, po-

deis tirar al agua esos harapos. Yo os prestaré un traje completo. Cuando arreglemos cuentas me lo pagareis; pero si el negocio sale mal, os lo regalaré.

Samuel cambió pronto de aspecto.

Sin embargo, por conservar un recuerdo de sus desventuras, no se cortó el pelo ni se afeitó la barba.

Al mirarse al espejo se dijo:

— Dificilmente podría ser reconocido.

Y luego, colocándose la mano sobre el corazón, continuó:

— Tú aún latas como latias en mi juventud: rostro de anciano, corazón de joven. Veremos quién vence. ¡Oh! antes miraba la venganza como uno de esos placeres mezquinos, dignos solo de las almas bajas; pero ahora... ahora pienso de otro modo. ¡Me han hecho sufrir tanto!...

Y Samuel exhaló un profundo suspiro.

Luego alzó la frente, fijó sus ojos en el cielo, y volvió á decir:

— Conde de Balboa, tú no puedes reconocerme ni por mi nombre ni por mi rostro. Cuando me veas frente á tí, cuando sientas los terribles golpes que te preparo, entonces tu dolor será inmenso... mi placer infinito.

Veintiocho meses después el doctor Santafé, tal y como le hemos encontrado en un wagon de un tren de pasajeros, llegaba á Barcelona.

Hacia diez y seis años que abandonó á España en busca de su familia.

En cuanto al capitán holandés, se había portado con el doctor admirablemente.

—Quedaos conmigo, le dijo: no os pesará.

—Amigo mio, contestó el doctor, os estoy agradecido: contad siempre con mi amistad; pero el deber me llama á España.

Ulrich y Santafé se abrazaron, tal vez para no verse mas.

Ahora que hemos terminado las aventuras del doctor Santafé, volvamos á Madrid.

LOS DOS AMORES

—Quedao conmigo, te digo no os pesen.
—Amigo mío, contesto el doctor, os estoy agradecido;
contad siempre con mi amistad; pero el deber me llama á
España.

Ulrich y Santalo se abizaron, tal vez para no verse mas.
Ahora que hemos terminado las aventuras del doctor San-
talo, volvamos á Madrid.

—¿Cómo va el negocio? —
—Muy bien, me va como el viento.
—¿Y el negocio? —
—Muy bien, me va como el viento.
—¿Y el negocio? —
—Muy bien, me va como el viento.

Y Santalo volvió en un momento suspirando.

—¿Cómo va el negocio? —
—Muy bien, me va como el viento.

—¿Cómo va el negocio? —
—Muy bien, me va como el viento.

—¿Cómo va el negocio? —
—Muy bien, me va como el viento.

Hacia diez y seis años que el doctor Santalo se había ido de España en busca de su familia.

En cuanto al capitán Belandier, se había portado con el doctor admirablemente.

CAPITULO PRIMERO.

LIBRO TERCERO.

LOS DOS AMORES.

El doctor Santafé y el conde Eusebio, al llegar á Madrid se habían hospedado en la fonda de las Península, en dos cuartos contiguos que rodeaban por una de esas pequeñas pueblas llamadas de escape.

Era el día sétimo de su llegada á la famosa villa del oso y del morro.

El doctor Santafé, envuelto en su hábito y sentado junto á la chimenea, alarga de vez en cuando una mirada á la esfera del reloj de sobremesa, especie de antiquaria que con la frecuencia se encuentra en las fondas.

Las suetas movían las dos manos á ritmos iguales.

—Yo no puedo tardar, se dijo hablando consigo mismo el doctor.

Y como si esas palabras le dieran tinte de magia, oyó un suave golpeteo en la puerta de la habitación.

LIBRO TERCERO.

LOS DOS AMORES.

—¡Abandonad el puesto santafé!

Se abrió la puerta, y un hombrucillo flaco, descolorido, de raras facciones y pobre estatura, con uno de esos semiplantes aperturados, nariz afilada y ojos vivos y saltones, se presentó en el cuarto.

Si á este personaje se le hubiera puesto el color alrededor de la cabeza y el

CAPITULO PRIMERO.

—He aquí el verdadero tipo del comerciante indio. Pero vestía un gabán de color de pasá, chaleco y pantalón negro de patente, y calzaba de terciopelo.

Además de estas **El agente de negocios.** estas de agramos, el susodicho personaje llevaba un sombrero de copa alta en la mano, y hablaba correctamente el español, aunque acenando mucho la cabeza como acontece á los hijos de Asturias.

Como recordarán nuestros lectores, el doctor Santafé y el coronel Ems, al llegar á Madrid se habian hospedado en la fonda de las Peninsulares, en dos cuartos contíguos que se comunicaban por una de esas pequeñas puertas llamadas de escape.

Era el dia sétimo de su llegada á la famosa villa del oso y del madroño.

El doctor Santafé, envuelto en su hopalanda y sentado junto á la chimenea, dirigia de vez en cuando una mirada á la esfera del reloj de sobremesa, especie de antigualla que con tanta frecuencia se encuentra en las fondas.

Las saetas marcaban las doce menos algunos minutos.

—Ya no puede tardar, se dijo hablando consigo mismo el doctor.

Y como si estas palabras hubieran tenido algo de magia, oyóse un suave golpecito en la puerta de la habitacion.

—¡Adelante! repuso Santafé.

Se abrió la puerta, y un hombrecillo flaco, descolorido, de raquílica complexion y pobre estatura, con uno de esos semblantes apergaminados, nariz afilada y ojos vivos y saltones, se presentó en el cuarto.

Si á este personaje se le hubiera puesto el *talet* alrededor de la cabeza y el túnico de los hijos de Israel, se hubiera dicho:

—Hé aquí el verdadero tipo del comerciante judío.

Pero vestia un gaban de color de pasa, chaleco y pantalon negro de patencur, y corbatin de terciopelo.

Además de estas prendas puramente europeas, el susodicho personaje llevaba un sombrero de copa alta en la mano, y hablaba correctamente el español, aunque acentuando mucho la *i*, como acontece á los hijos de Astúrias.

—No dirá usted que no soy exacto, dijo el hombrecillo, á quien llamaremos desde ahora don Tadeo, sonriéndose de ese modo parecido á los conejos cuando con toda la monería propia de su hocico roen la corteza de una encina en esas épocas en que el pasto es tan escaso como abundante el hambre.

—No esperaba yo menos de un hombre de negocios de la reputacion de usted.

—La exactitud y la honradez son dos cualidades que no se separan nunca de mí.

—Perfectamente. ¿Ha visto usted al joyero?

—No solamente he visto uno: he visto cuatro.

—Lo cual me prueba que se habrán presentado algunas dificultades.

—Mi querido señor Santafé: en Madrid como en todas las partes del universo, entre decir quiere usted comprar á quiere

usted vender, el objeto en cuestion pierde un veinticinco por ciento.

—Ya lo sé. Pero vamos, como vulgarmente se dice, al grano.

—Uno de los joyeros se aviene á quedarse con veinticuatro esmeraldas, doce perlas, entre las cuales necesita una negra, y doce brillantes rosa.

—¿Ha visto el muestrario?

—Sí: tiene usted lo que él necesita: es una combinación con la que espera construir un aderezo tan artístico como costoso.

—¿Y qué ha ofrecido por esas piedras?

—Poco dinero, señor Santafé; bien es verdad que los tiempos están muy malos y que hay poca gente que sea capaz de gastarse media docena de miles de reales en una joya.

—Pero bien: ¿cuánto ha ofrecido?

—Diez mil duros.

—Eso precisamente es lo que valen los brillantes.

—No lo niego.

El doctor hizo un movimiento de hombros, y repuso:—

—Afortunadamente, la colección de piedras que poseo es abundante. Admito los diez mil duros.

Los ojos de don Tadeo brillaron como los de la comadreja cuando ve al inocente pajarillo entre sus dientes.

—¿De modo que quedá el trato hecho?

—Completamente concluido. Ahora voy á dar á usted una nueva comision.

—Me tiene usted á sus órdenes.

—Tengo indispensablemente que partir mañana mismo de

Madrid: permaneceré ocho ó diez dias ausente. Durante este tiempo, espero se encargue usted de buscarme habitacion en un punto céntrico.

—Estamos conformes; pero una habitacion... las hay de muchos precios.

—La que yo deseo se reduce á uno de esos cuartos que rentan ocho ó diez mil reales: casa puramente de médico, con dos habitaciones independientes, la sala para las consultas y el gabineto de estudio. Quiero asimismo que se encargue usted de amueblarla y de comprarme un carruaje de un solo caballo; en una palabra, señor don Tadeo, quiero al regresar á la corte instalarme ya en mi casa.

—Bien, bien, procuraré complacer á usted.

—Como para todas estas cosas se necesita dinero, cobre usted el valor de las piedras, y á mi regreso ajustaremos cuentas.

Samuel se levantó, y abriendo una caja de hierro en donde guardaba su fortuna, sacó un papel dentro del cual se hallaban las piedras de cuya venta era el encargado don Tadeo.

—Aquí tiene usted separadas las veinticuatro esmeraldas, las doce perlas y los doce brillantes.

Cogió el hombrecillo el papel que le alargaba el médico, y contó con calma las piedras, diciendo:

—No crea usted que esto es desconfianza; pero en tratándose de intereses, soy hombre muy formal. Además, si se me traspapelara un brillante, me veria en un gran conflicto.

Y guardándose las en el bolsillo del gaban, continuó:

—¡Válgame Dios, señor Santafé! nunca hubiera creído, á no haberlo visto, que poseyera un hombre sólo una coleccion

tan rica, tan grande de piedras preciosas, como la que usted guarda en esa caja de hierro. Deben valer una fortuna.

—Y sin embargo, dijo Santafé haciendo un movimiento de labios de indiferencia, yo pienso ejercer mi facultad de médico en Madrid.

—La ambición de los hombres no tiene límites.

—¡Ah! ¿usted me cree ambicioso?

—¿De qué otro modo podría explicarse el afán que tiene usted de establecerse como facultativo en Madrid?

—Señor don Tadeo, ¿conoce usted una comedia de Calderon que se titula *Dios me entiende y yo me entiendo*?

—No señor: no voy nunca al teatro.

—Entonces demos por terminada esta entrevista, y no olvide usted los encargos que le he hecho.

—¿Olvidarlos? ¡Oh! ¡no faltaba otra cosa! yo vivó de la exactitud de mis compromisos, de la honradez de mis operaciones.

—Por lo mismo, no dudo que dentro de ocho días tendré mi casa, mi carruaje y mis criados.

—¿Criados? No habíamos hablado de eso.

—¿Quiere usted que me coloque yo en el pescante del coche y que cuide de mi cocina? Necesito un cochero, una cocinera y un ayuda de cámara.

—Bien, bien, los tendrá usted.

Don Tadeo, comprendiendo que con aquello se había dado fin á la entrevista, se despidió del doctor Santafé, diciéndose para su capote:

—Con cuatro hombres como este al año, hacia yo mi fortuna antes de mucho.

Cuando el doctor se encontró solo, llamó á uno de los camareros de la fonda:

—Tenga usted la bondad de decir al coronel Ems que desearia, despues del almuerzo, tomar con él una taza de café.

Una hora despues, los dos personajes que hemos visto en el primer libro de esta obra reunidos en el interior de un wagon, se hallaban sentados junto á una mesa.

—Querido coronel, dijo el médico: participo á usted que esta noche abandono Madrid.

—¿Para mucho tiempo?

—Creo que para ocho dias.

—¿No está usted cansado de viajes?

—Este no es un viaje voluntario, es forzoso.

—Tanto peor: ¿y adónde se dirige usted?

—A los altos Pirineos.

—¡A los altos Pirineos! repitió el coronel.

—Sí: parece que ha causado á usted admiracion.

—¡Diantre! ¡ya lo creo! como que yo pensaba partir mañana para ese mismo punto.

Samuel fijó una de esas miradas que pretenden leer lo mas escondido de la conciencia.

—¿Parece que tambien causa á usted estrañeza? preguntó Ems.

—Coronel, ¿quiere usted ser franco conmigo?

—No deseo otra cosa.

—¿Me dispensará usted si le dirijo una pregunta que tiene algo de oficiosa?

—¡Pues ya lo creo!

—¿A qué va usted á los Pirineos?

—Verdaderamente que ni yo mismo puedo darme razon de ello. Mi viaje no se reduce á otra cosa que á recorrer el valle de Aran en busca de un hombre, porque él solo puede decirme el paradero de una persona que busco con el mayor interés.

Samuel pareció vacilar.

—Pero ¿qué tiene usted? le encuentro preocupado.

—Coronel, el valle de Aran trae á mi memoria recuerdos tristes, dolorosos.

Ems tendió una mano al médico, y le dijo:

—Hace poco tiempo que nos conocemos, y es natural que no reine entre nosotros bastante confianza para contarnos esa historia secreta que todo hombre guarda en lo mas oculto de su corazon. Pero si usted no tiene en ello inconveniente haremos el viaje juntos, y en llegando á Viella, usted se dirigirá á los montes, yo al valle.

El doctor se estremeció al oír pronunciar el nombre de su pueblo.

—¡Viella! ¡Viella! murmuró en voz baja.

Y llevándose la mano á la frente, dejó caer la barba sobre el pecho.

CAPITULO II.

Alianza.

El venerable rostro del doctor, la gravedad de aquellas blancas barbas, la nobleza de aquella frente surcada de profundas arrugas, inspiraban respeto al coronel Ems.

Santafé tenía para él la respetabilidad de los antiguos patriarcas de Judá.

Además, desde el primer momento que le conoció había sospechado que aquel venerable anciano era uno de esos hombres de historia, para los cuales la vida no es otra cosa que un gemido de dolor.

El médico había pronunciado de un modo doloroso el nombre de Viella.

Luego, como si este le trajera á la memoria tristes recuerdos, doblando la cabeza sobre el pecho se había quedado en una de esas actitudes que revelan el dolor.

No se atrevió á interrumpirle: guardó silencio; pero como este se prolongara, dijo:

—Conque queda decidido que haremos juntos el viaje, ¿no es eso?

Entonces el doctor levantó la cabeza, y contestó:

—No tengo en ello inconveniente. Pero deseo partir esta noche.

—Sea esta noche. Soy un hombre completamente desocupado. Haremos el viaje hasta Zaragoza en ferro-carril, y desde esta ciudad hasta Benasque en silla de posta ó diligencia. Una vez en este último pueblo, no ha de faltarnos un par de caballos que nos conduzcan, á mí á Viella y á usted á los Pirineos. Terminada nuestra expedicion, volveremos á vernos donde usted indique.

—Coronel, ¿inspiró á usted bastante confianza?

—¿Por qué me dirige usted esa pregunta?

—Porque desearia saber á qué va usted á Viella.

—En busca de un hombre, poseedor de un secreto para mí de la mas alta importancia.

—¿Será todo esto providencial? murmuró en voz baja el médico.

Y fijando una mirada investigadora en el coronel, repuso:

—¿Conoció usted en otro tiempo á doña Elena de Balboa?

El coronel se estremeció.

—Sí: aquella desgraciada señora fué una buena amiga para mí.

El doctor Santafé cogió una de las manos del coronel, y repuso:

—Usted como yo lleva un nombre fingido; usted como yo

regresa á España despues de largos años de ausencia. Pues bien, coronel: ¿quiere usted ser mi hermano?

—Con alma y vida.

—Entonces basta de reserva. Yo soy el doctor Samuel Navarra: ¿quién es usted?

Ems lanzó un grito antes de contestar á la pregunta.

—¡Usted, exclamó, el hombre á quien busco hace tanto tiempo! ¡Usted el hombre que puede devolverme mi querida hija!

—Esas exclamaciones me revelan el verdadero nombre de usted. Por fin Dios ha querido que encuentre al esposo de la condesa Elena, y que antes de comenzar mi venganza deposite en sus manos los preciosos documentos que me entregó poco antes de morir.

—Pero ¿dónde están esos documentos?

—En el castillo de Balboa: hé aquí el motivo de mi viaje.

—Pero ¿y mi hija? ¿y mi querida Claudia, encomendada á usted? ¿dónde se halla?

—¡Ah! ¿lo sé yo por ventura?

El coronel Ems sacó una cartera, y de esta un trozo de papel que presentó al doctor.

—Hé aquí, dijo, lo que escribió Elena pocos momentos antes de morir.

Y leyó en voz alta:

«*Samuel Navarra.—Médico.—Viella.—Esperanza de Claudia.*»

—Sí: yo fui el último depositario de aquella desgraciada madre; yo recibí de sus manos temblorosas unas Memorias y un testamento. Todos estos papeles debia entregarlos á su es-

poso Carlos ó á su hija Claudia; pero al salir del castillo, perseguido por los infames verdugos de la condesa, que deseaban mi muerte porque temian que yo fuera un acusador de sus infamias, corrí mil peligros: el infortunio no se habia cansado de perseguirme. Llegué á Viella, entré en mi casa, y mi esposa, mi hija y la pequeña Claudia, encomendada á mis cuidados, habian desaparecido.

Entonces caí al suelo sin conocimiento. Una larga y penosa enfermedad me postró en el lecho, y cuando apenas restablecido volví á presentarme en el castillo, Alejandro de Balboa y sus infames cómplices no se hallaban en él.

—Pero ¿y Claudia? ¿y Claudia? exclamó el coronel.

—¡Ah! ¡Dios solo sabe dónde está! Pero la encontraremos, coronel, la encontraremos; y si así no sucede, entonces... ¡ay del infame asesino! La Providencia nos ha reunido para que nuestra fuerza sea mayor: partamos esta noche, desenterremos los documentos que pueden confundir al ladron, al asesino.

—Pero esos documentos, ¿no se hallan en poder de usted?

—Los guarda una losa, los cobija la santa bóveda de una ermita. Yo no podia llevarlos conmigo sin esponer el patrimonio de Claudia. Partí de España en seguimiento de Alejandro de Balboa.

Aquí refirió el doctor Santafé todos sus padecimientos durante los diez y seis años pasados en América.

Al terminar su relacion, aquellos dos hombres se abrazaron, jurándose una alianza verdaderamente fraternal.

—Ahora, solo un temor me sobresalta, dijo el coronel: si el ermitaño que me unió con la condesa de Balboa, ó el pastor

depositario de todos nuestros secretos, habrán dejado de existir.

—Si así ha sucedido, yo sé dónde se hallan enterrados esos papeles.

—Pero ¿y si alguno los hubiera entregado al conde de Balboa?

—No tengo ese temor.

—Partamos esta noche.

—Sí, partamos.

—Y á nuestro regreso á Madrid viviremos juntos. Afortunadamente, soy inmensamente rico y todo lo tengo dispuesto de antemano.

Aquella misma noche salieron en el tren correo el doctor Santafé y el coronel Ems en busca de los documentos enterrados bajo una losa de la nave de la ermita del castillo.

Cárlos contó durante el camino una aventura de su juventud, la cual le habia obligado á permanecer con un nombre supuesto y oculto en un pueblecillo de los Pirineos franceses.

Pero en otra ocasion narraremos nosotros, para que lo sepan nuestros lectores, la parte de la vida del coronel Ems que no quiso consignar en sus Memorias Elena de Balboa.

CAPITULO III.

Un jóven verdaderamente feliz.

El empleado feliz, el elegante Juan Antonio García, el hijo de Bautista y confidente del pintor Horacio, tenía la *buen costumbre madrileña* de levantarse de la cama á las once de la mañana, aunque no hubiera amanecido.

Así lo hizo el día que nos ocupa, y alegre debía sentirse de espíritu y sano de cuerpo, pues se puso á tararear un aire de *La Sonnámbula*, y envolviéndose en su bata y metiendo los piés en sus babuchas rusas, tiró del llamador de la campanilla.

Mientras acudia el criado á recibir órdenes del señorito, Juan Antonio llegó desde la alcoba á una butaca colocada cerca de la chimenea, en donde ardía una buena lumbre.

Se dejó caer perezosamente en ese mueble que perfeccionó Voltaire y que tan en boga se halla en nuestros tiempos, estendió la mano á una cigarrera de palo santo, y encendió un aromático tabuco de Cabañas.

En este momento se presentó el criado.

—¿Supongo que mi padre se habrá levantado?

—Y ha salido.

—Pero ¿vendrá á almorzar?

—Así lo creo.

—Pues te colocas en la antesala, y le dices cuando le veas entrar que quiero verle.

El criado salió.

Juan Antonio siguió su interrumpido sonsonete, con la cabeza apoyada en el respaldo de la butaca y el cigarro en la boca.

A través de aquel humo que se elevaba formando caprichosos giros, el jóven feliz veía pasar uno por uno sus dorados sueños, sus mas queridas ilusiones.

Suele decirse por el mundo que la felicidad es un mito; pero forzoso es que se hagan algunas escepciones, porque el mundo es muy grande y contiene una inmensa diversidad de tipos, de caracteres.

Juan Antonio poseía todas las cualidades necesarias para sentarse de lleno en el decantado trono de la felicidad.

Jóven, bien parecido, con maneras elegantes y distinguidas, viviendo del presupuesto, entrando á las dos en la oficina y saliendo á las cuatro, tiempo que empleaba en escribir cartas á sus amigos y conocidos, en fumar cigarros, beber vasos de agua con azucarillos y calentarse á la chimenea, para él el ministerio no era otra cosa que un punto de parada, como lo es el café Suizo para el mal estudiante que confía en el patrimonio de su padre.

Además de esto, Juan Antonio era egoísta en grado super-

lativo; y en cuanto á la conciencia, ignoraba en qué parte de su cuerpo se hallaba archivada.

Su padre le habia dicho:

—Toma esta credencial. Todos los meses te entregarán en el ministerio mil quinientos reales: te los regalo para tus gastos de soltero.

Juan Antonio tomaba los setenta y cinco duros con la mano derecha, y alargaba con la izquierda los expedientes á su auxiliar, pobre anciano con cuarenta años de buenos servicios y siete mil reales de sueldo al año.

Por otra parte, el jóven pensaba:

—Mi padre es rico... tiene además de su gran tacto para los negocios y las jugadas de bolsa buenas relaciones... no le arruinemos, y así cuando muera será mayor la herencia.

Juan Antonio calculaba con prudencia.

Esto no implicaba para que su padre pagara las cuentas del sastre y otras frioleras.

Por lo demás, entre el padre y el hijo reinaba completa armonía.

Bien es verdad que eran el uno digno del otro.

Juan Antonio se cansó de estar tumbado en la butaca, y comenzó á vestirse.

Cuando se hallaba poniéndose la corbata delante del espejo, entró su padre.

—¿Me permites que dé la última mano á esta difícil operacion?

Don Bautista se sentó en el sofá, y dijo:

—Cuando acabes iremos á almorzar.

—Bien; pero antes quiero hablarte.

—Hablabamos en la mesa.

—Nada de eso. Ya sabes que no me gusta hacer participes á los criados de mis asuntos.

—¿Tan importante es lo que quieres decirme?

—¿Importante? ¡Ya lo creo! Se trata nada menos que de la felicidad de toda mi vida.

Don Bautista soltó una sonora carcajada.

—Juan Antonio, verdaderamente eres un jóven feliz.

—No me quejo de mi suerte, y puedo asegurarte que estoy tan contento de mí como satisfecho de tenerte por padre.

—¿De veras?

—Digo siempre aquello que siento.

—Pero vamos á ver: ¿qué es lo que quieres?

—¡Pásmate! quiero casarme.

—No te creia tan estúpido.

—Guarda tus apreciaciones hasta que sepas el nombre de la mujer que he elegido.

—Será rica.

—Eso es un problema que resolveremos despues.

—¡Ah! ¿Es una jugada?

—Tal vez.

—Cuidado, Juan Antonio, que en esas jugadas suele perderse casi siempre.

El jóven, que habia concluido de vestirse, fué á sentarse en el sofá al lado de su padre.

—Eso seria una desgracia, que no espero.

—Pero, ¿quién es ella?

—Así decia Quevedo. Ella es la encantadora Virginia Holt.

—¡Ah! ¿La hermana de tu amigo?

—La misma.

—¿Y tiene dote esa muchacha?

—Echados mis cálculos, de ellos deduzco que aunque hoy sea pobre mañana será rica.

—Entonces, espera á que lo sea para casarte.

—¿Y si me ganan por la mano?

—¡Bah! una muchacha jóven es género que se estanca... tiene poca circulacion.

—Virginia es hermosa como un ángel.

—Es mas hermoso un millon de reales.

—¡Materialista! ¿Hasta cuándo ha de durarte la ambicion?

—Hasta un segundo antes de la muerte. Pero hablemos con formalidad.

—No deseo otra cosa; y por eso te digo que pienso casarme y necesito de tí.

—¡De mí!... ¿qué tengo yo que ver con esa Virginia?

—Con ella nada, pero con el ilustre conde de Balboa mucho.

—¡Ah!

—Creo que me vas comprendiendo.

—Espícate sin rodeos.

—Mi buen amigo el pintor Horacio se halla perdidamente enamorado de la simpática Anita.

—Sí, sí; adelante.

—Hoy va á ser el gran dia para el jóven artista, pues se abren ante su caja de colores las puertas del paraíso que codicia. ¿Qué podrá negar Horacio al conde de Balboa? Nada. ¿Qué podrá negar el conde de Balboa á mi padre? Nada. De esta combinacion resulta que si Horacio se casa con Anita, yo debo casarme con Virginia.

—Pero yo no puedo exigir eso á don Alejandro.

—Un padre como tú puede exigirlo todo de un hombre como el conde, cuando se trata de la felicidad de su hijo.

Juan Antonio marcó fuertemente las palabras.

Bautista se quedó mirando á su hijo como si no le hubiera comprendido.

—Seré mas esplicito, volvió á decir el jóven: Horacio y Virginia disfrutaban de una inmensa fortuna, debida á la generosidad de su millonario protector el escéntrico inglés sir Carlos Holt. Horacio, como buen artista, vive de lleno en esa vida de las ilusiones, de los sueños, en que se desprecia el dinero. Si llega á casarse con Anita de Balboa será inmensamente rico, y entonces, atendido su carácter desinteresado, cederá todo cuanto posea á su hermana. Además, sir Holt no tiene parientes que se conozcan. Virginia será indudablementé su heredera. Conque ya ves que no es una boda tan disparatada. Necesito que te intereeses por mí; eso será un favor mas que consignaré en el inmenso catálogo de los beneficios de un buen padre.

—Veo que piensas en el porvenir.

—De tal árbol, tal astilla.

—Hablaré al conde.

—Pero ¿le hablarás con interés?

—¿Quién lo duda?

—Así lo esperó.

—Sin embargo.

—¿Comienzas á poner dificultades?

—No.

—Es que no las admito.

—¡Juan Antonio!

—¿Te ofendes? Tanto peor para tí.

—¿Crees que yo puedo violentar al conde?

—Vamos, querido: entre tú y don Alejandro existen relaciones que no se rompen tan fácilmente.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó frunciendo las cejas Bautista.

—Quiero decir que el conde no niega nada á su leal servidor Bautista García.

—Estás en un error.

—¡Bah!

—No hablemos mas de este asunto.

—No hablemos más, si así te place; pero dame la seguridad de que Virginia será mia.

—Solo puedo decirte que en esta cuestion me tendrás de tu parte.

—No deseo otra cosa.

—Ahora necesito saber hasta el último pensamiento de tu amigo Horacio.

—Lo sabrás.

—Quiero asimismo saber el misterio que rodea á sir Carlos Holt.

—Eso ya es mas difícil, porque segun tengo entendido ese inglés es mudo como un sepulcro.

—Sin embargo, ama á Horacio y Virginia como á dos hijos.

—Veo que juzgas á todos los hombres de un mismo modo, y ese es un error que trae fatales consecuencias.

—No te comprendo.

—Tú no tienes secretos para mí, y te has dicho: sir Holt no los tendrá para Horacio. Eso es un error.

—Procura sin embargo saber con qué objeto hizo pintar el inglés á su jóven protegido un pequeño cuadro que tiene en su estudio.

—¿Qué representa ese cuadro?

—Un estanque alumbrado por la luna.

—¡Ah, sí! ¿donde se ve un hombre que arroja bárbaramente al agua á una mujer?

—El mismo.

Juan Antonio fijó sus ojos en su padre, y preguntó con malicia:

—¿Te interesa la historia de ese cuadro?

—A mí no.

—Entonces será al conde.

—Tal vez.

—Puesto que la pintura segun parece no es un capricho, cuéntame la historia, que á juzgar por la actitud melodramática del personaje que se halla encima del banco, debe ser entretenida.

—No puedo.

—¿Desconfías de mí?

—Los secretos que no nos pertenecen no debemos revelarlos.

—Padre mio, el deber en este mundo sufre con frecuencia terribles desengaños. ¿Quién no le ofende alguna vez en su vida? Pero no quiero violentarte: otro día me contarás esa historia, pues los aliados como nosotros deben confiárselo todo. Así se ataca con mas seguridad al enemigo, se le domina, se le

vence, y cae por fin á nuestros piés pidiendo, como militarmente se dice, *cuartel*.

Y Juan Antonio, mirando la esfera del reloj, continuó:

—¡Diablo! ¡La una! Vamos á almorzar, pues sentiria que me echaran de menos en la oficina.

Bautista se sonrió.

—Tienes razon, dijo: ante todo, el hombre debe cumplir con su deber.

—Esa es mi norma, aunque por desgracia la ingratitud de los hombres políticos es proverbial en España.

CAPITULO IV.

En el lienzo y en el corazon.

—Mira, Rosa, es preciso que te acostumbres á tener voluntad propia: me incomoda oír siempre en tus labios «como usted quiera, como á usted le parezca, como usted disponga.» Cuando yo te consulto, cuando yo te pregunto, es porque quiero oír tu parecer y aceptarle si me conviene.

Esto decia Anita de Balboa á su doncella, en presencia de una multitud de vestidos y adornos esparcidos por todos los muebles de su cuarto de vestir.

Aquel dia era para la hija de don Alejandro de la mayor importancia, pues Horacio iba á dar comienzo á su retrato.

La cuestion era importante, trascendental.

Quando una jóven que rinde culto á la moda, que con justicia por su hermosura, por su buen gusto y por su fortuna ha adquirido fama de elegante, trata de hacerse su retrato por un

pintor á quien ama con toda su alma, la eleccion del peinado, la hechura y los colores del vestido, son cosas bastante difíciles, que quitan el sueño, como puede quitarlo á un padre de familia que se acuesta sin cenar y que no ve mas que hambre y abandono para el dia de mañana; con la única diferencia que el padre llora, y la mujer elegante riñe y se enfada con todo el mundo, aunque el mundo no tenga culpa alguna de su indecision.

Con *justicia* pues golpeaba con su pequeño pié la mullida alfombra la encantadora hija del conde de Balboa.

—¿Conque es decir que no abrirás la boca para darme un consejo? exclamó Ana.

—Pero ¡Dios mio! nada me aflige tanto, señorita, como ver á usted enojada y saber que yo soy la causa de su enojo, dijo tartamudeando la doncella.

—Eso es, ven ahora á echártela de mosquita muerta, cuando tus vacilaciones me atacan los nervios de un modo horrible.

En los ojos de Rosa asomó una lágrima.

Anita estaba tan preocupada contemplando sus trajes, que ni siquiera se apercibió del efecto que sus injustas reconvencciones causaban á su doncella.

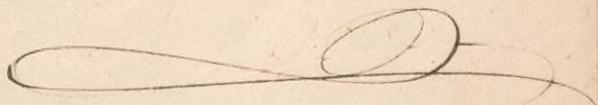
—Yo soy morena, decia Anita, aunque no mucho. ¿No es verdad, Rosa, que soy morena? Casi estoy por elegir un vestido oscuro, un peinado sencillo.

—De todos modos estará usted encantadora, señorita.

—Aduladora...

Anita volvió la cabeza y observó que los ojos de su doncella se hallaban humedecidos.

—¡Calla! ¿has llorado? Ven aquí.



Ana se hallaba sentada en un taburete. Rosa se arrodilló á su lado.

La joven millonaria tenia lo que se llama un corazon de oro. Cogió cariñosamente con sus sonrosados dedos la barba de su doncella, y le dijo:

—Verdaderamente eres una tonta. Toma.

Y diciendo esto, le dió un ruidoso beso en la mejilla derecha.

Rosa, como si aquella muestra de cariño refrescara su corazon, se sonrió con toda la pureza de que era susceptible su sencilla alma.

—Hoy va á ser para mí uno de los dias mas felices de mi vida, y no quiero ver lágrimas ni malas caras. ¿Te has ofendido por lo que te he dicho? Tienes una sensibilidad empalagosa; pero así y todo te quiero, ya lo sabes.

—¡Ah! es usted la mejor señorita del mundo.

Y Rosa, llenando de besos las manos de su ama, se echó á llorar.

—¡Te enmiendas! exclamó Anita enjugando las lágrimas de su doncella. Quiero que dejes de llorar de repente, en seco, como se cambia la decoracion de una comedia de mágia.

Rosa se rió de la exigencia de su señorita, se enjugó los ojos, y dijo:

—No lloro de pena: lloro de placer.

—Sí, pero las lágrimas todas tienen un mismo color. Yo lo que quiero es que busquemos el color del traje que debo ponerme.

—Ahora recuerdo que la señorita dijo que nadie mejor que el retratista podia dar un consejo sobre el traje.

—¡Ah! tienes razon que lo dije; y te doy gracias por tu buena memoria.

—Y como el señorito Horacio viene hoy á almorzar á casa...

—Podré preguntárselo.

Rosa se sonrió.

—Veo que vas sirviéndome de algo. Deja todos los trajes en el ropero, y disponte á peinarme: me harás dos trenzas unidas por delante que formen un lazo sobre el pecho; en medio de este lazo coloca esa camelia blanca que me mandó ayer Horacio. Esto le probará que me acuerdo de él. En cuanto al vestido, deja fuera la bata de color de violeta: prefiero que me encuentre sencillamente ataviada.

Una hora despues, Anita se hallaba encantadoramente vestida con uno de esos trajes de mañana.

Su peinado caprichoso, sencillo y elegante, daba cierto realce á su angelical belleza.

Cuando entró su padre á saludarla, no pudo menos de exclamar:

—Estás encantadora.

—¿De veras? dijo Anita dando un cariñoso beso en la frente de don Alejandro.

—¡Oh! nunca me has parecido tan bella. De seguro que Horacio tendrá que emplear todo su buen talento para que el retrato llegue al original.

—¿Ha venido el pintor? preguntó Anita.

—Fué exacto: á las once y media me entraba el ayuda de cámara una tarjeta suya, y allá lo tienes esperando en mi despacho.

—Pues no le hagamos esperar; y mientras nos llaman para almorzar podremos enseñarle la sala destinada: tiene que ver si le convienen las luces.

—Vamos pues.

Y don Alejandro ofreció el brazo á su hija.

Horacio no pudo menos de estremecerse al ver á Anita.

Nunca le habia parecido tan bella.

Al estrechar la mano de aquella encantadora jóven, aquella mano pequeña y suave que temblaba al contacto de la suya, el corazon del pintor latió con una violencia desconocida para él.

Ninguna de estas impresiones se escapó á la mirada investigadora de don Alejandro.

—Ante todo, amigo Horacio, dijo Anita, pasemos á ver la habitacion destinada para hacer el retrato.

Horacio ofreció el brazo á Anita.

—Vamos donde usted guste, dijo.

Y bajando la voz continuó:

—Suplico á usted, señorita, conserve ese peinado, y el genio de Apeles haga que mi pincel no agravie con su torpeza á tan perfecto original.

—¿Duda usted de sí mismo?

—Solo me alienta una esperanza.

—¿Cuál?

—Que voy á trasladar al lienzo un retrato que tengo grabado en mi corazon.

Anita pagó con una sonrisa encantadora aquella galante-
ría, digna del alma de un artista.

La habitacion elegida para retratar á la condesita de Bal-

boa era un salon alto de techo, cuyos grandes balcones recibian una hermosa luz del Mediodía.

Cárlos dispuso que uno de los balcones se tapara con un paño ó cortina oscura, dejando solo en descubierto metro y medio de la parte alta.

Anita dirigió á los dos criados que se encargaron de esta operacion, mientras Horacio y el conde de Balboa hablaban sentados en un sofá.

Cuando todo estuvo dispuesto, cuando el pintor colocó el caballete y la caja de colores en el sitio correspondiente, Anita le dijo:

—Nada hemos hablado aún del traje que debo ponerme, y que yo dejó á eleccion del pintor.

—Por ahora, señorita, no nos hace falta; pero acepto el peinado, porque se separa de la vulgaridad.

—Sin embargo, necesito que usted me dé un buen consejo.

—Hace dos días que no piensa en otra cosa, dijo el conde.

—La cuestion es de la mayor importancia; pero si valiera mi voto, haríamos el retrato con un traje de capricho.

—¿Y qué capricho es ese? preguntó Anita con precipitacion.

—El que primero salte al pincel. En caso de no ser del gusto de usted, tenemos tiempo de cambiarlo por otro.

—Queda admitido.

Despues de esto se dirigieron al comedor.

Durante el almuerzo, como la conversacion se hizo general, de poco ó nada puede servir para la fábula de la presente novela.

Solo consignaremos alguna que otra pregunta que dirigió

el conde de Balboa al pintor, perteneciente al cuáquero sir Carlos Holt.

—Es verdaderamente un hombre escéntrico, dijo.

—Pero en cambio, es el mejor de los hombres, contestó Horacio.

—Dicen que, siempre triste y melancólico, su eterna monomanía son los viajes.

—Eso le distrae.

—¿Une á ustedes algun parentesco?

—Ninguno, señor conde; pero yo le debo todo cuanto soy.

—Muchas veces, viendo la gravedad de su rostro, la triste espresion de su mirada, me he dicho: á ese hombre debe afligir el recuerdo de alguna de esas aventuras de la juventud.

—Es carácter suyo; pero si, como usted dice, tiene encerrado en el fondo de su corazon algun recuerdo que le atormenta, en ese caso es un secreto para todos los que le tratamos.

Terminó el almuerzo, y el conde, Anita y Horacio, volvieron al salon.

—Va usted á dar principio, querido pintor, dijo don Alejandro, á una de sus mas dificiles obras.

Horacio colocó la silla.

Anita se sentó, el pintor cogió la paleta y dijo sonriendo:

—En el nombre de Dios.

—Amen, contestó Anita.

En cuanto al conde, dejóse caer en un sofá, y cogiendo un periódico se puso á leer.

Sin embargo, aquello era un pretesto, pues de vez en cuando alzaba los ojos del periódico para dirigir una mirada furtiva al grupo que formaban Anita y Horacio.

El conde en aquel momento representaba el papel de tutor de una comedia de capa y espada.

Tenia los mismos temores, los mismos recelos que uno de esos héroes de drama; con la única diferencia de que al encontrarse con los ojos del pintor, este no leía lo que pasaba en el corazón del conde.

Los enamorados solo saben leer en los ojos de su amor.

El conde en aquel momento representaba el papel de tutor de una comedia de capa y espada. Tendría los mismos temores, los mismos recelos que uno de esos héroes de drama; con la única diferencia de que al encontrarse con los ojos del pintor, este no le hizo lo que pasaba en el corazón del conde.

CAPITULO V.

Donde los ojos hablan y la lengua calla.

Desde este momento, Horacio podía mirar tantas veces como quisiera á su modelo.

Sabido es que los ojos tienen su lenguaje especial; lenguaje que no está escrito en libros que nosotros conozcamos, y que sin embargo todos comprenden.

¿Quién duda que se lee en los ojos lo que no puede decir la lengua?

¿Quién no ha advertido en una mirada la palabra *véte*, y en otra la palabra *quédate*?

Cuando dos corazones sienten y se aman, bastan los ojos para espresarlo todo.

El amor verdadero tiene algo de adivino.

Un jóven entra en la casa de la mujer que ama; aquel amor es un secreto para todos, y lo primero que busca en los ojos de su querida es la esplicacion que no puede revelarle con la palabra.

Ellos le dicen todo cuanto desea saber, si no detalladamente, en conjunto, lo cual es muy bastante para su tranquilidad.

Horacio pues tenia delante sentada á la condesita, podia mirarla todas las veces que quisiera, beber su inspiracion en aquella frente tan pura como encantadora, respirar el aroma de su virginal pecho á través de la dulce sonrisa que entreabria sus sonrosados labios.

De vez en cuando, Anita hacia un movimiento de impaciencia y preguntaba:

—¿Se puede ver?

—No veria usted nada, señorita, contestaba Horacio: estoy bosquejando los contornos.

—Mi curiosidad servirá al mismo tiempo para que usted descanse.

Y Anita se levantaba, dirigia una mirada al lienzo, y volvía á ocupar su silla, tomando la misma postura.

Mientras tanto, don Alejandro continuaba leyendo; pero ni una mirada ni una sonrisa se habia escapado á su penetracion.

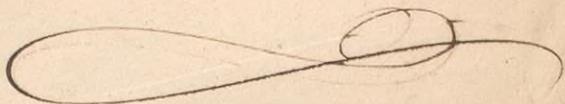
La primera hora fué rápida como la carrera de una estrella, tanto para Anita como para Horacio.

El jóven pintor hubiera indudablemente retratado á la condesita sin tenerla delante.

La miraba sin embargo con detencion: á veces con cierto éxtasis.

Aquel rostro que comenzaba á copiar tenia para él la dulzura del amor, la belleza de la esperanza, los encantos de ese paraíso soñado por un alma enamorada.

Don Alejandro dejó el periódico en el sofá, y acercándose al pintor, dijo:



—La sesion ha durado dos horas: debe usted hallarse fatigado.

—Tengo bosquejado el retrato, y como no quiero molestar mucho al original, lo dejaremos. Mañana ya comenzará á encontrarse el parecido.

Horacio salió de casa del conde de Balboa loco de contento.

Cuando llegó á la suya le esperaba Juan Antonio.

—Leo en tu semblante, le dijo el jóven empleado, la alegría de tu corazon.

—¿Para qué negártelo? me creo un hombre feliz, contestó el pintor.

—¿De veras?

—Sí, Juan; porque Anita es una muchacha encantadora.

—¿Quién lo duda? Supongo que habreis tenido la primera sesion.

—De dos horas largas, sin contar el tiempo que empleamos en el almuerzo y el arreglo del local.

—Querido Horacio, el retrato de la condesita te va á arruinar.

—Desde mañana, para que no se atrasen mis trabajos, pienso madrugar mas que de costumbre.

—Los enamorados no duermen: harás bien. Supongo que os habreis citado para el teatro esta noche.

Horacio se sonrió.

—Verdaderamente eres un hombre afortunado; pero bueno es que sepas que no toda tu felicidad se debe á tu fortuna: alguna parte toman en ella tus buenos amigos.

—No te comprendo.

—Voy á esplicarme: comienzo por decirte que el conde de

Balboa no está ignorante del amor que te inspira su hija y del que ella te profesa.

—¡Cómo! ¿Sabe don Alejandro...

—Todo.

Horacio palideció.

—No te sobresaltes. El conde está muy lejos de ser un padre de melodrama.

—Pero ¿cómo ha podido descubrir...

—Muy sencillamente: revelándoselo mi padre.

—¡Tu padre! repitió Horacio con asombro.

—Sí, por consejo mio.

—¿Qué has hecho?

—Ganar terreno.

—Ó tal vez comprometer mi felicidad.

—No lo creas. El conde, al saber que tú amabas á su hija y que ella te correspondia, tuvo un momento oscuro, si me permites la palabra; pero mi padre le hizo comprender que tú eres un muchacho digno por todos conceptos de aprecio, y que una oposicion sistemática podia avivar el amor hasta uno de esos puntos en que se atropella por todo. Por otra parte, Anita queria tener un retrato hecho por tí, y el conde se vió obligado á ir á tu estudio y pedirte que fueras á su casa. Conque ya ves que todos trabajamos en provecho tuyo.

Horacio, jóven ingénuo, todo corazon, todo entusiasmo, abrazó á su amigo.

—¿Estás contento de mí? le preguntó Juan Antonio.

—¿Cómo no estarlo, si eres el mejor de los amigos?

—De modo que si yo alguna vez necesitara tu apoyo...

—Lo tendrias.

- ¿De veras?
- Dudando me haces un agravio.
- ¿Y si yo te dijera: Horacio, estoy enamorado?
- ¿Tú?
- ¿De qué te estrañas? ¿Es por desgracia el amor un fruto vedado á mi alma?
- No digo eso...
- Pero ¿te estrañas?
- Sí: ¿por qué negarlo?
- Pues chico, tan cierto es que amo hasta el punto de pasar las noches desvelado, como que nos hallamos el uno enfrente del otro.
- ¿Desde cuándo?
- Desde hace un mes.
- Ya tengo impaciencia por conocer el objeto de tu amor.
- Le conoces.
- Supongo que será una jóven hermosa.
- Con tu permiso diré que la creo mas bella que Anita.
- ¡Bah!
- Y en cuanto á virtuosa, no tiene rival.
- Voy á hacerte la pregunta que han puesto en moda los materialistas del siglo: ¿es rica?
- Juan Antonio se encogió de hombros, y dijo:
- No lo sé, ni me he ocupado de semejante cosa. Yo soy de aquellos jóvenes que dicen por espacio de muchos años *no me casaré nunca*; pero un dia, cuando menos lo piensan, tropiezan con una mujer que se apodera por completo de su corazon, y entonces se apodera de ellos un deseo irresistible de cargar con la cruz del matrimonio. Creen haber encontrado su

media naranja, y no se ocupan de si es rica ó si es pobre, les importa poco, ni averiguan si su apellido es noble por los cuatro abuelos. La idea de ser marido les seduce, les quita el sueño, es su pensamiento fijo; y encaminándose á la calle de la Pasa, hablan con el vicario, reúnen los papeles indispensables, y pocos dias despues se presentan con su mujer del brazo, contentos y satisfechos de sí mismos, siendo desde entonces un modelo de esposos. Estoy observando que te haces violencia para sujetar la sonrisa que juguetea entre tus labios. Puedes reírte cuanto gustes: acabo de decirte una gran verdad.

—Bien, hombre, bien, no lo pongo en duda; pero permite al menos que me estrañe de un cambio tan repentino.

—Lo que acabo de decirte podrá parecerte nuevo, y sin embargo cuenta mas de un mes de antigüedad.

—¿Y quién es ella?

—Si te ha asombrado mi revelacion, mucho mas va á asombrarte el nombre de la mujer que es la señora de mis pensamientos.

—Vamos, hombre, acaba; me tienes impaciente.

—Se llama Virginia Holt.

—¿Mi hermana?

—La misma. Espero que no me negarás tu proteccion para lograr los buenos fines que me propongo.

—¿Negártela? nada de eso: tendré un verdadero placer en llamarte hermano político. Pero antes debo hacerte algunas advertencias.

—Habla.

—Virginia es pobre.

—No me importa: ya sabes que tengo una fortuna regu-

lar, y que mi carácter no es de aquellos que se mueren de hambre.

—Tanto Virginia como yo, repuso Horacio, llevamos un apellido que no nos pertenece. Nos recogió la caridad, y somos huérfanos: jamás hemos conocido á nuestros padres.

—¡Bah, bah, bah! eso significa poco cuando se ama como yo amo. ¿Será por ventura Virginia más honesta, mas virtuosa, mas espiritual, siendo hija de un príncipe, que ignorándose el nombre de aquel á quien debe el sér? No lo creo: tal y como es yo te pido su mano, y me creeré muy dichoso y muy honrado si me la concedes.

—Puesto que nada te detiene, hablaré con Virginia.

—Supongo que hablarás con toda la elocuencia, con todo el entusiasmo de nuestra verdadera amistad.

—Procuraré convencerla de que eres un gran partido.

—Entonces estoy casi seguro de que se realizarán mis sueños, porque me consta que Virginia te ama tanto que no sabé negarte nada.

Y Juan Antonio, girando la cabeza con indiferencia, fijó sus ojos en el pequeño cuadro que tanto habia sobresaltado al conde de Balboa.

—No quiero molestarte mas sobre el asunto; confió en tu buena amistad, y quedo tranquilo. Pero dime: ¿qué diablo de ocurrencia fué la de tu protector cuando te hizo pintar ese cuadro? Esa figura melodramática arrojando al agua á una mujer colocada en medio de un paisaje lleno de poesía, de dulzura, me parece un contrasentido. Aquí indudablemente debe existir algo que no nos dice el lienzo. ¿No sabes tú nada sobre esa escena?

—Siempre ha sido para mí un enigma, aunque he sospechado que ese cuadro tenia algo de recuerdo histórico.

—Chico, soy curioso como una beata, y me gustaria saber por qué el ilustre sir Holt te hizo colocar una escena que, aunque con distintos trajes, no es otra cosa que un plagio de *La vida es sueño*.

—Querido Juan, mucho siento no poder complacerte en esta cuestion.

—¿Tan difícil te parece que el taciturno cuáquero te cuente la causa de semejante capricho?

—Sí; porque no se la preguntaré nunca.

Juan Antonio creyó prudente no insistir mas por entonces, y se dijo para su capote:

—Esperemos á que se presente ocasion mas propicia para satisfacer la curiosidad de mi padre.

CAPITULO VI.

El coronel Ems cuenta su historia.

El doctor Santafé había revelado su historia al coronel Ems sin ocultarle el menor detalle.

Esta confianza merecia su recompensa.

—Querido doctor, le dijo: yo he causado, aunque involuntariamente, su desgracia. Si Elena no hubiera entregado á usted nuestra hija Claudia, hoy viviria usted en Viella rodeado de su querida familia.

El doctor exhaló un suspiro.

—Pero Dios guiará nuestros pasos, repuso el coronel, y la encontraremos; de otro modo, ni hubiera conservado nuestras vidas ni nos hubiera unido cuando menos lo pensábamos.

—Tiene usted razon, amigo mio: no debe nunca perderse la fé, porque el vacío que ella deja al abandonarnos se ocupa al instante por la fiebre de la desesperacion. Si algun dia vuelvo á reunirme con los séres que busco hace tantos años y sin

los cuales es para mí imposible la felicidad; mi placer será tan inmenso que lo borrará todo.

—Esta mañana, repuso el coronel, me honró usted contándome sus desventuras, su historia verdadera, y sería faltar á la amistad que nos une si yo le ocultara á usted las mias.

Santafé se inclinó, como aceptando la revelacion insinuada por el coronel.

Este volvió á decir:

—Entre nosotros no debe de hoy en adelante existir ningun secreto de esos que los hombres guardan por temor de que su publicidad les comprometa: ni yo debo dudar de usted, ni usted de mí. La revelacion que me ha hecho esta mañana así me lo demuestra; voy pues á decir á usted la verdad del misterio que envuelve mi vida desde aquella época que, ignorado cazador en los montes Pirineos, vi por primera vez á Elena de Balboa.

Debemos advertir á nuestros lectores que el doctor Santafé y el coronel Ems se hallaban solos en un coche de primera, y caminando por la via férrea que conduce desde Madrid á Zaragoza.

—Mi verdadero nombre, repuso el coronel, ni es el de Carlos, que llevé durante mi permanencia en los Pirineos, ni el de Ems, con el cual he servido por espacio de doce años bajo la bandera prusiana. Me llamo Ernesto Valcárcel. Mi padre fué el marqués del Ebro; pero ni el título que legítimamente me corresponde, ni el apellido que está consignado en mi hoja de bautismo, puedo por desgracia llevarlos, pues pesa sobre mí una sentencia de muerte que me obliga á vivir con nombre supuesto y á ser extranjero en mi patria.

—Amigo mío, dijo interrumpiéndole el doctor Santafé: hay secretos que no deben revelarse nunca; hay confesiones que solo deben depositarse en la confianza de un sacerdote, porque le está vedado revelarlo á los hombres. Ruego á usted antes de que me confie su historia, que tenga presente que para conservar nuestra buena amistad no es necesario que yo sepa...

—Mi silencio solo podria ser hijo de la desconfianza, y usted, querido doctor, no es digno de ella.

—Sea como usted quiera.

El coronel volvió á decir: —Sintiéndome con vocacion para la carrera de las armas entré en un colegio, donde permaneci hasta la edad de diez y nueve años, saliendo de él con el grado de alférez é incorporándome á uno de los regimientos de caballeria acantonados en Madrid.

Mi padre, viudo y sin mas hijos que yo, me habia señalado una pension á pesar de su corta renta para que pudiera, segun él decia, llevar el uniforme con más decoro.

Durante mis dos primeros años en la milicia, no ocurrió en mi vida nada de particular, si se esceptúan algunas de esas triviales aventuras de la juventud.

El capitán de mi escuadron era uno de esos hombres de carácter impetuoso y brusco, cuya mala educacion se estreñaba siempre contra todos los que él creia inferiores en graduacion.

Odiado de los soldados y de los oficiales, se complacia en tener un rigor excesivo en todo lo perteneciente á la Ordenanza.

Mas de una vez se habia atrevido á reprenderme de un

modo poco conveniente, y mas de una vez me vi arrestado por el coronel, á quien se complacia en llevar todos esos pequeños chismes de cuartel.

Una tarde me dijeron mis compañeros que el capitán Gonzalez, pues este era su apellido, se habia enamorado de una muchacha y que estaba resuelto á casarse.

—¡Pobre mujer! dije yo: seria una obra de caridad evitar ese matrimonio.

Yo tenia entonces apenas veinte años de edad, y en mí mas que en nadie se podia encontrar ese carácter aturdido de la juventud, que no siempre se halla en el centro de las conveniencias sociales.

Uno de los subalternos que se hallaba conmigo y habia oído mis palabras, deseando sin duda divertirse con los celos del capitán Gonzalez, dijo:

—Si yo fuera hijo de un marqués y sobre mi sueldo de subteniente mis padres me regalaran cien duros mensuales, tendria un particular gusto en marear á la novia del capitán, y no habia de cesar en mi empeño hasta que le diese unas calabazas como un templo.

—¡Diablo! dijo otro: el dia que el capitán tenga celos será preciso tomar la licencia absoluta. Dios nos libre de que semejante debilidad se apodere de su corazon.

—¡Bah! cuando se trata de la conquista de una jóven bonita, no debe repararse en nada.

La conversacion fué girando sobre este asunto hasta que palabra tras palabra llegó á interesarse mi amor propio de una manera, que ofrecí á mis amigos quitarle la novia al capitán Gonzalez.

Confieso, querido doctor, que aquello fué mas bien una cuestion de vanidad que de odio. Yo despreciaba al capitán por su mala educacion, por su intemperancia, é indudablemente me hubiera olvidado de la promesa hecha á mis camaradas, si estos no hubieran al dia siguiente vuelto á remachar el clavo, como familiarmente se dice.

Vi á la novia del capitán una noche en el Prado. Era el mes de Julio.

Se hallaba sentada junto á una farola, cuya luz me dejó ver perfectamente su rostro.

Era una de esas jóvenes bien parecidas, elegante, aunque con cierta afectacion.

Su madre, que la acompañaba, me pareció al primer pronto una buena mujer de esas que á fuerza de amor hácia sus hijos pierden en sus casas la voluntad propia.

Cogí una silla y fuí á colocarme cerca de la joven.

No tardé mucho en comprender que la novia del capitán Gonzalez era una de esas jóvenes coquetas que devuelven una sonrisa por una mirada; alentando á todo el que rinde incienso á su hermosura.

Desde este momento comprendí que no me seria difícil desbancar al capitán.

Yo era entonces un militar joven, aturdido, y pasaba plaza en el regimiento de rico y elegante.

Tenia un caprichoso y elegante cabriolé traído de París, carruaje de soltero que me esperaba muchas veces á la puerta del cuartel, causando la envidia de algunos oficiales y en particular del capitán Gonzalez.

Reasumiendo, querido doctor: Rosario, que este era el nom-

bre de la jóven, comenzó á mostrarse esquiva, desdeñosa, inconveniente con el capitan Gonzalez, á quien los celos tenían furioso.

Esto nos divertia mucho, pero debia costarme muy caro con el tiempo.

Una noche, Rosario se hallaba en el teatro. Yo fuí á visitarla á su palco.

A la salida, en el corredor, encontré al capitan.

—Señor Valcárcel, me dijo: tengo que hablar con usted.

—Estoy á las órdenes de mi capitan, le dije tal vez con una entonacion harito impertinente, pues advertí que se estremeceia.

Sin embargo, me cogió del brazo y salimos del teatro.

Íbamos los dos vestidos con el traje diario de militar; llevá- bamos por consiguiente la espada al lado: esto me perdió.

Serian las once de la noche.

El capitan me condujo hasta el paseo de Atocha sin diri- girme la palabra.

Yo guardaba silencio, calculando que á él le tocaba hablar, ó por mejor decir, no quise preguntarle nada porque no atri- buyera á recelos ó falta de valor mis preguntas.

Cuando llegamos al sitio mencionado, cerca de las tapias del convento de Atocha, se detuvo y soltó mi brazo.

—Señor alférez, me dijo: he conducido á usted á este sitio solitario, porque para tratar de la cuestion me estorban los tes- tigos.

—¿De qué cuestion, mi capitan? pregunté.

—Además, repuso como si no me hubiera oido: aquí, aun- que dé usted voces y pida socorro, todo será inútil.

Retrocedí dos pasos, porque no era hombre el capitán que me inspiraba la mayor confianza.

Además, en aquel momento le cegaban los celos.

—¡Calla! ¿va usted á echar á correr? dijo soltando una carcajada.

Este nuevo insulto que me arrojaba al rostro me indignó y le dije:

—¿Me toma usted por un cobarde?

—Le tomo á usted, contestó, por uno de esos mequetrefes, soldados de alfenique, que solo sirven para lucir el uniforme en las grandes paradas.

Y diciendo esto desenvainó la espada.

Yo hice lo mismo.

—¡Bravo! exclamó: me hace usted el efecto de un soldado de papel.

Este nuevo insulto me cegó, y me abalancé sobre mi adversario.

Se cruzaron los aceros.

—Aún tiene usted tiempo, me dijo en son de burla, de librarse de la muerte.

—¿Cómo, mi capitán? le contesté serenándome.

—Pidiéndome perdón por sus impertinencias con Rosario.

—Es demasiado cara la vida á ese precio.

—Pues entonces que repiquen por usted.

—Allá lo veremos.

Y diciendo esto, me tendí á fondo.

El capitán cayó, prorumpiendo en un sinnúmero de blasfemias.

—Me há matado usted, dijo; pero me vengaré.

Confieso que en aquel momento, viéndole revolcarse en el suelo con su propia sangre, me aturdí, y abandoné aquel sitio precipitadamente.

Maté á aquel hombre; pero ¿por desgracia, no entregándole mi vida, podia hacer otra cosa?

Estaba escrita su muerte, y murió.

CAPITULO VII.

Donde continúa la historia.

—Cuando llegué á mi casa mi padre comprendió, por el estado de exaltación en que me encontraba, que algo grave me habia sucedido.

Yo se lo conté todo.

—Hijo mío, me dijo: has cumplido con tu deber; lo conozco: yo en tu lugar habria hecho lo mismo; pero el corazón y la experiencia que prestan los años me aconsejan que juzgas que te sueltas de España por algun tiempo. Yo tengo buenas relaciones. Nadie con mas interés que un padre se ocupará por ti.

—Padre mío, le dije: yo he matado á ese hombre que á esta, después de recibir insultos que mi deber no me permitía dejar sin castigo. Estoy tranquilo, y permaneceré aquí.

—Mi padre exhaló un profundo suspiro, y dijo:

—Tienes razón.



Confieso que en aquel momento, viéndolo revolverse en el suelo con su propia sangre, me aturdi, y abandoné aquel sitio precipitadamente.

Mate á aquel hombre; pero por desgracia, no entendiéndole mi vida, podía hacer otra cosa.

Estaba escrito en mi mente, y mi mano se levantó.

CAPITULO VII.

Este nuevo insulto que me dirigieron al entrar me indignó, y le dije:

—¿Ma toma usted por un cobardo?

—Le tome á usted por un hombre que no sabe luchar.

Donde continúa la historia.

Los soldados se acercaron á mí, y me rodearon con sus bayonetas en las grandes paradas.

Y diciendo esto desenvainó la espada.

Cuando llegué á mi casa mi padre comprendió, por el estado de exaltacion en que me encontraba, que algo grave me habia sucedido.

Yo se lo conté todo.

—Hijo mio, me dijo: has cumplido con tu deber, lo conozco: yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo; pero el corazon y la esperiencia que prestan los años me aconsejan que huyas, que te ausentes de España por algun tiempo. Yo tengo buenas relaciones. Nadie con mas interés que un padre abogará por tu causa.

—Padre mio, le dije: yo he matado á ese hombre cara á cara, despues de recibir insultos que mi decoro no me permitia dejar sin castigo. Estoy tranquilo, y permaneceré aquí.

Mi padre exhaló un profundo suspiro, y dijo:

—Tienes razon.

El caso se publicó en un sinnúmero de familias.

—Me ha matado usted, dijo; pero me vengare.

Al día siguiente, aún me hallaba en la cama cuando vi entrar en mi dormitorio un oficial.

—¿Qué ocurre? le pregunté incorporándome.

—Amigo Ernesto, traigo una comision desagradable, me contestó.

—¿Vienes á prenderme?

—Sí. Aquí tienes una órden del coronel. En la calle nos espera un carruaje.

Yo leí la órden. Decía que se me prendiera en el acto adonde se me encontrara, y se me pusiera incomunicado en uno de los cuartos del cuartel, con dos centinelas de vista.

Creí demasiado rigurosa la órden, pero yo entonces ignoraba que el capitan Gonzalez se habia despedido del mundo cometiendo una infamia.

Hé aquí lo que sucedió.

El capitan, sintiendo que mi espada le habia pasado el pecho y que su muerte era cierta, tuvo el increíble pensamiento de perderme.

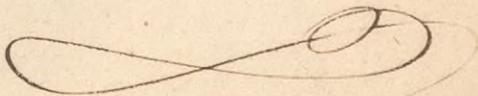
De sus declaraciones resultaba que yo le habia conducido engañado hasta el paseo de Atocha, y que allí, antes de darle tiempo para defenderse, le habia pasado el pecho traidoramente.

Esto era un asesinato.

Aquel miserable no tuvo inconveniente en mentir de un modo villano á la hora de la muerte.

Se reuuió el consejo de guerra, y despues de una larga y obstinada defensa se falló mi sentencia de muerte.

En vano mi abogado repitió una y cien veces que el capitan habia muerto en un duelo, que yo habia sido insultado del modo mas grosero.



El fiscal acusador dijo que al recoger el cuerpo del capitán Gonzalo se le habia encontrado la espada en la vaina; prueba inequívoca de que no habia hecho uso del arma para defenderse.

Se alego además la cuestion de los amores de Rosario, y alguna que otra frase de esas inconvenientes que se pronuncian muchas veces sin intencion y que tanto contribuyen luego para el apoyo de la acusacion fiscal.

La idea de morir vergonzosamente como un asesino me tenia en la mayor intranquilidad.

La angustia de mi anciano padre era asimismo inmensa. Se señaló el dia de mi muerte, logrando como especial favor el ser pasado por las armas en el patio del cuartel.

La sentencia que sobre mí pesaba tenia irritados á todos los oficiales del regimiento.

A ellos sin duda debí la salvacion.

Llegó por fin la noche á cuyo término debia ser pasado por las armas.

En el cuarto que me servia de cárcel se habia improvisado un altar, cubierto con paños negros, donde se hallaba la dolorosa imágen de un Cristo.

Un sacerdote me consolaba. Seria la una de la mañana cuando entró en la capilla una persona que me era desconocida, y haciendo una seña al sacerdote, este salió.

Quedamos solos.

Yo le miraba con cierta curiosidad.

Antes de dirigirme la primera palabra, comencé á sentir en mi pecho algo parecido al placer de una esperanza.

—No perdamos tiempo, dijo: quítese usted ese levita y to-



das las prendas de que se compone su uniforme y póngase este traje.

Y comenzó á quitarse el que llevaba.

Yo le obedecí maquinalmente.

Observé sin embargo que debájo del traje, cuyas prendas me iba dando para que yo me las pusiera, le quedaba otro; de modo que á los pocos minutos nos encontramos los dos uno enfrente del otro y vestidos del mismo modo.

—Ahora salga usted, me dijo. Cuando el centinela cruce el fusil deteniendo su paso, dígalé usted en voz baja esta palabra: *Reina*. Luego saldrá usted del cuartel, empleando la misma palabra siempre que se le detenga.

Quando se halle usted en la calle se dirigirá sin perder tiempo hácia el Prado. Junto á la fuente de Cibeles encontrará un carruaje de camino; allí le esperá á usted su padre.

Yo estaba absorto.

—Pero ¿usted se queda? pregunté.

—Sí.

—Entonces el compromiso de mi fuga recaerá sobre usted.

El desconocido se sonrió bondadosamente.

—Puede usted partir tranquilo: no quedo comprometido de modo alguno; pero voy á darle un consejo: no vuelva usted á España con su nombre verdadero, ó por mejor decir, no vuelva usted á España en muchos años.

Yo quise resistir, pero el desconocido, cogiéndome por el brazo, me dijo:

—Jóven, estamos perdiendo un tiempo precioso: dentro de dos horas sería tarde; váyase usted y que Dios le proteja. Desde el capitán general hasta el último soldado del regimiento,

saben que usted no asesinó al capitán Gonzalez; pero la declaración repetida cinco veces de un moribundo tiene mucha fuerza; es preciso pues conformarse con los contratiempos que nos depara el infortunio.

Y diciendo esto, me condujo hasta la puerta.

¡Cosa rara! Los dos centinelas dormían profundamente.

Entonces sospeché que mis compañeros les habrían emborrachado.

Llegué á la puerta del cuartel, y con gran asombro vi que me dejaron salir sin dirigirme la menor pregunta.

Era indudable que la oficialidad del cuerpo en masa me salvaba.

Pero ¿quién era el desconocido que me prestó su traje? Lo ignoro todavía.

Lo cierto es, querido doctor, que llegué á la fuente de Cibeles y me arrojé en los brazos de mi padre.

El pobre anciano lloraba y me besaba, loco de contento.

Partimos de Madrid.

Mi padre me acompañó hasta los Pirineos.

Allí nos detuvimos en un pequeño pueblo francés fronterizo á España.

—Por ahora, hijo mio, me dijo, es conveniente que vivas en esta pequeña aldea con un nombre supuesto. Aquí tienes un pasaporte: desde hoy te llamarás Carlos Ems; eres de origen prusiano. Yo vuelvo á Madrid: no desespero de poder vindicarte, y entonces regresarás á tu patria. Mientras tanto, te recomiendo la mayor prudencia. Tienes afición á la caza; vive como un modesto cazador en estos montes. Yo te escribiré y vendré á verte. En la maleta te dejo todo cuanto puede ser

te útil; en esa caja hallarás armas y traje á propósito para tu nueva profesion.

Partió mi padre, y pocos dias despues llegó á mis manos un periódico español donde se daba cuenta de mi fuga, pero sin dar al hecho una gran importancia; por el contrario, se comentaba favorablemente para mí la causa que habia motivado mi sentencia de muerte.

Cómo vi por vez primera á Elena de Balboa, ya lo sabe usted, querido doctor, pues ella misma lo dejó consignado en sus Memorias.

Durante un viaje que hice á París para hablar con mi padre, aconteció la muerte de mi querida esposa.

Mi desesperacion fué inmensa. Llegué al castillo pocas horas despues de que Elena dejara de existir, para descifrar el drama que habia acontecido: solo encontré un trozo de papel con algunas palabras confusas.

Usted sabe que aquel papel solo decia:

«*Samuel Navarra. — Médico. — Viella. — Esperanza de Claudia.*»

Sabedor yo de que usted era el depositario de nuestra hija, creí que no habia una imperiosa necesidad de correr aquella misma noche al pueblo de Viella.

Este fué un error grave para mí; error del cual me he arrepentido muchas veces.

Dejé pasar algunos dias, preocupado con el dolor que me causaba la pérdida de Elena, y cuando me decidí á cruzar el valle de Aran, cuando llegué á la casa que usted habitaba á la entrada del pueblo, supe que usted le habia abandonado, y en vano procuré indagar el paradero del doctor Samuel.

Mientras tanto, mi posición no me permitía recorrer libremente España.

Era, como usted no ignora, un reo de muerte fugado de la capilla.

Sin embargo, la inquietud me consumía. Arriesgué el todo por el todo, y por espacio de un año estuve recorriendo España sin poder nunca encontrar al doctor Samuel.

Perdida la esperanza, volví á refugiarme en un país extranjero, sentando plaza en el ejército prusiano, donde buscando la muerte llegué á la graduación de coronel.

—¡Ah, querido doctor! No tengo esperanza de encontrar á mi hija. Si después de tantos años regreso á España, me es con otro objeto que el de colocarme frente á frente del conde de Balboa, á quien odio con todo mi corazón, porque él solo es el autor de todas nuestras desgracias.

Aquí terminó el relato del coronel Ems.

CAPITULO VIII.

La ermita del Nazareno.

Pocos dias despues, en una mañana hermosa y serena, á esa hora en que el sol comienza á enviar sus rayos sobre la tierra perpendicularmente, dos hombres que montaban dos caballos de alquiler, pobres bestias acostumbradas á tantas manos como dias tiene el año, se detuvieron á la orilla del rio Geronary en el mismo sitio en que se amarra la barca del castillo de Balboa.

Los viajeros ataron sus caballos al tronco de un árbol, y dirigiéndose á un hombre que dormitaba en el fondo de la barca, le dijo uno de ellos:

—¡Eh, buen amigo! dispense usted si le molestamos; pero tenemos una imperiosa necesidad de pasar el rio.

—¿Van ustedes al castillo? preguntó el barquero bostezando con toda la confianza de la mala educacion.

—Al castillo vamos.

—Entonces será preciso que se esperen ustedes como una hora.

—¿Y por qué, amigo mio? preguntó uno de los viajeros con el tono mas cariñoso del mundo.

—Porque á las doce tengo que pasar á unos cavadores que están ahí en la viña, y de una pedrada mato dos pájaros.

—Me parece bien; pero nosotros tenemos un poco de prisa.

—Todos dicen lo mismo, aunque al llegar á la orilla opuesta sus ocupaciones sean tumbarse al sol.

—Viendo estoy que se ha despertado usted de mal humor, y sabe Dios que lo siento, dijo el viajero que habia entablado el diálogo. Vamos á ver si este par de duros le humanizan á usted un poco, y le dan las fuerzas necesarias para trasbordarnos á la otra parte.

El barquero, que vió caer á sus piés las dos monedas de plata, se restregó los ojos como dudando de aquella fortuna que le enviaba el cielo.

Durante el natural asombro de aquel rústico, los dos viajeros saltaron sobre la barca diciendo:

—Esperamos que tendrá usted un poco de cuidado, porque ahí quedan los caballos.

—No hay por ahora mala gente en estos montes; sin embargo, no perderé de vista á las pobres bestias. Pueden ustedes dejarlas con toda confianza.

—Ese será un nuevo favor que deberemos á usted.

La barca comenzó á deslizarse sobre la tersa superficie del Gerona.

Algunos minutos despues, los dos viajeros saltaron sobre la ribera opuesta.

Creemos inútil decir á nuestros lectores que los que acababan de pasar el rio eran el doctor Santafé y el coronel Ems.

Encamináronse hácia el castillo, cuya pesada y sombría mole de piedra se destacaba entre los copudos árboles del parque á una distancia como de un cuarto de legua del rio.

A la vista de aquel edificio que tan tristes recuerdos traía á la memoria de los dos viajeros, se notó en sus semblantes una espresion de profunda melancolía.

—Amigo Ems, dijo el doctor: hemos olvidado dirigir al barquero algunas preguntas importantes. Indudablemente ese hombre hubiera podido darnos noticias del padre Anselmo y del pastor Mauricio.

—Tiene usted razon; pero sigamos adelante. en el camino no ha de faltarnos algun montañés que pueda satisfacer nuestra justa curiosidad.

—Mucho temo que hayan dejado de existir esos dos virtuosos ancianos: desde la última noche que les vi han trascurrido diez y seis años.

—Pronto saldremos de dudas.

Los dos viajeros llegaron á un punto en que el camino formaba una Y.

El camino de la derecha conducia al castillo: el de la izquierda á la ermita.

—Coronel, soy de opinion que nos dirijamos al modesto asilo del ermitaño. Si el padre Anselmo vive, pronto se hallarán en nuestro poder los preciosos documentos que venimos á buscar.

—Pero si ha muerto...

—En ese caso la cuestion se complica.



—Sin embargo, á todo trance debemos apoderarnos de esos papeles.

—¿Quién lo duda? pero teniendo en cuenta que hace diez y seis años solia encontrarse en las ermitas algun pobre fraile esclaustrado que cuidaba del santo, del culto y de la limpieza á un mismo tiempo. Hoy los sóbrios y honrados cenobitas se hallan sustituidos por otra clase de gente.

—De todos modos, si el padre Anselmo ha dejado de existir, se empleará con el nuevo guardian de la ermita la súplica y la dádiva, y en el último caso la violencia. No hemos llegado aquí para que nos detengan los escrúpulos.

—Veo que piensa usted aún, querido coronel, con la misma impetuosidad que en su juventud. Desde el momento que á un hombre ignorante de la mision que aquí nos conduce se le diga que necesitamos levantar una losa del templo y sacar de ella una pequeña caja de hierro, va á creerse que la caja contiene los ignorados tesoros de Salomon. Debemos pues obrar con prudencia; pero todos nuestros cálculos son inútiles hasta saber si el padre Anselmo existe.

—Entonces vamos á la ermita.

Y tomaron por el camino de la izquierda.

A la mitad de la cuesta que conducia á la hermita, cuando llegaron á un punto desde donde podia verse la puerta del santo edificio, el doctor Santafé exhaló un grito.

Acababa de ver y reconocer al padre Anselmo.

Se hallaba sentado sobre uno de los tres escalones de piedra que conducian á la ermita.

Junto á él se veia un niño de doce años de edad.

El niño de pie, con un libro en la mano leia en voz alta un

pasaje del libro de Daniel, de ese gigante de los profetas, como le ha llamado un escritor contemporáneo.

— ¡Vive, coronel! ¡vive! ¡allí está! exclamó Santafé: le he reconocido perfectamente.

Este grito llegó sin duda á los oídos del padre Anselmo, pues levantó la cabeza y dirigió una mirada hácia la vertiente del cerro por donde subían los dos viajeros.

El padre Anselmo, que estaba muy lejos de creer quiénes eran aquellos dos hombres que avanzaban hácia él, indicó al niño con la mano que guardara el libro, y se puso en pié para recibirlos.

Tenia el anciano ermitaño una de esas cabezas venerables que solo pueden encontrar un parecido entre los patriarcas de Israel de que nos hablan las Escrituras.

Sesenta años pasados en la abstinencia y la oracion, daban á su rostro un carácter austero, grave.

Aquella frente calva, surcada de arrugas, aquella mirada fría, serena, en cuyo fondo brillaba la tranquilidad de una conciencia pura, infundían respeto.

A los ochenta años, el sacerdote que hizo en su juventud voto de castidad y que tiene arraigadas en su corazón las creencias religiosas; á los ochenta años, cuando la frente se inclina hácia la tierra como buscando una fosa donde descansar, y el pensamiento y el alma se elevan al cielo en busca de lo infinito, cuando una barba blanca como la nieve indica la muerte de las pasiones que aturden y enloquecen, los hombres bien nacidos no pueden acercarse á uno de esos hijos de la fé sin respeto y veneracion.

El doctor Santafé y el coronel Ems llegaron hasta la pri-

mera grada de la ermita, donde les esperaba el venerable anciano, y se descubrieron.

—Buenos dias, padre Anselmo, dijo el doctor inclinándose.

—Supongo que vendrán ustedes á ver el Santo Nazareno patron del castillo de Balboa.

—Venimos á hablar con el guardian de esta ermita.

Y bajando la voz, continuó:

—Y á recordarle un juramento prestado sobre los evangelios una noche hace diez y seis años.

El padre Anselmo alzó la cabeza, fijando una mirada escrutadora en el doctor Santafé.

El coronel Ems advirtió que el rostro y los ojos de aquel anciano se reanimaron súbitamente.

—Hijo mio, dijo el ermitaño dirigiéndose al niño: puedes volver al castillo; mañana á la misma hora que hoy continuaremos la leccion.

El muchacho besó la mano del religioso, y no se hizo repetir la órden de libertad que acababa de dársele. Abandonó la ermita con la velocidad de una cabra montés.

Cuando el coronel Ems, el doctor Santafé y el padre Anselmo quedaron solos, este preguntó con una precipitacion impropia de su edad:

—¿Quién es usted que así me recuerda una noche que no he olvidado nunca?

—¿Tal me han desfigurado los padecimientos que nadie reconoce bajo este aspecto de anciano al modesto médico de Viella, al doctor Samuel Navarra?

Al oir este nombre, el padre Anselmo dirigió una mirada recelosa al coronel Ems.

—¿Tampoco recuerda usted haber visto mi semblante, padre Anselmo? preguntó el militar.

—¡Ah! Esa voz resuena en mis oídos de un modo...

Y de repente exclamó, abriendo los brazos y estrechando contra su pecho al coronel:

—¡Ah! sí, sí, hijo mío: tú eres Cárlos, Cárlos el cazador, el amigo de los pobres, el esposo de Elena de Balboa.

Y al terminar estas exclamaciones, el anciano ermitaño cayó de rodillas, y elevando las manos al cielo murmuró en voz baja:

—¡Gracias, Dios infinito, Dios misericordioso, Dios clemente! ¡Gracias, pues conservaste la vida á este pobre anciano hasta este momento! ¡Gracias, pues antes de mi muerte has conducido hasta las puertas de esta santa casa á aquellos por quienes yo te pedía en mis oraciones! ¡Gracias, porque podré entregarles lo que en otro tiempo me confiaron y que tan útil puede ser á los huérfanos desvalidos que quizá lloran en la orfandad!

La actitud seráfica del ermitaño, el fervor religioso con que aquel anciano dirigía su acción de gracias al Sér Supremo conmovió á los dos viajeros, que por espacio de algunos minutos no se atrevieron á interrumpirle.

CAPITULO IX.

—Donde el doctor encuentra lo que busca.

Por fin se incorporó el ermitaño, y haciendo una seña para que le siguieran, entró en la ermita.

La pobre vivienda del padre Anselmo en nada había cambiado.

El religioso ofreció el banco de pino á los viajeros, y sentóse él sobre el duro entarimado que le servia de cama.

Sobre una mesa rústica, quizá construida por el mismo cenobita, se veia un cántaro de agua, un pan y un pedazo de queso.

—Mauricio el pastor ha muerto, dijo el religioso despues de algunos segundos de pausa. Era mas jóven que yo, que friso en los ochenta años; pero la muerte, que no se atiende á edades ni conoce categorías, apagó con su helado soplo la luz de su existencia: quizás ha respetado mi vida para que goce de la felicidad que disfruto en este momento.

—Padre Anselmo, nosotros, despues de diez y seis años de penalidades, venimos por fin á recoger los importantes papeles que han de devolver su fortuna á una pobre huérfana, que han de arrancar la máscara á un asesino infame.

—Pero ¿esa niña existe? ¿Dónde se halla?

—El paradero de la pobre Claudia, repuso Ems, es un secreto todavía para nosotros; pero una vez en nuestro poder los documentos que acrediten la legitimidad de su nacimiento, el conde de Balboa tendrá que devolvernos, no solamente mi hija, sino tambien la familia del doctor Samuel.

El padre Anselmo plegó las manos con beatitud, y alzando los ojos al cielo, dijo:

—Dios guie los pasos de los buenos sobre el camino trillado por los malos. Dios proteja á los justos. Ahora, amigos míos, será preciso que esperemos á la noche para levantar la losa que guarda los papeles que vienen ustedes á buscar.

—¡Esperar!... repitió el coronel.

—Seria una imprudencia no hacerlo así. Aunque vivo retirado en mi ermita, aunque si se esceptúan algunos niños de cuya educacion me he encargado, nadie del castillo viene por estos sitios, es prudente que aguardemos á la noche.

—Debo advertir á usted, padre Anselmo, dijo el coronel, que hemos dejado nuestros caballos á la parte opuesta del rio; si aplazamos el desenterramiento de los papeles para esta noche, será preciso que uno de nosotros vaya al Gerona.

El padre Anselmo pareció vacilar un instante.

Luego dijo:

—Sea lo que Dios quiera. Usted, doctor, venga conmigo; usted (y señaló al coronel) colóquese en la puerta de la ermita

y dé el aviso conveniente si viera que del castillo ó de otra parte viene alguno á interrumpirnos en nuestra faena.

Y cogiendo una barra de hierro de debajo de la tarima, continuó, dirigiéndose á Santafé:

—Vamos.

Poco despues, el doctor y el ermitaño se detenian junto á la losa.

El doctor cogió entonces la barra de hierro, y dijo:

—Creo, si mal no recuerdo, que es esta.

Y puso el pié sobre la piedra.

—Esa es, murmuró el religioso.

Santafé introdujo la punta de la palanca en una de las juntas de la piedra, que no tardó mucho en ceder.

Mientras el médico la sostenia, el ermitaño se arrodilló y sacó la caja que guardaba los papeles.

Luego tornaron á colocar la losa, y fueron á reunirse con el coronel Ems.

—Hé aquí, dijo el padre Anselmo, todo cuanto usted necesita para humillar á los soberbios, para enaltecer á los humildes. Ahora, amigos míos, vamos á rezar una Salve junto al sepulcro de la condesa Elena.

El ermitaño les condujo al pequeño panteon de los condes de Balboa.

El coronel Ems no pudo contener sus lágrimas ante el mármol funerario que ocultaba los restos de su esposa.

Allí permanecieron una hora.

El padre Anselmo volvió á conducirles á su celda.

—Hermanos míos, les dijo: frugal y pobre es el alimento que me sustenta, pero yo os lo ofrezco con buena voluntad.

Y les presentó el pan y el queso que se hallaba sobre la mesa.

—Padre Anselmo, repuso el coronel: nosotros aceptamos y agradecemos la voluntad mas que la dádiva. Sea este pan un nuevo lazo que nos una para siempre.

Y el coronel partió un pedazo, dando otro al doctor Santafé.

La comida se efectuó en el mas profundo silencio.

Cuando terminaron el pan y el queso, el ermitaño puso el cántaro del agua en las manos de Santafé, y este bebió, dándole luego al coronel.

—Por el pan que hemos partido, por el agua clara que fecundiza la tierra y mantiene los cuerpos, porque viene del cielo, no olviden ustedes, hermanos míos, que en todas ocasiones el ermitaño Anselmo se halla dispuesto á confundir á los malvados.

—¿Es decir, preguntó Ems, que si mañana necesitáramos en Madrid que el padre Anselmo viniera en nuestra ayuda...

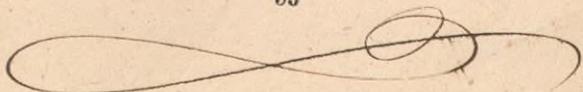
—El padre Anselmo cogeria su cayado, y Dios, prestando fuerzas á su cuerpo, le haria llegar el lado de los desvalidos.

—Aceptamos el ofrecimiento. La declaracion, el testimonio de un anciano sobre cuyas blancas barbas reposan ochenta años de virtud, siempre es conveniente.

—Llamadme pues y me tendreis á vuestro lado. Decidme:—Ven,—y sin temor á la distancia, de jarémi tranquilo retiro para reunirme con vosotros. Pero no teneis tiempo que perder ;partid: ya nada debe deteneros en este sitio.

El padre Anselmo abrazó á sus huéspedes, y los acompañó hasta la falda del cerro.

Luego, mientras el doctor y el coronel se encaminaban há-



cia el rio en busca de sus caballos, el padre Anselmo tornó á encaminarse con tranquilo paso por la vereda que terminaba á la puerta de la ermita.

La luz del sol que caia clara y radiante sobre aquella cabeza venerable, era tal vez menos pura que la conciencia de aquel anciano, dedicado desde sus verdes años á la oracion y á la abstinencia.

Mientras tenia lugar la escena que hemos narrado en la ermita del Nazareno, un hombre pobremente vestido con un chaqueton de punto catalan, unos pantalones de paño llenos de remiendos, unos gruesos zapatos blancos clayeteados y rotos, una gorra de tela gris, un nudoso y fuerte palo en la mano y un zurrón á la espalda, llegaba á la orilla del Gerona.

Se detuvo junto al tronco de árbol seco donde se amarraba la maroma de la barca.

El barquero, que fumaba tranquilamente sentado en uno de los bancos de la lancha, distribuyendo tal vez allá en su mente los dos duros que le habian dado los dueños de los caballos, fijó una mirada recelosa en el pobre caminante, cuyo rostro, ennegrecido por el sol, y la poco noble catadura de su individuo, no le inspiraron al parecer la mayor confianza.

Bien es verdad que el sugeto en cuestion tenia una de esas fisonomías poco simpáticas, y mucho menos cuando se encuentran en un camino ó paraje despoblado.

—Buen amigo, dijo el viajero apoyándose en el nudoso palo que llevaba en la mano: ¿quiere usted hacerme la caridad de pasarme á la otra parte del rio?

—Esta barca no se colocó aquí para el servicio de los transeuntes. Es propiedad de los señores condes de Balboa, y solo paso á la gente del castillo.

—Sí, sí, lo sé; y me ha pasado algunas veces, en otro tiempo, cuando yo tenia algunos años menos.

—¿Pertenece usted á la servidumbre del castillo?

—Si no pertenezco ahora, he pertenecido antes.

—Eso no es lo mismo.

—¡Válgate Dios, y qué duro de corazon es el señor barquero!

Y el hombre se sonrió de un modo frio que tenia mucho de amenaza.

—Mire usted, buen amigo, repuso el del chaqueton: yo no quiero armar camorra con nadie, pero me interesa llegar pronto al castillo.

—Pues yo no puedo pasar á usted ahora.

—¿De veras? preguntó con calma el del palo.

—Cuando vengan los cavadores de la viña pasará usted con ellos.

—Vamos, sea usted mas caritativo, pues me corre prisa.

—En ese caso puede usted pasar el rio á nado.

Los ojos del desconocido brillaron de un modo siniestro, y avanzó un paso.

El barquero, conociendo que no debia ser confiado tratándose de un hombre como el que tenia delante, cogió una de las estacas de la lancha, y dijo:

—No se mueva usted de ahí, y no tengamos funcion: ahora no paso el rio.

Algo extraordinario debió pasar por aquel hombre, porque

en menos de un minuto avanzó como el que ataca á un enemigo, retrocedió como el que teme y se arrepiente, y dejándose caer sobre el verde musgo que crecía á la orilla del río, murmuró algunas palabras ininteligibles.

El barquero dejó á su vez la estaca y continuó fumando, pero sin apartar sus ojos de aquel extraño personaje.

CAPITULO X.

Un boceto.

Durante un cuarto de hora, aquellos dos hombres, el uno en la lancha y el otro sentado sobre la yerba, permanecieron mirándose, pero sin dirigirse la palabra.

La quietud que reinaba en aquel sitio solo era interrumpida por el sordo murmurio del rio y los suaves besos que sus pequeñas ondas imprimian al chocar con los costados de la barca.

De vez en cuando oíase por el espacio el inarmónico graznido de los ánades ó el malhumorado canto de las cortegas.

El reloj del castillo dió doce campanadas, cuyo eco lastimero fué á perderse en los barrancos de los cercanos montes.

Entonces el barquero se puso en pié sobre uno de los bancos y dirigió una mirada hácia los viñedos.

El hombre del palo, el viajero desconocido, continuó en el mismo sitio, solo que colocando el zurrón sobre sus piernas,

sacó de él un trozo de pan y se puso á comer con bastante apetito.

Su actitud no podia ser mas pacífica.

El barquero sin embargo le dirigia miradas recelosas.

Pero es cierto que el rostro de aquel hombre tenia toda la taciturnidad del asesino de profesion.

No tardó mucho en oirse la alegre algazara de los cavadores, que regresaban al castillo en busca del mezquino alimento con que se recompensaba su penoso trabajo.

El pobre vive al dia: jamás piensa en el porvenir. Su única ambicion se reduce á esta palabra santa: trabajo.

Encorvado sobre la tierra, derrama gota á gota su existencia, contando sus penas sin comprenderlas.

Dios, que todo lo compensa, le concede un sueño feliz y una salud mas preciosa que los tesoros de la reina Nicaulis.

Los cavadores se acercaban, y el hombre del zurrón, levantándose, dijo:

—Y diga usted, señor barquero, ¿podré ahora pasar el rio?

Esta pregunta, hecha en son de burla, no conmovió al barquero, que respondió lacónicamente:

—Pasará usted con ellos.

—Vaya, pues que sea enhorabuena, y gracias muchas.

—Vamos, tío Escarola, dijo uno de los cavadores: desamarre usted la barca, que la olla nos espera en el castillo.

—Andando, hijos míos.

Y el barquero lo dispuso todo para trasbordar á los alegres braceros.

El hombre del zurrón fué el último que saltó sobre la barca.

Todos le miraron con marcadas muestras de curiosidad;

pero él mantuvo aquellas miradas con la mayor sangre fría.

Cuando llegaron á la orilla opuesta, los cavadores emprendieron en alegre cuadrilla el camino del castillo.

El misterioso personaje les siguió á veinte pasos de distancia.

Sigámosle nosotros.

Cuando llegó al castillo, entró en el parque como hombre que conoce el terreno que pisa, dirigiéndose á una pequeña casita destinada al portero.

—Veremos si aún desempeña el encargo de guarda el tío Atanasio, aunque mucho lo dudo, porque han pasado muchos años.

Esto iba diciéndose el extranjero mientras se aproximaba á la portería, en cuya puerta llamó, sirviéndose del baston que llevaba en la mano.

Asomóse un hombre entrado en años, el cual puso un gesto desagradable viendo al forastero.

—¿Qué se ofrece? preguntó con malhumorado acento.

—Al ver á usted encajonado en esta garita, imagino que el pobre tío Atanasio habrá muerto.

—El tío Atanasio ha muerto hace ocho años.

—Diez y seis hace que yo le dejé sano y bueno en ese sitio donde usted se halla: era un buen sugeto.

—Pues ha muerto, repitió el portero.

—Séale la tierra leve.

—¿Es eso todo lo que usted queria decirme?

—¿Le parece á usted poco desear paz eterna á los muertos?

—Acabemos. Si busca usted al tío Atanasio, ha perdido el tiempo.

—Busco al señor don Alejandro de Balboa: tengo necesidad de verle.

—¿Al señor conde? preguntó con asombro el portero.

—¡Ah! ¿es conde ahora?

—¿Pues que lo ignoraba usted?

—Hace diez y seis años que faltó de España.

Y haciendo una mueca, continuó:

—He estado viajando por el extranjero, y por eso ignoro muchas cosas de las que han pasado aquí; pero pierda usted cuidado, yo me pondré al corriente.

Y cambiando de entonación, volvió á decir:

—¿Conque don Alejandro es conde? Vaya, que sea enhorabuena: tenga usted la bondad de decirle que un antiguo conocido tiene precision de hablarle.

El portero, que hasta entonces habia dudado entre reirse ó enfadarse, soltó una carcajada.

—Usted se rie porque no concibe que un hombre de mi traza y mi facha sea conocido ó amigo del ilustre conde de Balboa. Eso me prueba que no conoce usted el mundo ni los caprichosos cambios de la fortuna. Pero no perdamos tiempo: avise usted á don Alejandro mi llegada, pues tengo la seguridad de que se alegrará mucho de estrechar mi mano.

—Voy á dar á usted un consejo, buen hombre, y es que se largue por donde ha venido, si no quiere sentir las razones de algunos garrotazos bien manejados.

—¿Soy yo manco por ventura? repuso el extranjero enseñándole el palo. Además, si usted cometiera conmigo ese desman, el conde se encargaria de hacerme justicia. Tenga usted la bondad de avisarle, y acabemos.

—Pues bien, acabemos: el señor conde no se halla en el castillo.

—En ese caso, le esperaré. Soy poco exigente: no pido otra habitacion que un sitio en el pajar y una plaza en el rancho de los gañanes.

—Para eso seria preciso que hablara usted con el administrador.

—¡ Ah! cierto: donde hay patron no manda marinero. Iré á ver á ese señor: ¿dónde se halla?

—En el cuarto entresuelo del castillo.

—Vamos, sí, en la misma habitacion que ocupaba hace años Bautista; me atreveria á llegar á ella hasta con los ojos vendados. Dispense usted todas las molestias que he podido causarle.

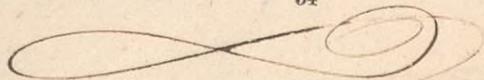
Y saludando de un modo truhanesco se dirigió al edificio, que se hallaba á algunos pasos de la portería.

Preguntó á otro criado por el señor administrador; y este, aunque la facha de aquel hombre no dejó de chocarle, creyéndole algun trabajador que venia á pedir jornal, cosa bastante frecuente en el castillo, le dijo:

—Ahí: en esa puerta.

El hombre del zurrón, como si quisiera dar una muestra de su buena crianza, se quitó el sombrero, empujó con suavidad una mampara forrada de paño verde, y se encontró en el despacho del administrador del castillo.

Se hallaba este sentado en un sillón antiguo de baqueta claveteado, tenia delante sobre una mesa, multitud de papeles esparcidos, y se hallaba al parecer ocupado en alguna difícil liquidacion.



Sin embargo, al oír el chirrido de la mampara levantó la cabeza, y colocándose la mano en forma de pantalla sobre los ojos, como si no viera bien, preguntó:

—¿Quién es?

El hombre del zurrón avanzó hasta colocarse cerca del sitio donde se hallaba el administrador.

—Pero ¿quién es usted? volvió á preguntar.

—Un hombre que fué en otro tiempo leal criado de don Alejandro, y que hoy tiene necesidad de verle.

—Pues vuelva usted otro día: hoy no está en el castillo.

Y el administrador, creyendo aquella escena terminada, bajó la cabeza y cogió la pluma.



CAPITULO XI.

Claro y oscuro del retrato.

El desconocido no se movió; por el contrario, despues de contemplar algunos segundos al administrador con sangre fria, dió dos pasos mas hácia la mesa, y estendiendo el brazo como si fuera á coger algun objeto, dijo:

—Si el señor conde se hallara en el sitio que usted ocupa, indudablemente al verme me hubiera ofrecido una silla.

El administrador levantó la cabeza, y despues de mirar con asombro á aquel desconocido con trazas de pordiosero, exclamó:

—¿Qué tiene el señor conde que ver con un hombre como usted?

—Por lo menos seria compasivo con un leal servidor; por lo menos le hubiera dicho:—Vé á la cocina y come si tienes hambre: vé al pajar y descansa si estás fatigado.

—Terminemos: ¿qué es lo que usted quiere?

—Ver al señor conde.

—No se halla en el castillo.

—¿Dónde está? preguntó con altivez el pordiosero.

—¿Se ha propuesto usted desesperarme?

—Me he propuesto ver á don Alejandro, porque estos harapos que cubren mis carnes me pesan demasiado. Yo no he nacido para vivir así.

—¡Ah! y el señor conde...

—Verá el modo de que cambie mi triste posicion: ¿quién sabe si aún estoy destinado á ser administrador de las tierras que corresponden á este castillo?

—¿Administrador?

—Sí.

—¿Está usted loco? ¿Administrador usted?

—Buen amigo, no se admire usted tanto. El conde de Balboa no puede negarme nada.

El extranjero pronunció las últimas palabras con tan firme entonacion, que el administrador comenzó á sobresaltarse.

—Así pues vea lo que le tiene mas cuenta: si escribirle diciéndole—Genaro se halla en el castillo y tiene necesidad de hablar con usía,—ó darme una poca de plata para que yo vaya adonde se halle.

—Yo no haré ninguna de esas dos cosas.

—Tanto peor para usted, porque lo primero que le pediré al señor conde en cuanto le vea es el destino que usted desempeña; y cuente que, como he dicho hace poco, don Alejandro no me niega nada. ¡Oh! me quiere mucho: tanto como á su leal Bautista.

Y el pordiosero se rió de un modo malicioso, dejando ver una dentadura negra y desigual.

El administrador comenzó á tener miedo, viéndose solo con aquel hombre, y se levantó.

—Poco á poco, dijo el extranjero cogiéndole por un brazo: ni dé usted voces ni se mueva; evitemos un escándalo perjudicial mas que á nadie al señor conde. Siéntese usted, y hablemos como dos buenos amigos.

El administrador se sentó, obedeciendo maquinalmente la orden del desconocido.

—¿Dónde se halla el señor conde? preguntó.

—En Madrid.

—Está bastante lejos: iré sin embargo á buscarle, pero necesito algun dinero que usted me dará. Apenas me quedan en el bolsillo algunos cuartos, y desde los Pirineos hasta la corte de España la distancia es larga. ¡Ah! me olvidaba pedir á usted las señas de la casa del conde. Madrid es muy grande, y bastante difícil encontrar á un individuo que se ignora dónde vive.

El desconocido, á quien llamaremos desde ahora Genaró, iba poco á poco tomando el aire y la entonacion del que manda y da órdenes, mientras que el aturdido administrador no sabia á qué atenerse, porque aquel hombre le daba miedo. ¿Qué relaciones podian existir entre el conde y aquel pordiosero? Esto era un misterio para el buen administrador; pero es lo cierto que no se atrevia á arrojar del castillo á aquel impertinente y mal educado.

Por último, y deseando poner término á aquella escena que le disgustaba, pensó que era lo mas acertado sacrificar algun poco de dinero y librarse de tan mal enemigo.

—Lo único que puedo hacer por usted, buen hombre, dijo

el administrador, es darle una limosna y permitirle que duerma esta noche en el pajar.

—Vamos, eso ya es algo. ¿Y á cuánto asciende esa limosna?

—Veinte reales.

El hombre soltó una carcajada.

—¡Veinte reales para doscientas leguas! ¡Ni aunque yo tuviera el vuelo de la golondrina y la abstinencia del camello! Eso es muy poco. Además, yo no pido una limosna, pido solamente un adelanto: el señor conde abonará cuanto se me dé, no le quepa á usted duda.

Y Genaro, acercándose á la mesa y colocando sobre ella los codos, dijo en voz baja:

—Yo soy el hombre de confianza del señor conde: todo cuanto usted haga por mí será recompensado con largueza.

La mirada de Genaro estremecía insensiblemente el corazón del administrador.

Viendo á aquel desconocido de bruces sobre la mesa, arrojándole el hedor de su aliento al rostro, dejando asomar á sus labios una sonrisa amenazadora, comprendió que tenía á su lado un gran criminal.

Tuvo miedo, uno de esos miedos que no se esplican pasado el peligro quimérico que los motiva, pero que en el momento embargan, dominan al individuo.

Genaro cogió una pluma y escribió en un papel lo que sigue:

«Declaro haber recibido del administrador del señor conde de Balboa la cantidad de quinientos reales vellon para gastos de mi viaje á Madrid.—*Genaro*.—Castillo de Balboa á 20 de enero de 186...»

les. Dígale que venga inmediatamente si se halla en esa: necesito verle.—*El conde de Balboa.*»

—Pues señor, no lo entiendo; pero lo que deduzco de esta carta es que el tal Genaro, á pesar de su chaqueton lleno de remiendos y su cara patibularia, no me ha engañado al decirme que conocia al señor conde.

Y sentándose en su sillón de baqueta se puso á escribir una carta á don Alejandro de Balboa, diciéndole que Genaro habia desaparecido del castillo y que ignoraba su paradero.

Y Volvamos nosotros á Madrid.

CAPITULO XII.

Donde Horacio llega tarde.

Serian las once de la noche de aquel dia en que Juan Antonio reveló al pintor Horacio la pasion que le inspiraba su hermana.

Virginia Holt se hallaba en su pequeño y elegante gabinete con un libro en la mano.

La grave y bondadosa lady Catalina Growen dormitaba en una butaca cerca de la chimenea.

Sobre un velador veíase un quinqué cuya ancha pantalla dejaba casi en tinieblas los ángulos de la habitacion.

De vez en cuando Virginia dirigia una mirada hácia la puerta. Luego esta mirada, cambiando de direccion, iba á detenerse encima de la chimenea en un punto oscuro.

Allí se hallaba un cuadro. Era el retrato de sir Carlos Holt.

¿Qué hubiera visto una persona indiferente? Nada: ¿Qué

veia Virginia? La bondadosa y noble cabeza de su protector; porque cuando se mira á un objeto con los ojos del alma, aunque este se halle rodeado de las mas completas tinieblas, llega á verse con la claridad inimitable del sol.

Virginia amaba al cuákero con ese amor dulce y firme á la par que es el resultado de una profunda meditacion; amor que se habia infiltrado en su alma gota á gota, amor nacido en la infancia y fortalecido en la pubertad, amor que alimentándose de su misma savia espera tranquilo el dia de su recompensa, sin que le turbe ni le inquiete no ver realizadas sus aspiraciones.

Virginia contaba diez y nueve primaveras, sir Cárlos cincuenta inviernos; pero nunca á la jóven huérfana se le habia ocurrido pensar en esta gran diferencia de edades.

Bien es verdad que para Virginia, la belleza del alma, la bondad del corazon, tenian mas encantos que la hermosura del rostro y la juventud.

Además, sir Cárlos era uno de esos hombres que pueden impunemente quitarse una docena de años de su fé de bautismo; naturalezas que se estacionan, y sobre las cuales pasa el tiempo sin imprimir sus profundas huellas.

Virginia leia, lady Growen dormitaba, cuando se abrió el portier y asomó una cabeza.

Era la de Horacio.

El péndulo que adornaba la chimenea dió en este momento doce campanadas.

—Buenas noches, hermana mia, dijo el pintor entrando en el gabinete.

Esta voz hizo abrir los ojos á lady Catalina; tal vez en este

momento la intachable inglesa se avergonzó de haberse dormido.

Horacio dió un beso en la frente de su hermana, y despues de saludar á lady Growen, se sentó en una silla.

—Me tienes olvidada, dijo Virginia dejando el libro sobre el velador.

—Di mas bien, querida hermana, que se va apoderando de tí cierto carácter misántropo, impropio de tu lindo rostro y tus diez y nueve años.

—Me calumnias: los misántropos son indiferentes á todo, y yo me intereso mucho por tu felicidad; y la prueba de ello es que me has tenido toda la noche impaciente, esperándote, porque supongo que tendrás que contarme algo... ¿qué digo algo? tal vez mucho.

—¡Oh! ¡ya lo creo!

Y Horacio, bajando la voz, continuó:

—Pero la gravedad de lady Growen me coarta: si estuviéramos solos...

Virginia, que sin duda comprendia de lo que le iba á hablar su hermano, dijo dirigiéndose á su aya:

—Lady Catalina, ¿quiere usted tener la bondad de mandar que nos dispongan unas tazas de té?

Lady Growen salió de la habitacion.

—Ya estamos solos, dijo Virginia.

—Sí, pero lady Catalina no tardará mucho en volver.

—Te equivocas, hermano mio: nó vendrá hasta que yo la llame. ¿Crees tú que ella no ha comprendido que el té es una excusa para quedarnos solos?

—¡Ah! entonces...

—Puedes hablar cuanto gustes y lo que quieras: lady Gro-
wen no ha de venir á molestartos.

—Para probarte mi egoismo, comenzaré hablándote de mi
persona.

Horacio cogió una de las lindas manos de su hermana, y
fijando en ella una mirada radiante como la felicidad, repuso
de este modo:

—Hoy he bosquejado el retrato de la encantadora hija del
conde de Balboa.

—Supongo que ese retrato será para tí una obra de arte.

—Por lo menos será una obra de entusiasmo.

—¿Tanto amas á esa jóven?

—¿La crees tú indigna de mi amor?

—No digo eso.

—Entonces...

—Te hago una pregunta con todo el interés que me inspi-
ra tu felicidad.

—Pues sí, hermana mia, la amo con delirio, con locura.
¡Oh! no puedes pensarte el vehemente deseo que tengo de que
seais amigas. Anita es una de esas encantadoras criaturas que
se presentan de tarde en tarde en el camino de la vida. Verla
y no amarla es tan imposible como tocar las estrellas con la
mano, como detener la marcha de la tierra con el simple alien-
to de un mortal.

—Hablas con el entusiasmo de un artista enamorado; pero
indudablemente tú no te has detenido á reflexionar las dificul-
tades que puede proporcionarte ese amor.

—Yo solo sé que amo y soy correspondido.

—¿Anita te ama?

—Así debo creerlo al menos.

—¿Y juzgas tú ese amor bastante firme, bastante sólido para realizar tu felicidad?

—No mienten aquellos ojos, no fingen aquellos labios; la pureza de un alma casta resplandece en el fondo de sus pupilas; el candor de un corazón sencillo se deja ver á través de la pura sonrisa de sus labios.

—Dios quiera que esa jóven te haga el mas feliz de los mortales.

—Te prohibo que dudes del amor de Anita.

—¡Libreme Dios de calumniar á nadie!

—Además de lo que yo he podido adivinar, tengo un aliado que trabaja en favor mio.

—¿Y quién es ese amigo generoso?

—Tú le conoces.

—¿Cómo se llama?

—Juan Antonio García.

—¿Quieres que te dé mi opinion con respecto á ese jóven?

—¿Por qué no?

—Juzgo, aunque lo he tratado poco, que Juan Antonio es demasiado superficial, demasiado egoista para que pueda interesarle la felicidad ajena.

—No hablarías así de él si le hubieras oido esta mañana.

—¿Tuvo algun rasgo de elocuencia oratoria?

—Vino á verme á mi estudio, me trajo noticias bastante halagüeñas de Anita; porque has de saber que Juan Antonio la trata con íntima confianza.

—¿Quieres seguir mi consejo?

—Veamos.

—Pues bien: procura no estrechar relaciones muy íntimas con ese hombre.

—¿Tienes algun motivo para que te inspire desconfianza?

—No.

—Entonces no comprendo tus temores.

—Serán infundados; pero lo cierto es que ese jóven me inspira la mayor indiferencia.

—¡Pobre Juan Antonio!

—¿Por qué dices eso?

—Porque esta noche venia cerca de tí con una embajada de mi amigo.

Virginia fijó sus hermosos ojos en su hermano.

—¿Y qué embajada es esa?

—Juan Antonio es un buen muchacho.

—No lo pongo en duda.

—Me quiere como un hermano... me ha dado pruebas de su cariño.

—Tambien lo creo.

—Le debo además algunos favores.

—Pero bien: ¿á qué viene todo eso? No parece sino que estás como los mercaderes enalteciendo el género que quieres vender.

—Puede que aciertes, repuso Horacio sonriendo, porque mi amigo se halla locamente enamorado.

—¿De mí?

—Precisamente.

—¡Ah, querido Horacio!

Virginia pronunció esta exclamacion y este nombre con verdadero sentimiento.

—¿Te entristece el que un jóven de las condiciones de Juan Antonio te ame?

—Escucha, contestó Virginia acariciando una de las manos de Horacio: ¿dudas de que yo te amo con toda mi alma?

—No.

—¿Crees que yo daría mi vida por salvar la tuya?

—Tengo seguridad de ello.

—Pues bien, Horacio: yo, que me hallo dispuesta á hacer el sacrificio de mi existencia en favor de un hermano querido, no puedo concederle lo que ahora me pide.

—¡Cómo! ¿Rechazas una proposicion tan ventajosa?

Virginia, sin dejar su dulce sonrisa, indicó que sí con un gracioso movimiento de cabeza.

—No lo has pensado bien: Juan Antonio es un buen partido.

—Lo será para otra: no lo puede ser para mí.

Horacio, que no esperaba le diera una negativa, pareció disgustarse.

—Mira, hermano mio, repuso Virginia comprendiendo el disgusto del pintor: conozco que estás enojado conmigo; pero es una injusticia. Juan Antonio será un jóven elegante, bien educado, bello, rico y con talento: quiero concederle todas esas cualidades; pero ¡qué quieres! el corazon humano, y en particular el de la mujer, es escesivamente caprichoso. Sin duda por eso el jóven que haría la felicidad de otras muchas me es á mí indiferente.

—Pero preciso será que confieses que esa indiferencia ni tiene lógica ni aplicacion posible.

—Perdona, hermano mio: la tiene y voy á darte una razon.

—Veamos: nadie mas que yo tiene deseos de persuadirme que no me asiste la razon.

—Voy á probarte que no la tienes. Responde: si una princesa, jóven como yo, bella como pinta la tradicion á Elena, rica como Creso, el último rey de Lidia, fuera á decirte:—Olvida á la hija del conde de Balboa y ámame á mí,—¿qué dirias?

—¡Dejar á Anita por otra mujer! ¡Jamás! La amo demasiado, respondió con vehemencia Horacio.

—Eso precisamente me he dicho yo al oir la proposicion que me has hecho.

—¿Luego tú amas á un hombre?

—Con todo mi corazon.

—Y ese amor, ¿es un secreto para mí? repitió Horacio con marcadas muestras de asombro.

—Lo es para todo el mundo; y no debes ofenderte, pues á tí es al primero que lo revelo.

Horacio, sorprendido ante la revelacion de su hermana, preguntó bajando la voz.

—¿Y quién es ese hombre?

—El mejor del mundo.

—Bien, bien; pero dime su nombre.

—Te lo diré con una condicion.

—¿Cuál?

—Que guardarás el secreto hasta que yo te permita revelarle.

—Te lo prometo.

Virginia acercó hácia su boca la cabeza de su hermano, y le dijo muy bajo al oido:

—El hombre que amo con toda mi alma es nuestro querido protector sir Cárlos Holt.

Horacio no pudo contener un grito.

Virginia puso su linda mano sobre los labios de Horacio, diciéndole al mismo tiempo de un modo encantador:

—¡Silencio! Lo que acabo de revelarte es un secreto de mi corazón que ignora todo el mundo menos mi buen hermano Horacio.

—¿Y él también?

—¡Oh! repuso la jóven ruborizándose: él es el primero que lo ignora; él lo ignorará siempre. Ahora, vamos á tomar nuestra taza de té con la armonía de dos hermanos que se aman mucho y que no se ocultan nada.

Horacio murmuró en voz baja:

—Juan Antonio queda derrotado, y yo no puedo nada contra su rival. Verdaderamente las mujeres son caprichosas en grado superlativo. Sir Holt puede ser casi abuelo de Virginia.

Horacio se encogió de hombros, pero allá en el fondo de su corazón pensaba que su hermana, si bien le daba una muestra de escentricidad en amor, en cambio le daba una prueba sublime de agradecimiento.

CAPITULO XIII.

Proposiciones de un leal servidor.

Mas temprano que de costumbre se presentó Bautista García en casa del conde de Balboa.

Don Alejandro le recibió en la cama.

—¿Qué ocurre? preguntó.

Bautista se sonrió, y colocando una silla á la entrada de la alcoba, dijo:

—El señor conde hace mal viviendo sobresaltado: yo velo por su seguridad.

—Lo sé; pero eso no puede tranquilizarme del todo. ¿Vió tu hijo al pintor?

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho del cuadro?

—Horacio ignora la verdadera historia de aquel capricho.

—Di mas bien que no querrá revelarla.

—Si usted conociera á fondo al pintor no dudaria de sus

palabras: nada tan ingénuo, tan sencillo como ese jóven; pero el señor conde puede tener la seguridad de que yo no descansaré hasta que sepa si Carlos Holt conserva aún en su memoria la noche fatal en que mató á su esposa, y sobre todo si sabe el nombre del amante afortunado. Esto es lo esencial para que nos preparemos.

—Sí, Bautista, sí; porque de lo contrario, la presencia de ese hombre será siempre un continuo sobresalto.

Y el conde exhaló un suspiro.

—Yo pienso de otro modo que el señor conde, repuso Bautista: á mí me gustan las situaciones despejadas.

—¿Y qué harías?

—Usted tiene todos los viernes una pequeña reunion de confianza. Pues bien: se busca un pretesto y se invita á sir Holt.

—Creo que tienes razon.

—Se le trata desde cerca, se le habla de su país, se le conduce al terreno que uno desea con prudencia y cordura.

—Pero ¿aceptará la invitacion?

—¿Quién lo duda? Y la aceptará con doble gusto si se invita á la vez á Horacio y Virginia, jóvenes que quiere como si fueran hijos suyos.

El conde se quedó pensativo.

—Y á propósito de Virginia, repuso Bautista: ¿no sabe usted, señor conde, que mi hijo Juan Antonio está locamente enamorado de esa jóven?

—¿De la hermana del pintor?

—De la misma. Anoche me decia que seria capaz de suicidarse si Virginia rechazaba su amor.

—¡Bah! Juan Antonio es demasiado positivista para que atente á su vida.

—¡Oh! no debe uno fiarse mucho: el amor cambia los caracteres; y por lo que pueda suceder, bueno es que usted, señor conde, se tome un poco de interés por mi hijo.

—¿Qué puedo yo hacer por él?

—En estas circunstancias mucho.

—Explícate.

—Sabido es que Horacio ama á Anita, y que á esta no le es indiferente el pintor.

—Bien, ¿y qué?

—Muy sencillo: usted procura que Anita se interese por Juan Antonio, y logrado esto, su hija de usted puede intervenir favorablemente en el asunto.

—Pienso que nunca es conveniente mezclar á las jóvenes inocentes en las intrigas dramáticas de la vida.

—Señor conde, cuando una muchachá ama y es amada, cuando se cree feliz con el amor que siente y el amor que inspira, en su corazón se reúne tan inmensa cantidad de benevolencia, de ventura, que se halla dispuesta á servir á todos los amantes desdeñados del mundo. Si la señorita Ana se interesa por mi hijo, si habla á Horacio, si este y su hermana Virginia son invitados para las reuniones de confianza, creo que Juan Antonio...

—No, Bautista, no; mi hija no se mezclará en los amores de Juan Antonio.

El conde pronunció estas palabras con energía.

Bautista fijó una mirada dura, severa, en aquel de quien era cómplice, y dijo:

—El señor conde ama á su hija, y creo que me permitirá que yo ame y me interese por mi hijo.

—¿A qué viene eso? preguntó.

—Para demostrarle que lo que acabo de pedirle costaria muy poco al señor conde y serviria de mucho á Juan Antonio.

—¡Oh! eres terco y testarudo.

—Soy padre.

Bautista, con la apariencia de humildad, dominaba siempre al conde, cuyo valor iba disminuyendo á manera que aumentaba el amor que sentia por su hija.

Don Alejandro comenzó á vestirse sin llamar á su ayuda de cámara.

Bautista, que para el conde no olvidaba nunca su antiguo oficio, le ayudó como en otro tiempo.

—Vamos, señor, repuso procurando dar á sus palabras una entonacion festiva; vamos, señor, es preciso que confiese usted que se le va volviendo un geniecillo de pocos amigos. Antes era usted mas condescendiente con sus leales servidores.

El conde seguia vistiéndose y guardando silencio.

—¡Válgate Dios y qué poca oportunidad he tenido! repuso Bautista con hipócrita entonacion: verdaderamente, mi hijo Juan Antonio es bien desgraciado.

—¡Desgraciado! esa es una queja injusta que diriges al destino. ¡Desgraciado tu hijo!

—Y tanto como lo será si usted y la señorita no se interesan por él.

El conde hizo un movimiento de disgusto y fué á sentarse en una butaca.

Bautista fijó su penetrante mirada en su cómplice, y dijo con una energía que hizo estremecer á don Alejandro:

—Pues ello es preciso... y pido de antemano perdon al señor conde si insisto en el mismo asunto.

—¿Te has propuesto desesperarme? Además, ¿qué ventajas proporcionará á tu hijo el enlace con una jóven como Virginia?

—Esa no es cuenta nuestra. La felicidad de mi hijo es antes que todo.

—Pues bien, pide tú su mano á Horacio.

—Eso seria arriesgar el éxito. Es usted el que la ha de pedir, porque á usted no se atreverá á negar nada el pintor.

—Pero ¡testarudo! ¿No conoces que si yo le pido la mano de Virginia, tendré que concederle la de mi hija?

—Justamente.

—¡Ah! ¿Y por eso...

El conde no terminó; pero un profundo suspiro se escapó de su pecho.

Después de una pausa, dijo con reconcentrado y triste acento:

—Bautista, eres un ingrato.

—El señor conde me ofende; y si no tuviera la seguridad de que antes de mucho se arrepentirá de esa ofensa, seria esta la última vez que tendria el honor de ofrecerle mis respetos.

—¡Véte al diablo!

Bautista, conociendo que nada lograria en aquel instante, pidió permiso para retirarse.

—¿No quieres almorzar conmigo? le dijo el conde.

—No puedo, contestó Bautista con gravedad.

Y saludando, salió del dormitorio.

El conde, al quedarse solo, se llevó las manos al rostro y exclamó con profundo dolor:

—¡Ah! lo que á mí me sucede es justo, muy justo. Los lazos del crimen son de hierro y no pueden romperse con facilidad. ¿Por qué me estraño de las exigencias de ese hombre á quien he colmado de beneficios, á quien he enriquecido? ¿Por ventura, no tiene derecho á pedirme, si se le antoja, la mano de mi hija?

Dos lágrimas de fuego brotaron de los ojos del conde, y un gemido se escapó de su pecho.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró.

En este momento se abrió la puerta, y una vision encantadora, blanca como la conciencia, risueña como la primavera, se deslizó por la alfombra sin hacer ruido.

Llegó hasta donde se hallaba el conde y se detuvo.

Era Anita.

Don Alejandro permanecía inmóvil, y de vez en cuando se escapaban ahogados sollozos de su pecho.

Ana dejó de sonreirse.

Su pura y hermosa frente se contrajo ligeramente, y rodeando de improviso con sus brazos el cuello de su padre, le dijo con una voz dulce, con un acento que salia del fondo de su alma:

—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

El conde lanzó un grito y quiso enjugarse precipitadamente las lágrimas; pero Anita, que se habia sentado sobre sus rodillas y que continuaba abrazada, repuso:

—No me lo ocultarás: tú lloras; yo quiero saber por qué.

El conde se estremeció, como si aquella pregunta inocente de su hija hubiera penetrado en su pecho rasgándole la carne.

—¿Por qué callas? ¿Por qué no me dices la causa de tu pena? ¿Tienes secretos para mí? ¡Oh! eso seria una injusticia. Cuidado conmigo, señor conde, porque ya sabe usted que soy rencorosa.

Y diciendo esto, dió un beso en la frente y enjugó con sus lindos dedos las lágrimas que oscilaban en las pestañas de su padre.

CAPITULO XIV.

Una gota de bálsamo.

Don Alejandro cogió á su hija por la cintura, la separó un poco para verla mejor, y dijo con la vehemencia de un padre verdaderamente enamorado:

—Eres el ángel de mi guarda, la alegría de mi corazón. Me amas mucho, ¿no es verdad, Ana?

A pesar de su encantador aturdimiento, la jóven comprendió que algo extraordinario sucedia á su padre.

—¿Qué tienes? ¿qué te sucede? ¿por qué me diriges esa pregunta que me ofende? ¿por qué veo las lágrimas en tus ojos, el dolor en tu semblante? ¡Ah, padre mio! no me ocultes nada; quiero saberlo todo, porque nadie tiene tanto derecho para consolar á un padre como una hija.

Estas palabras, pronunciadas por una boca pura como el crepúsculo de la mañana, nacidas de un alma sencilla, caye-

ron sobre el corazon del conde como el rocío de las estrellas en el cáliz de las flores.

No pudo responder, porque hay momentos en que el sentimiento anuda la voz en la garganta; pero reclinando la cabeza sobre el hombro de Ana, guardó silencio y suspiró.

Las lágrimas son contagiosas. Anita lloró tambien, sin comprender el dolor que motivaban las de su padre.

Durante algunos momentos, ambos guardaron silencio.

Por fin Ana alzó su hermosa frente, y cogiendo la cabeza de su padre con sus pequeñas manos, dijo:

—Vamos, ni quiero que tú llores, ni quiero yo llorar mas. Me disgustan las lágrimas.

Y enjugó los ojos del conde.

—Hablemos como dos personas formales: cuéntame tus penas, volvió á decir; nadie tiene mas derecho ni mas interés en consolarte que yo. Habla.

El conde comenzó á serenarse, y á manera que la tranquilidad renacia en su espíritu, fué comprendiendo que habia cometido una imprudencia dejándose llevar delante de su hija de un instante de debilidad.

—Tienes razon: basta de lágrimas, dijo. Verdaderamente he sido un niño; ni yo mismo podria explicarme por qué ha sucedido todo esto. Soy feliz; ¿y cómo no serlo, teniendo una hija como tú?

Anita se quedó contemplando á su padre.

—Tú me ocultas la verdad!

—No hablemos mas de esto.

—Sí, sí, hablemos; quiero saber lo que te sucede. ¿Te oculto yo nada?

—No, hija mia; y te doy las gracias por la confianza que me inspiras.

—Entonces, preciso será que confieses que no me tratas como merezco, ó como se dice familiarmente, que no me pagas con la misma moneda.

—Pues bien, hija mia: ya que me exiges que te revele la causa de estas lágrimas que has sorprendido en mi semblante, te diré que cuando tú entraste estaba pensando en tu buena, en tu querida madre, que perdiste antes de tener uso de razon para conocerla.

El conde de Balboa, que abdicaba su fuerza de voluntad ante los caprichos y las exigencias de su hija, temiendo prolongar aquella escena, no habia vacilado en mentir para terminarla.

Anita, al recordarle á su madre, se quedó pensativa y triste, pareciéndole lo mas natural del mundo que el autor de sus dias dedicara de vez en cuando una lágrima y un pensamiento á aquella á quien tanto habia amado en otro tiempo.

—¡Pobre madre mia, á quien apenas conocí! repuso Anita. Si la muerte no hubiera sido tan cruel con ella, hoy la tendríamos á nuestro lado, y nuestra felicidad seria completa.

Y luego, haciendo un gracioso movimiento de cabeza, continuó:

—Pero Dios ha puesto el consuelo cerca del dolor: no quiero que te aflijas, puesto que el mal no tiene remedio.

Anita dirigió una mirada al reloj de la chimenea.

—Son las diez. Voy á dejarte.

El conde miró á su hija sonriéndose.

—¿A qué hora viene Horacio?

- A las doce.
- Entonces almorzaremos á las once.
- Porque hoy la sesion será mas larga. ¡Ah! me olvidaba: voy á reprenderte.
- ¿Por qué?
- Porque no has invitado á Horacio para que asista á nuestras reuniones de confianza.
- Tienes razon: le invitaré hoy; y al mismo tiempo le suplicaré que traiga á su hermana y á su protector sir Carlos Holt.
- ¿Es ese el inglés grave que va al palco de Virginia? Creo que es mudo.
- El mismo.
- Con muchos contertulianos como él no nos faltaria sueño.
- Dicen sin embargo que es hombre muy instruido.
- En fin, con tal que venga Horacio...
- Vendrá.
- ¿Qué bueno eres!
- ¡Ya lo creo! digo que sí á todos tus caprichos...
- Soy tu hija única.
- Con tal de que algun dia no me arrepienta de mi condescendencia...
- Te prohibo que augures nada malo. Adios.
- Y Anita dió un beso á su padre y salió de la habitacion, encaminándose con la rapidez de una gacela á su tocador.
- Allí la esperaba Rosa.
- Como el dia anterior, entre la doncella y la señorita tuvo lugar una de esas encantadoras escenas salpicadas de nimiedades, de pequeños detalles.

Nada parecía bien á Anita, y sin embargo, Rosa no se atrevia á dar su parecer.

A las doce, con una puntualidad de albañil, Horacio se presentó en casa del conde.

Fué introducido en el salon, y se le dijo que tuviera la bondad de esperar, pues los señores se hallaban terminando el almuerzo.

Horacio cogió la paleta y los pinceles, y se puso á pintar el fondo del lienzo.

Cuando entró Anita con su padre, le dijo:

—¿Sin mi permiso?

Horacio corrió á estrechar las manos de los señores de la casa.

—Mataba el tiempo ensuciando el lienzo, dijo.

—Cuando usted guste, repuso la jóven.

Anita se sentó en la silla, el conde en el sofá, y el pintor comenzó su tarea.

Aquella sesion duró tres horas.

La hermosa cabeza de Anita iba destacándose por momentos del fondo del lienzo y adquiriendo un notable parecido.

Horacio pedia en silencio á la diosa del arte le concediera la inspiracion y toda la delicadeza que otorgó á Rafael para retratar á Fornarina.

De vez en cuando los dos amantes cambiaban, ó una mirada de inteligencia, ó una palabra que solo podia tener importancia para ellos.

A las tres de la tarde, el conde dijo:

—¿No tienes lástima del pobre pintor?

Anita se levantó, y Horacio dejó la paleta y los pinceles.

Entonces el conde invitó al joven artista para que frecuentara las reuniones de confianza que daba todos los viernes por la noche.

—No olvide usted de traer consigo á su hermana, y mucho me honraria ver en mi casa al noble sir Carlos Holt.

—Creo, señor conde, que sir Carlos aceptará con gusto el ofrecimiento.

Al salir el conde de su casa, encontró en uno de los corredores á su hija.

—Supongo que estarás contenta de mí, le dijo.

—¿Y cómo no estarlo, siendo tan bueno?

El conde cogió con el índice y el pulgar de la mano derecha la barba de su hija, y le dió un beso en la frente.

LIBRO CUARTO.

GENARO.

CAPITULO PRIMERO.

El Parador Nuevo.

Benasque es una pequeña villa de ochenta vecinos que recibe con igual cordialidad á los franceses que á los españoles.

Situada cerca de la frontera, protegida por el antiguo y fuerte castillo que fundó Felipe II en 1592, y que sirve por decirlo así de puerta al país vecino, se ocupa poco de los acontecimientos políticos ni del estado financiero de la Bolsa.

Los vecinos de Benasque viven, ó por mejor decir, vejetan orgullosos de la salud de su hermoso valle y de los dos manantiales de aguas medicinales en donde la incesante idea de especulacion ha levantado un establecimiento de salud, como llamamos ahora.

En las primeras casas del pueblo que nos ocupa existia un meson montado á la antigua, con su gran abanico colgado

del techo para espantar las moscas en verano, y su inmensa chimenea de campana para calentarse en el invierno.

Llamábase el *Parador Nuevo*, y sin embargo ningún vecino de Benasque recordaba haberlo visto construir.

Era pues el meson una de esas novedades que se caen de viejas, y á las que todo el mundo da el fresco título de *nuevo*.

El tío Martín, su dueño, era un viejo gruñon que, habiendo leído el *Don Quijote de la Mancha* en sus mocedades, recordaba con pena aquellos tiempos de oro de los venteros, comparados con los presentes.

El tío Martín tenía, como suele decirse, unas manos de plata para hacer los cuatro platos favoritos del *Meson Nuevo*; es decir, ajo arriero, conejo estofado, bacalao á la vizcaina y gallina en pepitoria.

Además tenía mano de santo para desnucar un conejo; muerte rápida, instantánea, que indudablemente le agradecian los pobres herbívoros por la limpieza y la prontitud.

Serian las cuatro de la tarde.

El sol comenzaba á cansarse del viejo mundo, y parecía dispuesto á irse á otros hemisferios.

Sus rayos, sin fuerza y oblicuos, caian bañando el ancho portal y el denegrido muro del *Meson Nuevo*.

El tío Martín, sentado en uno de los poyos de la cocina, fumaba tranquilamente un cigarro de papel, que por lo mal liado y lo grueso lo parecía todo menos un cigarro.

Frente por frente del posadero se hallaba una mujer fea como el pecado y gorda como la desvergüenza.

Hilaba y cuidaba al mismo tiempo de dos ó tres pucheros que cocian cerca de la lumbre.

—Parece que tampoco vienen hoy los arrieros de Boltaña, dijo el tío Martin con su voz aguardentosa.

—Aún no se puede decir que no vendrán, contestó la criada.

—Creo que has hecho mal en poner el bacalao y las patatas á la lumbre.

—Si no vienen, fuerza será que se lo coma el primero que éntre por la puerta. Afortunadamente, en invierno no se echa á perder nada; y en bajándolo á la cueva puede durar veinte dias.

El tío Martin nada contestó, porque sin duda se hallaba acostumbrado á vender á sus parroquianos guisos en conserva.

El posadero oyó ruido, volvió la cabeza y vió un hombre pobremente vestido que éntaba en el meson.

—Ya nos hemos salvado, dijo en voz baja y gruñona viendo el pelaje del viajero.

—Y luego, alzando la voz, continuó:

—¿Qué se ofrece?

—¡Toma! bien puede usted pensarlo, dijo el viajero, que no era otro que Genaro, á quien ya conocen nuestros lectores. Cuando se entra en una posada á la caída de la tarde, es porque se necesitan dos cosas: cena y cama.

Aquel hombre hablaba con la desfachatez de un rico, y tenía todas las trazas de un mendigo.

El tío Martin frunció el entrecejo, y disimuladamente dirigió la mano á un largo asador que se hallaba en el rincon del hogar.

Su criada, viendo que su amo se armaba, cogió unas tenazas enormes.

Genaro, que era astuto y que tenia un oido de conejo y una vista de águila, soltó una carcajada y avanzó hasta el hogar.

—Vaya, vaya, tío Martin, dijo con calma apoderándose de un asiento de esparto, especie de taburete que colocó cerca del ventero: no hay que tener cuidado; soy moro de paz, y á pesar de mi apariencia de pobre, pago como un viajero rico.

Estas palabras tranquilizaron al tío Martin y á su terrible aliada.

Genaro dejó el palo y el zurrón en uno de los bancos de la cocina, y luego, volviéndose y fijando una mirada en el posadero, dijo:

—¿No se acuerda usted de mí, tío Martin?

El posadero le miró á su vez, como queriendo buscar en su memoria algo que le recordara la facha y la voz del desconocido.

—No: ¿quién eres? dijo.

—Pues mas de una botella de vino caliente he vaciado en este hogar.

—No recuerdo....

—Bien es verdad que desde entonces hasta ahora ha pasado mucha agua por el rio Gerona; pero ¿adónde está su mujer de usted, la tia Agueda, mas limpia que el sol y mas hacendosa que una hormiga?

Aquel elogio comenzó á humanizar al posadero.

—La pobre Agueda murió hace seis años.

—¡Lástima grande ha sido, y gran pérdida para la casa! Dios la tenga en su santa gracia.

—Amen, exclamaron á la vez la criada y el posadero, pues ambos se preciaban de cristianos viejos y temerosos de Dios.

Genaro sacó del bolsillo de la chaqueta una moneda de cinco duros, y alargándola al posadero, dijo:

—Vea usted si esto es bueno, tío Martín: me lo acaba de dar el administrador del castillo de Balboa; pero yo soy muy torpe para las monedas.

Una moneda de oro es una garantía irrecusable para el viajero.

El tío Martín, sin ninguna desconfianza, se fué hasta la puerta donde habia mas luz, y estuvo examinando con detencion y haciendo sonar la moneda sobre las piedras.

—Buena y bien buena dijo; pero ¿quién es usted?

—¡Válgate Dios y qué poca memoria! ¿No recuerda ya el dueño del *Parador Nuevo* á su antiguo parroquiano Genaro?

—¿Eres tú Genaro?

—El mismo.

—¡Quién diablo habia de decir...

—He envejecido mucho, ¿no es verdad?

—Y tanto, que estás desconocido.

—Los años no pasan en balde ni las penas tampoco. ¡Qué tiempo aquel en que veníamos á este parador los días de fiesta!

—¿Qué se hicieron Bautista y Lorenzo, los dos hermanos que estaban al servicio del castillo?

—Bautista, segun noticias, se halla en Madrid, donde ha hecho fortuna. En cuanto al pobre Lorenzo, ese creo que ha muerto.

—¿Y vienes tú del castillo?

—De allí vengo; pero como el señor conde se halla en Madrid, voy á reunirme con él, pues me quiere tomar á su servicio.

—Me alegraré que hagas fortuna como Bautista.

—¡Bah! soy muy viejo, y la fortuna es mujer y solo hace caricias á la gente jóven.

—¿Quién sabe? Bueno es tener fé y esperanza.

—Eso me decia no hace mucho el administrador al darme el dinero para el viaje; pero en fin, yo voy á Madrid, y una vez allá, el señor conde hará de mi persona lo que tenga por conveniente.

Genaro durante este diálogo habia maquinalmente cogido la moneda de las manos del posadero, guardándola en el bolsillo.

—Vamos á ver: ¿y qué es lo que quieres que se disponga para cenar? preguntó el tio Martin reconciliándose por completo con el huésped.

—Yo soy hombre de buen estómago: cenaré lo que usted me dé. En cuanto á la cama, prefiero uno de los bancos del hogar; al amor de la lumbre, cuando se tiene una zalea por colchon, no se duerme mal.

—Arriba hay un cuarto y una buena cama: ¿para quién mejor que para tí?

—En fin, allá veremos; donde usted disponga.

Y Genaro, que indudablemente estaba cansado, se apoderó de uno de los poyos del hogar, tumbándose horizontalmente como el que se dispone á dormir.

En este momento comenzó á oscurecer.

La criada se puso á encender el candil, y el tio Martin,

oyendo pisadas de caballos en el camino, se dirigió hácia la puerta, murmurando en voz baja:

—Creo que tenemos huéspedes. Con tal que sea gente de arraigo... porque bien nos hace falta. El oficio de ventero está perdido.

CAPÍTULO II

Un ojo que observe y un oído que escuche.

Los ginetes entraron en el Parador. Dieron
El Sr. Martín era hombre católico y al volver, se dijo:
—Estos dos están por acá.
e inmediatamente con toda la amabilidad de un posadero
que se dispone a desquitarse al mismo por haberle dicho:
—¿Qué hora es? Los señores quieren descansar esta noche
en el parador.
—Por eso entraron en el parador, contestó uno de los
ginetes.
El Sr. Martín cogió los caballos de la bodega mientras el Sr.
Martín y el conde iban a dar un paseo por las calles.
Salieron al parador y fueron a sentarse junto al fuego.
La noche se presentaba fría y desagradable.

CAPITULO II.

Un ojo que observa y un oído que escucha.

Dos ginetes entraron en el *Parador Nuevo*.

El tío Martín era hombre conocedor, y al verlos, se dijo:

—Estos dos valen por seis.

Inmediatamente, con toda la amabilidad de un posadero que se dispone á desplumar al mismo que acaricia, dijo:

—Supongo que los señores querrán descansar esta noche en el parador.

—Por eso entramos en él, buen amigo, contestó uno de los ginetes.

El tío Martín cogió los caballos de la brida mientras echaban pié á tierra.

Santafé y el coronel Ems entregaron sus modestas cabalgaduras al posadero, y fueron á sentarse junto al fuego.

La noche se presentaba fría y desagradable.

Antes de separarse de los caballos, el doctor Santafé sacó de una alforja un paquete que conservó en la mano.

Genaro había visto entrar á los viajeros, y no apartaba de ellos los ojos. Sin embargo, cualquiera al verle hubiera dicho que estaba dormido.

Ni el coronel ni el doctor se apercibieron que cerca del sitio donde se habían sentado se hallaba un hombre.

Bien es verdad que la cocina era grande, y solo se hallaba alumbrada por la pobre luz de un candil.

—De aquí á Boltaña, dijo el doctor, nos quedan diez leguas.

—Y no tenemos mas remedio que caminarlas montados en nuestros pobres rocines, contestó Ems.

—Podemos hacer mañana esa jornada.

—¿Resistirán los caballos?

—Tienen buen paso castellano.

—Pero mala estampa.

—Hé aquí lo que son las circunstancias de la vida: usted, querido Ems, no daría con ninguno de esos caballos un paseo por la Fuente Castellana.

—¿Quién lo duda? Y á propósito de los caballos: será preciso encargar al mozo de cuadra que los trate bien, aunque nos cueste caro. La jornada de mañana es larga.

Y fijándose en el lio que el médico llevaba en la mano, continuó:

—Veo, querido doctor, que no deja usted esos papeles.

—Son de mucha importancia para que yo me separe de ellos.

—Efectivamente: sobre todo para nosotros. ¡Oh! el conde daría un millón por ellos.

Al oír la palabra millon, Genaro se estremeció, y abriendo un ojo con mucha cautela, fijó una mirada codiciosa en los papeles que tenía el médico sobre las rodillas.

—Los caballos están desensillados y con un buen pienso delante, dijo el tío Martín presentándose en la cocina.

—Ruego á usted, señor posadero, dijo Santafé, que se trate bien durante la noche á las pobres bestias: hoy han comido mal, y mañana les queda una buena jornada que andar.

—Se les darán tres piensos: creo que es bastante.

—Mejor es que se les den cuatro.

—Será mucho.

—No.

—Como ustedes gusten.

Y el tío Martín, alzando la voz, dijo á la criada.

—Maruja, dispon el cuarto número 1 para estos señores, y llévalas allá un buen brasero de rescoldo para que se caldee la habitacion.

La criada encendió otro candil y desapareció por una ancha escalera que conducía á las habitaciones altas del edificio.

—Ahora, ustedes dirán qué es lo que desean para cenar, que dispuestos á servirles estamos.

—Suponiendo que tendrá usted huevos y gallinas, puede usted disponer dos platos á su gusto.

El tío Martín se dirigió también hácia la escalera.

Santafé y Ems se creyeron solos, y acercando dos asientos al fuego, comenzaron el siguiente diálogo:

—Desde que estos importantes documentos se hallan en mi poder, que un temor me preocupa, dijo el médico. ¿Podrá el conde, aunque lo desee, devolvernos á nuestros pobres niños,

á mi querida esposa? ¿Qué será de ellos despues de tanto tiempo?

Estos temores preocuparon tambien al coronel, que tomando una actitud meditabunda repuso:

—Cuando un hombre que por espacio de muchos años ha alimentado un deseo en su corazon se aproxima al término de sus afanes, el temor de un desengaño, terrible mas que la misma muerte, le espanta.

—Ante la imposibilidad material de que el conde nos devuelva lo que tan legítimamente nos pertenece, ¿qué podremos hacer nosotros?

—Vengarnos, murmuró en voz baja el coronel.

—Querido Ems, esa será siempre una pobre satisfaccion de la humanidad.

Aquí guardaron ambos silencio.

Genaro, que no habia perdido ni un gesto ni una sílaba de los dos viajeros, comenzó á entrever un filon de oro que avanzaba hácia él.

Veamos cómo discurría el viajero andrajoso que se hallaba tendido en el poyo del hogar.

—Ó mucho me engaño, ó ese conde á quien aluden es el de Balboa, y esos niños los del pobre médico de Viella. ¿Quiénes serán? Dicen que tienen papeles importantes... Si esos papeles llegaran á mi poder, el negocio era redondo. Si yo pudiera robarlos... Es muy difícil. Si me ayudara el tío Martín, con algunos miles de reales le haria mi complice; pero me falta el verdadero resorte de seduccion, el oro: lo que poseo no es suficiente para una empresa de este género. ¿Qué haré? Segun parece, no me han visto: permanezcamos quietos. La

casualidad es muchas veces madre de los grandes acontecimientos.

Esto pensó Genaro durante la corta pausa de los dos personajes que espiaba.

—Tiene usted razon, querido doctor, dijo el coronel: la venganza es un placer mezquino. Otra cosa es lo que nosotros debemos buscar: hácia otro punto deben dirigirse nuestros pasos.

La presencia del tio Martin cortó la palabra al coronel Ems.

—Supongo que los señores, dijo, querrán cenar arriba, en el cuarto que se les ha dispuesto.

—Sí: puede usted conducirnos, contestó el doctor.

—Vamos allá.

El tio Martin, delante, con un farol en la mano, se encaminó hácia la escalera.

Ems y Santafé le siguieron.

Entonces Genaro, incorporándose un poco, les acompañó con la vista.

—¡Ah! se dijo hablando consigo mismo: muchas veces quisiera uno volverse mosquito y penetrar sin ser visto en las habitaciones. ¡Qué de cosas podrian saberse! ¡cuántos secretos de la mayor importancia descubrirse! Y un secreto que se sorprende, es muchas veces una fortuna que se le viene á uno á la mano.

Genaro se quedó pensativo.

De pronto hizo un gesto de indiferencia, y se dejó caer en su modesta cama, murmurando:

—¡Bah! puede que todo ello no valga la pena de que se estienda la mano para cogerlo.

Poco despues el tio Martin le sacudia por el brazo, diciéndole:

—¡Arriba, Genaro, arriba! Vamos á cenar.

Genaro, que no dormia, hizo como si le despertaran en lo mas dulce de su sueño.

—¡Ah! ¿es usted, señor Martin? ¿qué ocurre?

—La cena nos espera.

—¡Santa palabra!

Genaro se levantó, y fué con el posadero á sentarse junto á una mesa, donde en un ancho plato de barro humeaban unas patatas guisadas con bacalao.

Ambos se pusieron á cenar con buen apetito, remojando de vez en cuando el guiso con sendos tragos de vino.

CAPITULO III.

Un recurso gastado.

Cuando la cena de los dos camaradas tocó á su fin, cuando con el último bocado de queso y el postrer vaso de vino se echó mano del cigarro, comenzó este diálogo:

—He cenado como un príncipe, dijo Genaro.

—Tambien lo he hecho yo bien.

—Allá va un cigarro.

—Venga y fumemos.

—¿Tiene usted aguardiente?

—¡Pues ya lo creo!

—No vendrá mal una copa.

El tio Martin se levantó, sacó una botella de un armario y la puso sobre la mesa.

Mientras tanto, la criada preparaba la cena de los huéspedes en el hogar.

—Si el hombre no fuera un animal de reata, un burro de

rutina, dijo Genaro con la calma del que reflexiona lo que va diciendo, sus miras solo debian reducirse á hacerse rico sin reparar en los medios.

—Dices bien, Genaro, repuso el mesonero saboreando el aguardiente; pero la fortuna no siempre se presenta al alcance de nuestra mano, y aunque uno quiera cogerla...

—¡Bah! El hombre escrupuloso es por lo general corto de vista para ver las ocasiones. Usted, tio Martin, habrá tenido mas de una ocasion...

El posadero se encogió de hombros, y dijo:

—Si te he de ser franco, he pasado como sabes toda mi vida entre estas cuatro paredes, y nunca me he visto con cien duros reunidos.

Genaro llenó de nuevo las copas.

—Yo no quiero beber mas: el aguardiente se me sube á la cabeza... me da un sueño que no puedo con él.

—Pues cuando se tiene sueño se duerme, y el hombre entonces es feliz.

—Tienes razon. Pero ¿y los huéspedes del número 1?

—A mí no me causa mas efecto un vaso de aguardiente que un vaso de agua.

—Ya lo sé: recuerdo cómo bebias antes.

—Pues ahora bebo mas.

—Pero ¿qué tiene que ver tu estómago con el mio?

—Lo he venido á decir para ofrecerme yo en todo aquello que usted no pueda hacer.

El tio Martin soltó una carcajada.

—¿Me cree usted incapaz para desempeñar las funciones de un criado de posada?

—Nada de eso.

—Pues entonces viva usted sin cuidado, que si los que están arriba necesitan un hombre que les sirva, yo subiré. Además, eso siempre da importancia. Un parador sin criados pregona la falta de parroquia. El amo no debe servir nunca á los huéspedes.

El tío Martin, que era aficionado de veras al aguardiente, y que veía una ocasion de beber á la salud de su antiguo conocido, apuró la segunda copa.

Genaro la llenó por tercera vez.

—¿Otra? dijo el posadero acariciándola con los ojos y rechazándola con la mano.

—Muchas veces, repuso Genaro como si continuara el hilo de una conversacion interrumpida; muchas veces he tenido ocasion de hacer buenos negocios: por ejemplo, cuando estuve al servicio del ilustre don Alejandro de Balboa. Pero la juventud es aturrida, y sus carcajadas suelen convertirse en lágrimas y suspiros cuando llega uno á viejo.

—¡Cuánta razon tienes!

—El mundo enseña mucho, tío Martin: es el gran libro de los hombres.

El ventero agitó la cabeza en señal de asentimiento y se bebió la tercera copa, preocupado sin duda con la amarga filosofía de su amigo.

Genaro dirigió una mirada de gozo al ventero, cuya cabeza comenzaba á tenerse con poca firmeza sobre los hombros.

—Hace mas de diez y seis años que no nos hemos visto. Yo, aunque no he hecho fortuna, tengo gracias á Dios algunas monedas de oro en el bolsillo.

Y Genaro sacó las que poco antes le había dado el administrador del castillo.

Los apagados ojos del mesonero se reanimaron.

—Esta es para usted, tío Martin.

—¿Para mí? preguntó cogiéndola con codicia.

—Sí, para usted; quiero pagar con largueza la generosa hospitalidad que me concede el dueño del *Parador Nuevo*. Bebamos á la salud de nuestros buenos tiempos.

El tío Martin bebió, olvidándolo todo.

Genaro hacia en aquel momento el trabajo de la araña que pretende coger una mosca.

La criada no se apercibía de nada.

—¡Diantre! dijo el ventero: ¿sabes que empiezo á verte de un modo dudoso, querido Genaro. ¡Hombre, y qué cosa tan rara es esto del aguardiente! Enfria el cuerpo y calienta la cabeza.

Genaro llenó otra vez la copa del ventero.

—Bueno... bueno... tú te has propuesto emborracharme... tanto mejor... me acostaré... y tú servirás á esos señores. Así como así, hace mucho tiempo que no he tomado ninguna...

La criada apartó del fuego una de las cacerolas, y dijo:

—Señor Martin, cuando usted guste puede servir la cena á los señores del *uno*.

El ventero soltó una carcajada.

—¡Bueno estoy yo para cenas!

—No hay que apurarse: yo subiré, dijo precipitadamente Genaro.

Y se levantó.

—Sí, hombre, sí... toma tú el gobierno de la casa... porque el amo no está para nada.

—¿Cuándo se quitará usted ese vicio? dijo la Maritornes con agrio y destemplado acento.

—¡Hola! ¿me reconviene?... Cuidado conmigo... yo hago lo que quiero... lo que me da la gana... ¿lo entiendes?

La criada refunfuñó en voz baja.

Genaro dijo:

—Todo se arreglará. Voy á ver si esos señores quieren cenar: nada me cuesta servirles.

—Eres un buen muchacho.

Y diciendo esto, el ventero dejó caer la cabeza sobre la mesa.

Genaro no esperó nada mas; subió precipitadamente al piso principal, cuarto número 1, en donde se hallaban conversando alrededor de un brasero Santafé y el coronel Ems.

—¿Dan ustedes su permiso, señores? dijo desde la puerta.

—¡Adelante! dijo Ems volviendo la cabeza, pues estrañaba la voz.

Al ver á Genaro, le preguntó con cierta sequedad:

—¿Qué se ofrece?

—Nada mas que servir á los señores.

—¡Ah! ¿es usted de la casa?

—Soy criado del parador, para lo que ustedes gusten mandar, y venia porque la cena se halla dispuesta.

—Entonces puede usted servirnos aquí.

Genaro, durante este corto diálogo, habia pasado revista á la habitacion.

Sus ojos se habian fijado particularmente en un lio de pa-

peles y un revólver que se hallaban juntos sobre un sofá cerca de la alcoba.

La vista de aquellos objetos le causó una alegría infinita como si una voz secreta le dijera:—Si te apoderas de ellos, tu fortuna está hecha.

• Pero esto le parecia bastante difícil.

Solo un golpe de mano rápido, atrevido, podia hacerle dueño de lo que codiciaba.

Genaro era uno de esos hombres serenos que no vacilan en jugarse la vida.

Además, su larga permanencia en uno de los presidios de Africa, como esplicaremos mas adelante, le habian hecho precavido, prudente y temerario á la vez.

Cuando se ha arriesgado la vida muchas veces sin perderla nunca, se llega á tener una gran confianza, se cree uno invulnerable, y entonces el hombre se convierte en héroe ó en reo de muerte.

El patíbulo ó la gloria son dos caminos á los que conduce un corazon sin miedo.

Genaro salió del cuarto número 1 diciendo:

—Voy á servir á los señores.

CAPITULO IV.

Un golpe de mano.

En la escalera se detuvo y reflexionó.

—El cuarto número 1 tiene una ventana que da al campo; pero esta ventana se halla lo menos á veinte piés de elevacion. El salto es difícil: no me conviene. Además, en las noches frias de invierno como estas todos los agujeros se cierran herméticamente. No puedo por lo tanto ni entrar ni salir por la ventana.

Genaro se recostó sobre la pared de la escalera y meditó.

De pronto sus facciones se reanimaron, y se dijo:

—El todo por el todo. Iré dejando los platos sobre el sofá.

En un momento oportuno cojo los papeles y el revólver, bajo á la cuadra, ensillo uno de los dos caballos, y salgo.

Aquí se detuvo.

—Pierdo mucho tiempo. Es preciso que el caballo esté en-

sillado y abierta la puerta falsa del corral. Una vez en el campo, será difícil que me encuentren.

De pronto cambió de pensamiento.

—¿Sería tal vez mejor escapar á pié? Conozco perfectamente este terreno... un hombre se oculta en cualquier parte... Sin embargo, la primera carrera del caballo...

Genaro perdía tiempo reflexionando lo que más le convenía.

Como se había quedado en el corredor, tuvo un nuevo pensamiento, y quitándose los zapatos, fué á colocarse detrás de la puerta del cuarto número 1.

Aplicó un ojo á la cerradura.

Los dos viajeros permanecían sentados junto al brasero y hablaban en voz baja, pero no tanto que algunas palabras no llegasen á los oídos de Genaro.

Oyó nombrar al conde de Balboa.

Esto fué un nuevo dato para acrecentar sus deseos.

—Indudablemente, se dijo, se trata del conde: necesito tener esos papeles.

Y se ausentó de la puerta.

Al llegar á la escalera se puso los zapatos.

No había decidido nada: dejaba á la casualidad tan difícil empresa.

El tío Martín dormía echado sobre la mesa.

Genaro pidió á la criada todo lo que debía servirse á los huéspedes.

—Aquí en esta cesta, le dijo, tiene usted los manteles, el pan y los cubiertos. Sirva usted esta botella de vino y esta de agua.

—Partiremos la propina, buena moza, repuso Genaro deseando conquistarse las simpatías de la Maritornes, puesto que usted no puede dejar la cocina.

La criada le agradeció la fineza con una sonrisa.

Genaro se pasó la cesta por el brazo y cogió las botellas.

Poco despues se hallaba en el cuarto número 1, arreglando la mesa con el mismo desembarazo que un camarero de fonda.

Genaro dejó la cesta en el sofá cerca de los objetos que codiciaba.

Luego bajó á la cocina por los manjares, y volvió á subir.

El coronel y el doctor se sentaron á la mesa.

Comenzaron á cenar.

Genaro, de pié detrás de ellos, esperaba las órdenes para servirles.

Ellos no podian sospechar nada de aquel hombre.

Además, la jornada les habia abierto el apetito.

Genaro era en aquel instante el gato que espera cazar un raton.

Servia agua y vino y aproximaba los platos con esquisita solicitud.

De pronto, cuando lo creyó oportuno, se acercó al sofá y derribó la cesta sobre los objetos.

Este movimiento fué rápido, nadie se apercibió de semejante cosa.

Poco despues, Genaro salia del cuarto con la cesta al brazo.

Bajó la escalera de un salto. En vez de dirigirse á la cocina, se dirigió al corral, donde estaba la cuadra.

Con una rápida ojeada, y á la débil luz de un farol, vió cuál de los dos caballos le convenia mas.

—Los dos son malos, se dijo; pero este me parece menos malo.

De repente cambió de parecer, corrió á la tapia y quitó la barra que cerraba la puerta falsa del corral.

Un momento despues, marchaba con toda la velocidad de sus fuertes piernas por el campo.

Genaro era prudente, y se dejó la carretera.

Campo atraviesa es mas difícil tropezar con importunos.

Además, aquel terreno le era conocido y la oscuridad de la noche le favorecia.

Durante la primera hora no interrumpió su marcha.

Por fin se sintió fatigado, y se detuvo.

A pesar del frio, gruesas gotas de sudor corrian por su frente.

Se sentó arrimado á una mata, y respiró.

Entonces colocó los papeles en un bolsillo de la chaqueta y el rewólver en el otro.

Genaro hubiera dado todo el dinero que poseia por un rayo de luz para enterarse del contenido de aquellos papeles.

Era preciso esperar que amaneciera, pero no en aquel sitio.

Así que descansó algunos minutos, volvió á emprender la marcha, perdiéndose por un espeso rétamar.

Dejémosle nosotros, y volvamos al *Parador Nuevo*.

CAPITULO V.

Por distintos caminos.

Genaro no habia inspirado la menor sospecha á los dos huéspedes del cuarto número 1.

Que un criado de un meson tenga la fisonomía innoble, que sea mas ó menos romo de narices, que su frente se muestre comprimida por las sienas ó ancha y espaciosa, en poco ó nada influye, siempre que el que se hospeda no sea uno de esos monomaniacos por la frenología que todo lo juzgue segun el sistema de Cubí.

Siguieron pues comiendo como dos viajeros que tienen buen apetito y que han hecho una jornada regular.

Cuando terminaron el primer plato, permanecieron un minuto esperando el segundo.

Como este tardara, cambiaron algunas palabras sobre la prontitud con que se sirve en las posadas españolas.

Pero detrás del primer minuto sucedió el segundo, y á este segundo el tercero.

El criado no parecia.

El doctor sacudió las palmas en señal de llamamiento.

Nadie respondió.

—¿Si se habrá dormido ese estúpido en la escalera? dijo Ems.

—Todo puede ser: criados he visto yo que servian maquinalmente como los sonámbulos.

Aquí los dos huéspedes llamaron á la vez y mucho mas fuerte.

La tardanza comenzó á picar en historia, como se dice en el lenguaje familiar.

El coronel, mas jóven y mas impaciente, se levantó, salió al pasillo y dijo levantando la voz:

—¿Pero no sube ese estúpido á servirnos? ¿ó es que ya se ha concluido la cena?

A esta voz imperiosa y de mando contestó otra femenina con ribetes de varonil que subia desde abajo:

—¿Pues qué no está ahí?

—¿Quién? preguntó el coronel.

—¿Quién ha de ser? el criado.

—Hace un cuarto de hora que se fué en busca del segundo plato. Que se dé prisa con treinta mil de á caballo, si no quiere que se lo diga de otro modo.

La voz que subia desde abajo se perdió, pronunciando repetidas veces este nombre: Genaro.

—Querido coronel, es preciso tomar estos entreactos de la comida de un parador con toda la resignacion de un filósofo.

En estas casas, poco frecuentadas por los pasajeros, no siempre tienen las viandas dispuestas.

—Esto, amigo Santafé, tiene algo de burla.

—¡Bah! es conveniente no hacer caso.

La Maritornes se presentó en la habitación con un plato que puso encima de la mesa.

—¡Ah! ¿viene usted á servirnos? tanto mejor, porque el estúpido del criado tiene unas ausencias irritantes.

—Subo porque no le encuentro, contestó la criada.

—Capáz es, me parece, de irse á dormir dejándonos en el mayor olvido.

—Yo creía que estaba aquí: le he buscado por toda la casa, y no le encuentro; pero no debe haber salido del parador, pues en el poyo de la cocina se halla aún su palo y su morral de lienzo.

—¡Su palo! ¡su morral! repitió el doctor como si aquello le extrañara: ¿pues no es criado de la casa?

—¡Ca! no señor: es un pasajero como ustedes. Vino un poco antes, conocía al tío Martín desde hace muchos años, cuando estaba al servicio del castillo, y como el amo se ha emborrachado, se brindó á servir á ustedes.

Santafé y Ems se dirigieron una mirada, pidiéndose la esplicacion de aquellas palabras.

De repente, y como si una sospecha hubiera venido á revelarles la verdad, el médico se levantó y el coronel hizo lo mismo.

Ambos corrieron hácia el sofá, en donde habian dejado el paquete que contenia los papeles importantes.

Un grito se escapó de sus pechos.

A este grito siguió un momento de pausa, hija de la sorpresa.

—Coronel, dijo Santafé con una calma que heló la sangre del militar: sospecho que hemos sido víctimas de una infamia. ¡Nos han robado!

La criada, al oír estas palabras, retrocedió.

Desde este momento, los dos huéspedes del *Parador Nuevo* comenzaron á revolverlo todo; pero los papeles no parecieron.

La Maritornes, petrificada, contemplaba con muestras de espanto á aquellos hombres.

El coronel cogió á aquella mujer bruscamente por el brazo. Los ojos de Ems brillaron de un modo terrible. Estaba pálido, convulso, era el hombre á quien de improviso se le roba la mas querida de sus esperanzas.

—¡Ay de usted! ¡ay de todos los miserables que han abusado de nuestra confianza, si no parecen los papeles que se nos han robado!

—¡Pero, señorito, yo no sé nada de eso que usted dice!

—Responda á mis preguntas. ¿Por qué no ha venido el dueño del parador á servirnos?

—Yo estaba disponiendo la cena de los señores, cuando el tío Martín...

—¿Quién es ese hombre?

—El dueño de este parador.

—Prosiga usted.

—Pues bien: yo estaba disponiendo la cena, cuando el tío Martín bajó á la cocina y despertó á Genaro, que dormía en uno de los bancos del hogar.

—Ese Genaro ¿es el que últimamente subió á servirnos?

—Sí.

—¿Y estaba acostado en la cocina cuando nosotros llegamos?

—Sí señor.

—¿Y dice usted que no era criado de la casa?

—No señor, repuso la criada temblando.

Ems se pasó la mano por la frente como si comenzara á comprenderlo todo.

—¿Por qué no nos sirvió el tío Martin?

—¡Ay, señorito! El tío Martin no quería beber aguardiente porque siempre le hace daño, Genaro le instó mucho para que bebiera, y le dijo:—Yo pago. Además, si usted se emborracha puede dormir tranquilo, porque yo serviré á los señores del número 1.—El tío Martin bebió demasiado, y se quedó dormido sobre la mesa. Entonces Genaro me dijo:—Tú cuidate de los guisos; yo serviré á los huéspedes, y partiremos la propina.

—Pero ¿de dónde venia ese miserable?

—Del castillo de Balboa.

—¡Ah, querido doctor! creo que no debemos perder tiempo: nuestro secreto ha sido descubierto.

—Es preciso ver al dueño de la posada, repuso Santafé; él solo podrá darnos antecedentes sobre ese hombre fatal que ha destruido nuestras esperanzas.

Rápidamente bajaron á la cocina.

La criada les seguia con un candil en la mano, sin saber lo que pasaba.

El tío Martin, cansado sin duda de dormir con la frente apoyada en el borde de la mesa, habia cambiado de postura y se hallaba tendido en el suelo.

Procuraron despertarle, cosa que al principio fué bastante difícil.

Por fin el ventero abrió estúpidamente los ojos, y como el médico le rociaba el rostro con agua y el coronel le sacudia violentamente, las primeras palabras del borracho fueron:

—¡Ladrones! ¡que me matan!

Solo despues de una hora, lograron que aquel hombre les comprendiera.

Cuando el tio Martin se enteró de lo que sucedia, cuando pudo darse razon de las amenazas de los huéspedes, se echó á llorar amargamente.

—¡Soy inocente! repetia: ¡soy inocente, señores! Genaro venia del castillo de Balboa, me pidió posada y me enseñó unas monedas de oro que le habia dado el administrador para hacer el viaje á Madrid, donde segun me dijo iba á ponerse al servicio del ilustre conde. No sé nada mas. Si ha robado, que le busquen y que le prendan; yo me alegraré mucho, porque soy inocente; lo juro por la salvacion de mi alma.

Santafé, que no apartaba los ojos del posadero, dijo con sentimiento:

—Coronel, nuestra desgracia es cierta. Este hombre dice la verdad: no perdamos tiempo. Uno, al castillo á tomar noticias; el administrador debe saber algo de ese miserable ladron; otro, camino de Madrid. Pero antes veamos si ese zurrón que ha dejado Genaro puede darnos alguna luz.

La criada presentó el morral de lienzo que se habia dejado sobre el banco Genaro.

Solo contenia algunas viejas prendas de ropa y una cartera de badana negra.

El doctor abrió la cartera, donde encontró una cédula de vecindad á favor de José Matías Lopez.

Genaro viajaba con un nombre supuesto.

Era preciso no perder el tiempo. Se dirigieron á la cuadra, ensillaron los caballos y salieron del parador.

El coronel se dirigió hácia el castillo de Balboa.

El doctor Santafé hácia Boltaña, en donde debían reunirse de nuevo.

CAPITULO VI.

Donde se prueba que hay amistades que causan inquietudes.

Algunos dias despues, el conde de Balboa se paseaba inquieto por su despacho con una carta en la mano.

De vez en cuando se detenia y leia la carta, cuyo contenido era lacónico.

Decia así:

«Acabo de llegar á Madrid; me hallo hospedado en el *Parador del Sol*, ronda de Toledo. Necesito ver al señor conde; pero para presentarme ante él me hace falta un traje decente y una cédula de vecindad con un nombre cualquiera, todos menos el mio. Me conviene así por razones que explicaré al señor conde.

»Espero con impaciencia.—*Genaro.*»

Alejandro de Balboa habia recibido aquella carta muy temprano, estando aún en la cama.

Su lectura le producía dos efectos encontrados: alegría y repugnancia.

Genaro era el único que podia darle noticias sobre ciertas particularidades que deseaba saber. Pero Genaro era un miserable cuyo contacto repugnaba al conde, como repugna el arma que se emplea para cometer un crimen.

Se levantó preocupado, con la carta en la mano, y por espacio de una hora estuvo vacilando, entre ir al *Parador del Sol* ó mandar un hombre de su confianza.

Adoptó lo último, y escribió rápidamente sobre una hoja de papel.

«Querido Bautista: Te necesito. Ven inmediatamente á verme.»

Esperaba pues al hombre de su confianza, á aquel para quien no tenia secretos, á su cómplice.

Era natural su impaciencia: por eso mataba el tiempo dando paseos por la habitacion, leyendo la carta de Genaro y dirigiendo miradas, ora á la puerta por donde esperaba á Bautista, ora á las manecillas del reloj, cuya marcha le parecia mas lenta que nunca.

A las nueve y media Bautista se presentó con ese traje puramente español que todo lo tapa, segun la espresion vulgar: de capa.

—¿Qué ocurre? preguntó Bautista.

—Genaro se halla en Madrid, contestó el conde bajando la voz.

—¡Ah!

—Lee su carta.

Bautista la leyó con la misma sangre fria que hubiera leído el simple anuncio de un perfumista.

—Es preciso ver á ese hombre, dijo Alejandro.

—Pero con mucha prudencia.

—Se supone.

—Genaro es un truhan muy fino; tiene de temible dos cosas: mucho corazon y mucha sutileza. Es además hombre bastante instruido.

—No importa: es necesario verle; él solo puede descifrarnos el enigma que envuelve aquella noche fatal.

—Sí: noche en que me despedí de mi hermano para no verle mas. ¡Pobre Lorenzo!

Y Bautista exhaló un suspiro, porque los crímenes y las infamias no se llevan á cabo sin sufrir grandes amarguras; porque nada se halla tan lejos de la felicidad como una conciencia sobresaltada.

Bautista sin embargo era un hombre de espíritu fuerte; de esos que dicen á la conciencia *calla*, y al rostro *disimula*; de esos que no temen los peligros.

Pero Genaro, sombra sangrienta evocada del panteon del olvido, se presentaba ante ellos.

Y Genaro era un hombre temible.

Bautista se habia quedado pensativo.

El conde le dijo:

—¿Te desagrada la comision de ver á ese hombre?

—No; pero estoy pensando lo que mas nos convenga. Si supiéramos las intenciones de Genaro...

—Dices bien.

—Es indudable que cuando despues de tantos años aparece, Dios sabe de dónde; cuando se presentó en el castillo y no encontrándonos allí cruza casi toda España para encontrarnos; cuando comienza por pedir ropa y una cédula de vecindad,

es lógico creer que tendrá exigencias, y nosotros no debemos alimentarlas.

—Pero ¿y si...?

El conde se detuvo.

Su rostro palideció notablemente, como si las palabras que ocultaban aquellos puntos suspensivos le dieran miedo.

—Creo inútil que nos atormentemos antes de saber las intenciones de Genaro, que por otra parte no creo muy santas.

—¿Luego irás á verle?

—Esta misma mañana.

—Ya sabes lo que pide en su carta.

—Sí; pero la cédula de vecindad....

—Puedes decirle que yo se la proporcionaré lo mas pronto posible.

—Como Genaro vendrá con alguna frecuencia á importunarnos, creo que lo mas prudente será proporcionarle un empleo en Ultramar. De ese modo nos veríamos libres de él.

—Disponlo como creas mas conveniente. Ya sabes que ese hombre puede sernos igualmente fatal á los dos.

—Pero ahora nos conviene tenerle de nuestra parte.

—¡Quién lo duda!

—Averiguar sus intenciones y prepararnos para los golpes que su astucia quiera asestarnos.

—Para eso es preciso verle.

—Le veré antes de mucho.

—Estaré impaciente hasta saber el resultado de la primera entrevista.

Bautista, que conservaba la carta en la mano, volvió á leerla y dijo:

—Aquí, aunque con cierta fingida humildad, comienza pidiendo una cédula y ropa para poder presentarse con decencia. Opino, señor conde, no llevarle nada.

—Eso le disgustaría.

Bautista agitó la cabeza en señal de indiferencia.

—Si Genaro comprende que le tenemos miedo, entonces estaremos siempre con su pié puesto sobre nuestra garganta.

—¿Cuál es tu plan?

—Me gusta concebirlos sobre el terreno. Lo primero, como he dicho, es verle y observar.

—Haz lo que quieras.

—Cenaro no debe ser para nosotros más que un enemigo. Pues bien: veamos con qué armas cuenta para herirnos. —

—Tienes razón.

—Por lo demás, el señor conde debe dormir tranquilo. Si ese hombre nos molesta mucho, se le dará pasaporte para el otro mundo.

—No, Bautista, ¡no! basta de crímenes, exclamó el conde aterrado.

Bautista se sonrió.

—Señor conde, cuando se da el primer paso en una pendiente, no siempre se puede detener el hombre; muchas veces se llega al fondo insensiblemente. Sigamos pues nosotros adelante. La posición nuestra es demasiado ventajosa para que la dejemos perder por necios escrúpulos.

—Tengo una hija... murmuró el conde dejándose caer en una silla.

—Por ella es preciso hacer el último esfuerzo.

El conde se cubrió la cara con las manos.

Bautista permaneció dos segundos contemplándole.

Una sonrisa desdeñosa asomó á sus labios.

—Este hombre, se dijo hablando consigo mismo, comienza á sentirse subyugado bajo el influjo de los remordimientos. Es preciso reanimarle, porque de lo contrario acabaria por echarlo á perder todo, y su caída me arrastraria.

Y luego, levantando la voz y con una calma solo concebible en un hombre frio y egoista, continuó:

—El señor conde debe haber visto representar en los teatros de Madrid un melodrama francés titulado *La Huérfana de Bruselas*.

—¿Por qué me diriges esa pregunta?

—Para recordarle que el protagonista del citado drama, el infame Walter, contra el cual no existia ninguna prueba que le acusara, devorado por los remordimientos, en un instante de cobarde miedo, de imperdonable debilidad, se entregó él mismo al rigor de la justicia, arrojando á los piés del magistrado todas las pruebas que debian conducirle al patíbulo. Ruego al señor conde que tenga presente en estas circunstancias el melodrama *La Huérfana de Bruselas*.

Bautista salió de la habitacion.

El conde de Balboa permaneció abismado en su silla, repitiendo en voz baja:

—¡Walter! ¡Walter! Es verdad; soy un cobarde. Bautista tiene razon. ¡Oh, sí! continuó: de este modo acabaré por entregarme yo mismo á los tribunales; y entonces, ¿qué será de mi hija, de mi querida Ana?

Y el conde, estremeciéndose, levantó la frente con energia, exclamando:

—¡No, no! tendré el valor necesario para arrojar de mi corazón los temores que me sobresaltan. ¡Por ella! ¡Por ella!

Y lanzando un grito, se cubrió el rostro con las manos, murmurando:

—¡Oh, qué vergüenza! ¡Me maldeciría!

El conde había visto pasar por su mente la repugnante sombra del verdugo.

Tuvo miedo.

CAPITULO VII.

Dios los cria y ellos se juntan.

Bautista tomó un coche de plaza en la Puerta del Sol, y se hizo conducir al puente de Toledo.

Una vez allí, echó pié á tierra y le dijo al cochero:

—Espérame.

A la parte opuesta del puente existe una línea de edificios, la mayor parte de ellos dedicados al servicio de la arriería.

Paradores, herrerías, tabernas, figones, se agrupan allí formando un semipueblo donde se come barato y mal, donde se disfruta la libertad de las aldeas y se encuentra la perfidia de las grandes ciudades, donde cerca del mendigo que se calienta al sol remendando sus harapos, se ve al enamorado madrileño de levita y sombrero de copa alta, comiendo piñones con la prenda de su amor.

Arrabal de Madrid, tan pintoresco como socorrido, donde se juega al salto de la carta, se bebe, se canta, se toma el sol, se

combinan los robos y se reparten de vez en cuando algunas puñaladas.

Allí nada es sospechoso; todo disfruta de esa amena libertad de los campos.

La policía es mas confiada y el ladron menos temible, el amor mas expansivo, el estómago menos escrupuloso, el apetito mas franco, el paladar menos exigente.

Todo esto adquiere un carácter mas marcado, mas poético si el dia está sereno, si el sol irradia majestuoso por ese cielo azul de Madrid, cien veces mas bello que el de Italia, que tanto cacarean los poetas rutinarios.

Para el hombre pensador, en todas partes donde se reunen objetos y séres heterogéneos hay motivo de estudio.

Una hormiga preocupaba largas horas á Buffon, una abeja á Mery, un hombre á La Bruyere.

Un desocupado, un hijo de la pereza, puede, recostado en el pretil del rio ó sentado sobre uno de los poyos del puente de Toledo, pasar un dia á sus *anchas* tomando el sol y comiendo lo que su estómago le pida y le permita su bolsillo en el sitio que nos ocupa, seguro que no han de faltarle distracciones, porque allí se reunen todos los vicios de Diógenes y todos los goces de Asuero.

Puede comer, amar, jugar y dormir sin temor, al aire libre, á la vista del sol.

Estas son ventajas de que solo disfrutan los habitantes de las grandes capitales.

Todo está compensado.

Bautista se detuvo al final del puente.

Buscó con los ojos el *Parador del Sol*, y al verle pintado en una muestra de fondo azul, se dijo:

—Genaro dice en su carta que se le proporcione una cédula de vecindad con un nombre supuesto: ¿qué nombre será el suyo? ¿cómo preguntaré por él? Después de tantos años, puedo muy bien desconocerle.

Estas dudas, y el temor de cometer una imprudencia, le preocuparon algunos segundos.

Por fin cruzó el camino y entró en el *Parador del Sol*.

El ancho patio terminaba en un sotechado donde veíase un pozo y un ancho pilon de piedra, bebedero de las caballerías.

Sobre esta piedra, Bautista vió á un hombre sentado.

Su edad frisaría en los cincuenta años, pero parecía ágil y robusto.

Fijó en el hombre la mirada, y se dijo:

—Él es: los años no han desfigurado su rostro... algo mas moreno... pero es el mismo.

Y avanzó hasta colocarse cerca de Genaro, pues no era otro el que fumaba tranquilamente sentado en el pilon de piedra.

Al ruido de los pasos, Genaro levantó la cabeza con serenidad, y se quedó mirando de hito en hito á Bautista.

—Buenos dias, Bautista, dijo por fin.

—Buenos dias, Genaro, contestó.

Cualquiera, al oírles, hubiera dicho que eran dos vecinos que tenían la costumbre de saludarse por la mañana.

—He leído tu carta, repuso después de una pausa Bautista.

—¡Ah! ¿entonces sigues siendo el amigo del señor?

—Tengo la buena costumbre de ser consecuente.

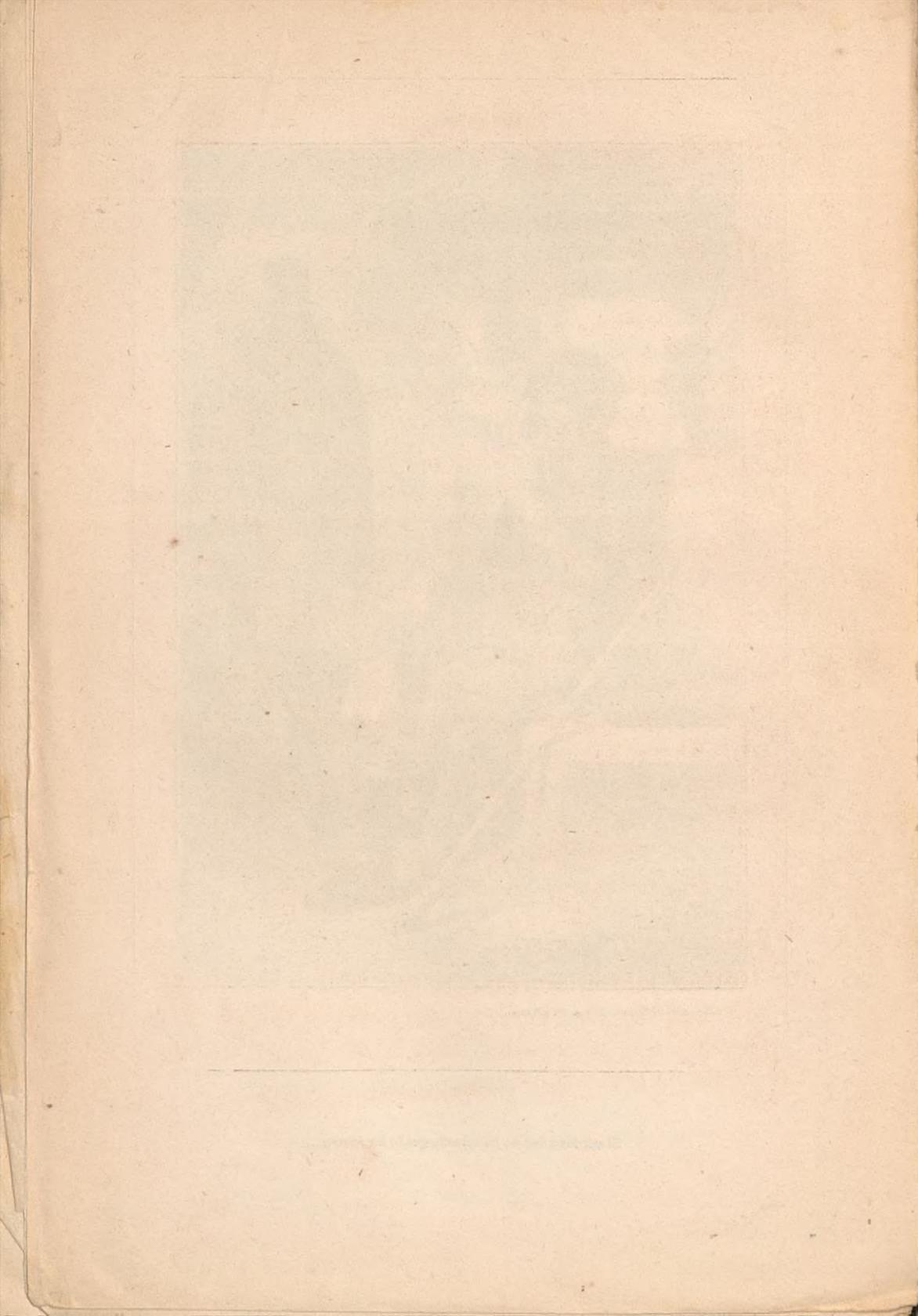
—A mí me sucede lo mismo.



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

Él es: los años no han desfigurado su rostro.....





—Eso he dicho yo.

—Ya ves como no os olvido.

Y Genaro se sonrió de un modo intencional.

Bautista continuó con marcada indiferencia, y como si no hubiera oído la maliciosa contestacion.

—Venía pues á que me esplicaras con qué objeto has escrito la carta.

—¡Toma! ya ves mi pelo. Y como dice el refran que *hombre pobre todo son trazas*...

—No te entiendo.

—¿De veras?

—¿Por qué no ha de ser de veras?

—Porque yo creo que hablo bastante claro.

Bautista se aproximó al pilon, y sentándose al lado de Genaro, dijo dándole un cigarro:

—Supongo que aún fumas.

—¡Que si fumo! He consignado en mi testamento, que cuando me muera metan en mi ataud una petaca con tabaco.

—¿Piensas morirte pronto?

—Lo mas tarde posible; pero ya sabes que yo siempre he sido hombre precavido.

Bautista, comprendiendo que Genaro era el mismo de siempre, y que con tunantes como aquel era preciso ser prudente, le dijo:

—Pues sí: he leído tu carta.

—Supongo que tambien la habrá leído aquel á quien iba dirigida.

—¡Es claro!

—Y supongo tambien que vendrás á verme de su parte.

—Sí he de ser franco, te diré que el señor se incomodó mucho leyendo tu petición.

—¡Hola!

—Sí: se enfadó mucho, porque no sabe con qué derecho te atreves...

—Poca memoria tiene.

—¿Te debe algo?

—Tú sabes, amigo Bautista, que hay servicios que no basta pagarlos una vez: las circunstancias obligan á los hombres á hacerles pagar siempre que tienen ocasion.

—¡Ah! vamos: ya te comprendo.

—Me alegro infinito.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Sencillamente, dinero.

—¿Mucho?

Genaro fijó una mirada serena en su antiguo amigo, y respondió:

—Me voy haciendo viejo, he pasado muchas penas y deseo descansar. Yo espero, querido Bautista, que te interesarás en favor mio, ¿no es verdad?

—¡Quién lo duda! Pero yo no puedo apadrinar exigencias cuando no reconozco el derecho de tenerlas.

Genaro se sonrió.

—Hombre, yo creo que nos entenderemos.

—Ya te he dicho que el señor está dispuesto á que no se repitan tus cartas. Despues de todo, ¿por qué tienes tú que escribirle?

Genaro soltó una carcajada.

Bautista se puso en pié.

—No hay que asustarse.

—¡Bah! tú sabes que yo no me asusto fácilmente.

—A mí me sucede lo mismo.

—Acabemos.

—No deseo otra cosa. Pero no es este el sitio mas á propósito para hablar.

—Tienes razón. ¿Dónde?

—En el campo: allí no hay paredes que oigan.

—Vamos pues al campo.

Genaro, que no habia perdido ni un solo instante la calma y la sonrisita intencional, repuso:

—Supongo que no me preparareis ninguna emboscada.

—Esa sospecha me ofende.

—Perdona; pero no te hago sin motivo la pregunta.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo, continuó bajando la voz:

—El señor conde seria un imprudente si no se portara conmigo con lealtad; porque á veces, debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

Bautista hizo un gesto de indiferencia, y encogiéndose de hombros, repuso:

—¿Qué miedo puedes inspirarle?

—Mucho mas del que tú crees.

Y colocando familiarmente una mano sobre el brazo de su interlocutor, continuó:

—No es prudente que continuemos aquí la conversacion. Yo puedo obligar al señor conde con esta mala chaqueta, con esta facha de pordiosero, á que caiga á mis piés y me ofrezca su amistad y sus millones.

Bautista soltó una ruidosa carcajada.

Genaro se rió tambien.

—Siempre fuiste hombre de buen humor.

—Es verdad; pero ahora lo soy mas que nunca. Vamos al campo: yo iré delante para elegir el sitio.

Y haciendo un guiño de ojos, continuó:

—Ya sabes que soy inteligente.

Genaro, que no había perdido ni un solo instante la calma

y la sonrisa intencional, repuso:

—Supongo que no me preparareis ninguna emboscada.

—Esa sospecha me ofende.

—Perdona; pero no te hago sin motivo la pregunta.

Y dirigiendo una mirada en derredor suyo, continuó bajan-

do la voz.

—El señor conde seria un imprudente si no se portara con-

tingo con lealtad; porque a veces, desde de una mala capa se

oculta un buen bedebón.

Bautista hizo un gesto de indiferencia, y encogió los de-

hombros, repuso:

—Qué mucho pudiese inspirarles.

—Mucho mas del que tú crees.

Y colocando familiarmente una mano sobre el brazo de su

interlocutor, continuó:

—No es probable que continuemos para la conversacion.

Yo puedo obligar al señor conde con esta mala chachara, con

esta fábula de porcionistas, á que venga á mis pies y me ofrezca

su amistad y sus millones.

CAPITULO VIII.

Donde un pobre impone condiciones á un rico.

Genaro, con el cigarró en la boca, las manos en los bolsillos de su viejo chaqueton, y el aire indiferente, se encaminó hácia el río; y siguiendo por su orilla á favor de la corriente, sin volver ni una sola vez la cabeza, fué á sentarse en un sitio en donde nadie le estorbaba, donde veia en derredor suyo un despejado horizonte.

Dos minutos despues, Bautista se hallaba á su lado.

—Aquí, dijo Genaro, nadie puede escucharnos; todo bicho viviente que se dirija hácia este punto, le podemos ver cuatrocientos pasos antes de que se aproxime á nosotros. Siéntate y hablemos.

Bautista obedeció.

—Tengo tantas cosas que decirte, repuso Genaro, que á la verdad, no sé por dónde empezar; pero yo supongo que no tendrás prisa.

—Supones muy mal. Deseo terminar este asunto cuanto antes.

—Parece que hablas en tono enfadado.

—Acabemos.

—Di mas bien comencemos.

Bautista fijó una mirada amenazadora en Genaro, y le dijo:

—Ya me conoces; no juegues pues con el leon.

—Dejémonos de amenazas ni de bravatas; tú me conoces tambien. Ya sabes que no soy hombre que me ahogo en poca agua. Cuando yo pido, es porque creo que se me debe; de lo contrario, lo tomo, lo cual es mas cómodo.

—¿Y qué derecho tienes tú para pedir?

—Recuerda mis servicios.

—Tú no hiciste nada de lo que te se encomendó.

—Cuando un hombre se coloca fuera de la ley, no siempre hace lo que quiere, sino lo que puede.

—Cuando un hombre presta un servicio y se le pagan á pesar de haberle desempeñado mal, ¿qué derecho tiene para pedir mas?

—Es que yo no he venido á pedir por aquel, sino por otro nuevo.

Bautista se quedó mirando á Genaro.

—¿Otro nuevo?

—Sí.

—Habla.

—Tengo en mi poder la honra y la libertad del señor conde de Balboa.

—¿Estás loco?

—Y vengo á proponerle un negocio.

Bautista, sobresaltado con aquella amenaza, puso la mano sobre la espalda de Genaro, y le dijo:

—Yo puedo perderte y borrar tu nombre del libro de los vivos.

—Estás en un error, contestó sin inmutarse. Contra tu puñal, porque siempre te han gustado las armas blancas, tengo este rewólver; contra tu denuncia, los documentos necesarios para que tú y el conde seáis *dos números* unidos por una cadena.

Bautista se estremeció.

—No tengas miedo: á mí me conviene que nadie os moleste; pero no vuelvas á dirigirme amenazas de ningun género. Y créeme, Bautista: yo en la actualidad soy el mas fuerte de los tres, y por eso impondré condiciones.

La calma de Genaro tenia la gravedad respetable de la fuerza.

Bautista comprendió que era preciso que aquel hombre se explicara sin rodeos, que era indispensable saber á qué atenerse.

No temia la lucha cuerpo á cuerpo; pero se guardó muy bien de cometer una imprudencia.

Le asustaba mucho menos el rewólver que le enseñaba, que la frialdad con que le dirigia las palabras.

Conocedor del enemigo que tenia delante, sabia que sin tener grandes recursos para luchar, no se hubiera presentado de aquel modo.

Genaro era astuto como la zorra y bravo como el tigre: no era conveniente pues irritarle.

Bautista pensó todo esto en un segundo, y cambió de mar-

cha con la facilidad que cambia de direccion una golondrina cuando yende los aires.

—Despues de todo, dijo, hago mal en disputar contigo: fuimos antes buenos camaradas, y podemos serlo ahora, si en ello no tienes inconveniente.

—No deseo otra cosa.

—Supongo que te hallas mal de dinero.

—Creo que mi capital se reduce á tres pesetas.

—Pues primero es lo primero.

Y Bautista, metiendo la mano en el bolsillo del chaleco, sacó algunas monedas de oro, que puso sobre la yerba al lado de Genaro, diciendo:

—¿Tienes bastante con esto?

—¿Cuánto hay aquí?

—Puedes verlo.

Genaro contó treinta y dos duros.

—Poco es, porque quiero regenerar mi persona y establecerme en una casa de huéspedes decente de Madrid.

Bautista sacó una cartera y de ella tres billetes de á mil reales.

—Esto por ahora; luego, allá veremos.

Genaro se guardó los billetes y las monedas de oro, con la misma tranquilidad que puede hacerlo un jornalero honrado.

—Ahora, habla de lo que quieras.

—Tenemos tiempo para eso. Lo mas importante para mí es que me entregues una cédula de vecindad con otro nombre que el mio.

—¿Por qué otro nombre?

—¡Toma! porque el que me dieron mis padres se ha hecho

demasiado célebre: yo soy escesivamente modesto, y deseo vivir ignorado.

—Tendrás la cédula.

—Además, me conviene desempeñar en casa del conde algun destino, alguna ocupacion. Esto siempre aparta las sospechas.

—Eso es mas difícil.

—¿Por qué? ¿No tengo buena letra? Además, he estudiado filosofía en Granada, y por lo tanto no soy un estúpido. Cuando el señor conde se persuade de lo que yo valgo no me negará nada. Tú con su proteccion te has hecho rico: yo puedo hacer lo mismo.

—Genaro, voy á darte un consejo.

—Ya sabes que soy agradecido.

—El conde no es el mismo que hace diez y seis años.

—No lo dudo.

—No seas exigente, si quieres lograr que te proteja.

—Nadie mas modesto que yo.

—Toma lo que te dé: no le pidas nada.

—En cuanto á eso, no estamos conformes; y puesto que me acabas de dar un consejo, voy á hacerte una confianza. Si se me antoja que el conde me dé un millon, me lo dará.

—¿Tanto es tu poder?

—Mucho mas de lo que tú piensas.

—No te entiendo.

—Pues es una cuestion muy sencilla: yo tengo un documento firmado por doña Elena de Balboa, que le obligará á dejar todo cuanto posea, incluso el condado.

—¡Bah!



- Te digo que lo tengo.
- Aunque así fuera, doña Elena ha muerto, y los muertos inspiran poco miedo á los vivos.
- Puede tener herederos.
- Una mujer soltera...
- Tengo tambien la partida de casamiento de la condesa de Balboa.
- Eso no es verdad.
- La tengo; y si no hubiera muerto Claudia, su heredera...
- Bautista comenzó á aturdirse.
- Genaro, victorioso, se sonreia con el placer del triunfo.
- Eso que dices es imposible... imposible de todo punto.
- Amigo Bautista, créeme: la casualidad ha puesto al alcance de mis manos todo aquello que necesita un pobre audaz para ser millonario, y lo seré. Puedes decírselo así al señor conde.
- Pero aunque así fuera, la niña que debia heredar á la difunta condesa, ¿dónde se halla?
- Si á mí me conviene, la casualidad la pondrá delante de su bondadoso tio.
- Bautista, que por un momento se habia aturdido, procuró serenarse.
- Genaro fumaba, contemplándole con la mayor indiferencia.
- Tenia completa seguridad de que su revelacion habia producido buen efecto.
- ¿Y no podré yo ver esos documentos que acreditan lo que dices?
- Podrá ver el señor conde una copia de ellos.

—¿Y por qué no el original?

—Porque el original es mi garantía. Si el negocio se hace con decencia, con honradez, nada teneis que temer; de lo contrario... ya me conoces: soy capaz de todo.

—Dudas y me ofendes.

—Dejemos susceptibilidades. Antes de la caída de la tarde necesito mi cédula de hombre honrado, y poder decir:—Vivo del sueldo que me da el conde de Balboa.—Después de esto, trataremos de lo demás. Así pues te ruego que no pierdas tiempo. Yo voy á comprarme ropa de caballero y á buscar la casa de huéspedes. A las cinco de la tarde me hallarás en el café de San Luis, calle de la Montera, que es punto mas céntrico.

—¿Vas á Madrid?

—Sí.

—¿Quieres servirme de mi coche?

—No, porque necesito uno por mi cuenta.

—Entonces, hasta la tarde.

—No faltes, que allí me tendrás.

Genaro permaneció sentado en el mismo sitio. Bautista se encaminó hácia el puente de Toledo donde le estaba esperando el coche.

Durante los dos primeros minutos se hubiera dicho que aquel hombre era de piedra.

Pero esta inmovilidad cesó por fin, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Preciso será caminar con mucho tacto, con mucha precaución. El camino que he emprendido está cubierto de abrojos. Procuraré no ensangrentarme los piés.

Chupó el cigarro, miró en derredor suyo y se puso en pié.

—Ea, vamos á la córte á que un sastre y un peluquero operen en mí la asombrosa metamorfosis. Decoremos la fachada, que es lo principal. Luego, Dios dirá.

Y se encaminó hácia Madrid, formando en su mente mil sueños lisonjeros.

CAPITULO IX.

Donde crecen los temores del conde de Balboa.

El conde de Balboa habia dicho á su ayuda de cámara:

—No estoy en casa para nadie, ni para Horacio el pintor; pase usted recado á mi hija.

Anita recibió este aviso inesperado, precisamente cuando iba á vestirse.

No ver á Horacio, perder un dia en el retrato, la disgustaba; así es que con los fueros que á una hija concede el amor paternal, cogió la pluma y escribió estas líneas:

«Papá: Tengo necesidad de verte, pues lo que acabo de saber me parece un absurdo.—Tu hija, *Ana*.»

Don Alejandro leyó el billete, y puso debajo:

«Tengo en este instante grandes ocupaciones: luego iré á tu habitacion.

»Dispensa si hoy no admito á Horacio.»

Esto era una gran concesion.

Aquel padre pedia le dispensara su hija, porque le era imposible recibir á su pintor favorito.

Anita leyó la carta, golpeó la alfombra con su pequeño pié, se creyó la mujer mas desgraciada del mundo, rompió algunos objetos delicados de su tocador, y concluyó por decir que estaba afectada de los nervios; recurso tan eficaz como gastado, y del cual echan mano con mucha oportunidad las mujeres.

En vano procuraba Rosa consolar á su querida señorita.

Estaba inconsolable: niña mimada, no podia avenirse con tan insignificante contratiempo.

Sin embargo, su padre se mantuvo firme y permaneció encerrado en su despacho.

Bien es verdad que, viendo el estado de su espíritu, temia la presencia de Ana y sus cariñosas preguntas.

A las doce, el ayuda de cámara llamó suavemente en la puerta del despacho del conde.

—¿Quién? preguntó con malhumorado acento.

—Soy yo, señor.

—Bien, ¿y qué quieres? ¿no te he dicho que no estoy en casa para nadie?

—Es que don Bautista García acaba de llegar.

—¡Ah! ¿Bautista? Que pase.

El conde, no solo dió la orden, sino que levantándose precipitadamente, corrió al encuentro de su antiguo y leal servidor.

El conde, despues de cerrar la puerta, cogió á Bautista del brazo y le condujo hácia el sofá.

Allí se quedó mirándole como si quisiera leer en el fondo de su corazon.

Bautista estaba mas pálido que de costumbre: habia algo en aquel semblante sereno y resuelto que hizo estremecer al conde.

—¿Traes malas nuevas? preguntó.

—No son de las mejores.

—¿Le viste?

—Sí.

El conde se detuvo, como si no se atreviera á continuar aquel interrogatorio.

Por fin, exhalando un suspiro, dijo:

—Habla.

—Genaro es hoy un enemigo temible. Creo que nos conviene adquirir su confianza.

—¿La confianza de un asesino, de un villano?

Bautista se encogió de hombros, é hizo un gesto que pudo traducirse de este modo:

—Cuando no hay otro remedio, es preciso resignarse.

—Habla, repitió el conde.

—Voy á hacerlo; pero ruego al señor conde que se tranquilice.

—¿No conoces que eso es imposible? exclamó el conde levantando las manos hasta la altura de la frente con desesperacion. ¿Puedo yo tener tranquilidad de espíritu, gozar de esa envidiable paz de la conciencia? Ese hombre, que sabe una parte, la mas importante de lo que aconteció aquella noche, se presenta ante nosotros, y segun parece, nos desafía.

—Pues bien, señor: los acontecimientos han llegado á un punto, que ya no nos queda otro remedio que aceptar todos los desafíos que se nos presenten.

—¿Qué intentas?

—Yo mismo lo ignoro; pero tengo la buena costumbre de no sobresaltarme fácilmente. En California nos amenazó el doctor Samuel, y el fondo del Océano guarda su secreto: hoy nos amenaza Genaro, y debe morir.

—¿Otro crimen mas? murmuró el conde con terror.

—Tal vez no sea el último.

—¡Bautista!

—El señor olvida un personaje mezclado en nuestra historia, á quien nunca hemos podido tener al alcance de nuestra mano.

—¡Ah, sí! no lo he olvidado.

—¿Quién puede asegurarnos que no le veremos mañana delante de nosotros?

—¡Calla! ¡calla!

—Pero eso no debe sobresaltarnos. Ahora, la cuestión mas latente, mas importante, es Genaro.

—¿Qué quiere ese hombre?

—Quiere mucho, porque la fatalidad ha puesto en sus manos armas terribles.

—¿Qué armas son esas? preguntó el conde con miedo.

—Nada menos que el contrato de matrimonio de doña Elena de Balboa con el jóven desconocido.

—¡Casada! ¿Qué dices? Eso no es posible; eso no es verdad.

—Así lo asegura al menos Genaro.

—Entonces, si vive esa niña...

El conde no terminó, porque la idea le espantaba.

—Será un obstáculo mas que tendremos que vencer.

Don Alejandro exhaló un gemido y se dejó caer en el sofá.

Bautista permaneció algunos segundos contemplándole.

El conde le inspiraba lástima.

—Vamos, señor, es preciso no abatirse de ese modo: la lucha eleva al hombre.

—Sí, la lucha noble, leal, de buena ley, pero no el asesinato.

—La defensa es natural. Además, el peligro no es tan inminente. Por el pronto, veremos qué clase de documentos tiene Genaro, y los recuperaremos, no me cabe duda; todo se reduce á un poco de paciencia y un puñado de oro.

Aquí llegaba la conversacion, cuando se oyeron golpes precipitados en la puerta.

El conde se levantó sobresaltado.

Bautista fué á abrir: era Rosa.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué llamas de ese modo? preguntó el conde.

—Porque la señorita se ha puesto mala.
El conde lanzó un grito, y olvidándolo todo salió de la habitación.

CAPITULO X.

Retroceder.

Ha llegado el momento en que debemos retroceder para dar una explicacion á nuestros lectores.

Recordarán que en el prólogo de la presente novela, al final del primer capítulo, dos enmascarados penetraron en la modesta casa de Samuel Navarra, entrando por la ventana.

Estos enmascarados eran Lorenzo, el hermano de Bautista, y Genaro.

Una orden de Alejandro de Balboa les conducia á aquella casa, con el objeto de apoderarse de la mujer del médico y de los dos niños.

Esto era una poderosa garantía para el infame tío de Elena.

Los terribles y desalmados satélites del codicioso Alejandro debian conducir sus víctimas á una casa desierta situada en uno de los barrancos de los Pirineos.

Esta casa, propiedad del conde de Balboa, deshabitada por

entonces y refugio en otro tiempo de los pastores, debía ser custodiada por Genaro, carcelero de la familia del médico, mientras que Lorenzo, reuniéndose con don Alejandro, tomaba nuevas órdenes.

El golpe de mano estaba bien dispuesto; y en caso que el médico se negara á entregar la hija de doña Elena, Alejandro podia amenazarle con la vida de sus prisioneros.

No quedaba al médico otro recurso que ceder, y entonces, muerta Elena y su hija, Alejandro entraba sin temor en posesion de los cuantiosos bienes de su hermano.

Pero las combinaciones de los hombres no siempre salen á medida de sus deseos, fracasando cuando mas probabilidades presentan de buen éxito.

Genaro se habia apoderado de Carlota, y Lorenzo se disponia á hacer lo mismo con los niños, á tiempo que sonaron dos aldabazos en la puerta de la calle.

Cuando la mano de un criminal se halla suspendida sobre la víctima que pretende inmolar, el espíritu se encuentra en un estado tal de intranquilidad que la menor cosa le sobresalta, le espanta.

Genaro y Lorenzo se detuvieron y se miraron. Carlota exhaló un grito de gozo: aquellos dos golpes, casi providenciales, eran una esperanza que venia á reanimarla. Abrazó á sus hijos con la desesperacion de una madre á quien pretenden robárselos, y sus fuerzas se centuplicaron.

—Dios viene en mi ayuda, dijo con varonil energía: ahora ya no os temo.

Genaro era hombre audaz, atrevido, y no carecia de cierta viveza tratándose del mal.

Instantáneamente comprendió que solo podía salvarle la audacia, y quitándose la careta, dijo:

—A grandes males, grandes remedios; voy á ver quién llama. Procura tú que no chille ni alborote esa mujer.

Lorenzo tenia fé en su compañero, y le obedeció.

De manera que mientras uno se dirigia á la alcoba y tapaba la boca de Carlota de un modo harto brutal, el otro se encaminó hácia la puerta, llevando una pistola amartillada en la mano.

Genaro abrió resueltamente la puerta.

Aunque la noche era oscura, avezado á ver en las sombras, distinguió un hombre envuelto en un capote y montado en un caballo.

—¿Qué se ofrece? preguntó Genaro.

—¿No vive aquí el médico Samuel Navarra? respondió el del caballo.

—Aquí vive, repuso con serenidad el bandido.

—¿Es usted por ventura?

—No.

—Entonces deseo verle.

—Es imposible.

—¿Cómo?

—Porque no se halla en casa.

—¡Diantre! Vengo nada menos que de Benasque. Se trata de un enfermo grave á quien ya visitó en otra ocasion, y necesito que se venga conmigo.

—Pues amigo mio, si tiene usted confianza en el caballo, puede darse prisa en desandar lo andado, porque el médico que usted busca se halla precisamente en Benasque.

—¿En Benasque? repitió admirado el hombre. No sé que haya en el pueblo otro enfermo de gravedad que el que aquí me envía.

Genaro recordó que el pueblo que acababa de nombrar era pequeño, y que en los pueblos de poco vecindario todo se sabe; pero pensó asimismo la contestacion que debía tranquilizar al forastero.

—Si no me he enterado mal, vinieron á buscarle del *Parador Nuevo*, donde segun parece se ha puesto gravemente enfermo un caballero que iba á los baños de Boltaña.

—¡Ah! Eso es distinto. Entonces corro á ver si le encuentro. Pero en el caso que así no sucediera, tendrá usted la bondad de decirle que se venga tan pronto como llegue, pues don Diego Perea se halla gravemente enfermo. No perderá el viaje.

—Vaya usted tranquilo.

El del caballo partió á galope, y Genaro, cerrando la puerta, volvió á reunirse con Lorenzo.

Al entrar en la alcoba soltó una brutal carcajada.

—¿Qué ocurre? preguntó Lorenzo.

—Un enfermo que necesita del médico. Pero si no tiene que curarle otro que el doctor Samuel, puede morirse tranquilamente. Ahora, manos á la obra.

Entonces comenzó una lucha desesperada.

Carlota se defendía de aquellos hombres como la leona á quien arrebatan sus cachorros.

Para conducirla hasta la puerta fué preciso emplear la más brutal violencia.

Carlota luchó de un modo desesperado. Joven, débil en los

momentos de calma, delicada, sensitiva, se convirtió en robusta matrona.

Era una madre que defendía á sus hijos. Si hubiera tenido un arma, hubiera muerto á aquellos miserables.

Por fin cayó desvanecida sobre el pavimento, con el rostro ensangrentado.

Entonces Genaro la cogió por la cintura, cargándosela sobre el hombro como si fuera un costal.

—¡Acabemos! dijo: esto no es mujer, es una fiera.

Lorenzo se apoderó á su vez de los niños, y salieron precipitadamente de la casa.

No muy lejos les esperaba un carruaje, dentro del cual colocaron á Carlota y á sus hijos, que apenas se atrevían á respirar de miedo.

—Yo subiré al pescante: entra tú con ellos, dijo Lorenzo.

El coche partió, tomando el camino de la frontera de Francia.

Carlota continuaba desmayada. Los niños lloraban, llamando de vez en cuando á su madre.

Lorenzo apenas se atrevía á moverse del rincón que ocupaba.

Aquel cuadro desconsolador le tenia amedrentado.

Menos criminal que Genaro, sentíase interesado por aquella pobre madre que ningun daño le habia hecho.

De vez en cuando un pensamiento generoso cruzaba por su mente; pero lo rechazaba al instante, acriminándose su debilidad.

De pronto el carruaje sufrió una brusca sacudida. Carlota luchó de un

Genaro pronunció una blasfemia.

El coche volcó. Se había roto el eje delantero.

Fué preciso echar pié á tierra.

—¿Qué hacemos? preguntó Lorenzo.

—¡Diablo! Parece que todo se conjura contra nosotros.

¿Qué dice esa mujer?

—Sigue desmayada.

—¿Estará muerta?

—No lo creo.

—Mas vale así. Pero no podemos componer el coche. Ya ves... se ha roto el eje.

Genaro, que era el que llevaba la iniciativa, vaciló un momento como si buscara algun recurso en su mente.

Por fin dijo:

—Supongo que eres buen jinete.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Desde aquí á la casa donde vamos distan tres leguas, si no me engaño. Pues bien: vamos á desengañchar los caballos. Tú montarás uno, llevando á la grupa á la madre; yo el otro con los dos niños.

—Pero ¿y el coche?

—El coche, como podria ser reconocido, y como además de nada nos sirve, le prenderemos fuego.

—Eres previsor.

—Lo cual siempre es una ventaja.

—Sin embargo, galopar en pelo...

—¿No eres jinete?

—Sí.

—Entonces, te apuras por bien poco.

—¿Podemos colocar las mantas?

—Eso es cuenta tuya.

—Genaro, creo que este negocio nos saldrá mal.

—¿Eres supersticioso?

—Un poco.

Genaro soltó una carcajada, y luego dijo:

—Tanto peor para tí. Pero no perdamos tiempo.

—No lo creo.

—Mas vale así. Pero no podemos componer el coche. Y

ves... se ha roto el eje.

Genaro, que era el que llevaba la iniciativa, vaciló un mo-

mento como si buscara algún recurso en su mente.

Por fin dijo:

—Supongo que eres buen jinete.

—Por que me preguntas eso?

—Desde aquí a la casa donde vamos distan tres leguas si

no me engañó. Pues bien: vamos a desenganchar los caballos

de las montañas uno, llevando a la grupa a la madre; yo el otro

con los dos niños.

—Pero ¿el coche?

—El coche, como podrís ser reconocido, y como sabemos

de nada nos sirve, lo prendemos luego.

—¿Pues previsor?

—Lo cual siempre es una ventaja.

—Sin embargo, ¿cómo en pelo?

—¿No eres jinete?

—Entonces, te apuras por bien poco.

—Podemos colocar las mantas?

CAPITULO XI.

Lorenzo y Genaro se pusieron á trabajar con el valor que requerian las circunstancias.

Cuando los caballos se hallaron dispuestos, es decir, con una manta sobre el lomo y unos estribos de correas improvisados, Genaro sacó una caja de fósforos, y dijo:

—Monta á caballo, y te daré la mujer.

Lorenzo obedeció.

Genaro rodeó unas correas á las cinturas de los niños para poderlos sujetar mejor, y luego se puso á prender fuego al coche.

Inmediatamente montó á caballo, y tirando de las correas subió á pulso á los niños hasta colocarlos delante de él:

—Ahora, adelante, Lorenzo, dijo.

Los caballos partieron al galope.

Poco despues Genaro volvió la cabeza; en mitad del cami-

no se distinguía un vivo resplandor: era el coche, que se había convertido en una hoguera.

Durante media hora continuaron galopando uno al lado del otro sin dirigirse la palabra.

De pronto el caballo que montaba Lorenzo aflojó en la carrera y fué quedándose detrás.

—Refrena tu caballo, le gritó Lorenzo: el mio me indica con el fuerte sobrealiento que levanta sus ijares que se halla fatigado.

Genaro tenia prisa de llegar al término de su viaje, y continuó el camino con la misma precipitación.

Lorenzo iba rezagándose.

Se oyeron pisadas de caballos que corrían á la carrera, y una voz imperiosa, voz de mando, que dijo:

—¡Alto!

Genaro refrenó el caballo, haciéndole volver hácia la derecha con el objeto de apartarse de la carrétera.

Por segunda vez oyóse en el silencio de la noche la voz de *¡alto, ó hacemos fuego!*

Genaro se afianzó con una mano á las crines, sujetó con la otra á los dos niños, y tendiéndose sobre el cuello del caballo le hundió en los ijares, los talones.

Se oyó una descarga, y algunos proyectiles pasaron silbando en derredor de Genaro.

Pero las balas le habían respetado, y continuó su rápida carrera.

Una hora despues su caballo se detuvo, dió un espantoso resoplido, le faltaron las fuerzas, y sintiendo que iba á caer, bajó con precipitación sin soltar los niños.

El caballo rodó por el suelo, arrojando un caño de sangre por la boca y las narices.

Genaro fijó el oído: no se oía nada. ¿En dónde estaba? Aquel terreno le era completamente desconocido. ¿Qué había sucedido á Lorenzo? Lo ignoraba.

Buscó un refugio entre las espesas matas, quitó la manta que llevaba el caballo, y fué á ocultarse, esperando que amaneciera.

Acostó á los niños sobre la manta, que se durmieron profundamente.

El se sentó junto á ellos y se puso á reflexionar.

—Tengo, se dijo hablando consigo mismo, guardada en el bolsillo la cantidad que don Alejandro me dió por el trabajo de esta noche: cuatro mil reales en buenas monedas de oro. Con esta suma, en caso apurado, puedo llegar á Madrid, y en Madrid no se muere de hambre un hombre como yo; indudablemente los carabineros de la frontera son los que nos han hecho fuego. ¿Qué habrá sido de Lorenzo? Conviene obrar con prudencia. Don Alejandro me ha dicho:—Tendrás los niños en la casa del monte hasta que te avise: no los traigas al castillo, eso sería una imprudencia, y conviene evitar toda sospecha.— Debo pues dirigirme á la casa del monte; pero para eso será preciso que amanezca, que yo sepa dónde me encuentro. El día no puede tardar: esperemos.

Genaro permaneció inmóvil en el mismo sitio hasta que la tibia claridad de la aurora apareció en el Oriente.

Entonces se puso en pié y reconoció el terreno.

Se hallaba en la misma falda de los Pirineos, en una barrancada.

Los niños dormían, abrazados el uno al otro. Era el dulce sueño de la inocencia.

Aquel hombre desalmado estuvo contemplándoles un momento.

—Tienen frío, se dijo.

Y como si un destello de compasión conmoviera su alma, los abrigó con el resto de la manta.

A manera que la claridad del día avanzaba, Genaro se sentía mas inquieto.

Aquella soledad, aquel silencio le oprimían el corazón.

De vez en cuando dirigía una mirada á los niños y exhalaba un suspiro.

Comprendiendo que en aquel despoblado no podía permanecer mucho tiempo, pensó en buscar un refugio, una cueva, el hueco de una peña bastante capaz para ocultarse.

No era difícil, y no tardó mucho en encontrar lo que deseaba.

Despertó á los niños, y les dijo:

—Venid conmigo.

—Llévanos adonde está nuestra buena madre, dijo el mayorcito.

En cuanto á la niña, solo murmuró estas palabras:

—¡Tengo hambre! ¡Quiero pan!

Genaro se estremeció, y cogiéndolos de la mano los condujo hasta una cueva practicada en la hendidura de una roca.

—Esperad aquí, les dijo: vuelvo al momento: no salgais, porque va á venir vuestra madre.

Genaro se sentía enternecido.

Salió á la ventura con dos objetos: primero, á buscar al-

gun alimento; segundo, á ver si adquiria alguna noticia con respecto á Lorenzo.

Genaro subió á una eminencia desde donde se distinguia bastante horizonte.

A su izquierda se hallaba una carretera. —

Poco á poco fué orientándose, y al reconocer el terreno vió con sorpresa que habia equivocado el camino; es decir, que se hallaba á mas de seis leguas de la casa del monte.

Bajó á la carretera, y se dirigió á una venta que se divisaba como á media hora de distancia.

Entró en ella con la tranquilidad de un viajero que nada teme.

Allí lo supo todo, ó al menos lo que mas le importaba saber de lo que habia acontecido la noche anterior.

Fué lo siguiente: Cerca de la frontera francesa se hallaban seis carabineros, cuando oyeron el galope de dos caballos. Segun todas las trazas, los montaban dos contrabandistas, pues se distinguian, á pesar de la oscuridad, los fardos que llevaban á la grupa. I

Se les dió por tres veces la voz de ¡alto! y como siguieran huyendo, se les hizo fuego.

Uno de ellos cayó con el caballo; otro habia logrado fugarse, y se le perseguia.

Cuando los carabineros llegaron al sitio en donde yacían ginete y caballo, vieron con sorpresa que lo que ellos creian un fardo de contrabando no era otra cosa que una mujer. Esto fué una sorpresa.

En cuanto al hombre, como una bala le habia roto el cráneo, nada pudo declarar de tan estraño acontecimiento. Se le

dirigieron preguntas á la mujer, y solo contestó palabras sin sentido: era una pobre loca.

—Pero bien, preguntó Genaro mezclándose en la conversacion: ¿qué se ha hecho de esa loca?

—¡Toma! eso lo sabrá la justicia, pues se la han llevado con el cadáver del contrabandista.

Genaro no se atrevió á dirigir mas preguntas.

Todo lo que acababa de oír le llenaba de confusion.

Compró algunos comestibles, y salió de la venta.

Una hora despues regresaba á la cueva, y arrojando lo que habia comprado sobre la manta, dijo á los niños:

—Comed. Luego vendrá vuestra madre.

Genaro permaneció dos dias en la cueva.

Esperaba que se tranquilizaran los ánimos, sobresaltados con el acontecimiento de la muerte del contrabandista.

Por fin, la noche tercera dejó á los niños acostados y salió de la cueva, encaminándose al castillo de Balboa por veredas poco frecuentadas.

Llegó al amanecer.

El conde y Bautista habian abandonado el castillo.

Quedaba Atanasio, que aunque no era poseedor del secreto, era sin embargo un leal servidor de don Alejandro.

—¡Tú por aquí! le dijo: ¿qué diablo te has hecho durante cuatro dias?

Genaro creyó prudente no decir la verdad; por eso, en vez de responder, preguntó:

—¿Sabes tú dónde podré hallar á don Alejandro?

—Creo que se ha ido á América á reunirse con su mujer.

Genaro quedó aterrado.

no — ¡A América! repitió: ¿y por qué?

— Hombre, aquí han sucedido cosas que deben ser graves, pero que no comprendo. Ante todo, la condesa ha muerto, se la ha enterrado de prisa, y lo mas extraño ha sido que la noche de su muerte el señor estuvo rondando conmigo y con Bautista el castillo, pues decia que se le escapaba el personaje mas importante. Estaba furioso como no le he visto nunca.

Y Atanasio, viendo que Genaro guardaba silencio, continuó bajando la voz:

— Han pasado cosas raras que nadie comprende; pero es lo cierto que lo mismo fué saber la muerte del pobre Lorenzo, que el señor y Bautista salieron del castillo.

Genaro comprendió ó creyó que todo se habia descubierto, y rápidamente formó su plan.

— Si se me encuentra con los niños, voy á verme envuelto en una causa criminal, y entonces tendré que complicar en ella á don Alejandro: esto no me conviene, porque yo le necesito para otra cosa. Salvémonos sin comprometerle, que dia ha de venir en que me lo agradezca.

Genaro se despidió de Atanasio.

Pudo dejar á los niños en la cueva y huir, pues tenia dinero para llegar á Madrid, en donde se habian fijado sus miras; pero en aquel momento una idea humanitaria conmovió su corazón.

— Si los dejo se morirán de hambre, y esto siempre será para mí un remordimiento. Prefiero matar á un hombre que hacerle á un niño la mas leve rozadura. Una accion buena en cambio de las muchas malas que llevo hechas, siempre consuela.

Genaro salió de la cueva, llevando á los dos niños en brazos.

Era de noche, y se encaminó hácia la carretera de Francia.

Una vez allí, se sentó á la sombra de un árbol y esperó.

Al amanecer dijo á los niños:

—No tengais miedo: yo no os quiero hacer daño; pero voy á ataros á este árbol para que no caigais.

Y ató á los niños con una correa.

Hecha esta operacion, sacó una cartera del bolsillo y escribió en una hoja de papel estas palabras:

«Caminante, estos dos niños son huérfanos; nacieron en España; no te canses en averiguar mas; protégelos si quieres; llévatelos al fin del mundo, si te place.»

Apenas habia terminado, cuando oyó á lo lejos el ruido de un carruaje, y fué á ocultarse precipitadamente en un matorral inmediato al árbol.

Poco despues una silla de posta se detenia en el camino.

Genaro, como el gato que espia al raton, pudo ver todo lo que allí paso; es decir, que un señor, segun toda la facha extranjero, bajó del carruaje y recogió á los niños.

Este señor se llamaba sir Cárlos Holt.

Genaro apuntó este nombre en su cartera.

La silla de posta continuó su camino.

Genaro suspiró como el que despues de correr un grave peligro se ve libre.

—Creo que he hecho una obra buena, se dijo.

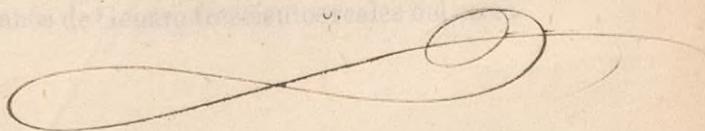
Y tomó el camino contrario de la silla de posta.

Genaro caminaba triste, meditabundo; pensaba indudablemente en aquellos niños, en la pobre madre, que herida en

la fibra mas delicada de su corazon, habia perdido el juicio.
—¿Qué será de esa mujer? se preguntó. ¿Qué será de esos pobres niños?

Pero pasándose la mano por la frente, se encogió de hombros, murmurando en voz baja:

—¡Bah!



CAPITULO XII.

Del juego à la cadena.

Algunos dias despues tomaba en Huesca un billete en la diligencia de Madrid.

Genaro buscó inútilmente al conde de Balboa.

Supo que se hallaba viajando, y se dijo:

—Él volverá.

Una vez en Madrid, pensó que era preciso buscarse algun modo de vivir, pues los cuatro mil reales que contaba como única fortuna, no eran suficientes si la ausencia del conde se prolongaba.

El juego es una ocupacion menos santa que el trabajo; pero no por eso deja de tener afiliados.

Genaro jugó, sufriendo por espacio de un año las terribles alternativas del tapete verde.

Por fin llegó una de esas épocas que tiene todo jugador, en que pierde siempre.

Dispuesto para el mal, sin retroceder nunca cuando carecía de recursos, entró en una falsificación de billetes. Genaro tenía una gran habilidad: era lo que se llama un gran pendolista; pero los ojos de Argos del Tribunal de Comercio descubrieron la falsificación, y la justicia siguió la pista á los criminales.

Genaro y sus tres compañeros se vieron pronto en la cárcel de Villa.

Por entonces el conde de Balboa aún no había regresado de su viaje á América.

Los falsificadores fueron sentenciados á doce años de cadena en los presidios de Africa.

Genaro se encogió de hombros, y se dijo:

—Tengo treinta años. Cuando cumpla la condena tendré cuarenta y dos; aún seré joven, y entonces, si vive el conde de Balboa, recompensará mi prudencia.

Genaro salió de Madrid, formando parte de la cadena de presidiarios que salía para Cartagena; desde donde debían embarcarles para Ceuta.

El presidio, la vida ruda y fatigosa del penado; el duro tratamiento del cabo de vara; siempre dispuesto á descargar las raciones de *acebo* sobre las espaldas del infeliz presidiario, hicieron desear á Genaro la libertad; procuró evadirse y fué cogido en los fosos de Ceuta, á causa de la dislocación de un pié, y se le aumentaron tres años de recargo: total, quince.

Genaro, protestando contra sus carceleros, maldiciendo su suerte, vió pasar uno por uno los terribles días de su condena.

Cuando llegó el día de su libertad, uno de los ayudantes del presidio puso en manos de Genaro trescientos reales del corto

haber de su masita, y una cédula de vecindad firmada por el gobernador.

—Estás libre, te dijo: mañana se hace á la vela un buque transporte del Estado que te conducirá á Barcelona.

Genaro recibió en silencio el haber y leyó la cédula, en cuyo respaldo decía:

«Queda bajo la vigilancia de las autoridades.»

Una vez en Barcelona, su primer pensamiento fué el conde de Balboa.

—Ahora, se dijo, esplotemos á mi cómplice.

Desde Barcelona al valle de Aran hizo el camino á pié.

Nuestros lectores no ignoran todo lo que aconteció en el castillo y en el *Parador Nuevo*.

Genaro, por una de esas casualidades, era el dueño de un secreto que en sus manos debía producirle mucho.

Además, no habia olvidado el nombre de sir Carlos Holt, si bien este le preocupaba poco.

Ahora se comprenderá por qué Genaro queria establecerse en Madrid con un nombre supuesto. El suyo tenia una mancha infame: era preciso pues adoptar otro.

Con las Memorias de doña Elena en su poder, se creia fuerte y rico.

Genaro tomó un cómodo y elegante gabinete en una casa de huéspedes de la calle de la Montera; pero antes entró en una ropería y se trasformó por completo.

Esto no es difícil en Madrid teniendo dinero.

Cuando aquella misma tarde se presentó Bautista con la cédula de vecindad, no pudo menos de admirarse.

Genaro, casi tumbado en una butaca, con su gaban de cas-

tor, su rico pantalon de patencur y su chaleco de casimir negro, fumaba un aromático cigarro.

—¿No parezco el mismo? preguntó Genaro sopriendo.

—No: efectivamente.

—Siéntate y fuma.

Y Genaro señaló una caja de cigarros que habia sobre una mesa.

—¿Qué dice el conde mi amo?

—Nada, por ahora.

—¡Diantre! eso es grave: ¡nada!

—Te envia la cédula de vecindad.

—¿Y mi destino?

—Mañana hablaremos de eso: hoy no está el conde para nada. Su hija Anita se ha puesto mala de repente.

—Tendremos paciencia.

Y desdoblando la cédula, continuó:

—Veamos cómo me llamo.

Genaro leyó en voz alta:

«Don Santiago Gomez y Ruiz...»

—Bien: no me disgusta ni el nombre ni los apellidos.

Y continuó leyendo:

«Del comercio. Edad treinta y tres años, color sano, estatura regular, etc., etc.»

—Perfectamente. Solo me falta, para acreditar mi hombría de bien, poder decir á todo el mundo que estoy empleado en la administracion de la casa del señor conde de Balboa.

Bautista, que no perdia ni la menor palabra ni el mas pequeño gesto de Genaro, cogió un cigarro, lo encendió, y sentándose con el desembarazo de un amigo de confianza, dijo:

—Pero ¿cómo diablos te has hecho dueño de esos papeles que dices tener en tu poder?

—Arriesgando la vida, respondió maliciosamente Genaro. Pero bien puede darme las gracias el señor conde, pues estando los documentos en mis manos corre su esclencia menos peligro.

—No te comprendo.

—¡Ah, querido Bautista! Al fin y al cabo será preciso que el conde, tú y yo formemos una terrible alianza, pues son terribles los enemigos que nos amenazan.

Bautista iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Qué enemigos son esos? preguntó Bautista afectando indiferencia.

—Cuando la fortuna nos vuelve la espalda, hasta los muertos abandonan sus tumbas para anonadarnos.

—Explícate sin rodeos.

—Suponte, querido Bautista, por un momento, que el misterioso amante, ó por mejor decir, el misterioso esposo de la difunta condesa no hubiera muerto, como asimismo el pobre doctor Samuel Navarra.

Al oír este nombre, Bautista se estremeció hasta el punto de saltar en la silla.

—¿Te espanta esa idea? ¡Es natural! Pero no temas: yo afortunadamente les he quitado las terribles armas con las que podían anonadar al señor conde. Hoy son impotentes para el mal: cuando mas, tendremos que librarnos del furor del hombre, pero nos reiremos del castigo de la justicia; y en cuanto á la cuestión personal, ni tú ni yo nos ahogamos en poca agua.

Bautista guardó silencio.

—Tengo mis motivos para creer que el doctor Samuel no ha muerto.

—¡Imposible!

—Eres muy confiado.

—Te digo que es imposible. A no haber muerto, ¿crees tú que hubiera guardado silencio diez y seis años?

—¿Quién sabe lo que puede haberle acontecido?

—No puedo creer eso que dices.

Genaro se encogió de hombros y continuó fumando.

Después de una corta pausa, dijo:

—Sea como quieras: no hemos de reñir por eso. Dime: ¿cuándo podré ver al señor conde?

—Mañana sí, como espero, la indisposición de su hija ha terminado.

—Sea mañana.

Bautista, que durante este diálogo acariciaba sin duda algún pensamiento atrevido en su mente, habló de este modo:

—Dime, querido Genaro: puesto que ambos somos leales servidores del señor conde y debemos marchar unidos por el mismo camino, ¿por qué no me enseñas esos documentos?

Genaro abarcó con una mirada á su antiguo compañero, y repuso:

—Es justo que los vea antes el señor conde. Eso sería robarle un derecho que legítimamente le pertenece.

—¿Dudas de mí?

—No: porque no temo á nadie mientras me halle protegido por el señor conde.

—Confiesa sin embargo que no te inspiro confianza.

—¡Bah! no te ofendas por eso: ¿qué podré yo decirte que

tú no sepas? Seamos pues buenos amigos, porque ¿quién sabe si podremos servirnos mañana mutuamente?

Bautista comprendió que todo sería inútil.

—Dispensa si te dejo.

—¿Tan pronto?

—El conde me estará esperando; además, tengo también mis ocupaciones.

—Yo sé que haces bonitas jugadas de bolsa.

—De vez en cuando.

—Espero que cuando nos hallemos mas tranquilos me enseñes el modo de ganar dinero.

—Estoy á tus órdenes.

—Ofrece mis respetos al señor conde, y dile que mañana hasta las dos de la tarde estaré aquí esperando sus órdenes.

—Él te avisará.

—Así lo espero.

Bautista estrechó la mano de Genaro con alguna repugnancia, saliendo inmediatamente de la habitacion.

Genaro se quedó tumbado en la butaca, saboreando el rico veguero de Cabañas.

De vez en cuando levantaba los ojos y parecia quedarse en uno de esos momentos de verdadero éxtasis, contemplando la columna de humo que se dilataba por fin, perdiéndose en los ámbitos de la habitacion.

Por último hizo una mueca propia de la gente de presidio, y sonriéndose de un modo *sui generis*, murmuró en voz baja:

—Bautista no es un enemigo despreciable... pero nada tan fácil de comprar como un hombre ambicioso. Será mio. Si así

no sucediera, tanto peor para él... Haré el negocio solo por cuenta mia.

Genaro tornó á su mutismo.

Bajo aquella frente, bronceada por el sol de Africa, bullia un pensamiento: ser millonario.

Genaro esperaba tranquilo, pero con esa tranquilidad que trasmite la fuerza, que da el poder.

LIBRO QUINTO

SE COMPLICA EL DRAMA.



en sociedad, tanto por el... Hace el negocio solo por...

Genaro tomó a su mutismo.

Hijo aquella fiesta, buscada por el sol de África, bulla...

un pensamiento: ser tu hermano.

Genaro esperaba tranquilo, pero con esa tranquilidad que...

trasmite la fuerza, que es el poder.

—¿Por qué no te casas con ella?—



CAPÍTULO PRIMERO.

Nuevo plan de Maripá.

LIBRO QUINTO.

SE COMPLICA EL DRAMA.

El doctor se desahoga en la oficina, y se desahoga en el papel, donde sigue escribiendo sin cesar, hasta que cae sobre el escritorio.

Desesperado, entra en la oficina, y se desahoga en el papel, donde sigue escribiendo sin cesar, hasta que cae sobre el escritorio.

Pregunta por el resultado, y le dijeron que se hallaba en su cuarto hasta algunas horas.

Los dos se encuentran mirando sin decirse a ninguna pregunta alguna, como si fueran en un respectivo ambiente de un mundo de su existencia.

Por fin el doctor se desahoga en el papel.

— ¿Supongo que todo habrá salido bien? —

— Es como usted sabe, yo lo he seguido indefinidamente la noche.

LIBRO QUINTO

SE COMPLICA EL DRAMA

CAPITULO PRIMERO.

Nuevo plan de ataque.

El doctor Santafé recorrió en vano las cercanías de Boltaña: todo fué inútil; nadie supo darle razon del sujeto que buscaba.

Desesperanzado entró en la ciudad, y fué á hospedarse en el parador donde algunos dias antes le habian alquilado los caballos.

Preguntó por el coronel, y le dijeron que se hallaba en su cuarto hacia algunas horas.

Los dos se quedaron mirando sin atreverse á dirigirse pregunta alguna, como si leyeran en sus respectivos semblantes el mal resultado de su espedicion.

Por fin el coronel rompió el silencio.

—Supongo que todo habrá sido inútil.

—Sí: á ese miserable se lo ha tragado indudablemente la tierra.

—El administrador del castillo no le conoce. Se presentó, y casi por sorpresa supo sacarle quinientos reales. Solo sabe que se llama Genaro. Sin embargo, he visto al ermitaño y me ha dicho que recuerda que por el tiempo de la muerte de Elena hubo un criado en el castillo que llevaba ese nombre.

—Sí, es indudable que ese hombre nos ha reconocido ó sospechado; y á estas horas tal vez camina en busca del conde de Balboa para entregarle esos papeles que le ponian en nuestras manos. Pero no tanto me preocupa el robo de esos documentos, como una nota que se halla escrita en la cartera que encontramos en el morral de ese infame Genaro. Fíjese usted bien en su contenido.

El doctor sacó la cartera, la abrió y se puso á leer en voz alta:

«Caminante, estos dos niños son húerfanos; nacieron en España; no te canses en averiguar mas; protégelos si quieres; llévatelos al fin del mundo, si te place.»

—Debajo de esta nota, continuó el doctor, leo un nombre: sir Carlos Holt, y una fecha, 30 de Enero de 184... esto es extraño: esta fecha concuerda mucho con aquella en que perdí á mi familia.

El doctor se quedó pensativo.

Ems preocupado.

—¿Quién será ese Genaro?

—¿Podrá él tal vez revelarnos el paradero de nuestros hijos?

—¿Quién sabe!

Aquí quedaron nuevamente en silencio los dos interlocutores, como si les preocupara la misma idea.

—¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer! exclamó Santafé.

—Partir á Madrid lo mas pronto posible, espiar la casa del conde de Balboa, ver quién entra quién sale. ¡Ah! tengo bien impresas en mi memoria las facciones de ese miserable ladron, y si llega á caer en mis manos...

El doctor pareció no dar gran importancia á las palabras de su amigo.

Solo contestó con la calma del desaliento:

—Sí, tiene usted razon; partiremos hoy mismo.

Y se dejó caer en un viejo sofá como si le faltaran las fuerzas.

—¡Ánimo, querido doctor! Ahora mas que nunca necesitamos de la fuerza de voluntad que no nos ha abandonado por espacio de tantos años. Madrid va á ser nuestro campo de batalla.

Aquel mismo dia, Santafé y el corònel Ems abandonaron á Boltaña.

Don Tadeo, el agente de negocios del doctor Santafé, era hombre activo.

Habia alquilado un bonito cuarto en la calle del Prado, con todas las condiciones exigidas por el doctor; así es que cuando este llegó á Madrid pudo instalarse en su casa con el coronel Ems.

Desde este instante debía comenzar la lucha; lucha si se quiere desventajosa para el doctor, pues no tenia armas con que combatir á su adversario.

El robo de los documentos era para él un golpe de muerte.

Solo en el fondo de su corazón quedaba esa esperanza del hombre justo que lucha escudado con la razón que le asiste, y que puesta la esperanza en Dios espera el momento en que, flotando la verdad y la justicia, le conceda al bueno el lugar que le corresponde.

—Amigo Ems, dijo el doctor: desde la noche fatal en que un miserable con un golpe de mano imprevisto, vino casi á robarnos todas las esperanzas que tan justamente habíamos concebido, he meditado mucho, y creo que mas conseguiremos por la astucia que por la fuerza; tenemos en favor nuestro dos poderosos auxiliares: la razón y el oro. Soy rico; pero para nada quiero mi fortuna si no he de conseguir mi objeto. Ante todo, debemos dirigir nuestros trabajos, nuestras indagaciones, hácia ese Genaro, clave segun parece, de todas las infamias de que fuimos víctimas. Don Tadeo, nuestro agente de negocios, nos ayudará, aunque sin revelarle del todo nuestras intenciones. Creo asimismo que seria altamente oportuno que nos acercáramos al conde de Balboa sin inspirarle sospechas. Es difícil que me reconozca: mi rostro ha cambiado lo suficiente para que el doctor Navarra no tenga ni la mas remota semejanza con el médico Santafé. Si, como espero, encontramos á Genaro, si es hombre susceptible á venderse, le compraré: nada me importa arruinarme.

—Y si se niega, entonces ¡ay de él! murmuró el coronel.

—Ruego á usted, amigo mio, que no emplee la violencia; nada conseguiremos: eso será en el último extremo. Si nosotros, casi extranjeros en nuestra patria, acusáramos al conde de Balboa de asesino, de infanticida, se nos pedirían pruebas, datos. ¿Cómo podríamos darlos? ¿bastaría nuestra palabra? Vuel-

vo á repetirlo: debemos producirnos con la mayor cordura, con toda la sagacidad del que desea herir sin errar el golpe, herir de muerte. Soy médico; pero ¿qué es un médico desconocido en una gran capital? Un átomo perdido en el espacio, una arista seca en el desierto. Necesito pues que se hable de mí, que se me dé una reputación, un nombre, aunque sea comprado. Los antiguos tenían la trompeta de la fama para estender por el orbe el eco de sus nombres. Los modernos tenemos otro sistema no menos eficaz: la prensa.

El doctor Santafé se detuvo, y fijando una profunda mirada en el coronel, continuó cogiéndole una mano cariñosamente:

—Siempre me ha repugnado ocupar con mi persona la atención pública: creo que el hombre de saber debe cobijarse á la sombra de la modestia; pero hoy comprendo que necesito un nombre, y le tendré. ¿Quién sabe adónde pueden llevarnos los acontecimientos?

Los ojos de Santafé brillaron de un modo amenazador.

—El conde de Balboa, repuso, tiene una hija: he oído decir que la ama con locura, que daría por ella hasta su vida. No hace mucho he sabido que esta hija está enferma. ¿Quién sabe si algun dia seré yo una necesidad para el conde, y entonces...

Santafé se detuvo.

En su grave y venerable semblante brilló algo extraño que el coronel no pudo definir.

El doctor continuó:

—Sin que yo me crea infalible en medicina, poseo un caudal de conocimientos suficientes para desempeñar el difícil sacerdocio de la ciencia de curar; puedo por consiguiente seguir



adelante mi pensamiento. Además, he viajado mucho; quiero ofrecirme al público de Madrid como uno de esos médicos inmensamente ricos que solo ejercen por gloria, no por lucro. Esto es una ventaja. Una historia interesante, contada con cierto tacto por un periódico, y repetida por otros, puede sacarme de la oscuridad. Yo he viajado lo bastante, he sufrido lo suficiente para dar materia á esa historia. Tengo además un agente de negocios que me evitará el rubor de esta farsa. Así pues, amigo mio, cada uno de nosotros debe desde ahora seguir su camino; los dos nos conducirán al mismo punto: usted á saber el paradero de Genaro, yo á adquirirme un nombre que tenga algo del héroe de novela.

Convenido este plan, el coronel Ems calculó que para encontrar á Genaro sería indispensable celar la casa del conde de Balboa.

—Yo me encargo de Genaro, dijo. ¡Oh! le tengo tan presente, que no se me despintará.

El médico se sonrió.

—Coronel, dijo: solo vimos á ese hombre un momento; era de noche, y como no nos inspiraba la menor desconfianza, nos fijamos poco en él.

—No, no, doctor; yo le recuerdo bien.

—Eso sería una ventaja, porque indudablemente Genaro visitará al conde de Balboa.

Aquella misma tarde el coronel Ems se fué á instalar en un café desde donde se veía perfectamente el elegante portal de la casa del conde de Balboa.

En cuanto al doctor Santafé, tuvo una conferencia con su agente de negocios, que terminó con estas palabras:

—Quedamos convenidos en que mañana por la noche daré un té á esos señores.

—No faltaremos.

—Encárguese usted de disponerlo todo.

—Está bien.

Y dieron por terminada la entrevista.

CAPITULO II.

Una enfermedad de moda.

Dice el *Diccionario de la lengua*: NERVIOS, *parte orgánica del cuerpo del animal, compuesta de fibras blancas, fuertes y tan unidas que parecen una sola. Su figura es redonda y larga como una cuerda. Sirven para atar y unir las otras partes del cuerpo, y para los movimientos de ellas naturales ó voluntarios.*

Anita era nerviosa: dos buenos médicos fueron llamados, y ambos convinieron en que necesitaba mucha tranquilidad.

Su padre preguntó:

—¿Qué tiene? ¿cómo se llama el mal que la agobia?

Los médicos contestaron afirmativamente:

—Los nervios.

El lector acaba de leer lo que dice el *Diccionario de la lengua* que son esas fibras del cuerpo animal.

La primera providencia fué que se metiera en cama la en-

ferma, que se la hablara poco, nada mas que lo preciso, que tomara algunos cocimientos, y que á la caída de la tarde volverian á ver el giro que habia tomado la enfermedad.

Verdaderamente para algunos médicos (no para todos), como asimismo para algunos individuos, los nervios son el gran recurso.

Antes los nervios se hallaban distribuidos por el cuerpo sin que nadie se ocupara de ellos; hoy forman por decirlo así el fondo, la base de la mayor parte de las enfermedades.

Anita pues tenia un ataque de nervios. Pero su padre, viéndola pálida, con la mirada triste y la respiracion fatigosa, no estaba tranquilo ni satisfecho con el diagnóstico de los facultativos.

Además, don Alejandro amaba entrañablemente á su hija; era uno de esos padres fanáticos que siempre con los ojos del alma puestos en los hijos, no duermen, no viven, empleando una figura familiar, cuando los ven enfermos, cuando sonríen menos que de costumbre.

Desde el momento en que Rosa le habia dicho:—La señorita se siente mala,—lo habia olvidado todo.

Anita se hallaba en su cama, dulcemente reclinada la cabeza en un almohadon de pluma de Rusia, forrado de raso color azul celeste.

Su padre, inclinado sobre aquel lecho, la contemplaba con verdadero éxtasis, estrechando al mismo tiempo una de las pequeñas manos de su hija contra su pecho.

—Yo no quiero que estés mala, alma mia, le dijo: nada me aflige tanto como el ver la palidez en tu rostro, la tristeza en tus ojos.

—Te sobresaltas sin motivo, querido papá, estoy buena, contestó Anita sonriéndose; y si quieres que te dé una prueba de ello, manda que enganchen y nos iremos á la Fuente Castellana.

—¡Levantarte! repuso el conde sobresaltado: no seré yo el que lo consienta hasta que te halles completamente restablecida.

—Pues bien, prométeme que no te sobresaltarás: quiero verte tranquilo.

—¿Puedo yo dominar los impulsos de mi corazón?

—El corazón, padre mio, no es otra cosa que un déspota que se goza esclavizando nuestra voluntad.

—¡Hola! ¿A qué viene esa amargura? preguntó el conde procurando fingir cierta alegría.

—Porque soy muy desgraciada.

—¿Tú? No ofendas á Dios.

—¡Ah! ¿no lo crees así?

—Ni remotamente. ¿Qué te falta?

—Nada, es verdad.

—¿Qué deseas?

—En cuanto á eso, padre mio, deseo lo primero merecer tu confianza.

—La tienes por completo.

—¿De veras?

—Lo preguntas de un modo...

—Si tanta confianza te inspiro, ¿por qué tienes secretos para mí?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Eres una niña aturdida; pero el amor de padre me ciega, y ni aun quiero concederte esos defectos.

Anita fijó sus dulces y hermosos ojos en su padre, y después de detener aquella mirada que parecía penetrar hasta el fondo del alma, se incorporó ligeramente apoyándose en el brazo derecho, y dijo:

—Hace algunos días que en vano procuras ocultarme la agitacion de tu espíritu. Padre mio, á tí debe sucederte algo: no trates de negármelo, porque lo leo en tu semblante.

—Sabes, querida Ana, que vas teniendo una tenacidad infantil. Te dije que la causa de mi malestar era el recuerdo de tu pobre madre, y sin embargo, insistes en lo mismo. Así pues te ruego que no hablemos mas de ese asunto. Pónte buena: hé ahí todo lo que deseo.

Anita guardó silencio.

Don Alejandro continuó de este modo:

—Ahora que te veo mas tranquila, voy á reprenderte.

La jóven se sonrió.

—Sí, porque me has dado un susto grande; es una ingratitud sin ejemplo ponerse mala tan de repente.

—¿Tengo yo la culpa?

—Ahora es cuando yo debia reñirte, si no temiera irritar esos pícaros nervios que tantos disgustos me dan.

—Tú eres mi padre: tú puedes hacerlo:

—¿Me autorizas?

—Sí.

—Pues bien: figúrate que mañana por la noche tengo reunion de confianza. Tú (no trato de adularte), eres por decirlo así el alma de estas reuniones. Estando enferma, ¿qué

haremos? Porque tú no sabes que el pintor Horacio me ha ofrecido traer mañana á su hermana Virginia y á su protector sir Carlos Holt.

—Mañana, repuso Anita con encantadora ingenuidad, estaré buena.

—¡Ah! ¿Luego tu enfermedad no es grave?

—Solo tu excesivo cariño puede juzgarla así: un ataque de nervios desaparece con algunas horas de descanso.

—No deseo otra cosa. Sin embargo, creyéndote peor, habia dispuesto no recibir mañana.

—Debes cambiar de parecer, porque he oido que eso es de sabios.

—¿Luego, segun tú opinas, te hallarás completamente restablecida?

—No tengo duda de ello.

—Tanto mejor.

Anita, acariciando los cabellos de su padre con una coquetería encantadora, repuso:

—Verdaderamente sois insoportables los hombres de negocios: todo lo sacrificais al vil interés.

—¿Por qué me dices eso? ¿Me crees avaro?

—Dudo que exista un padre mas generoso.

—Entonces...

—Pero cuando te encierras en tu despacho con Bautista, con ese hombre que solo piensa en el alza y baja, en el tanto por ciento y en las jugadas de Bolsa, me disgusta mucho, porque te olvidas de todo, hasta de mí.

—¡Exagerada!

—¿Exagerada? Vamos á ver: ¿quién ha tenido la culpa de

que no continuara hoy el retrato Horacio? Indudablemente Bautista.

—¿Me guardas rencor por eso?

—Un poco.

—Pues bien, perdóname.

—Solo con una condicion.

—Veamos qué condicion es esa.

—Que vayas á verle, porque indudablemente se hallará ofendido.

Don Alejandro exhaló un suspiro, y fijando una mirada llena de ternura en su hija, repuso:

—Ana, tú amas á ese jóven mas que á tu padre.

—¿Tienes celos?

Y Anita, cogiendo la barba de su padre con sus sonrosados dedos, le dió un beso en la frente.

Alejandro se creyó pagado con aquella caricia, y murmuró en voz baja:

—Es un ángel que Dios me envia para redimir mis pecados. ¡Oh! ¡qué seria de mí sin ella! Su amor es mi vida.

Poco despues el conde de Balboa escribió una carta al pintor Horacio, rogándole dos cosas: que le dispensara el no haberle recibido, y que no dejara de asistir al dia siguiente á la reunion de confianza.

Esta carta tenia una posdata.

Decia así:

«Anita sigue mejor. No es enfermedad de peligro: es una cuestion de nervios ó de mimo, como usted quiera entenderlo. Ella me encarga ruego á usted traiga mañana por la noche á su querida hermana Virginia.»



Verdaderamente el conde de Balboa era un padre á quien el excesivo amor hácia su hija dominaba en absoluto.

Hacia mucho tiempo que habia abdicado su voluntad á los piés de aquella niña encantadora, tan bella de cuerpo como de alma.

Pero esto es dispensable.

La debilidad está encarnada en el corazon paternal: es una hija del amor que vive con él, que le aconseja la dulzura, la abnegacion.



CAPITULO III.

Un bohemio ilustre.

Don Tadeo era un hombre que como suele decirse sabia meterse por el ojo de una aguja: era listo como una ardilla, prudente como el miedo y suave como una pared estucada.

El doctor Santafé le habia encargado que dispusiera un té y reuniera media docena de periodistas en su casa.

Esto no era dificil. Además, don Tadeo tenia cierto dominio sobre un gacetillero ingenioso de los de mas nombre en la prensa madrileña; especie de bohemio distinguido con cuarenta duros mensuales de sueldo.

Don Tadeo fué á visitarle á la redaccion.

—¡Querido Rostchild! exclamó el gacetillero viéndole entrar y estrechándole contra su pecho: ¿viene usted á que renovemos el pagaré?

—No, amigo mio, vengo á proponer á usted una cena.

—Es usted el prestamista mas sublime que conozco: el me-

por día le hago héroe de una gacetilla, y su nombre de usted, por espacio de seis días, va á correr en alas de la fama.

—Usted, siempre de buen humor.

—Es mi patrimonio; bien es verdad que los autores de mis días no me dejaron otro.

—Pero usted hará fortuna.

—En España no es extraño nada. ¡Oh! si fuera usted profeta...

—Lo seré. Tiene usted talento, y dedicándose á la política...

—No hablemos de eso, porque estoy viendo encima de mi nariz el lápiz rojo del fiscal.

—Hablemos pues del asunto que aquí me conduce.

—Hablemos.

Y el gacetillero se cruzó de brazos, disponiéndose á oír.

—Un hombre rico necesita la proteccion de usted.

El gacetillero, á quien llamaremos Raimundo, meneó con gravedad la cabeza.

—Se trata, repuso don Tadeo, de un médico que ha recorrido la mayor parte del mundo, de un sabio ignorado, de uno de esos hombres de historia. Su vida es una novela casi inverosímil.

—Estoy oyendo á usted como á un oráculo, con el mismo interés que escucha una nodriza los domingos por la tarde un drama de Buchardy.

Don Tadeo se sonrió, y prosiguió.

—Pues bien: estoy hablando á usted del doctor Santafé, de un hombre que despues de pasar una gran parte de su vida en Africa y América, vuelve á España cargado de oro y de cono-

cimientos que indudablemente producirán una revolución en la medicina.

—¿Y ese Creso de la farmacopea necesita mi protección?

—¿Quién lo duda?

Raimundo contestó con gravedad cómica:

—Puede contar con ella. ¿Qué es lo que quiere?

—Un poco de eso que ustedes llaman *bombo*.

—Comprendido. Ese señor traerá un largo catálogo de curas maravillosas, con los pelos y señales de los afortunados enfermos que le deben la vida. Tendrá además algún medicamento de efectos universales, un cúralo todo á cinco pesetas el frasco. ¡Eso es natural! Traerá asimismo una medalla del celeste emperador de la China, otra del rey del Congo, etc., etc. Estamos conformes. Le supongo asimismo las cualidades pasmosas del magnetismo, y el don de arrancar las muelas con una mirada.

—¡Qué exagerado! dijo don Tadeo interrumpiéndole: el hombre que vengo á recomendar á usted no tiene nada de esos farsantes que explotan la credulidad pública.

—¡Libreme Dios de calumniarle! Además, yo nunca dirijo á nadie calumnias pequeñas.

—Vamos: ¿quiere usted que hablemos con formalidad?

—Solo un acreedor condescendiente como usted puede dirigirme semejante pregunta.

—Seamos formales.

—Voy á escucharle, grave como el Convidado de Piedra, serio como el marqués de Siete Iglesias.

—Ante todo, creo conveniente que conozca usted al doctor Santafé.

—Voy á dejar á usted. ¿Conque á las cinco en el Suizo?

—No faltaré.

Cuando Raimundo se quedó solo, cogió la pluma y se puso á escribir una gacetilla defendiendo á los prestamistas que prorrogaban la fecha de los pagarés vencidos.

Era un tributo de gratitud que rendia á su generoso Mecenas.

CAPITULO IV.

Los aspirantes á la inmortalidad.

Raimundo era uno de esos jóvenes de ingenio chispeante que se dedican de lleno y con todo el ardor de su corazón de fuego á las luchas periodísticas.

El periodismo como el ejército tiene su escalafon, sin duda porque tambien presenta batallas en las que no siempre se esgrime la pluma.

La gacetilla, esa salsa del periódico que ven con gusto los hombres de todos los colores y que saborea con delicia el bello sexo, es por decirlo así la logia donde se prueba el temple de los jóvenes.

Desde la gacetilla á los artículos de fondo hay tres grados que ganar.

Por desgracia en España el trabajo del periodista, ímprobo, fatigoso, lleno de peligros, de disgustos, de sobresaltos, trabajo

que seca la inteligencia, que *chupa* por decirlo así la savia de la vida, es poco productivo.

Pero la juventud se detiene poco á examinar el lado feo de las cosas. El corazón lleno de esperanza, el espíritu henchido de fuerza de voluntad, avanza siempre. ¿Adónde va? Se ignora; pero se sigue adelante. Poco importa el martirio cuando se corre en pos de la gloria, del renombre, de la popularidad.

Raimundo era uno de esos jóvenes que, como Eusebio Blasco, Manuel del Palacio, Roberto Robert, Rivera y otros muchos, embellecen con el chiste, con la sal ática, todo cuanto escriben.

La chispa brilla lo mismo en el fuego de un cigarrillo de papel que en el incendio de un palacio, ó lo que es lo mismo, cuando el escritor tiene esas dos cosas que no se aprenden en los libros ni enseñan los preceptistas, ingenio y gracia, esta flota sobre cualquier asunto que se toque por ingrato, por árido que sea.

En el periódico *Gil Blas*, en ese *Charivari* de los españoles, hemos leído no hace mucho un artículo de Blasco hablando del mareo que le produjo la travesía de Alicante á Valencia.

El asunto no puede ser mas trivial: leedlo sin embargo; apuesto á que os reís y reconocéis el ingenio de su autor.

El *Gil Blas* sin embargo no lo dice todo: se contiene como una mujer hermosa que ama á un hombre; pero su decoro, su honra, no le permiten otra cosa que esperar y resignarse.

Pero volvamos á nuestro gacetillero imaginario, aunque en la vida real tenga algun *homónimo moral*.

Raimundo acudió á la cita, y fué presentado en casa del doctor Santafé. Oyó de este una parte de la relacion de sus

aventuras, y le pareció que el médico, no solo tenia un talento sólido, sino una vasta erudicion.

Además, Raimundo era uno de esos jóvenes impresionables; y Santafé, con su barba blanca como la nieve, sus largas melenas que le caian sobre los hombros como hebras de plata heridas por la luna, y su alta y despejada frente, le habia sido simpático.

Añádase á esto una comida espléndida y un café digno de hacer guiñar el ojo izquierdo al czar de Rusia, y se comprenderá que Raimundo quedara, como se llama en el lenguaje familiar, prendado del doctor Santafé.

Cuando saboreando el rico moka y el ardiente Jamáica, don Tadeo tomó la palabra para manifestar al gacettillero los deseos del doctor, este ofreció su pluma con toda la vehemencia de su carácter.

Santafé cogió una sortija con una bonita perla, y dijo:

—Ruego á usted admita este recuerdo del pobre solitario de la isla de Salomon.

Raimundo quiso rechazar aquel obsequio, pero no le fué posible, pues el doctor insistió hasta el punto de obligarle á que lo aceptará.

Una hora despues, Raimundo entraba en el café Suizo.

Serian las doce de la noche.

Veíanse ocupadas la mayor parte de las mesas de este afortunado establecimiento.

Detrás del mostrador, con la campanilla de plata en la mano, dispuesto siempre á *hacer andar listos* á los camareros, se

hallaba el jefe del café, grave como el juez en presencia de los acusados.

Cerca del mostrador, en una de las mesas largas de la derecha, veíanse seis ó siete individuos, todos ellos jóvenes, todos ellos alegres, y ninguno de ellos mofletado.

Raimundo se dirigió recto á aquella mesa.

—¿De dónde sales?

—¿Qué te has hecho esta noche?

—¿Resucitas?

—¿Vives?

—¿Has comido?

Estas y otras preguntas se le dirigieron al gacetillero, que sin responder á ninguna fué á sentarse en uno de los taburetes que se hallaban vacíos.

—Señores, dijo Raimundo: hoy he comido con el Robinson español, con una celebridad del mar Indo, con un solitario de las islas de Salomon.

Cuando Raimundo hizo punto final, sus amigos soltaron una carcajada.

—No hay que reirse: os estoy hablando con toda la formalidad de un estómago agradecido. ¿Os acordais de aquella célebre comida que dió á la prensa el fondista Prosper?

—Aún la saboreo en mis sueños, contestó uno.

—Yo tengo siempre presente todo el risueño y encantador golpe de vista que presentaba la mesa antes de empezar la comida.

—Yo todo el desórden que reinó en los postres.

—Pues bien: aquella comida fué detestable, espantosa, si se compara con la que me han suministrado hoy.

—¿En casa de Robinson?

—Sí.

—¿Quién es ese hombre?

—Un médico sabio como Hipócrates, rico como Cresos el Tuerto, y pródigo como Julio César.

—Quiero conocer á ese hombre.

—Te presentaré. Pero debo deciros que aquel rostro, semejante al de los patriarcas de Israel, tiene toda la dulce majestad de los ancianos de aquel tiempo de oro en que los ángeles del cielo bajaban de vez en cuando á la tierra de los hombres.

—¡Basta! exclamó uno de los jóvenes, bajito, regordete, y cuyo corazón, exento de envidia, le dejaba vivir tranquilo en medio de su modestia.

Y luego, continuó:

—Necesito conocer á ese hombre.

—Descansa: tendrás médico gratis cuando lo necesites, aunque tu salud es tal que haría llorar lágrimas de sangre al boticario de mas jovial humor.

Raimundo, despues de decir estas palabras estendió sobre la mesa su mano, donde brillaba la sortija, regalo del doctor Santafé.

—Aquí teneis una perla estraída del fondo de los mares por un negro pescador: es una alhaja de gran valor. De las manos de su primer dueño pasó á un rico judío, de las de este á un capitan negrero; luego fué propiedad del doctor Santafé, y hoy es mia.

—¡Y nuestra! exclamaron varias voces.

—Teneis razon: nosotros formamos una caravana de bo-

hemios ilustres, y hemos jurado protegernos en todo y por todo.

—¿Cuánto darán de empeño por esa sortija? Lo menos veinte duros.

—Siempre demuestras tu afición al Monte de Piedad.

—Él es el padre de los españoles. ¡Salud á tan filantrópico establecimiento!

—Qué hable solo Raimundo.

—Sí, que hable del personaje de *Las Mil y una noches* que ha encontrado.

—Del Robinson moderno.

—Del patriarca contemporáneo.

—¡Silencio!

En esto sonó la campanilla del dueño del café.

—El presidente llama al orden.

—Sí; pero esa campanilla no suena por nosotros: somos independientes.

—Y podemos decirlo todo.

—Y hablarlo todo.

—Y tocarlo todo.

—Sí, todo; hasta el himno de Riego.

—Señores, *moralidad*.

—¿Qué tienen que ver las notas con la moral?

—Lo mismo que los himnos con la política.

Raimundo se levantó y dijo:

—Nada es tan molesto como el canto de muchas ranas. Vamos, callad.

—Que cante el ruiseñor.

—Entonces, voy á hablar yo.

Y Raimundo tomó la palabra.

—Necesito vuestra proteccion para un hombre que tiene los brillantes rosa á celemines, las perlas y las esmeraldas á fanegas.

—Estoy casi resuelto á desmayarme.

—Guarda esa debilidad del espíritu para el dia que veas ante tus ojos los tesoros de la reina Nicaulis.

—Reclamo por un momento vuestra formalidad.

—Habla.

—Deseo que secundeis en vuestros periódicos una gacetilla que saldrá mañana en el mio.

—¿Quieres comprarnos?

—Yo no me vendo.

—Yo sí; pero soy caro.

—Yo me doy de balde.

Estas y otras exclamaciones resonaron en derredor de Raimundo.

—Los lectores os agradecerán la anécdota, porque será de las mas interesantes.

—Tengo una duda, dijo el jóven regordete.

—¿Qué duda es esa?

—Si es de *veras* la sortija que acaba de enseñarnos Raimundo.

—Yo tengo dos joyas: una en la mano, que es esta sortija; y otra en la cabeza, que no quiero nombrar porque todos teneis conocimiento de ella.

—Chico, la modestia no es mas que una rapsodia de la hipocresía, dijo un jóven actor cómico que si mal no recordamos se llamaba Serafin, y cuyo semblante, por la viveza y la flexi-

bilidad, tenia algun parecido con el de Voltaire, el filósofo francés.

—Volvamos al médico, señores, repuso Raimundo: mañana por la noche estais convidados á tomar un té. Allí conoceréis al héroe, y luego secundad mi gacetilla, si os parece.

Todos quedaron convenidos en la hora y el sitio.

CAPITULO V.

Entre amigos de confianza.

Las reuniones de confianza del conde de Balboa tenían un carácter agradable.

En ellas reinaba la cordialidad, el buen humor, la franqueza.

Se hablaba de todo menos de política: manjar indigesto para los estómagos bien alimentados.

Anita era por decirlo así el querubin que lo embellecía, lo perfumaba todo.

Sentada al piano, acompañándose ella misma, cantaba con la dulzura de un ruiseñor, sin darle importancia alguna ni á su estilo ni á su voz.

En medio de aquella reunion de hombres, Ana parecia el cisne que hermosea con sus plumas las aguas de un lago.

La noche que nos ocupa Ana tenia una compañera, ni menos pura ni menos hermosa que ella: Virginia.

Además, el conde habia presentado al pintor Horacio, digno por su talento y su esmerada educacion de alternar con la mas escogida sociedad.

Sir Carlos Holt, tipo escéntrico, pero lleno de bellezas morales y de dignidad, se hallaba allí tambien.

Ana habia recibido á Virginia estrechándola cariñosamente contra su pecho, y dándole un beso en la mejilla.

En aquel momento se imaginó que abrazaba á una hermana.

Horacio contempló este hermoso grupo con verdadera satisfaccion, con gozo infinito.

Pasados los primeros momentos, siempre engorrosos cuando por vez primera se presenta uno en una casa estraña, cada uno toma la actitud que mas le conviene, eligiendo el compañero ó el grupo mas á su gusto para seguir la conversacion.

Ana y Virginia fueron á sentarse al piano; Horacio y Juan Antonio se sentaron en uno de los divanes, y el conde de Balboa y sir Carlos Holt, cerca de la chimenea, ocuparon dos butacas.

Los otros tertulianos, poco ó nada pueden importarnos. Sigamos por ahora al conde y al inglés.

—Opino como usted, sir Holt: la vida estacionaria me aburre, me fatiga.

—Cuando se tienen recursos, los viajes son fáciles.

—Tengo una hija...

—Hermosa criatura.

—Gracias, caballero.

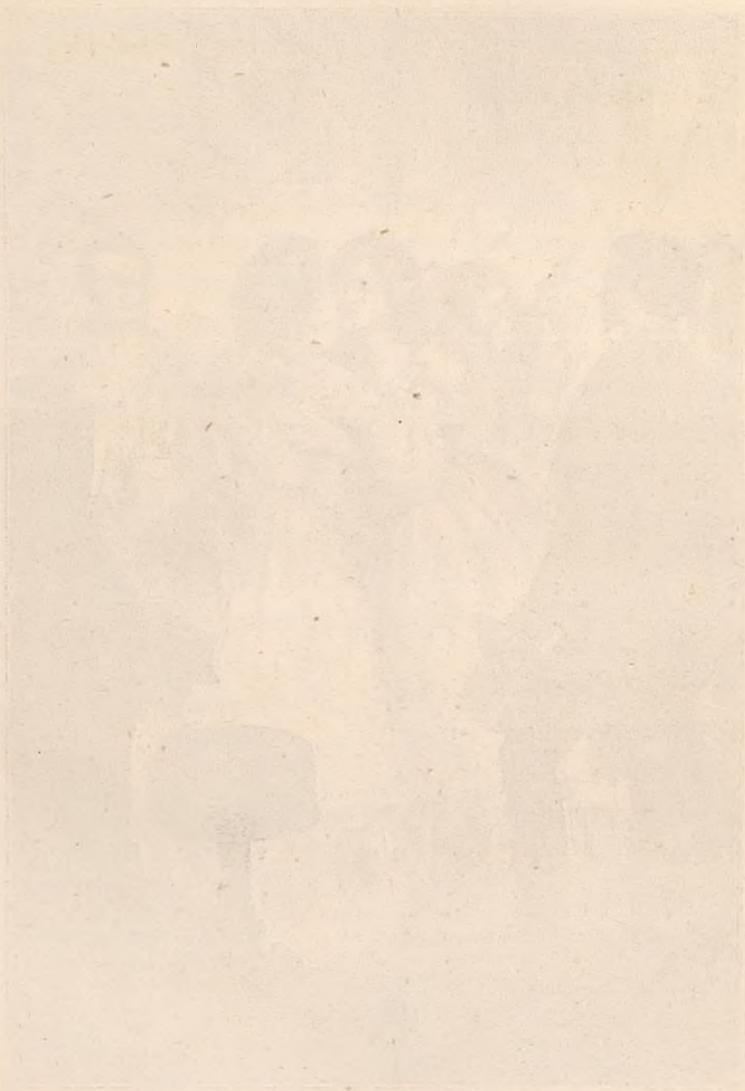
—Comprendo el cariño de padre, aunque no he tenido la fortuna de serlo; pero bendigo á la Providencia que me deparó



LOS ANGELES DE LA TIERRA.

En aquel momento se imaginó que abrazaba á una hermana.





UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

dos huérfanos que he adoptado y que quiero como á hijos verdaderos: Horacio y Virginia.

—Dignos son por cierto del cariño que usted les profesa.

El inglés saludó.

El conde de Balboa, inquieto por el misterio que envolvía el cuadro que tanto le habia llamado la atencion en el estudio de Horacio, deseaba saber la verdad.

—En mis mocedades solia detenerme poco; viajaba siempre, dijo el conde; porque despues de todo, cuando la naturaleza se aclimata allá en la majestuosa América, Europa tiene poco ambiente, ahoga.

Y cambiando de entonacion, continuó:

—¿Ha viajado usted por el Norte de América?

—He nacido en Hudson.

—¡Ah! es un hermoso país: nada tan pintoresco como las orillas del majestuoso rio que lleva ese nombre.

Sir Holt fijó su fria y penetrante mirada en el conde.

Este se estremeció, como si aquella mirada hubiera penetrado hasta el fondo de la conciencia.

El inglés continuó de este modo, pero con acento pausado y bajando la voz, como si temiera ser oido de otro que del conde:

—En las orillas del Hudson vi la luz del cielo por la vez primera: allí se deslizó tranquilamente mi infancia: allí fué en donde pasó una gran parte de mi juventud.

El inglés se detuvo.

Don Alejandro creyó al principio que aquel hombre singular iba á contarle su historia.

Esto le tenia inquieto á la par que interesado; pero iba por fin á saber el origen del cuadro misterioso.

Como el inglés se detuvo al principio de su relato, el conde creyó oportuno conducir la conversacion al terreno de la franqueza.

—Yo tambien recorrí aquellas tierras; pero donde ha sido mayor mi permanencia fué en California, en cuya tierra tuve el sentimiento de perder á mi esposa.

—Yo la perdí en Hudson, en la misma casa donde nací.

—¡Ah! ¿Es usted viudo?

—Hace muchos años.

—Verdaderamente es una gran pérdida, cuando se ama con todo el corazon.

—Yo amaba con toda mi alma á aquella á quien dí mi nombre; era mi primer amor: no tengo vergüenza en confesarlo. En Europa se ocultan muchas veces los sentimientos mas bellos del corazon; pero los cuákeros decimos siempre la verdad, porque nuestros padres nos enseñaron á amarla y respetarla.

—¿Murió muy jóven la esposa de usted?

—No murió, repuso sir Cárlos con voz sorda y reconcentrada.

El conde creyó ver que en los ojos de aquel hombre brilló un rayo de cólera.

—¿No murió? repitió el conde.

—La maté, porque era una adúltera.

—¡Ah, caballero!

Sir Cárlos dejó vagar en sus labios una sonrisa fria como el eco de sus palabras.

El conde procuró serenarse y avanzó algo mas, porque la incertidumbre es la angustia mas insufrible de todos los padecimientos morales.

—Sir Cárlos, acaba usted de hacerme una confianza de que no abusaré.

El inglés se encogió de hombros.

—Yo amaba á mi esposa, repuso; la era fiel, la tenia todas esas consideraciones á que están acostumbradas las de mi raza, en donde la probidad y la honradez no son virtudes, sino deberes indispensables. Ella abusó de mi confianza y la mate. El dia que encuentre al hombre que me robó su cariño, que por un placer momentáneo, por un vano capricho vino á robarme la felicidad, le mataré tambien. Su sentencia de muerte escrita la llevo en mi corazon hace muchos años.

El conde apenas pudo contestar débilmente estas palabras:

—La ofensa fué grave; pero el tiempo lo borra todo.

—¡Todo! repitió el inglés: las manchas de la honra se lavan con sangre.

Don Alejandro se hallaba aturdido.

Afortunadamente, un criado entró en el salon con una bandeja y el servicio del té.

El conde le llamó, ofreciendo una taza al inglés, que la tomó devolviendo un saludo.

Pero si nos es permitido leer en la conciencia de nuestro personaje, diremos que esta frase formuló en silencio sir Cárlos Holt:

—Creo que he encontrado al hombre que buscaba.

CAPITULO VI.

Un ruiseñor del bello sexo.

—¿Sabes, querido Horacio, decía Juan Antonio saboreando una taza de té, que no puedo avenirme con las calabazas que por segunda persona me dió tu linda hermana?

—No hablemos de eso; puedes creer que siento.

—Somos amigos, y es nuestro deber la franqueza. Tu hermana tiene un corazón bello, tan bello como su rostro; un alma sensible, impresionable; canta y toca el piano con una exquisita sensibilidad. Una jóven de estas cualidades, no puede vivir sin amor. ¿A quién ama?

Horacio sintió que los colores le salían al rostro. ¿Por qué este rubor? No era digno sir Carlos de su hermana.

El jóven pintor había quedado sorprendido al oír de los labios de Virginia que amaba á sir Carlos, porque sir Carlos para él era un padre cariñoso.

Aquel amor era un secreto: tal vez lo sería siempre, como le dijo su hermana. Así es que no sabiendo qué contestar á su amigo, se escusó con estas palabras:

—Chico, las mujeres tienen caprichos inesplicables: no creo que mi hermana ame á nadie. Demos tiempo al tiempo.

—¡Bah! tú no eres amigo mio.

—Eso me ofende: te ruego que no hablemos mas de este asunto.

En este instante, Anita llamó á Horacio.

—Hablan ustedes mas que dos beatas, como dice una comedia que no recuerdo, y necesitamos muchísimo silencio, porque voy á acompañar á Virginia una romanza.

La noticia de que la hermosa jóven iba á cantar se extendió por el salon, y todas las conversaciones se ahogaron en la garganta.

Virginia comenzó.

Definir con la delicadeza que merece la voz de un ángel de la tierra, es bastante difícil para plumas como la nuestra.

Los hombres mas profanos en música, aun aquellos que, como Napoleon, dicen *que la música es el ruido que menos les molesta*, hubieran escuchado con dulce arrobamiento aquellas notas, ora dulces como un suspiro de amor, luego tristes como un gemido de agonía.

Anita, que la acompañaba, de vez en cuando dirigia á la cantante una de esas miradas en que se manifiesta de lleno el entusiasmo de un alma.

Juan Antonio escuchaba silencioso, casi triste.

Sir Carlos indiferente al parecer.

El resto de los tertulianos, con verdadero entusiasmo.

Cuando terminó resonaron los aplausos, y el conde, acercándose al piano, dijo:

—¡Ah, señorita! acaba usted de proporcionarnos un momento de verdadero placer, como no lo hemos disfrutado nunca. Yo, en nombre de la reunion, ruego á usted que así que descansa vuelva á repetir esa preciosa romanza que usted tan brillantemente interpreta.

—No estoy cansada, señor conde, contestó Virginia: la repetiré ahora, puesto que á ustedes ha gustado.

Virginia dijo esto con el tono mas natural del mundo.

No podia notarse ni el menor asomo de vanidad.

Terminada la repeticion de la romanza, Horacio fué á sentarse un momento al lado de Anita.

Era la primera vez que durante aquella noche podia dirigirle la palabra sin testigos.

—Tiene usted una hermana encantadora, dijo Anita.

—Encantadora allá donde usted no esté, señorita.

—¡Adulador!

—Cuando habla el corazon no se adula.

—¡Ah! ¿Sabe usted, Horacio, que he estado muy mala?

—Tuve el disgusto de saberlo, y hubiera deseado enterarme minuto por minuto de su salud.

—Eso era imposible, ¿no es verdad? Mi padre sin embargo no hubiera cerrado las puertas de su casa á mi pintor favorito.

—Ana, repuso Horacio bajando la voz: cuando pienso la distancia que nos separa, siento una pena inmensa en el corazon.

—Cuando se tiene un padre como el que yo tengo, cuya ambicion se reduce á hacer mi felicidad, á concederme todo

cuanto yo deseo, ningun temor debe asaltar á mis amigos. Horacio tenia la conviccion de que era amado, y sin embargo, se mantenía á una distancia respetuosa de aquella jóven que llenaba por completo las aspiraciones de su alma de artista.

—Algunas veces, dijo con vehemencia, en mis horas de soledad, cuando las imágenes de amor y gloria cruzan por mi mente embelleciéndolo todo, brota en mi alma la bella luz de la esperanza, entonces me digo: yo soy un pobre huérfano sin mas patrimonio que mis pinceles y la magnanimidad de mi bienhechor; pero algun dia brillará mi nombre, y entonces depondré á los piés de la mujer que amo, mi nombre, mi fortuna y mi corazon.

—Y esa mujer si ama, si siente esa dulce pasion que como usted acaba de decir lo embellece todo, se creará muy feliz aceptando la oferta.

—¡Ana!

Horacio pronunció este nombre con toda la ternura de la pasion que abrigaba en su pecho.

—Además, amigo mio, continuó la jóven empleando un aturdimiento encantador, el conde de Balboa no es tan orgulloso como se le supone.

—Pero si yo le revelara el secreto de mi corazon, ese secreto que es mi tesoro y que temo asome á mis labios, que ni aun á usted me atrevo á revelar, porque tan inmensa es la felicidad de la esperanza que llevo en mi pecho, que dudo mucho...

—Amigo Horacio, prohibo á usted la duda; y para tranquilizarle, debo decirle que ese secreto no lo es para mi padre.



—¡Ah! ¿Él sabe...?

—Él sospecha, y al manifestármelo, no me he tomado el trabajo de engañarle, porque sería una infamia siendo tan bueno como es.

—¿Y no se ha enojado?

—No. Solo que, como me ama tanto, me ha pedido celos.

—¿De mí?

—¿De qué otro podía pedirlos?

—¡Ah! Entonces, me creo el mas feliz de los hombres.

—Por ahora, amigo mio, continuaremos como hasta aquí; es decir, nuestro amor será un secreto para todos menos para nosotros dos y para Rosa, porque Rosa es mi confidente, mi secretario privado.

Horacio salió aquella noche de casa del conde, loco de contento.

La felicidad no mata, puesto que no le causó la muerte al enamorado pintor.

CAPITULO VII.

Donde un presidiario enaltece sus prendas morales.

El conde de Balboa esquivaba la entrevista con Genaro.

Bautista le decía:

—Es indispensable que usted le vea; estos asuntos, cuanto mas pronto se terminan mejor; no es nada conveniente demorarlos.

—Pero bien: ¿qué es lo que quiere ese hombre? exclamaba don Alejandro, que veía formarse en derredor suyo la tempestad que debía aniquilarle.

—Quiere dinero. Tratándose de un hombre como Genaro, esto es lógico.

El conde exhalaba un suspiro, murmurando:

—Está bien.

Pero pasaba un día y otro. Genaro tornaba á dirigirle una nueva carta concebida en estos términos:

«Es de absoluta necesidad que el señor conde me conceda algunos minutos de atencion, para hablarle de un asunto de la mayor importancia.

»Su atento servidor,—*Santiago Gomez y Ruiz.*»

Este era el nombre que constaba en la cédula de vecindad; pero nosotros seguiremos llamándole con su nombre de pila.

Al conde le repugnaba la entrevista con aquel hombre.

Por fin llegó á sus manos la última carta de Genaro. Decia así:

«Nada tengo que ver con Bautista: quiero hablar con usted, y solo espero veinticuatro horas. Si terminado este plazo no se me concede la entrevista que hace seis dias solicito, me creeré con el derecho de obrar segun me convenga.

»En ese caso, no me achaque usted á mí la culpa de todo lo que suceda.»

Esto era una amenaza.

El conde tuvo miedo, porque todo comenzaba á sobresaltarle.

Se resolvió por fin á contestarle lo siguiente:

«Espero en mi casa de tres á cuatro de la tarde. La adjunta tarjeta te abrirá paso hasta mi despacho. No olvides los documentos:—*Alejandro.*»

El conde participó esta resolucion á Bautista.

—Genaro es un hombre de quien debe desconfiarse siempre: yo presenciare la entrevista oculto en la alcoba, dijo Bautista.

—¿Crees tú que seria capaz de ofenderme? En ese caso...

—El señor conde no debe esperar nada de Genaro.

Se convino que Bautista estuviera oculto en la alcoba.

A las tres en punto se presentó un criado á decir que don Santiago Gomez y Ruiz estaba esperando. Poco despues entraba Genaro.

El conde le recibió sentado, afectando cierta altivez. Genaro, por el contrario, tenia todo el aspecto de un hombre humilde, respetuoso.

El conde, que apenas habia reconocido á su antiguo servidor, le dijo:

—En otro tiempo me prestaste algunos servicios que yo creia pagados; hoy te presentas de nuêvo, segun parece, á reclamar lo que yo no creo deberte. ¿Qué te propones? ¿qué quieres? Habla, y acabemos.

Genaro se inclinó respetuosamente, dejó asomar á sus labios una sonrisa llena de respeto y veneracion, y dijo:—
—Libreme Dios, señor conde, de tener exigencias con un caballero tan bueno como usted. Lo único que deseo es estar al servicio de esta casa.

—¿Y si eso fuera imposible por ahora?

—Nada hay imposible para el ilustre conde de Balboa; nada mas fácil que darme el destino de administrador general.

—¡Administrador!

—¿Se admira el señor conde?

—Estoy contento con el que tengo.

—No es mi intencion dejarle cesante: puede seguir desempeñando sus funciones. Yo solo seré administrador en el nombre: ese será el escudo que me proteja. Por lo demás, la casa seguirá del mismo modo que ahora.

—¡Imposible!

—Vamos, señor conde.

—Debes contentarte con la cédula y el dinero que te entregó Bautista de parte mia.

—No estar yo agradecido á los inmensos beneficios que he recibido del señor conde, seria la mas negra de las ingratitudes; y una prueba de la bondad de mi corazon, es mi silencio por espacio de diez y seis años.

El conde levantó la cabeza con altivez.

Genaro repuso:

—¡Ah, señor conde! Usted no sabe las inmensas amarguras, las increíbles penalidades que sufre un hombre cuando el rigor de la ley cae sobre su individuo, y se encuentra con una cadena remachada en la pierna.

—¿Tú?

—Quince años de presidio, continuó Genaro, quince años sufriendo bajo el sol abrasador de Africa la fatigosa existencia del penado, no han sido suficientes para que mis labios se abrieran y pronunciaran un nombre. ¿Quién hubiera hecho otro tanto? ¡Oh! Dios libre al señor conde de semejante martirio, de tan horrible expiacion.

El conde se estremeció.

Las palabras suplicantes y tímidas de Genaro, envolvian una amenaza.

Bautista tenia razon al creer que aquel era un hombre temible.

—Si el señor conde me hubiera visto encorvado bajo el peso del azadon y de la cadena, teniendo por compañero inseparable, como si fuera un miembro de mi mismo cuerpo, á un criminal desalmado, á un miserable que habia cometido los mas execrables asesinatos, indudablemente hubiera tenido lás-

tima de mí. ¡Quince años, hora por hora, día por día! ¿Quién ha oído durante ese tiempo que yo pronunciara el nombre del conde de Balboa? ¿Quién ha sospechado que el miserable Genaro le conocía? Nadie. Esto creo que basta para probar mi agradecimiento.

—Dí lo que quieres, y terminemos.

—Quiero salvar al señor conde de los peligros que le amenazan.

—¿Qué peligros son esos? repuso el conde haciendo una mueca de desden.

—Muchos.

—Habla pues.

—Diré lleno de satisfacción, de alegría, que yo le he librado del mas inminente peligro; es decir, yo he quitado á los enemigos del señor conde las armas con que indudablemente le hubieran herido de muerte.

—Para dar crédito á tus palabras necesito ver esas armas que dices; de lo contrario...

—No me ofendo aunque el señor conde dude de mis palabras: voy pues á decirlo todo.

Genaro hizo una pausa, como el que se dispone á dar el golpe decisivo.

—Circunstancias especiales de mi vida me tuvieron por espacio de quince años en un presidio de Africa. Durante ese tiempo, el señor conde sabe que mi nombre no ha resonado en sus oídos para causarle la menor molestia. Otro en mi lugar hubiera solicitado la protección de una persona como usted. Yo fui prudente, y sufrí resignado mi suerte.

Libre de la terrible condena que por tanto tiempo me tuvo

separado de los hombres como una bestia feroz, regresé á España.

En medio de mi soledad, de mi pobreza, un pensamiento consolador asaltó mi mente.

El señor conde, me dije, no podrá olvidar los servicios que le presté en otro tiempo. El señor conde es bueno, y recompensa siempre á sus leales servidores. Dios indudablemente me sugirió esta esperanza, y á pié, casi sin recursos, emprendí el camino de los Pirineos.

El conde, á quien repugnaba y tenia inquieto la presencia de aquel hombre, le interrumpió diciendo:

—¿Vas á contarme nuevamente la relacion de tus desgracias?

—Voy á decir al señor conde todo lo que debó decirle para que nos entendamos.

Y saludando con fingida humildad, continuó de este modo: —Pues como iba diciendo, me encaminé nada menos que desde Barcelona á los Pirineos, al valle de Aran, á las orillas del rio Gerona, con la esperanza de encontrar al señor conde en el castillo, ó por lo menos adquirir noticias suyas.

¡Oh! el señor conde tendrá que confesar por fin, que tuve una buena inspiracion al emprender tan penoso viaje.

Llegué al castillo: el bueno del administrador me prestó quinientos reales.

—Lo sé, murmuró el conde; y temo no hayas cometido alguna imprudencia.

—El señor conde debia tener motivo para conocerme. En el castillo no dije ni una palabra inconveniente; me dí, es verdad, cierta maña para sacar los recursos necesarios para la ter-

minacion de mi viaje á Madrid. Puede por lo tanto estar tranquilo el señor conde. Mientras sea mi buen amo, mientras yo tenga su confianza y me honre con su proteccion, los tormentos mas terribles no me arrancarían la menor palabra, la queja mas insignificante.

Y Genaro hizo un saludo humilde, respiró con cierta afectacion, como si la duda del conde le hubiera afligido, y dijo: —Yo he arriesgado siempre, por servir al señor conde, no solo la libertad, sino la vida. Pero continuemos mi relacion: desde el castillo de Balboa me dirigí á Benasque, hospedándome en el *Parador Nuevo* del tio Martin; ¡y cuál no seria mi sorpresa, mi asombro, al saber allí que la difunta doña Elena de Balboa era casada y habia nombrado por heredera de todos sus bienes á una hija suya! Y lo que es peor, señor conde, que habia dejado asimismo una relacion escrita de todos sus sufrimientos y de la causa de su muerte.

El conde se estremeció en la butaca.

Aquel hombre le aterraba: hizo un esfuerzo, y preguntó con voz insegura:

—Pero ¿cómo has sabido tú todo eso?

—El que como yo ha pasado quince años en presidio, repuso Genaro, el que como yo tiene la buena costumbre de dormir con un ojo abierto y un oido alerta, sorprende á veces secretos de la mayor importancia.

—Te ruego que no divagues en inútiles digresiones.

—Pues bien: iremos al grano, como suele decirse, ya que usted lo desea.

Mientras el tio Martin disponia mi cena, me tumbé en el banco del hogar. La pobre luz de un candil alumbraba aquel



añocho local. Iba el sueño descendiendo sobre mis párpados, cuando oí pisadas de caballos en el patio del parador: esto me desveló.

Eran dos viajeros que llegaban á pedir hospedaje.

El tío Martin, de quien no se acordará indudablemente el señor conde, es un buen posadero: tiene un ojo práctico para conocer á los que entran en su casa.

Mientras el dueño del meson conducia los caballos á la cuadra y la criada disponia uno de los mejores cuartos, los dos huéspedes vinieron á sentarse junto á la lumbre, cerca del banco donde yo me hallaba.

Ellos no me vieron, no repararon en mí, y esto fué una suerte para el señor conde.

Creyéndose solos, cambiaron algunas palabras en voz baja; palabras que yo tuve la fortuna de oír y de interpretar de un modo ventajoso para el señor conde.

Desde este momento, mi ojo les siguió por todas partes.

Aquellos hombres hablaban de unos papeles importantes. Mi corazón, siempre leal, siempre sereno y valiente cuando se trata de servir al señor conde, me dijo:—Debes apoderarte de esos papeles.

Cuando los viajeros se dirigieron á su cuarto, guiados por el tío Martin, yo sentí un gran desconsuelo.

Mantuve conmigo una lucha terrible; conocí la importancia de aquellos documentos, y era preciso que llegarán á mi poder. ¿Cómo? Me parecia bastante difícil.

Sin embargo, no soy hombre que se ahoga en poca agua. Si no los puedo robar, me dije, el señor conde está perdido.

Y maquinalmente acaricié el mango de un puñal que llevaba oculto en el pecho, porque los que hemos estado en presidio adquirimos malas costumbres, de las que no sabemos desembarazarnos nunca.

El conde, pálido, conmovido ante la fría mirada de aquel hombre, no se atrevía á interrumpirle.

Genaro continuó:

—Afortunadamente, no fué necesario derramar sangre; ellos eran un poco confiados, porque estaban bien lejos de sospechar que les espiaba un hombre de mis condiciones, un hombre que tenía algo del lince en los ojos y mucho de la liebre en los oídos.

El tío Martin es un buen sugeto, siempre dispuesto á beberse un vaso de vino con sus camaradas; pero es hombre al agua en cuanto bebe un cuartillo de aguardiente: se marea con una facilidad de niño.

Si el tío Martin se emborracha, me dije, y yo sirvo la cena como criado del parador á los huéspedes del número 1, es fácil que se logren mis deseos.

Dicho y hecho: emborraché al tío Martin, y me presenté en el cuarto de los dos forasteros como tenía pensado.

Mi presencia, mi traje y mi rostro curtido por el sol, no les inspiró el menor recelo.

Me dí buena maña, y antes de que concluyeran la cena, los papeles en cuestion se hallaban en el fondo de uno de mis bolsillos.

Salté la cerca del corral, y escapé.

No quiero relatar al señor conde las inmensas fatigas de aquella fuga.

Durante ocho horas mantuve una carrera desesperada.
 Era preciso poner mucha tierra por medio.
 Aquí Genaro exageró los peligros que habia corrido hasta llegar á Madrid, donde por fin comenzaba á creerse mas seguro con la proteccion del conde de Balboa.

El conde de Balboa, hombre, no se atrevia á interrumpirle.
 Genaro continuó.
 —Afortunadamente, no fue necesario detenerme aqui; ellos eran un poco condescendientes, porque estaban bien lejos de sospechar que les espaba un hombre de mis condiciones. Un hombre que tenia algo del hincé en los ojos y mucho de la liebre en los oidos.

El tio Martin es un buen sujeto siempre dispuesto á darse un vaso de vino con sus camaradas; pero es hombre al agua en cuanto bebe un cuartillo de aguardiente: se mata con una facilidad de niño.

Si el tio Martin se emborracha, me dice, y yo sirvo la cena como criado del parador á los huéspedes del número 1, es fácil que se logren mis deseos.

Dicho y hecho: emborraché al tio Martin, y me presenté en el cuarto de los dos forasteros como tenia pensado.
 Mi presencia, mi traje y mi rostro currido por el sol, no les

inspiró el menor recelo.
 Me di buena maña, y antes de que concluyeran la cena, los papeles en cuestion se hallaban en el fondo de uno de mis bolsillos.

Salté la cerca del corral, y escapé.
 No quiero relatar al señor conde las inmensas fatigas de aquella fuga.

CAPITULO VIII.

Continúa la entrevista del conde y el penado.

Genaro, viendo que don Alejandro permanecía distraído sin dirigirle la palabra, continuó de este modo: —No me gusta quemar incienso en favor mio, pero es preciso que convengamos en que si la noche del parador yo no hubiera sido hombre precavido y prudente, á estas horas el señor conde se hallaria demandado ante los tribunales; y entonces...

El conde levantó la frente, como si hubiera sentido un golpe violento.

—¿Yo ante los tribunales? exclamó con altivez.

—De tal naturaleza son los documentos que se hallan en mi poder, que el señor conde estaba perdido irremisiblemente si los conservaran sus enemigos.

—Pero ¿quiénes eran esos hombres?

—No puedo con seguridad decirlo todavía: lo sospecho, pero hoy podemos reirnos de ellos.

El conde se levantó y se puso á pasear por la sala con muestras de la mayor agitacion.

Genaro le seguia con la mirada y guardaba silencio.

Don Alejandro se detuvo de pronto delante de Genaro, y le dijo:

—Está bien: ¿cuánto quieres por esos papeles?

Genaro, aunque ya llevaba *su negocio* estudiado, parecia reflexionar.

—Suponiendo que el esposo de doña Elena viva, como así mismo su hija...

—Pero eso no es cierto.

—Yo he dicho que suponiendo. El señor conde comprenderá la importancia de un testamento en toda regla, de una partida de casamiento y de una fé de bautismo; todo esto, con unas Memorias escritas de puño y letra de la difunta condesa, en cuyas Memorias declara que muere envenenada, son documentos de la mayor importancia. En manos de un hombre de negocios valen cuatro millones; es decir, la mitad de la fortuna del señor conde.

—¡Cuatro millones! repitió el conde con espanto.

—Yo no seré tan exigente; pero voy á imponer mis condiciones, y ruego al señor conde me dispense si en la forma ó el fondo le ofende. He cumplido los cuarenta años, y quiero buscarme una vejez menos sobresaltada que lo fué mi juventud.

—Di pues lo que quieres.

—Si el esposo de doña Elena viviera y conservara en su poder lo que yo trato de transmitir al señor conde, ¿quién lo

duda que haria su reclamacion ante los tribunales, pidiendo, no una parte, sino toda la herencia que le corresponde? En este caso, la cuestion era grave. El señor conde, que es un padre cariñoso, se veria en la necesidad de desheredar forzosamente á su hija.

—¡Acaba, acaba! repitió el conde. ¡Desgraciado! ¿no conoces que mi paciencia puede tener un término, que estás en mi casa, y que puedo...

El conde se detuvo.

Genaro sin inmutarse estendió la mano á un cajon de cigarrós que habia sobre una mesa, y encendió uno.

—¿Qué haces? le preguntó el conde, indignado con aquella falta de respeto.

—Desde el momento en que usted me amenaza, yo dejo á un lado todas las consideraciones y ocupo aquel puesto que me pertenece.

—¡Miserable! exclamó el conde avanzando hácia Genaro.

Este sacó con calma un rewólver del bolsillo del gaban, y dijo:

—No me someto fácilmente: hace un rato que observo que la cortina de esa alcoba experimenta ciertas convulsiones impropias, lo que me ha hecho sospechar que allí se halla un hombre oculto; pero no me importa. Cuando un hombre como yo tiene que ventilar asuntos de importancia con hombres como el señor conde de Balboa y Bautista García, se prepara, no es confiado. ¿Qué confianza pueden inspirar á un presidiario, hombres que envenenan á una pobre mujer y roban á una infeliz madre sus hijos?

—¡Silencio! ¡silencio! gritó el conde con espanto.

—Creo, don Alejandro, que á usted mas que á nadie le conviene que seamos amigos.

—¡Amigos! ¡Oh! ¡Este nuevo insulto arrojado al rostro del conde de Balboa! ¡Amigo de un presidiario!...

Y el conde, como si aquella idea le avergonzara, se cubrió el rostro con las manos.

En este momento se descorrió la cortina de la alcoba y apareció Bautista en la sala.

—¡Ah! lo habia sospechado, dijo Genaro: buenos dias.

—Genaro tiene razon, dijo Bautista acercándose hasta el presidiario y dándole la mano: nosotros debemos ser buenos amigos.

El conde miró á Bautista con el asombro del que no comprende lo que se le dice.

Genaro se sonrió tambien, pero de distinto modo.

Bautista por su parte estaba sereno, tranquilo: nadie hubiera podido sospechar en aquel momento por qué, abandonando su escondrijo, salia allí á poner un término á la tirantez de la entrevista.

—Ruego al señor conde que se siente y que se serene, dijo: vamos á hablar como buenos amigos. Genaro tiene talento y sabe que la sociedad tiene en mucho ciertas preocupaciones. Usted siempre será para él el conde de Balboa. ¿No es verdad, Genaro?

—¿Quién lo duda?

—Tú has tenido con el hallazgo de esos papeles lo que se llama una fortunilla, y quieres aprovecharte de ella: nada mas natural. El señor conde lo conoce así; pero le has ofendido tomando cierta actitud de amo, olvidando que te hallabas en su

casa: te suplico pues que tires el cigarro, en prueba del respeto que te inspira.

Genaro se encogió de hombros, se sonrió, y tiró el cigarro á la chimenea.

—Soy un muchacho humilde, dijo; y nada mas lejos de mí que el deseo de ofender al señor conde.

—Así lo he comprendido, repuso Bautista. Hablemos sin incomodarnos: ¿cuánto quieres por esos documentos?

Genaro contestó con una calma que aterró al conde y desorientó á Bautista:

—No los vendo: he pensado otra cosa.

—Siempre fuiste de muy buen humor, dijo Bautista. ¿Para qué diablos quieres tú esos papeles?

—Deseo conservarlos como una garantía de mi persona.

—Ya lo oyes, Bautista, repuso el conde: no le inspiramos confianza.

—¡Bah! el señor conde puede estar tranquilo. Genaro se chancea. Vamos: pide, y terminemos.

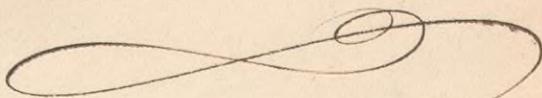
—Puesto que así lo quieren ustedes, impondré mis condiciones.

Genaro era en aquel momento el que dominaba la situación.

Don Alejandro sufría un martirio horrible.

Noble orgulloso, acostumbrado á dominar, se creía humillado por un miserable, por un presidiario.

Bautista, mas sereno, ó por mejor decir menos interesado y con menos responsabilidad, se sonreía, fingiendo no dar importancia á las palabras de Genaro, que despues de una ligera pausa volvió á hablar de este modo:



—Por ahora, los documentos permanecerán en mi poder. Pero como yo soy esclavo de mis vicios y no tengo una fortuna para alimentarlos, quiero en el acto veinte mil duros por guardar silencio.

—¿Estás loco?

—Cuerdo y muy cuerdo, querido Bautista. Cuatrocientos mil reales son un grano de anís para el señor conde: él me los entregará hoy, y yo le entregaré una copia de los documentos que tengo en mi poder. Cuando haya leído esa copia, cuando se persuada de la importancia de ella, entonces haremos el trato definitivamente.

—Es decir, que lo que Genaro desea, repuso Bautista como si se tratara de la cosa mas indiferente, es una especie de préstamo á cuenta del total del negocio. ¿No es eso?

—Precisamente.

—Pero debemos convenir que la cantidad fijada es excesiva.

—Sin embargo, no rebajo ni un céntimo.

—Entonces, di que no quieres hacer el negocio.

—Lo haré con persona que no regatee.

El conde guardaba silencio; pero los nerviosos estremecimientos que de vez en cuando sufría demostraban claramente el estado de su espíritu.

Genaro se levantó y dijo:

—Si el señor conde me permite, voy á retirarme. Ya he dicho mis condiciones. Bautista sabe dónde vivo. Doy tres dias de tiempo, durante los cuales espero órdenes del señor. Solo me falta pedir el empleo de administrador de la casa. Poco importa que no se me dé sueldo alguno; quiero el destino como

un escudo, ó por mejor decir, como una escusa para la maledicencia.

—¿Esa es tu última resolución?

—Sí, mi última.

—Entonces, nada mas tenemos que hablar; antes del plazo fijado iré á tu casa á terminar el asunto.

Genaro salió.

El conde, al verse solo, dirigiendo una mirada terrible á Bautista, dijo rugiendo de cólera:

—Ese hombre debe morir.

—Precisamente pensaba lo mismo; pero desde que soy rico me voy acostumbrando á mirar las cosas con mas prudencia.

—¡Miserable!... tiene el atrevimiento de presentarse ante mí de un modo que ni mi carácter ni mi posicion me permiten tolerar.

—Señor conde, ese miserable es mas temible de lo que parece. Genaro no es uno de esos hombres que se les tapa la boca con un puñado de oro. Si él ha conocido que los papeles que tiene en su poder son, como creo, de la mayor importancia, será preciso que vayamos con mucho cuidado. Hoy ha pedido veinte mil duros; mañana pedirá dos millones, y al otro seria capaz de pedir la mano de la señorita Ana para llamarse algun dia conde de Balboa.

Don Alejandro dió un rugido.

La fibra, la energía de la juventud se reanimaron en aquella naturaleza.

—Bautista, por decirlo así, habia puesto el dedo en la llaga.

El peligro enardeció á aquel corazon que comenzaba á vacilar, y murmuró en voz baja, pero terrible:

—Tienes razon. Necesitamos obrar con mucha cordura. Solo los muertos no hablan.

—Nos hallamos acordes, contestó Bautista.

Y bajando la voz y acercándose á don Alejandro, continuó:

—En la vida hay situaciones en que la honra aconseja matar.

—Precisamente pensaba lo mismo; pero desde que soy me voy acostumbrando á mirar las cosas con mas prudencia. —Miserable!... tiene el aliento de presenciar una mi de un todo que ni su caracter ni su posicion me permiten tolerar.

—Señor conde, ese miserable es mas temible de lo que parece. Genaro no es uno de esos hombres que se les tapa la boca con un puñedo de oro. Si él ha conocido que los papeles que tiene en su poder son, como creo, de la mayor importancia, será preciso que vayamos con mucho cuidado. Hoy las pedras veinte mil duros; mañana pedras dos millones, y el otro sería capaz de pedir la mano de la señorita Ana para tenerse algun dia conde de Balboa.

Don Alejandro dió un ruido. La fibra, la energia de la juventud se reanimaron en sus miembros. —Bautista, por decirlo así, había puesto el dedo en la llaga. El peligro empujó á aquel corazón que comenzaba á ciliar, y murmuró en voz baja, pero firme:

CAPITULO IX.

Encuentro.

Durante tres dias, el coronel Ems acechó la casa del conde de Balboa desde el café que habia elegido como atalaya.

Genaro habia sufrido una metamórfosis completa.

Ya no era el hombre vestido como un pordiosero sucio y repugnante que habia visto en el *Parador Nuevo*.

Sin embargo, Ems vió entrar en casa del conde un caballero, en el que reconoció al miserable Genaro.

Dejó el café, y fué á pasearse por delante de la puerta.

Estaba resuelto á todo. Contaba con esos dos auxiliares poderosos: la razón y el valor.

Esperó mas de dos horas. Ems era un hombre tan resuelto como tenaz.

Por fin salió el que esperaba; y el coronel, acercándose para verle mejor y observar al mismo tiempo el efecto que su presencia causaba al infame ladron, le detuvo diciéndole:

—Dispense usted, caballero: ¿tendría usted la bondad de indicarme si vive en esa casa el señor conde de Balboa?

Ems esperó la respuesta, fijando una mirada tenaz en aquel hombre. Observó que se estremecía.

—Sí, vive en esa casa.

El coronel, que recordó aquella voz y que había observado el estremecimiento, con una franqueza impropia se cogió del brazo de Genaro y dijo:

—Supongo, amigo mio, que usted será persona de influencia para el señor conde, y en mi calidad de forastero y de pretendiente voy á pedirle un favor.

—Ante todo, caballero, respondió Genaro procurando desembarazarse del coronel, yo no tengo el gusto de conocer á usted.

—¡Bah! eso no importa: las relaciones que unen á los hombres con lazos muchas veces fraternales, tienen siempre un principio, una causa. Las que van á unirnos de hoy en adelante, tendrán por origen este encuentro.

Y bajando la voz, continuó:

—Porqué yo supongo que Genaro el presidiario no se desdenará de dar el brazo al coronel Ems.

Genaro se estremeció bruscamente.

Ems continuó sin soltarle:

—Soy hombre muy capaz de matar á usted aquí en medio de esta calle, si es que me rechaza su amistad.

Genaro comprendió que tenía que habérselas con un hombre de corazon; procuró serenarse, y aceptando el brazo del coronel, dijo:

—No siendo usted loco, debe padecer un error grave.

—Tal vez: los hombres no somos infalibles; pero continuemos la calle adelante. Supongo que aceptará usted el convite que vengo á ofrecerle.

—Señor mio, nada de comun existe entre nosotros dos.

—Ha dicho usted una gran verdad.

—Yo soy un ciudadano honrado á quien usted detiene en la calle violentamente; y si yo pidiera auxilio.

—¿A quién, caballero?

—A la justicia, á los agentes de la autoridad.

—¡Bah! usted no hará tal cosa por la cuenta que le tiene.

—Ea, acabemos, repuso Genaro dando una brusca sacudida.

—¡Quieto, miserable, quieto! y evite usted el escándalo que solo á usted puede comprometer. No olvide que cuando se ha arrastrado quince años una cadena, queda en el tobillo y en la cintura una marca indeleble que ya no borra el tiempo; no olvide que el que hace algunos dias abandonó los presidios de Africa como un asqueroso mendigo, cubierto de harapos, no puede esplicar honradamente de dónde han salido esos botones de diamantes, ese traje de caballero y el nombre supuesto con que pretende engañar á la justicia.

—¿Y qué es lo que usted quiere? preguntó Genaro, que comenzaba á desorientarle la presencia de aquel hombre.

—Quiero que hablemos.

—Este no es el sitio mas á propósito.

—Venga usted conmigo.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—No, no; antes pediré auxilio, como he dicho. Yo no ten-

go nada que ver con usted: yo no le conozco. En cuanto á las amenazas que acaba de dirigirme, las desprecio: tengo personas que me abonen.

—¿El señor conde de Balboa por ventura?

—Sí, el señor conde.

—¡Quién sabe si ese caballero necesitará antes de mucho la proteccion de otros! Pero estamos perdiendo un tiempo precioso.

Genaro vaciló.

Aquel hombre le dominaba.

Mil pensamientos terribles, siniestros, cruzaron por su mente.

Si aquella escena hubiera tenido lugar de noche y en un sitio poco concurrido, no hubiera vacilado en cometer un asesinato.

Genaro habia reconocido perfectamente al hombre que tenia á su lado.

Buscaba la manera de librarse de él, pensando al mismo tiempo que enemigos de aquella fibra, de aquel valor, eran terribles.

Todos sus cálculos de ambicion los veia por tierra. Aquel hombre era su ángel malo.

Pensaba asimismo que no le convenia ni matar ni entregarle los papeles.

En el primer caso, podia morir en un patíbulo, ó cuando menos hacer otro viaje á Africa; en el segundo, se quedaba tan pobre como antes y sin ningun poder sobre el conde de Balboa.

La situacion era apurada; pero Genaro, hombre precavido,

habia tomado bien las medidas, es decir, tenia perfectamente ocultos los documentos en cuestion: tan ocultos como puede tener un avaro su tesoro.

Esto fué una tranquilidad, en medio del sobresalto que la presencia de aquel hombre le causaba.

Era preciso decidirse.

—Pues bien: consiento en que entremos en un café, dijo por fin Genaro, y sepamos qué es lo que usted quiere.

—Vamos pues al café.

Y Ems condujo del brazo á Genaro hasta un café inmediato, sentándose ambos en una de las mesas mas retiradas del establecimiento.

—Ya puede usted suponer lo que deseo, dijo el coronel.

Genaro, que se habia tranquilizado un poco, se encogió de hombros, y respondió:

—Desde que he tenido el gusto de encontrar á usted ante mi paso, que no puedo explicarme lo que me sucede.

—Es inútil el disimulo: recuerde usted el pueblo de Benasque y el *Parador Nuevo*.

—Ni conozco ese pueblo ni ese parador.

—No apure usted mi paciencia.

—Señor mio, creo que es usted el que está apurando la mia.

—¿Es decir que usted prefiere el escándalo?

—Libreme Dios de semejante cosa.

—Entonces necesito que me devuelva usted los papeles que me robó en el *Parador Nuevo*.

—Medite usted lo que dice.

—¡Oh! va usted á agotar mi calma.

—Dé usted gracias á que la mia es la de un santo.

—¡Acabemos! exclamó Ems con energía.

—No deseo otra cosa.

—¿Me entrega usted esos documentos?

—No sé de lo que usted me habla.

Ems, que se sentia dispuesto á estrangular á aquel hombre entre sus manos, recordó los consejos del doctor Santafé, y comprendiendo que seria mas ventajoso dar otro giro á la cuestion, se contuvo, haciéndose una gran violencia, y dijo: —

—No tengo ningun interés en perder á usted. Si yo, cogiendo á usted por el cuello diera voces, llamara á uno de los agentes de policía que se hallan por todas partes, usted iria al Saladero.

Genaro, que se hallaba completamente tranquilo, que iba ganando parte del terreno que le arrebatara la sorpresa, se sonrió, y dijo:

—La policía no me asusta: tengo mi cédula de vecindad, tengo además personas que respondan de mi persona; y quién sabe si saldria, como vulgarmente se dice, el tiro por la culata.

—Es verdad: la justicia, que al fin y al cabo castigaria al verdadero culpable, es tarda en su fallo; y como me urge activar este asunto, ¿cuánto quiere usted por devolverme todos los papeles que me robó?

Genaro soltó una carcajada, y reclinando perezosamente la cabeza en el respaldo del divan, dijo:

—Es usted el hombre mas divertido que conozco.

Ems se contuvo, y volvió á decir:

—Convengo en que al conde de Balboa, su antiguo amo de usted, le conviene adquirir esos papeles, y dará por ellos cual-

quiera suma; pero debo advertirle que yo soy rico y me hallo dispuesto á pagarlos tanto ó mas que don Alejandro.

Esta proposicion, que halagaba á Genaro, no le hizo descender del sitio en que se habia parapetado.

Por otra parte, el coronel comprendió que á la fuerza nada alcanzaria de aquel hombre; así es que queriendo fascinarle, repuso:

—Doy á usted medio millon si me devuelve los papeles que de derecho me pertenecen, y que usted me robó.

—¡Ah! ¿cree usted que yo soy tan poco ambicioso, que si tuviera esos papeles me contentaria con veinticinco mil duros? Error grave, señor mio. A juzgar por lo que usted dice, deben valer mas esos documentos.

—Pues bien, ponga usted el precio.

—¡Vuelta! ¿Cómo he de poner yo precio á una cosa que no poseo?

Ems comprendió que nada sacaria de aquel hombre.

Al mismo tiempo una duda le atormentaba: si tendria ya el conde los documentos.

En ese caso, todo se habia perdido.

—Supongo, repuso Genaro viendo que el coronel guardaba silencio, que no habrá usted pensado tenerme aquí todo el dia.

Ems se levantó: acababa de tomar una resolucion.

—Puede usted irse, le dijo: he propuesto á usted la compra de esos documentos que legitimamente me pertenecen; usted no acepta; nada tenemos que hablar; pero le prevengo que los resultados de su negativa serán mas fatales de lo que usted imagina.

—Pero usted está en un error, caballero.

—Basta: he concedido á usted la honra de dirigirle la palabra por espacio de una hora; no soy yo el que debe entenderse con hombres de la calaña de Genaro el cumplido de Ceuta.

Y diciendo esto, el coronel salió del café precipitadamente.

Genaro permaneció sentado en el mismo sitio.

La repentina resolución del coronel le disgustaba.

—Indudablemente, se dijo, ese hombre lleva algun pensamiento poco favorable para mí. Es preciso ir con mucho tiento en este negocio. Ante todo, participemos al ilustre conde de Balboa todo lo ocurrido.

Genaro hizo el movimiento de levantarse, y se volvió á sentar.

—¿Estará esperándome en la puerta? ¿habrá llamado á algun agente de policía?

Esta duda le contuvo: llamó á un mozo, y le dijo:

—Diga usted: ¿tiene este café alguna otra salida además de la puerta principal?

—No señor.

Genaro vaciló; pero convenciéndose de que no podia pasar allí toda su vida, se levantó resueltamente y salió á la calle.

La prudencia le aconsejaba que reconociera bien el terreno.

No vió al coronel.

Quando quedó persuadido de que no le esperaba nadie, se dirigió á un coche de plaza, y subiendo precipitadamente, le dijo:

—¡A la Fuente Castellana!

El coche partió.

Genaro se habia dicho:

—No debo volver á mi casa hasta la noche: comeré en cualquier fonda; de noche todos los gatos son pardos. Debo escribir al conde, pidiéndole una entrevista. Ese desconocido tiene trazas de ser tenaz en sus empeños. ¡Bah! yo tambien lo soy; y teniendo el apoyo del conde, mucho mas.

CAPITULO X

Nuevas sorpresas.

Volamos al despacho del conde de Salazar. Al salir Genaro, don Alvaro se habia dejado caer en un sillón, casi sin aliento, sudor en la frente, y una serena banista, menos comprometida que en otros, y mas serena se pudo contemplando algunas segundas. — Por fin tocó el momento de esta entrevista. — Los papeles no se conjuntan echándose en brazos del amante, sino tratándose la frente, besándose, con valor. — Bastante la respaldó que se está formando en la mano mio, lo conde, me espanta, y me creo con poca fuerza para conjeturar. — Entonces el conde como me permití le diga con la mano perdida. Don Alvaro exhala un profundo suspiro. — ¿Qué hacer, Dios mio! murmuró el conde.

CAPITULO X.

Nuevos sobresaltos.

Volvamos al despacho del conde de Balboa.

Al salir Genaro, don Alejandro se habia dejado caer atur-
dido, casi sin aliento, sobre un sofá.

Bautista, menos comprometido que su amo, y mas sereno,
se quedó contemplándole algunos segundos.

Por fin rompió el silencio de este modo:

—Los peligros no se conjuran echándose en brazos del aba-
timiento, sino levantando la frente, desafiándolos con valor.

—Bautista: la tempestad que se está formando en derredor
mio, lo confieso, me espanta, y me creo con poca fuerza para
conjurarla.

—Entonces el señor conde me permitirá le diga que le creo
perdido.

Don Alejandro exhaló un profundo suspiro.

—¿Qué hacer, Dios mio? murmuró el conde.

—La cuestion de Genaro está reducida al sacrificio de algunos miles de duros, repuso Bautista. ¿Qué otros enemigos amenazan al señor conde?

Don Alejandro alzó con calma la abatida frente, y fijando una mirada en su leal criado, dijo:

—No es Genaro solo el peligro que me amenaza; son otros muchos. Los pecados de la juventud, los crímenes, pocas veces quedan impunes. ¿Te olvidas de Juana, de la esposa de sir Carlos Holt? ¿Te olvidas de esa niña cuyo paradero ignoramos, del amante ó esposo de Elena de Balboa, cuya existencia es un secreto para nosotros?

Y el conde, despues de dirigir una mirada en derredor con marcado recelo, continuó:

—La duda es una de las mas terribles enfermedades morales del hombre. La incertidumbre, esa calentura del espíritu, es terrible tambien. Anoche se presentó por vez primera en esta casa sir Carlos Holt. Yo procuré conducir la conversacion al pasado. Le hablé de mi esposa para que él me hablase de la suya, y así sucedió. ¿Sabes lo que me dijo?

Bautista hizo un movimiento de cabeza negativo.

—Sus palabras, una por una, cayeron sobre mi corazon, porque el eco de su voz tenia la firmeza de que carecia en aquellos momentos mi conciencia. Escucha Bautista: yo amaba á mi esposa, me dijo, le era fiel, la tenia todas esas consideraciones á que están acostumbrados los hombres de mi raza, en donde la probidad y la honradez no son virtudes, sino deberes indispensables; ella abusó de mi confianza, y la mató. El día que encuentre al hombre que me robó su cariño, que por un placer momentáneo, por un vano capricho destruyó mi

felicidad, le mataré tambien. Su sentencia de muerte escrita la llevo en mi corazon hace muchos años.

Bautista, que deseaba reanimar el decaido espíritu del conde, se sonrió, afectando una tranquilidad que no tenia.

—¿Y esa amenaza es la que amedrenta al señor conde? Ante todo, debo decirle que sir Carlos Holt no conoce al seductor de su esposa.

—Te engañas. Solo concibiendo una sospecha se hubiera él atrevido á hacerme semejante revelacion. Además, he creido leer en sus ojos, he visto en su frio semblante, en la entonacion de su voz, algo que me decia:—Tú eres el hombre que yo busco.

—Aunque así fuera, ¿qué recelo puede inspirar al conde de Balboa un enemigo como sir Carlos?

—No es el temor de un desafio el que me sobresalta. ¡Oh! Si todo terminara dando ó recibiendo una estocada, me verias alegre, indiferente. Pero ¿y Ana? ¿y mi hija?

—No comprendo.

—Bautista, mi hija tiene por Horacio una de esas pasiones inmensas: le ama con toda su alma, con todo su corazon: es el primer amor. Creo que por ese hombre llegaria á olvidar á su padre.

—Usted ofende á la señorita.

—No, la juzgo con escesimo cariño; tú sabes cómo la amo. Por ella sola me espanta la idea del escándalo, por ella sola temo que una mano atrevida arranque la máscara que oculta mi verdadero rostro, porque si Ana me despreciara, te lo juro, me suicidaria.

—¿Despreciar una hija al mejor de los padres? Nunca.

—¡Ah! Tú no conoces el dominio que el amor ejerce en un

alma sensible. Ana se cree rica, noble, y amada por el jóven que le ha robado la voluntad y el corazon. Si mañana le dijera: tu padre lleva un título que solo le debe al asesinato, tiene una fortuna que no le pertenece; si mañana sir Cárlos dijera á Horacio: ese hombre que se llama padre de tu amada, ha sido causa de mi desgracia, Horacio, agradecido, rompería las relaciones que le unen con Ana; y Ana llegaría á maldecir, á despreciar á su padre, causa de todas sus desgracias; á su padre, que despues de haberla hecho saborear el cielo de la vida, el paraíso de la esperanza, la hundia de repente en el infierno de la desesperacion.

El conde pronunció estas palabras con un acento tan marcado de profundo dolor, que Bautista se conmovió.

—Vamos, señor; es preciso no desanimarse de ese modo: el peligro no es tan inminente como usted supone.

Don Alejandro guardó silencio, cubriéndose el rostro con las manos.

—Los hombres, continuó Bautista, deben luchar antes de rendirse. Pensemos pues con calma, sin aturdirnos, lo que mas nos conviene. Ante todo, creo que nuestras miras deben fijarse en que esos documentos que posee Genaro vengán pronto á nuestro poder. Ya lo he dicho: eso nos costará algunos miles de duros, porque ese miserable ha demostrado una ambicion sin límites. Una vez conseguido esto, los demás peligros que nos amenazan los creo insignificantes. El conde de Balboa no puede perder un átomo de su honra, de su respetabilidad, porque en sus mocedades tuviera relaciones ilícitas con una mujer casada. Esto no pasa de ser una aventura demasiado vulgar, por desgracia. Además, si Horacio y Anita se

aman verdaderamente, influiría poco ó nada en su amor la actitud de sir Carlos, que por otra parte aún no tiene una gran seguridad de que usted sea el mismo que le robó el amor de su esposa. De todo lo cual se deduce que el señor conde ve una horrible tempestad donde solo existe una pequeña nube, próxima á disiparse y á dar paso á los rayos puros del sol de la felicidad.

El conde tendió una mano á Bautista.

—Tú eres un leal amigo... nunca me abandonaste, ni en los momentos de peligro ni en los dias de amargura. Procuras tranquilizarme... Eso es muy digno... Yo no lo olvidaré nunca. Gracias, Bautista, gracias.

—Soy agradecido.

—Eso es una virtud en nuestros dias.

—Para mí no es mas que un deber. Servidor leal, siempre dispuesto á obedecer las órdenes que se me trasmitian, he visto recompensados mis trabajos con una largueza increíble. ¿Cómo pues hoy, que algunos temores afligen al conde de Balboa, habia yo de abandonarle?

—Bautista, los peligros que me amenazan son mas inminentes que lo que tú crees.

—Pues bien, preparémonos á la defensa. Como en otro tiempo, es el único camino que nos queda.

—Pero ¿tú no aseguras que el primer crimen que se comete no es mas que el primer eslabon de una cadena?

—Por eso mismo, porque no se puede retroceder, debemos desafiar los peligros.

El conde se quedó un momento contemplando á Bautista.

—¿Qué es lo que intentas?

—Ante todo, desembarazarnos del enemigo mas temible.

—¿De Genaro?

—Precisamente.

—Pero ¿de qué modo?

—Dándole la plaza de administrador.

—¡Cómo!

Bautista se sonrió de un modo que hizo estremecer al conde.

—Cuando se trata de un miserable como Genaro, los escrúpulos de conciencia están de más. Ya lo he dicho: lo importante, lo urgente es que esos documentos lleguen á nuestras manos; luego, Genaro volverá á Ceuta, tengo la seguridad de ello.

—Pero ese hombre puede declarar...

—Nada absolutamente.

—¿Y si existe la heredera de Elena?

—Por lo mismo, necesitamos todo lo que pueda ser útil á esa heredera.

—No entiendo...

—Pues yo veo por fortuna bastante claro.

El conde se pasó la mano por la frente como si sintiera un fuerte dolor, y dijo:

—Bien, haz lo quieras; dispon lo que te parezca mas conveniente.

—Comencemos pues. Tenga usted la bondad de escribir en un papel, con el membrete de la casa, una carta á don Santiago Gomez y Ruiz, dándole la plaza de administrador.

El conde vaciló.

—Vamos, señor; no hay tiempo que perder. Si le inspira á

usted confianza, déjeme dirigir este negocio: tengo mi plan.

—Pero ¿y el administrador que tenemos?

—Señor conde, á grandes males grandes remedios; se le deja cesante por ahora, pero se le seguirá pagando dos terceras partes del sueldo que tenia, hasta que se le pueda dar otro destino en la casa. ¡Ah! me olvidaba: consigne usted en ese escrito, que le da usted el destino accediendo á los deseos de las personas que le han recomendado.

El conde escribió lo que le pedia Bautista.

—Perfectamente. Ahora debe usted, señor conde, tener mucho cuidado en no nombrar al nuevo administrador nunca por su nombre de pila: esto es importante.

—No te comprendo.

—Ruego al señor conde tenga en mí confianza, y antes de mucho el pez que amenaza devorarnos caerá en el anzuelo que le preparo.

El conde, que se hallaba en uno de esos períodos en que se pierde por completo la fuerza de voluntad y se empequeñece la fibra del espíritu, hizo todo cuanto Bautista le aconsejó.

Ya se disponia este á salir en busca de Genaro, cuando llamaron á la puerta.

Era un criado que traia una carta urgente.

El conde la abrió y la leyó agitado.

—Toma y lee: todo se complica cada vez mas.

Bautista leyó lo que sigue en voz baja:

«Señor conde: Al salir de casa de usted he tenido un encuentro tan inesperado como fatal.

»Me hallo en la fonda de la Fuente Castellana, donde permaneceré hasta que os convenza.

»Sería conveniente que nos viéramos: espero aquí.—*Santiago.*»

—¿Qué podrá ser?

—Pronto saldremos de dudas.

—¿Irás á verle?

—¿Por qué no? Pensaba ir á su casa, iré á la fonda y comeré con él.

El conde estrechó la mano de su leal servidor.

—Sí, vé; aquí te espero, Bautista: vuelve pronto para tranquilizarme.

—El señor conde hará muy mal en no desechar el sobresalto del corazón. Este es un negocio que corre de mi cuenta y del que espero salir airoso.

CAPITULO XI.

Donde se verá que el oro es la llave maestra de los negocios.

Por el tiempo que nos ocupa, una mañana, el agente de negocios don Tadeo entraba en el gabinete de sir Cárlos Holt, con toda la dulce y cándida modestia de su carácter.

Sir Cárlos, que le esperaba indudablemente, le saludó con su frialdad habitual, indicándole una silla con la mano.

—Y bien, caballero, le dijo: ¿qué noticias me trae usted?

—Las noticias que traigo, milord...

El inglés le interrumpió diciéndole:

—Ruego á usted que me llame simplemente sir Cárlos.

—Como usted guste.

—Dispense usted que le haya interrumpido.

Don Tadeo se sonrió con amabilidad.

—Usted, sir Cárlos, puede interrumpirme tantas veces como lo tenga por conveniente.

—Conque decia usted...

—Que he adquirido algunas noticias pertenecientes á la juventud del señor conde de Balboa.

—Eso es lo que deseo.

—En mi calidad de agente de negocios suele serme muy útil saber ciertas particularidades de todos aquellos que frecuentan la Bolsa. El saber no ocupa sitio, se dice, y sirve siempre de mucho.

El inglés hizo un gesto de impaciencia.

—Seré breve. Lo que usted quiere saber, lo sé.

—Entonces, abreviemos.

—El señor don Alejandro de Balboa, antes de ser conde y heredar la fortuna de su hermano, viajó mucho por América. Sé de buena tinta que estuvo algunas temporadas en Nueva-York, que recorrió las orillas del Hudson, y se cuentan de él mas de una aventura amorosa.

Sir Cárlos escuchaba sin desplegar los labios.

Cuando el agente hizo una pequeña pausa, el kuáker preguntó, pero sin demostrar la menor agitacion:

—Süpongo que traerá usted algun escrito de puño y letra del señor conde.

—Precisamente tengo aquí una carta suya, en la cual me propone un negocio.

Y don Tadeo sacó un papel de la cartera, que sir Cárlos estuvo contemplando con calma.

Luego se levantó, abrió un estuche de palo santo que tenia sobre una mesa, sacó de él una carta, y la estuvo cotejando con la que le habia dado poco antes don Tadeo.

—La letra tiene una semejanza bastante sospechosa, se

dijo para sí. ¡Oh! ¡si habré por fin encontrado al hombre que busco hace tantos años!

Sir Carlos se quedó inmóvil, con la mirada fija en las cartas que tenia en las manos.

Don Tadeo, que era un hombre tan prudente como servicial, y que se desvivía por complacer á todos aquellos que le empleaban en algo, guardó silencio, como no atreviéndose á interrumpirle.

—¿Y no ha podido usted averiguar nada mas?

Don Tadeo, antes de contestar se sonrió.

Luego dijo:

—Para saber ciertas particularidades de la vida privada de un hombre como el señor conde de Balboa, se necesita algun tiempo. Don Bautista García, con quien me unen buenas relaciones, podria si quisiera, satisfacer los deseos de usted; porque son, segun creo, muy amigos, y es notorio que entre los dos no existen secretos.

—Es preciso que ese hombre diga cuanto sepa.

—Eso es bastante difícil: Bautista tiene lo que llamamos en España mucha solapa. Sin embargo, esta mañana le encontré en el Tribunal de Comercio, trabé con él conversacion con el pretesto de unos cupones, y pude sacarle algunas palabras pertenecientes al señor conde.

—Pero bien, esas palabras...

—Se reducen á que hizo en sus mocedades algunos viajes por el rio Hudson.

—Eso no es suficiente.

—Entonces será preciso que esperemos ocasion mas propicia.

—Es que yo no puedo esperar: necesito saber hoy mismo lo que ese hombre hizo en la América del Norte.

—Eso no es fácil; y puedo asegurar á usted que no soy de los mas negados, y que nadie me gana á buen deseo cuando se trata de servir á una persona como sir Carlos Holt.

—Pues bien, señor don Tadeo: á mí no me bastan las buenas intenciones.

—Yo tengo un recurso para saber algo mas sobre el particular.

—¿Qué recurso es ese?

—Será caro.

—No importa. Hable usted sin rodeos.

—Bautista García tiene un hijo, es bastante aficionado al juego, y le gusta gastar el dinero á manos llenas: se llama Juan Antonio.

—Adelante.

—Entre el hijo y el padre no existen secretos: si quisiera hablar...

—Se prueba.

—Para probar es preciso ofrecer.

—Se ofrece.

—¿Sobre cuánto, poco mas ó menos?

—Todo cuanto usted crea indispensable, con tal de que diga la verdad.

Don Tadeo se quedó pensativo.

De pronto se dió una palmada en la frente, y dijo:

—Tengo una idea que voy á poner en ejecucion; pero para eso necesito tener lo que se llama carta abierta.

—La tiene usted.



—¿Puedo ofrecer?

—Sí, respondió el inglés con serenidad.

—Entonces hasta la noche, que vendré á darle noticias de mis trabajos.

Sir Carlos dejó salir al agente de negocios sin dirigirle la palabra.

Sigamos nosotros á don Tadeo, que hablando solo y sonriendo de vez en cuando se encaminó al ministerio de la Gobernacion en busca de Juan Antonio.

Al subir la escalera, se dijo:

—De una pedrada mato dos pájaros: creo que no es este mal negocio, si sale bien. ¿Qué diablo de capricho será el de ese inglés? Pero ¿quién hace caso de esos millonarios escéntricos que cansados de ser ricos acaban casi siempre por pegarse un tiro?

Don Tadeo tenia la puerta franca en el ministerio; de modo que llegó sin obstáculo al despacho de Juan Antonio, que con un cigarro habano en la boca, los piés sobre la mesa, y casi tendido en el sillón, estaba sériamente ocupado en leer un periódico.

—¡Hola, tirano! dijo viendo entrar á don Tadeo: ¿viene usted á hablarme del pagaré? No vence hasta mañana.

—Se equivoca usted, amigo mio, dijo don Tadeo: vence hoy.

—Pues es mal dia para mí: no tengo dinero.

—Tiene usted un padre rico.

—Este mes he gastado mas de lo regular: no le pidó mas.

—Entonces, mal veo este asunto; porque si usted protesta...

—¡Cómo! ¿seria usted capaz de no darme un respiro?

—Necesito reunir fondos: yo tengo tambien vencimientos.

—¡Bah! usted no debe á nadie.

—Agradezco á usted la opinion que de mí tiene formada; pero debo decirle en honor de la verdad que por desgracia no es cierto.

—Pues, amigo mio, cuando no se puede, no se puede.

Don Tadeo fijó sus vivos y penetrantes ojuelos en el j6ven empleado, y repuso:

—Usted me debe diez mil reales.

—Sí, con los réditos.

—Bien, es igual: ¿quiere usted que quedemos en paz?

—No deseo otra cosa.

—¿Quiere usted recibir otros quinientos duros con el pagaré inutilizado?

—¿Y hacer otro de treinta mil reales?

—No.

—Dispense usted, señor don Tadeo; pero no comprendo...

—Pues es muy sencillo: le estoy ofreciendo á usted mil duros.

—¿Regalados?

—Poco menos.

Juan Antonio soltó una carcajada.

—Una de dos, dijo: ó se ha vuelto usted loco, ó no está usted bueno.

—¿No me cree usted á mí capaz de ser espléndido?

—Dispense usted mi franqueza: no señor.

—Estos calaveras derrochadores son nuestros implacables enemigos, dijo don Tadeo sonriéndose. Pero vamos á entrar de lleno en el negocio.

—No deseo otra cosa. ¿Conque decia usted que no solo utilizaba usted el pagaré, sino que además me entregaria quinientos duros?

—Sí; y me mantengo en lo dicho.

—¿Y qué me exige usted para eso?

—Muy poca cosa.

—Veamos.

—Su padre de usted y el conde de Balboa son íntimos amigos desde hace mucho tiempo.

—Sí.

—Es indudable que el señor conde no tiene secretos para don Bautista García.

—Tambien es cierto eso.

—Es de suponer que el conde, durante los viajes por América, sobre todo cuando estuvo en Nueva-York, mantendria correspondencia con su padre de usted.

—Pero bien, ¿á qué viene todo eso?

Don Tadeo sacó su caja de rapé, y acercando una silla á la mesa del jóven, dijo en voz baja:

—Querido Juan Antonio, se trata de una cuestion de faldas. Usted mas que nadie, que tan de lleno se entrega á las aventuras amorosas, me comprenderá.

Don Tadeo, que estudiaba el efecto que iba produciendo y que conocia lo delicado de su empresa, hizo una ligera pausa, fijando sus ojos en el jóven empleado.

Este escuchaba impasible.

El agente de negocios continuó:

—El conde tuvo en Nueva-York, como en otros puntos de América, ciertas aventurillas amorosas. Como usted no ignora,

las mujeres, cuando aman verdaderamente á un hombre, no son todo lo prudentes que á su sexo conviene, y escriben, guiadas por los impulsos de su corazón, cartas que luego las tienen sobresaltadas por toda su vida. Necesitó pues leer, y si es posible adquirir, algunas cartas que deben hallarse entre la correspondencia del señor conde con su padre de usted.

—Lo que usted me propone es una venta.

—Se trata de tranquilizar á una pobre mujer que fué imprudente en su juventud.

Juan Antonio, despues de un instante de reflexion, dijo:

—Eso es bastante difícil. Mi padre tendrá cartas del señor conde, pues entre los dos no existen secretos; pero las misivas amorosas dirigidas al señor conde, indudablemente estarán en poder de este.

Don Tadeo, como si no hubiera oido estas palabras, continuó:

—El conde pasó algunas temporadas en Nueva-York, recorriendo las orillas del Hudson el año 184... Allí tuvo una de esas aventuras que no se ocultan nunca á los verdaderos amigos. La pobre mujer á quien sedujo vive desconsolada, recordando las imprudencias que cometió por el conde. Existen cartas que la comprometen. Esas cartas, si no las ha quemado el señor conde, deben hallarse en poder de su padre de usted. Nada tan sencilló como aprovechar un momento en que don Bautista no esté en casa. Nos vemos los dos, leemos esa correspondencia, y luego yo entregaré á usted, si se encuentra lo que se desea, *mil* duros; digo, diez mil reales y el pagaré.

Juan Antonio era un jóven tonto, y dispuesto á hacer negocios siempre, aceptó.

—¿Cuándo necesita usted leer esa correspondencia?

—Hoy mismo.

—Entonces será imposible hacerlo del modo que usted ha indicado: es mas sencillo que yo coja algunas cartas, y que nos reunamos esta noche en alguna parte.

—Donde usted indique.

—En el café de Minerva.

—¿A qué hora?

—A las once. ¿Traerá usted los diez mil reales? Tengo que ir al Casino.

—¡Vicioso!

—Mi padre juega á la bolsa, yo juego á otra cosa.

Don Tadeo salió del ministerio satisfecho de sí mismo.

Juan Antonio, al quedarse solo, se dijo:

—¡Qué diablo de negocio será el de este usurero!

Y encogiéndose de hombros, continuó:

—En fin, desde que mi padre se vuelve avaro y me retira sus fondos, preciso será que yo me ingenie por donde pueda. Además, el conde me es antipático: si él quisiera, yo seria el esposo de la encantadora Virginia. ¡Egoistas! no hacen nada por nadie; hace un año debía yo ser gobernador, y aun me hallo desempeñando este destino, rodeado siempre de enojosos espedientes.

Juan Antonio encendió un cigarro, volvió á tomar la cómoda postura con que le sorprendimos, y se puso á leer el periódico que tenia encima de la mesa.

—Mis sospechas se confirman: el amante de la difunta hija

illana de Balboa vive.

—¿Cómo?

—Cuando nos separamos un hace mucho en casa de don

Alejandro, apenas salió a la calle, un caballero, que no era otro

que aquel a quien le robé en el "Parador," me mostró los documen-

tos, se presentó delante de mí y me detuvo para darme una

CAPITULO XII.

pregunta. Y le respondí que no sabía nada. Pero me pareció raro

no. Aquel hombre había estado en mi casa y me encontraba:

esto era grave. Al pronto creí que sería una casualidad; pero

estas sospechas se desarrollaron viendo que me cogía del brazo, y

con una energía que me hizo comprender que necesitaba

que me devolviera los documentos que me ha robado, etc., etc.

Aquí me produjo en amenazas, pero ya sabes que yo no me

asusté fácilmente. Me condujo a un café, en donde después de

Mientras tanto Juan Bautista había acudido á la Fuente Castellana.

Genaro le esperaba en uno de los cuartos del piso principal de la fonda.

Quando le vió entrar, le dijo:

—Supongo que comerás conmigo.

—No puedo: el señor conde espera con impaciencia mi regreso. Vengo solamente á que me espliques el contenido de tu lacónica carta.

—He tenido un mal encuentro al salir de casa del conde.

—¿La policía?

—¡Bah! En ese caso no me encontraría aquí, contestó sonriéndose.

—Es verdad.

—Mis sospechas se afirman: el amante de la difunta doña Elena de Balboa vive.

—¡Cómo!

—Cuando nos separamos no hace mucho en casa de don Alejandro, apenas salí á la calle, un caballero, que no era otro que aquel á quien le robé en *El Parador Nuevo* los documentos, se presentó delante de mí y me detuvo para dirigirme una pregunta. Yo le reconocí al momento, y procuré aparecer sereno. Aquel hombre habia espiado mis pasos y me encontraba: esto era grave. Al pronto creí que seria una casualidad; pero esa sospecha se desvaneció viendo que me cogia del brazo, y con una energía impaciente me dijo:—Sígame usted: necesito que me devuelva los documentos que me ha robado, etc., etc.— Aquí fué pródigo en amenazas, pero ya sabes que yo no me asusto fácilmente. Me condujo á un café, en donde despues de una lucha de palabras de la que nada consiguió, pues yo seguí negando, acabó por ofrecerme medio millon.

—Eso supone que será rico, dijo Bautista.

—¿Dudas que me ha ofrecido quinientos mil reales?

—No he dicho eso.

—Sin embargo, tu sonrisa indica la duda, y debias conocerme lo bastante para que te inspiraran mas confianza mis palabras.

—Dejémonos de digresiones y de meros escrúpulos; solo he querido decir que para ofrecer medio millon es preciso ser rico.

—Estás en un error: por los documentos que yo tengo se puede ofrecer mucho mas, aunque sea uno un pobre. Pero vamos al grano.

—Sí, eso es, al grano.

—Si el hombre que tan inesperadamente se presentó á reclamarme los documentos, es, como creo, el esposo de doña Elena, el padre de la niña que no pudimos arrancar al médico Samuel Navarra, la cuestion se complica, el escándalo está próximo, la ruina del conde se acerca. Para evitar el peligro que nos amenaza es preciso que se eviten los primeros golpes que se dirigirán hácia mí, porque ya comprenderás que una vez me metan á mí en la cárcel, el conde se halla en grave peligro de hacerme compañía.

—¿Serias capaz de acusarle?

—No es esa mi intencion, ni creo tampoco que encuentren los documentos, porque los tengo en sitio seguro; pero yo necesito una garantía para responder á las preguntas de los jueces. Seamos precavidos, Bautista; eso siempre conviene, pues tú no ignoras que por muchos caminos que se cierran siempre se deja uno abierto para que el criminal vaya á presidio cuando no va al patíbulo.

—Tienes razon.

Bautista comenzó á quedarse pensativo.

—Conviene pues que hoy mismo éntre al servicio del señor conde, y sobre todo que este declare en caso necesario que hace un año lo menos que estoy en su casa siendo agente de negocios suyo. Si he estado en su casa no he podido estar en el *Parador Nuevo*: esto es lógico; y de ese modo desorientamos á la justicia, caso que ese hombre fatal me denuncie como autor del robo.

Aunque la cuestion se complicaba lo suficiente para que Bautista se hallara preocupado, no pudo menos de sentir cierta alegría oyendo la proposicion de Genaro.

—El mismo, pensó, se entrega en mis manos.

Y levantando la voz, continuó:

—Lo que dices me parece muy acertado; y en prueba de que yo tengo un gran interés en protegerte, aquí traigo el nombramiento que deseas. No me dirás que no soy precavido.

Y Bautista sacó el papel que poco antes había escrito el conde por consejo suyo.

—Perfectamente, dijo Genaro: esto es un escudo que me resguarda de la acusacion de ese hombre.

—Ahora voy á suplicarte me concedas un favor.

—¿Cuál?

—Tú siempre has tenido una gran habilidad para imitar letras: eres lo que se llama una pluma aventajada. Necesito pues que me escribas dos cartas, dirigidas al conde y recomendándote á tí mismo en ellas; una firmada por el marqués de B... y otra por el banquero N...

—No te comprendo.

—El pobre administrador es un buen sugeto: ya comprenderás que despedirle sin un motivo...

Genaro tenia tal afan en aparecer á los ojos de la justicia y la policia como hombre de confianza del conde de Balboa, que no sospechó la intencion de Bautista.

—Escribiré todas las que quieras.

—El conde inutilizará esas cartas tan pronto como salga de casa el viejo administrador, que pensamos mandar al castillo con otro destino.

—Puesto que por este punto nos hallamos de acuerdo, hablemos de la cuestion de dinero.

—Tambien creo que nos entenderemos.

—Los veinte mil ahora.

—Sí, hombre; pero tú entregarás los documentos. Creo que veinte mil duros y un buen destino que te cubre y protege, debe bastarte.

—Sin embargo, si el señor conde me guarda rencor y mañana...

—Eso sería una imprudencia: el señor conde no puede olvidar nunca los servicios que le has prestado.

—Pues bien, entregaré los documentos al conde dentro de un año, cuando yo esté mas tranquilo respecto á la seguridad de mi individuo y al cariño de don Alejandro. Permítele á un hombre como yo esa desconfianza.

Bautista no creyó oportuno insistir.

—Terminemos pues, dijo sacando unos pliegos de papel de su ancha cartera de hombre de negocios. Escribe las cartas.

Genaro se sentó, y cogiendo una pluma dijo:

—Dicta.

—Antes entérate un poco del carácter de letra de esos señores que te recomiendan.

—¡Ah! ¿tambien eso?

—El administrador conoce la letra: ya te he dicho que estas cartas se inutilizarán.

Bautista puso sobre la mesa una carta del marqués B... y otra del banquero N...

Luego dictó dos cartas de recomendacion, cortas pero apremiantes, de esas que es preciso servir tratándose de buenos amigos.

Genaro demostró que seguia siendo el mismo hombre de siempre.

Aquella letra hubiera hecho dudar, por la semejanza, á los mismos sugetos que se falsicaba.

Cuando esto hubo terminado, Bautista sacó de la cartera un fajo de billetes del banco, y dijo:

—Aquí tienes tres mil duros á cuenta. Mañana por la tarde puedes presentarte en casa del conde á tomar posesion de tu nuevo destino.

—No faltaré.

—Creo, querido Genaro, que seremos buenos amigos.

Y Bautista, colocando familiarmente una mano sobre el hombro de su antiguo camarada, repuso:

—El conde tiene una fortuna de veinte millones. ¿No es verdad que eso es mucho para un hombre solo?

Genaro soltó una carcajada.

—Querido Bautista, si tú quieres ser amigo mio, mucho podemos hacer para que el conde no pague una contribucion tan crecida.

—No deseo otra cosa. Ya sabes que soy ambicioso.

—Tú debes tener ya mucho dinero.

—Una miseria, querido Genaro, una miseria reunida á fuerza de penas y privaciones. Además, mi hijo Juan Antonio gasta como el heredero de un lord. Todo le parece poco. Ayer reñí con él, y le he retirado mi confianza y mis fondos. El maldito se halla siempre dispuesto á saquearme.

—Pues yo te prometo que si hacemos una firme y leal alianza, no ha de faltarnos nunca dinero.

—Estrecha pues esa mano.

—Con el alma y la vida.

—Volvamos á ser lo que fuimos en los Pirineos.

—Cuando dos antiguos amigos se reunen despues de tantos años, deben celebrar el acontecimiento con una buena comida: acepta la que ahora te ofrezco.

—Tengo que hacer.

—¡Bah! mañana será otro dia.

—Tienes razon. ¡Qué diablo! Vamos, querido Genaro, á echar una cana al aire.

Y Bautista pensó:

—El señor conde tendrá paciencia, pues de esta comida resultará una confianza siempre provechosa para él.

—Te doy las gracias, pues aceptas el convite, pero te ruego que no me nombres desde ahora en adelante por mi nombre de pila.

—Tienes razon.

—Soy, como sabes, don Santiago Gomez y Ruiz, administrador del ilustre conde de Balboa.

—No lo olvidaré.

—Cuando dos antiguos amigos se reanuda después de tan-
tos años, deben celebrar el acontecimiento con una buena con-
vida: acepta la que ahora te ofrecemos. —Tengo que hacer.

—Basta; mañana será otro día. —Tienes razón; Que diablo! Vamos, querido Gualtero, a

CAPITULO XIII.

Y Bautista pensó:
—El señor conde tendrá paciencia, pues de esta comida
resultará una conianza siempre provechosa para el mundo.

—Te doy las **Episodios de media noche**.
—Te doy los nombres desde ahora en adelante por mi nombre
de pila. —Tienes razón.

Llegó la noche.
Sonaron en los relojes de Madrid esas doce campanadas que
marcan la hora clásica del silencio, de los dramas nocturnos,
del misterio, del amor, del crimen, de las lágrimas, de los
sueños.

Veamos qué hacían algunos de los personajes de esta no-
vela.

El primero que se presenta ante los ojos de nuestra imagi-
nación es un vejete con su gaban abrochado, su gruesa bufan-
da de lana oscura arrollada por la garganta, y las manos meti-
das en los bolsillos.

Es don Tadeo.

Su rostro está como siempre risueño, pero sus ojos brillan
algo más, con ese fuego que solo inflama el corazón de los
avaros.

—Sigámosle, y despues de cruzar varias calles, le veremos llamar en una puerta y subir pausadamente una escalera elegante y lujosa.

Poco despues penetró en un gabinete donde un hombre, envuelto en una rica bata de tisú de lana, leia arrimado á la chimenea un tomo de Plutarco.

—Este hombre es sir Cárlos Holt.

Al ruido de las pisadas de don Tadeo volvió la cabeza, y dejando el libro sobre un velador, dijo:

—Esta visita á tales horas me indica...

—Que tenemos todo lo que nos hace falta.

A pesar del carácter frio del inglés, se notaba alguna animacion en su semblante.

Don Tadeo avanzó hasta llegar adonde se hallaba el cuá-
kero.

—Mucho me ha costado; pero por fin lo he conseguido.

—Esplíquese usted.

—He leido una carta firmada por el conde de Balboa y dirigida á su confidente don Bautista García.

—¿Dónde está esa carta y qué es lo que dice?

—Dice todo lo que usted desea saber, pues habla del acontecimiento que tuvo lugar en la quinta de las orillas del Hudson.

—Ah! necesito esa carta.

—Piden por ella bastante dinero.

—¿Cuánto?

—Cien mil reales.

Sir Cárlos se levantó, y llegando hasta un *secreter* sacó de uno de sus cajones un grueso fajo de billetes del banco, contó

hasta cinco mil duros, volvió á sentarse, y dijo con su invariable calma:

—Necesito esa carta.

A la vista de los billetes, los ojos de don Tadeo brillaron como los del gato en la oscuridad, y sacando una cartera, repuso sonriéndose:

—Se ha cometido un robo, y lo que es mas, un hijo ha robado á su padre; bien es verdad que este hijo es jugador, y un jugador es capaz de todo, hasta del asesinato: no retrocede ante nada.

—Terminemos, dijo sir Cárlos con sequedad.

Don Tadeo puso la carta sobre la mesa, mientras cogia los billetes con la mano izquierda.

El inglés leyó la carta en voz baja.

—Está bien, dijo: esto era lo que yo buscaba.

Y volviéndose á levantar, sacó algunos billetes del banco que entregó á don Tadeo, diciendo:

—Para usted.

—¡Cómo! ¿Aún mas?

Don Tadeo no pudo contener este grito de admiración.

Acababa de hacer un brillante negocio.

Sir Cárlos señaló con gravedad la puerta, y dijo:

—Espero que no volverá usted á acordarse de este asunto, y que nunca revelará á nadie que yo he comprado esta carta.

—Juro á usted...

—Así lo espero; de lo contrario, seríamos enemigos irreconciliables. Puede usted retirarse.

Don Tadeo salió, aturdido de contento: estaba lo que se llama loco de alegría.

Peró al llegar á la calle se le enfrió la sangre: tuvo miedo de ser robado.

Sir Cárlos leyó segunda vez la carta, la guardó cuidadosamente, y cogiendo el llamador de la campanilla, tiró de él.

Se presentó un criado.

—Diga usted al señorito Horacio que tengo que hablar con él: que venga á verme.

Y luego, hablando consigo mismo, continuó.

—Voy á romper su corazon: voy á matar todas sus dulces esperanzas; pero es preciso, es indispensable.

Y cogiendo el tomo de Plutarco, se puso á leer con su acostumbrada impasibilidad.

.

Mientras tenia lugar la escena que hemos descrito ligeramente, un hombre embozado en su capa, entraba precipitadamente en una casa de la calle de Alcalá.

Apenas se habia cerrado la puerta cuando tres bultos, que parecian brotar de los adoquines de la calle, se fueron reuniendo.

Uno de ellos se dirigió á los otros dos, y dijo:

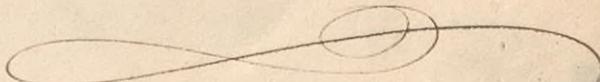
—Él es.

—Entonces será preciso llamar al sereno. Debe tener la llave de la puerta.

—Vaya usted á llamarle.

El sereno, que estaba parado en la esquina del café Suizo, no tardó mucho en reunirse á los dos personajes.

Uno de ellos se desabrochó, debió sin duda enseñarle algo, y dijo varias palabras al oido del guardian nocturno, pues



este, descubriéndose con respeto y buscando precipitadamente en el manajo de llaves la que correspondia á la puerta que deseaba abrir, contestó:

—Al momento, al momento; y si yo puedo ser útil...

—Mientras nosotros subimos, usted no debe perder de vista los balcones de la casa, dijo el que al parecer era jefe entre los tres nocturnos personajes.

Abrió el sereno la puerta y entraron los tres.

Uno de ellos sacó una pequeña linterna sorda, y pasó delante alumbrando.

Todos llevaban en la diestra un rewólver.

Llegaron al piso principal y llamaron.

—¿Quién? preguntó una voz de mujer.

—Abra usted á la policía, dijo en voz baja uno de ellos.

La puerta se abrió como por encanto.

—Acaba de entrar don Santiago Gomez Ruiz; condúzcanos usted hasta su habitacion.

La dueña de la casa, mas muerta que viva, solo tuvo valor para responder:

—Por aquí, señores; pero no me hagan ustedes daño.

Los tres personajes se encaminaron por un pasillo, siguiendo á la dueña de la casa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

PRÓLOGO.

EL DOCTOR SAMUEL.

	Págs.
CAPITULO PRIMERO.—Donde comienza la novela y se sus- pende el drama.	1
CAP. II.—El gabinete de los tapices.	17
CAP. III.—Donde el doctor Samuel comienza á sobresal- tarse.	25
CAP. IV.—El lienzo escrito con sangre.	31
CAP. V.—La gruta.	39
CAP. VI.—Una plática interrumpida.	45
CAP. VII.—Donde crecen los peligros.	53
CAP. VIII.—El verdugo y la víctima.	59
CAP. IX.—Una promesa escrita con sangre.	66
CAP. X.—Donde se prueba que los buenos tienen su re- compensa.	74
CAP. XI.—En donde el doctor Samuel juega el todo por el todo.	83

LIBRO I.

ESPOSICION DE TIPOS.

CAPITULO PRIMERO.—Horacio.	95
CAP. II.—Sir Carlos Holt.	102
CAP. III.—Donde continúan los antecedentes de sir Carlos Holt.	109
CAP. IV.—Un español que vive del presupuesto.	118
CAP. V.—El aristócrata y el artista.	124
CAP. VI.—El tiranuelo de la casa.	132
CAP. VII.—Donde se verá que tan aprovechado era el padre como el hijo.	140
CAP. VIII.—Dos españoles que no lo parecen.	149
CAP. IX.—Donde comienza á sospecharse algo.	156
CAP. X.—Virginia Holt.	163
CAP. XI.—Noche de luna (balada).	169
CAP. XII.—Donde Anita se persuade que tiene el mejor de los padres.	175

LIBRO II.

AVENTURAS DEL DOCTOR SANTAFÉ.

CAPITULO PRIMERO.—Donde el autor retrocede.	185
CAP. II.—Donde comienzan las Memorias de Elena de Balboa.	193
CAP. III.—Memorias de la condesa de Balboa.	199

CAP. IV.—Donde el doctor Samuel continúa leyendo el manuscrito.	207
CAP. V.—El primer amor.	214
CAP. VI.—Donde el doctor Samuel llega tarde.	223
CAP. VII.—Un secreto bajo una losa.	229
CAP. VIII.—Camino del otro mundo.	236
CAP. IX.—Donde el doctor concibe una esperanza.	243
CAP. X.—Un criminal con apariencias de hombre de bien.	250
CAP. XI.—Donde la oveja se convierte en hiena.	256
CAP. XII.—El figon de <i>El Gallo de Oro</i>	263
CAP. XIII.—El capitán Jhon.	270
CAP. XIV.—Donde se prueba que la confianza es peli- grosa.	278
CAP. XV.—Un médico que acierta y un enfermo que duda.	284
CAP. XVI.—Donde el brick-barca se hace á la vela.	291
CAP. XVII.—Donde la ciencia convierte á un ateo.	297
CAP. XVIII.—En alta mar.	304
CAP. XIX.—Lo que contenía el arca de hierro del ca- marote del capitán.	311
CAP. XX.—Donde se prueba que un negrero puede ser agradecido.	317
CAP. XXI.—¡Tierra!	325
CAP. XXII.—Donde los náufragos encuentran hospita- lidad.	331
CAP. XXIII.—Lo que encontraron los náufragos en la isla de Salomon.	338
CAP. XXIV.—La fragata <i>Issel</i>	345

LIBRO III.	
LOS DOS AMORES.	
CAPITULO PRIMERO.—El agente de negocios.	355
CAP. II.—Alianza.	362
CAP. III.—Un joven verdaderamente feliz.	367
CAP. IV.—En el lienzo y en el corazon.	376
CAP. V.—Donde los ojos hablan y la lengua calla.	384
CAP. VI.—El coronel Ems cuenta su historia.	392
CAP. VII.—Donde continúa la historia.	400
CAP. VIII.—La ermita del Nazareno.	407
CAP. IX.—Donde el doctor encuentra lo que busca.	414
CAP. X.—Un boceto.	421
CAP. XI.—Claro y oscuro del retrato.	427
CAP. XII.—Donde Horacio llega tarde.	433
CAP. XIII.—Proposiciones de un leal servidor.	442
CAP. XIV.—Una gota de bálsamo.	449
LIBRO IV.	
GENARO.	
CAPITULO PRIMERO.— <i>El Parador Nuevo</i> .	457
CAP. II.—Un ojo que observa y un oido que escucha.	464
CAP. III.—Un recurso gastado.	470
CAP. IV.—Un golpe de mano.	476
CAP. V.—Por distintos caminos.	480
CAP. VI.—Donde se prueba que hay amistades que cau- san inquietudes.	487

INDICE.

639

CAP. VII.—Dios los cria y ellos se juntan.	494
CAP. VIII.—Donde un pobre impone condiciones á un rico.	501
CAP. IX.—Donde crecen los temores del conde de Balboa.	509
CAP. X.—Retroceder.	514
CAP. XI.—¡Alto!.	521
CAP. XII.—Del juego á la cadena.	530

LIBRO V.

SE COMPLICA EL DRAMA.

CAPITULO PRIMERO.—Nuevo plan de ataque.	541
CAP. II.—Una enfermedad de moda.	548
CAP. III.—Un bohemio ilustre.	555
CAP. IV.—Los aspirantes á la inmortalidad.	561
CAP. V.—Entre amigos de confianza.	569
CAP. VI.—Un rruiseñor del bello sexo.	574
CAP. VII.—Donde un presidiario enaltece sus prendas morales.	579
CAP. VIII.—Continúa la entrevista del conde y el pe- nado.	589
CAP. IX.—Encuentro.	597
CAP. X.—Nuevos sobresaltos.	606
CAP. XI.—Donde se verá que el oro es la llave maestra de los negocios.	614
CAP. XII.—Reconciliacion de dos ingenios.	623
CAP. XIII.—Episodios de media noche.	630

681

Car. VII.—Dios los crea y ellos se juntan.

Car. VIII.—Bande un pobre imbuo condicione á un

rico.

Car. IX.—Bande excon los toreros del conde de palda.

Car. X.—Remedios.

Car. XI.—Alia.

Car. XII.—Del juego á la cadena.

949
595

LIBRO V

se conpleta en drama

Car. I.—Novo plan de estado.

Car. II.—Una ensenya de la vida.

Car. III.—Un bobacho linaco.

Car. IV.—Los apuratos á la temeridad.

Car. V.—Dante amigos de comedia.

Car. VI.—En triseno del bello sexo.

Car. VII.—Bande un presidente enlaco sus prendas

morales.

Car. VIII.—Continua la enlaca del conde y el pe-

nado.

Car. IX.—Enlaco.

Car. X.—Novos remedios.

Car. XI.—Bande se conpleta en el oro es la vida mas

de las negocias.

Car. XII.—Reconlacion de los ingenios.

Car. XIII.—Epicoles de media noche.

